

B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

SHAKESPEARE

OBRAS

DRAMÁTICAS

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

775
(VIII)

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

GUILLERMO SHAKESPEARE

CHITTE 17 245 KB23 FV81

CHITTE 17 245 KB23 FV81

R. 13404

BIBLIOTECA CLASICA

TOMO CCI

OBRAS DRAMÁTICAS
DE
GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSIÓN CASTELLANA

DE
GUILLERMO MACPHERSON

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR

DE
EDUARDO BENOT

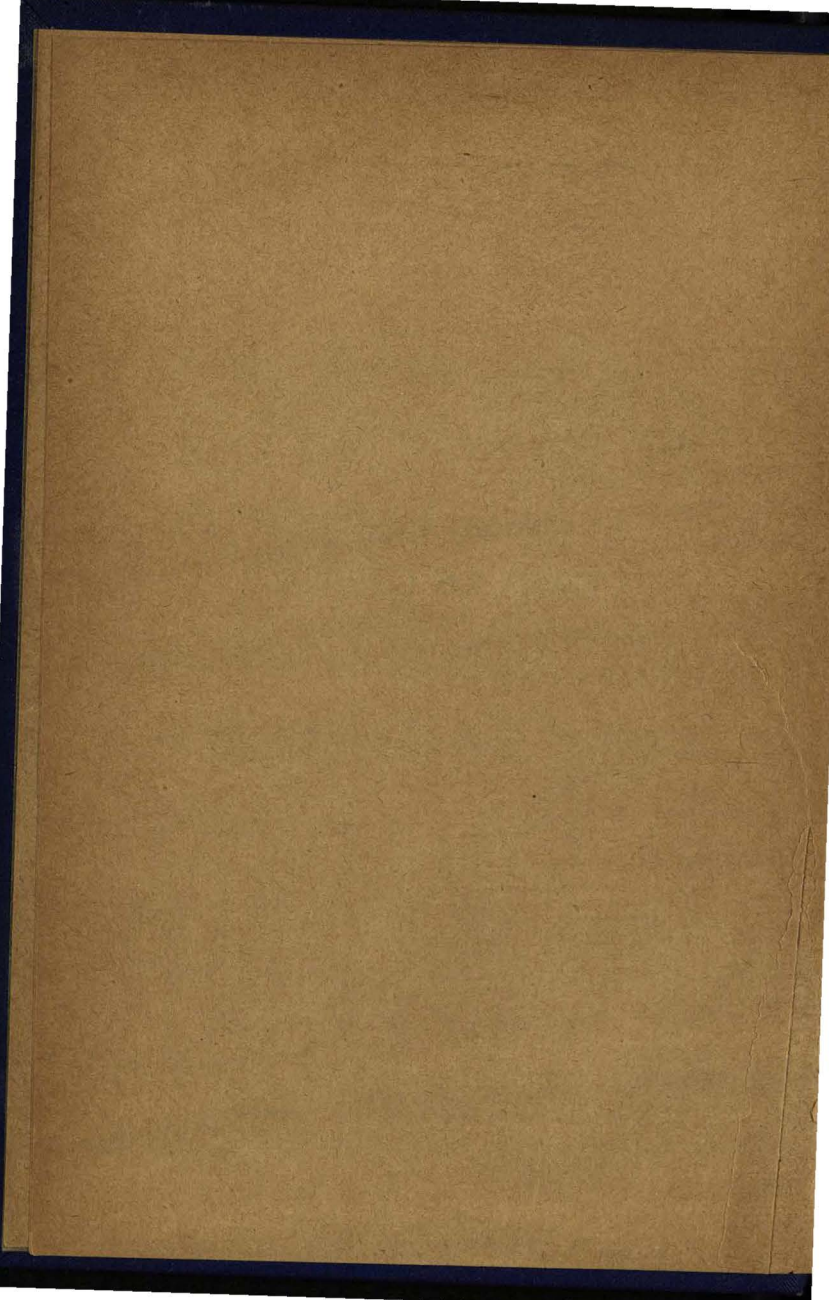
TOMO VIII



MADRID
LIBRERÍA DE HERNANDO Y COMPAÑIA
calle del Arenal, núm. 11.

1897

COMO OS GUSTA





PRÓLOGO

En el Registro de los Libreros de Londres aparece el siguiente asiento, fechado el 4 de Agosto, sin expresarse el año; pero que seguramente se refiere al de 1600: «As you like it, a Book. Henry 5th, a Book. Every man in his Humour, a Book, The Comedie of Much ado about Nothing, a Book »

Evidentemente, quien escribió lo que antecede no creyó necesario repetir el año, pues constaba ya en los asientos que inmediatamente le precedían. Al margen hay la siguiente nota: «To be staied» (suspensa la publicación), suspensión ocasionada, sin duda, por la *Historia de Enrique V*; pues por lo que respecta á la comedia COMO OS GUSTA, consta que el entredicho fué levantado el 23 del mismo Agosto.

No se conoce edición de esta obra anterior al infolio de 1623, por más que algún crítico sostenga que hubo una publicada en 1605; y, hasta cierto punto, justifica esta opinión lo correcto del texto que de ella aparece en el infolio, pues escasísimas son las enmiendas que ha reclamado en ediciones posteriores.

Shakespeare escribió su COMO OS GUSTA aparentemente poco tiempo antes del año 1600, y seguramente

después del de 1598, pues no sólo no cita esta obra Meres en su *Palladis Tamia*, publicada en ese mismo año, sino que el verso

«Who ever loved that loved not at first sight»,

que Shakespeare ha inmortalizado, citándolo en esta comedia cuando en la quinta escena del tercer acto Febe se siente herida del amor de Ganimedes, está tomado de la primera «Sestiada» del poema de Marlowe *Hero y Leandro*, obra publicada también en 1598.

Para la trama de esta producción, en donde todo sale á pedir de boca, el autor se ciñe estrictamente á un cuento muy conocido y muy apreciado en aquella época, escrito por Tomás Lodge, publicado por primera vez, según Eschenberg y Dunlop, en 1590, y cuyo título es *Rosalynde*. «Euphues Golden Legacie found after his death in his cell at Silexedra.» (*Rosalinda*. Aureo tesoro de Eufeo, hallado después de su muerte en su celda de Silexedra.)

Esta obra es imitación de las de un autor famosísimo en aquellos tiempos, nombrado Juan Lilly, quien con sus comedias y romances, escritos, según el dicho de Tieck, en *estilo culto*, formó el gusto literario de las damas de la corte de la reina Isabel de Inglaterra, á quienes cautivaba con sus retruécanos, su estilo pedantesco y sus símiles y episodios, inspirados en la Mitología griega. Tomás Lodge, evidentemente se vanagloriaba de ser imitador y émulo del á la sazón célebre Lilly, y por eso manifiesta que su romance *Rosalinda* fué legado de Eufeo, uno de los héroes de su literario prototipo.

También, según Dunlop, Roberto Greene escribió su cuento *Dorastes y Tania*, sobre el cual está fundado *El cuento de Invierno*, como queda dicho en el prólogo á la

traducción de esta comedia, imitando el estilo de ese autor tan encomiado por sus contemporáneos de ambos sexos.

Existe, además, una balada escrita, al parecer, por algún contemporáneo de Chaucer, titulada *Tale of Gamelyn* (cuento de Gamelin), en el que se inspiró el autor de *Rosalinda*, y de donde, según algunos críticos, tomó Shakespeare materiales para variar en determinadas ocasiones en su COMO OS GUSTA la narración de Lodge.

Para dar idea del esmero con que Shakespeare seguía hasta en sus más mínimos pormenores los cuentos populares de su época que dramatizaba, basta el siguiente extracto del hoy soporífero romance pastoril del imitador de Lilly.

Cerca de la ciudad de Burdeos vivía un caballero llamado Sire Johan de Burdeos, quien, próximo á su fin, llamó á sus tres hijos, Saladino, Fernando y Rosader, y entre ellos repartió sus riquezas, encargando á Saladino, que era su primogénito, cuidara y educara á sus hermanos, que á la sazón eran menores de edad. Saladino, deseoso de poseer todos los bienes legados por su padre, no sólo no cuidó de la educación de su hermano menor Rosader, sino que lo trató como si fuera el hijo del más humilde de sus vasallos, pues decía:

«Nimia familiaritas contemptum parit.»

Su hermano Fernando le inspiraba escasos recelos, pues se dedicaba en absoluto al estudio, y Saladino creía firmemente que Aristóteles y Galeno absorberían completamente su atención.

Cierto día Rosader se acordó de que era h.jo de Sire Johan de Burdeos, y al pedirle su hermano mayor la comida, como acostumbraba, frunciendo el entrecejo, le

contestó: «Pídela á un criado tuyo.» Irritóse al oír esto Saladino, y del altercado subsiguiente resultó el ser apaleado por Rosader, y tenerse que refugiar en un granero inmediato, de donde logró al cabo salir, merced á fingido arrepentimiento de su poco fraternal conducta, y á prometer entregarle á su maltratado hermano, cuyo carácter era poco rencoroso y por demás confiado y noble, lo que de derecho le pertenecía.

A la sazón era Torismondo Rey de Francia, y para aquellos días anunció un torneo, que se propuso celebrar con el fin de entretener á su pueblo para que no recordara al antiguo y legítimo monarca Gerismondo, su hermano, cuyo trono había usurpado, y á quien había proscrito á la Selva de las Ardenas. Advertíase que al final de esa gran fiesta se presentaría un campeón dispuesto á luchar contra el mundo entero: Normando, gigantesco y vigoroso, contra quien era punto menos que imposible contender con esperanzas de favorable éxito. Saladino consideró la ocasión propicia para desembarazarse de su hermano Rosader, y sobornó al atlético Normando, ofreciéndole gruesa suma si lograba, al tener entre sus garras á Rosader, arrebatarle el último aliento; y de seguida instó á su hermano á que, como el más valiente de la familia, sostuviera en la lid el honor de la casa, proposición que incontinenti fué aceptada con júbilo y orgullo, pues así creía el noble Rosader adquirir pronta é imperecedera gloria si la suerte le era favorable.

Torismondo acudió al torneo acompañado de su hija Alinda y de Rosalinda, hija del destronado y proscrito Gerismondo, de los doce Pares de Francia y de todas las más hermosas damas del reino. Al final de la fiesta, como estaba anunciado, presentóse el gigantesco adalid, y á poco rato un rico labrador acompañado de dos hijos

suyos, decididos á medir sus fuerzas con el famoso atleta. Ambos jóvenes mostraron valor extraordinario y destreza suma; pero ambos perecieron víctimas de su audacia, pretendiendo oponerse al formidable Hércules Normando.

Rosader, que presenci6 la tragedia, ape6se inmediatamente del caballo que montaba, orden6 á su paje que le quitara las botas (*sic*), y se apercibi6 á la lucha; pero contemplando á la bellísima Rosalinda, qued6se de ella prendado, y absorto largo rato contemplándola. Rosalinda, que not6 la profunda impresión que había causado en el corazón del animoso joven, sonroj6se de tal modo, «que se duplicaron sus encantos naturales hasta el punto de sobrepujar en esplendor al púdico sonrojo de Aurora ante la imprevista aparición de Febo.»

Sac6 al joven de su letargo amoroso un golpe que en la espalda le di6 el Normando, cuando furioso Rosader se lanz6 sobre su contrincante, y tras empeñada lucha, cay6 muerto á los pies del valiente doncel el hasta entonces invencible gigant6n. Súpose entonces que el vencedor era hijo de Sire Johan de Burdeos, cuando el Rey Torismondo lo abraz6 con efusi6n. Los Pares de Francia le colmaron de alabanzas y cariñosos plácemes, las damas le favorecieron dirigiéndole insinuantes miradas, y Rosalinda, que hasta aquella 6poca de su vida había considerado al amor como momentáneo pasatiempo no más, conmovida hasta lo íntimo de su ser, desprendióse del cuello una alhaja que llevaba, y por intermedio de su paje envi6sela al afortunado y valiente caballero.

«Ni el premio que Venus concedió á Paris agrad6 tanto á aquel Troyano como la joya esa á Rosader», quien gozoso volvi6 á casa de su hermano Saladino

acompañado de varios admiradores de su proeza. Saladino, que se hallaba á la puerta de la casa esperando la noticia de la derrota y muerte de su hermano menor, al verle volver coronado, iracundo, entró en su casa cerrando tras sí la puerta. Para Rosader no pasó inadvertida su acción, mas disculpando el que no respondieran desde la casa á los repetidos golpes que en la puerta daba, manifestó á sus compañeros que seguramente su hermano estaría en el campo. Por fin, cansado de llamar, echó la puerta abajo, y ya dentro de la morada, con la ayuda del antiguo y fiel sirviente de su padre, Adán Spencer, obsequió como correspondía á sus admiradores. Cuando éstos partieron, Rosader desenvainó la espada decidido á tomar venganza en Saladino; pero el anciano servidor Adán logró reconciliarlos, y nuevamente hicieron las paces ambos hermanos, y «largo tiempo vivieron amigos, siendo el encanto de la vecindad.»

Mientras que Rosalinda recordaba las perfecciones de Rosader y se sentía con irresistible fuerza atraída hacia él, Torismondo súbitamente sintió profunda antipatía hacia su sobrina, y resolvió desterrarla de la Corte. Alinda, con brío extraordinario, intercedió con su padre en favor de su querida prima; pero aumentada la cólera de éste con la audacia de su hija, decidió desterrarlas á entrambas, y les ordenó salieran inmediatamente de su Corte y se establecieran donde mejor les pareciera, incluso el pasar el resto de su existencia en la Selva de las Ardenas en unión del tío de la una y padre de la otra, Gerismondo. Alinda no se amilanó al oír la severa sentencia del autor de sus días, y animó á Rosalinda, diciéndole entre otras razones:

«Solamen miseris socios habuisse doloris.» «Y si hemos compartido el mismo lecho en el Palacio Real, ca-

maradas también seremos en la pobreza, y el Universo coronará nuestra amistad, y se hablará de Rosalinda y de Alinda como de Orestes y Pílates.»

Lo único que desagradaba á Alinda era que ningún hombre las acompañara en su ardua peregrinación; pero «¡Bah!—le respondió Rosalinda—yo soy alta, y ya verás con qué elegancia vestida de hombre me ciño la espada.» Alinda decide llamarse Aliena, y Rosalinda Ganimedes; emprenden luego la marcha, y tras largo y fatigoso viaje llegan por fin á la Selva de las Ardenas.

A la entrada del bosque ven versos grabados en un árbol, lo que las alegra sobremanera, pues tras tantas angustias como habían pasado, iban ya presumiendo que se encontraban en un desierto y en absoluto desamparo; pero aquellos renglones les hacen presumir que humanos seres deben vivir no muy lejos de aquel sitio. Alinda exclama: «Estos versos manifiestan claramente la pasión de algún pastorcillo enamorado de su idoladrada y cruel pastorcilla.»

Encuentran después á un viejo pastor llamado Coridón, quien les habla de los amores del pobre pastor Montano, enamorado perdidamente de la desdeñosa Febe, y tras larga y discreta plática, y para no ser menos el anciano pastor que los demás personajes que intervienen en este romance, acaba hablando también en latín.

Algo práctico, no obstante, sacaron de su conversación, pues por su intermedio compraron una hacienda en aquel apartado y pacífico lugar, y el ganado necesario para hacer á su sabor vida completamente pastoril.

Tras varias peripecias, á la Selva llegan igualmente cansados y hambrientos Rosader y su fiel servidor Adán, huyendo de las iras de Saladino, pues, como era

de esperar, sufrió nuevo eclipse el fraternal cariño de los hijos de Sire Johan de Burdeos.

El pobre anciano Adán, completamente exhausto, pretende morir y salvar la vida de su amo, á quien le insta á que lo mate y beba su sangre, pues no quiere que muera también el joven hijo de su antiguo señor por falta de alimento; pero, como es de suponer, Rosader no acepta semejante sacrificio, y se decide á buscar comida para ambos.

En ese mismo día celebraba en la Selva un banquete el desterrado Gerismondo, que pasaba allí la vida menos mal de lo que pudiera presumirse, con la amena compañía de una alegre banda de proscriptos como él. La casualidad lleva al sitio donde se celebra el festín al hambriento Rosader, y gracias á la bondadosa caridad de Gerismondo, queda ampliamente remediada la urgente necesidad de amo y de criado.

Encuéntranse también en la Selva Rosader con Alinda y Rosalinda, á quienes no conoce gracias á sus respectivos disfraces, que han transformado á la primera en la pastora Aliena y á la segunda en el pastor Ganimedes; y Rosalinda, valida de la ignorancia en que Rosader se halla con respecto á quien es ella, se complace en sondar el corazón del joven enamorado, obligándole, por último, á que imagine que él, Ganimedes, es su idolatrada Rosalinda y le haga el amor, y á que entrambos imaginen y reciten, como lo hacen, una Égloga amorosa; pero Rosader, al terminar el amoroso coloquio, exclama: «Logro á mi Rosalinda como Ixion á Juno, que, creyendo poseer una diosa, abrazó sólo una nube.»

Torismondo, lleno de ira al verse privado de los servicios de Rosader, á quien consideraba como uno de sus más valientes súbditos, y entendiendo que es por

causa de las malas artes de Saladino, destierra á éste á la Selva de las Ardenas, como desterró á Gerismondo y á sus secuaces, á su hija y á su sobrina, y allí llega el nuevo proscrito tras largo viaje, cansado y andrajoso, y se echa á dormir á la sombra de un árbol de aquellos bosques. Allí lo encuentra Rosader en el crítico momento en que un león iba á devorarlo; pero movido su noble corazón de amor fraternal, y olvidando las ofensas de Saladino, con heroico valor lucha con el furioso animal, á quien mata, y salva á quien iba á perecer inmediatamente sin su poderosa ayuda. Saladino se arrepiente, es de presumir que esta vez de veras, y más tarde se enamora de Alinda, que entiende ser la pastora Aliena. El cuento termina con un triple casamiento. El de Rosalinda con Rosader, el de Alinda con Saladino, y el de Montano con Febe, que enamorada de la disfrazada Rosalinda, había prometido formalmente casarse con el pastor Montano, que tanto la quería, si la razón la obligaba alguna vez á no amar á Ganímedes. Gerismondo vuelve á ocupar el trono de Francia, y es conducido triunfalmente á París por los Pares de Francia, tras una batalla en la que fué derrotado el ejército del usurpador Torismondo.

De la misma época son el cuento de Lodge y la comedia de Shakespeare COMO OS GUSTA. El argumento del uno es absolutamente idéntico al argumento de la otra. Ambas producciones están plagadas de inverosimilitudes y aun de absurdos. En ambas se rinde culto á los literarios caprichos de aquellos tiempos; en ambas hay alusiones mitológicas é inadmisibles culteranismo si se quiere; en ambas, como era moda entonces, y de la que no se eludió ni aun Cervantes en sus novelas, se visten las mujeres de hombres y nadie las conoce; en ambas se falta á los más rudimentarios elementos de Historia

Natural, haciendo posible la existencia de leones y palmeras en la Selva de las Ardenas, y admitiendo que los sapos tienen piedras preciosas en la cabeza que curan determinadas dolencias, y en ambas se prescinde en absoluto de la vida real, dando realidad á lo absolutamente ficticio; y, sin embargo, cuán inmensa es la distancia que media entre el pedantesco romance de Lodge y esta lindísima comedia, en donde, aunque abunden todos estos defectos, el insigne autor, quitando y poniendo, sin que apenas se advierte que pone y quita, simplifica los móviles de las acciones de los personajes todos que intervienen en la trama, y, como dice Gervinus, ennoblece las acciones mismas. Shakespeare, sin variar el argumento ya conocido de su público, da al diálogo de su comedia tanta vida y verdad, que sus personajes quedan indeleblemente fijos en la memoria, como si los hubiéramos conocido y tratado con intimidad. En su COMO OS GUSTA la Pastoral de Lodge llena de caprichos, de antítesis, pedanterías y rebuscados efectos merced al vigor intelectual del que en su época fué considerado como el mejor autor dramático, y hoy es considerado por el mundo entero como el poeta más insigne y el más profundo conocedor del corazón humano que ha existido, se transforma en una comedia imaginativa, si así se la quiere llamar; pero, como la califica Tieck, en una de las más alegres obras que ha producido la mágica pluma de Shakespeare, y en donde como en ninguna otra se hallará, como dice, no recuerdo quién, la brillante imaginación y la gracia fascinadora del autor, unida á la profundidad de pensamiento de su edad madura.

Esta comedia es, á no dudarlo, la más agradable y bella de todas las comedias de Shakespeare. Fué escrita cuando con su *Enrique V* había terminado sus dramas

históricos ingleses, y cuando probablemente su imaginación trabajada requería descanso y recreo.

COMO OS GUSTA comienza como drama, pero pronto «une langueur délicate s'empare du drame, changé en idylle», como en su crítica de esta comedia dice Paul de Saint-Victor.

Rosalinda, la figura central de esta obra dramática tan ideal, es uno de los personajes más encantadores que se han creado en la literatura dramática de todo tiempo, y White, prendado sin duda de la gracia y de la deliciosa «vis cómica» de esta mujer enamorada y modesta, en sus *Estudios sobre Shakespeare* la califica de tipo acabado de «mulliebridad». Jacobo, ese «gourmet de pessimisme», como le llama Saint-Victor, es absoluta creación de Shakespeare, pues no aparece su equivalente en el cuento de Lodge ni tampoco los de otros personajes de menos importancia que aparecen en la comedia.

Una tradición atribuye á Shakespeare el haber representado en el teatro el papel de Adán. El cronista Oldys manifiesta que uno de los hermanos de Shakespeare, llamado Gilbert, que vivió hasta edad muy avanzada, y después de la restauración de Carlos II seguía concurriendo constantemente á los teatros, y que los actores más célebres de aquella época mostraban al anciano grandes deferencias y frecuentemente le hacían hablar acerca de su célebre hermano, pidiendo con insistencia pormenores de aquella vida interesante, y muy particularmente de lo que recordaba del famoso William como actor. Gilbert era ya muy anciano y tenía la memoria tan debilitada por sus achaques, que esclarecía de manera muy poco satisfactoria las preguntas que le hacían. Lo que se lograba con sus respuestas era sólo arrancarle vagas ideas borradas de su

memoria; pero recordaba confusamente haber visto una vez á su hermano representar en una de sus comedias el papel de un viejo decrepito, de luenga barba, débil, exhausto, incapaz de dar un paso, que otro cómico conducía á una mesa en torno de la cual había mucha gente sentada, y que uno cantaba. Esta descripción de Gilbert cuadra perfectamente con la entrada de Orlando y Adán en la séptima escena del segundo acto de *COMO OS GUSTA*.

En esta obra, Shakespeare se complace en abandonar el mundo de la realidad y vagar libremente por el reino de lo imaginario; pero en compañía constantemente, como es su costumbre, del sentido común y de la lógica. Sus Ardenas evidentemente no son las Ardenas de ningún mapa geográfico, y Shakespeare las sitúa en donde situó su célebre Isla en *La Tempestad*, su bohemia en el *Cuento de Invierno* y su Atenas en *Sueño en noche de verbena*; y por eso no hay que extrañar que en aquella poética selva, que por más que digan geógrafos no está situada á los cuarenta ó cincuenta grados de latitud Norte, aparezcan palmeras y leones, ni que á despecho de los

Que miden los raptos líricos
Con el compás de un geómetra

se concentren en ella por no muy bien explicadas causas tantos personajes relacionados entre sí, ni que amantes y padres desconozcan, los unos á sus amadas y los otros á sus hijas cuando se disfrazan de hombres.

Todo esto se perdona en Shakespeare en esta preciosa comedia, cuya frescura y belleza, aun después de tres siglos de escrita la obra, nos solaza y encanta.

Verdaderamente no se sabe qué admirar más en Shakespeare; si sus colosales facultades para la trage-

dia, ó su maravillosa aptitud para la comedia, y acaso tenga razón Johnson cuando sostiene que la tragedia en este autor es fruto de su arte, y la comedia de su instinto.

Creo que la mejor traducción de *As you Like it* es COMO OS GUSTA, por más que no penetrando en cuál fuera el intento del autor al dar el nombre que dió á su comedia, indudablemente hay otras traducciones que acaso le cuadren tan bien como ésta. Nada absolutamente tiene que ver el título de esta comedia con el argumento que en ella se desarrolla, y en mi juicio lo que con *As you Like it* decía Shakespeare á su público, era «ahí os doy una obra dramática en donde todo se arregla á medida del deseo, en donde todos los personajes que intervienen en ella quedan total y completamente satisfechos», y, en resumen, «ahí tenéis una comedia como os gusta.»

PERSONAJES

DUQUE, proscripto.
FEDERICO, su hermano, usurpador de sus Estados.
AMIENS, {
JACOBO, { nobles, secuaces del Duque proscripto.
LE BEAU, cortesano secuaz de Federico.
CARLOS, atleta.
OLIVERO, {
JACOBO, { hijos de Sire Roldán de Bois.
ORLANDO, {
ADÁN, {
DENIS, { sirvientes de Olivero.
TOQUE, bufón.
OLIVERO MARRATEXTOS, cura.
CORINO, {
SILVIO, { pastores.
GUILLERMO, labriego enamorado de Catana.
Uno que representa EL HIMENEO.
ROSALINDA.
CELIA.
FEBE.
CATANA.
NOBLES, PAJES, SERVIDORES.

Escena: cerca de la casa de Olivero, en la corte del usurpador
Federico y en la selva de las Ardenas.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

El jardín de Olivero.

Entran ORLANDO y ADÁN.

ORL. Por lo que recuerdo, Adán, de esta manera fué: legóme miserables mil coronas; y, como decías, encargó á mi hermano, al darle su bendición, que me educara dignamente, y aquí comienzan mis desdichas. Envio á la escuela á mi hermano Jacobo, y la fama pregonaba su aprovechamiento. En cuanto á mí, á lo rústico me creía en casa, ó, mejor dicho, me deja en casa sin cuidarse de mí; porque ¿crees tú que es cuidar de un caballero, lo que no se diferencia de lo que se concede al buey en su establo?

Mejor cría á sus caballos, porque, además de estar rollizos por causa de abundante pienso, se los adiestra, para lo cual se alquilan desbravadores á alto precio. Pero yo, su hermano, sólo le debo el ir creciendo, lo que, á la par mía, le deben agradecer también los animales que en sus muladares viven.

Además. Este nada que tan á manos llenas me concede, me roba ese algo que la Naturaleza me ha concedido. Me obliga á comer con sus sirvientes, me priva

de mi puesto de hermano suyo, y hasta donde le es posible, socava mi gentiliza con la educación que me da. Esto es, Adán, lo que me apena; y el alma de mi padre, que me parece bulle en mí, comienza á rebelarse contra tanta esclavitud. No la soporto más, aunque todavía no hallo buen remedio para sacudirla.

ADÁN. Ahí viene mi señor, vuestro hermano.

ORL. Apártate, Adán, y verás cómo me trata.

Entra OLIVERO.

OLIV. ¡Hola! ¿Qué haces aquí?

ORL. Nada. Nada me han enseñado á hacer.

OLIV. ¿Qué echas á perder, pues?

ORL. ¡Vaya! Te estoy ayudando á echar á perder á esto que Dios ha hecho, á este infeliz hermano tuyo, con la holganza.

OLIV. ¡Bah! Busca mejor ocupación, y que el diablo cargue contigo.

ORL. ¿He de guardar tus cerdos y comer algarrobas con ellos? ¿Qué patrimonio de hijo pródigo he derrochado yo para verme en tal penuria?

OLIV. ¿Sabes donde estás?

ORL. Perfectamente. En tu jardín.

OLIV. ¿Sabes ante quién?

ORL. Sí. Mejor que sabe el que tengo ante mí quién soy yo. Sé que eres mi hermano mayor, y si la sangre te hablara, como tal me debieras conocer tú. Las leyes te conceden supremacía sobre mí, por cuanto eres el primogénito; pero esos mismos cánones, no desvirtúan mi sangre, aunque veinte hermanos nos separaran. Tanto tengo yo de mi padre como tienes tú, aunque admito que el haber venido tú antes te aproxima más al respeto debido á su persona.

OLIV. Rapaz, ¿qué dices?

ORL. Vamos, vamos, primogénito. Para esto, eres harto joven.

OLIV. Pones en mí tus manos, villano.

ORL. No soy villano. Soy el hijo menor de Sire Rol-dán de Bois. Era mi padre, y es tres veces villano quien diga que engendró villanos. Si no fueras mi hermano, no separaría esta mano de tu garganta hasta que la otra te hubiera arrancado la lengua por lo que has dicho.

Á ti mismo te insultaste.

ADÁN. (Adelantándose.) Señores, calma. Por la memoria de vuestro padre, reconciliaos.

OLIV. Suéltame, digo.

ORL. Cuando me dé la gana. Me has de oír. Mi padre te encargó en su testamento que me educaras dignamente. Me has criado como se cría á un patán, obscuriendo y ahogando en mí todo instinto caballeresco. El espíritu de mi padre en mí se agranda, y no lo soporto por más tiempo. Por lo tanto, concédeme el trato que corresponde á un caballero, ó entrégame el mísero peculio que mi padre me dejó en su testamento, con lo que iré á probar fortuna.

OLIV. ¿Y qué harás? ¿Pedir limosna cuando lo hayas gastado? Está bien. Entra. No me has de molestar mucho tiempo. En parte, conseguirás lo que quieres. Suéltame te digo.

ORL. Te molestaré sólo mientras lo exija mi derecho.

OLIV. Acompáñalo tú, perro viejo.

ADÁN. «Perro viejo» es mi recompensa. Mucha verdad. He perdido los dientes sirviéndoos. Bendito sea mi antiguo amo. No hubiera proferido semejante frase.

(Vanse Orlando y Adán.)

OLIV. ¿Esas tenemos? ¿Te me subes á las barbas? Yo te bajaré los humos, y no te daré por cierto las mil coronas. ¡Hola, Denís!

Entra DENÍS.

DEN. ¿Llamábais, señor?

OLIV. ¿No quería verme Carlos, el atleta del Duque?

DEN. Sí, señor. Á la puerta está insistiendo en veros.

OLIV. Que entre.

(Vase Denís.)

Será excelente medio, y mañana es el día de la lucha.

Entra CARLOS.

CAR. Buenos días, señor.

OLIV. Buenos días, Monsieur Carlos. ¿Qué nuevas corren por la nueva corte?

CAR. No hay más nuevas en la corte, que viejas nuevas. Que el viejo Duque fué proscrito por su hermano menor el nuevo Duque, y que tres ó cuatro leales nobles lo acompañan en su destierro voluntariamente, pues como las tierras y bienes de esos nobles enriquecen al nuevo Duque, éste les ha dado completa libertad para marcharse.

OLIV. ¿Sabes tú si Rosalinda, la hija del Duque, fué desterrada al par de su padre?

CAR. ¡Oh! no. Porque de tal manera su prima, la hija del nuevo Duque la quiere—desde la cuna se han criado juntas—, que la hubiera seguido á su destierro, ó se hubiera muerto de pena al quedarse sola. En la corte se halla, y la ama su tío no menos que á su propia hija. Jamás se han querido dos jóvenes con tanto extremo.

OLIV. ¿Adónde residirá el viejo Duque?

CAR. Se dice que se halla en la selva de las Ardenas. Numerosa gente de buen humor le acompaña, y vive allí como vivía el viejo Robín Hood, en Inglaterra. Es fama que muchos jóvenes acuden diariamente á visitarle y pasan el tiempo como se pasaba en el siglo de oro.

OLIV. Oye tú. ¿Luchas mañana ante el nuevo Duque?

CAR. Pues, sí, señor, y vengo á daros una noticia. Me han dicho en secreto que vuestro hermano Orlando se propone presentarse disfrazado para luchar conmigo para ver si me tumba. Mañana, señor, la lucha para mí es cuestión de honra, y el que logre escapar sin hueso roto, cuéntese afortunado. Vuestro hermano es muy joven y poco fuerte; y sentiría, por causa vuestra, señor, lastimarle, á lo que, mirando por mi honor, me veré obligado si se presenta. Por lo tanto, y en consideración á la estima en que os tengo, he venido á avisaros, á fin de que evitéis lo que hacer se propone, ó en otro caso, que no llevéis á mal su descalabro, por ser cosa que él mismo se busca, y completamente ajena á mi voluntad.

OLIV. Carlos, te agradezco tu amistoso aviso, al cual verás cómo ampliamente correspondo. Tenía noticia del propósito de mi hermano, y bajo cuerda he tratado de disuadirle; pero está decidido á ello. Has de saber, Carlos, que es el mozo más terco de toda Francia. Ambiciosísimo y envidioso de cuanto sobresale en otro, y encubierto y vil conspirador en contra de su propio hermano, de mí mismo. Así, pues, haz lo que bien te cuadre. Tanto me da que lo desnuesques, como que le tronches un dedo, y ten cuenta de lo que haces, porque si en lo más leve le ofendes, ó si no logra vanagloriarse á expensas tuyas, tratará de envenenarte ó traidoramente te envolverá en sus redes y no te dejará en paz hasta que te haya quitado la vida de una

manera ó de otra; porque te aseguro, y lágrimas casi me cuesta el confesarlo, que no hay en este mundo ser viviente tan joven y tan perverso. De él hablo como hermano que soy, pues si fuera á anatomizarlo moralmente, debería sonrojarme y llorar y tú palidecieras y te espantarás.

CAR. Me alegro en el alma de haber venido á veros. Si se presentare mañana, le daré su merecido. Si por sus pies retorna, jamás volveré á luchar por premio alguno, y con esto, que Dios guarde á vuecencia.

OLIV. Adiós, amigo Carlos. (Vase Carlos.) Ahora, estimularé á este emprendedor. Confío en ver su fin, porque no sé por qué, pero nada hay que más odie el alma mía. Y sin embargo, es afable y entendido, aunque no haya sido educado; es de condición noble, fascina á todos los que lo tratan, y para decir verdad, se apodera del corazón de todo el mundo, particularmente de la gente mía, que es la que mejor le conoce, de tal modo, que me veo postergado en su concepto. Pero esto no durará. Este luchador despejará todo. Sólo falta el que anime yo á ese rapaz para que acuda al acto, y á eso voy ahora

(Vase.)

ESCENA II

Parque ante el Palacio del Duque.

Entran ROSALINDA y CELIA.

CEL. Rosalinda, dulce prima mía, por favor, ámate.

Ros. Querida Celia, ostento mucha más alegría de la que tengo en el alma. Y ¿quieres que esté aun más alegre? Si no aciertas á enseñarme cómo se olvida á

un padre proscripto, no me puedes enseñar tampoco á que mantenga vivo ningún extraordinario goce.

CEL. Ahora veo que no me quieres con toda la pasión con que yo te quiero á ti. Si mi tío, tu desterrado padre, hubiera desterrado al tío tuyo, mi padre el Duque, con tal de que te hubieras quedado tú conmigo, adiestraría á mi cariño para que aceptara como padre mío al tuyo, y lo propio hubieras hecho tú, si tu cariño hacia mí tan sincero fuera y tan bien templado estuviera como el que yo te profeso.

Ros. Bueno. Olvidaré mi posición á fin de regocijarme con la tuya.

CEL. Ya sabes que mi padre no tiene más hijos que yo, y que no es probable que tenga más. Pues yo te aseguro que cuando él falte, tú lo heredarás, porque lo que él violentamente ha usurpado á tu padre, mi cariño te devolverá. Te lo juro por la honra mía, y si quebrantare este juramento, ténganme por un monstruo. Por lo tanto, dulce Rosa mía, dulce Rosa mía, ámate.

Ros. Desde hoy lo haré, primita, y en que nos divertamos pensaré únicamente. ¿Te parece bien el que nos enamoremos?

CEL. Anda. Por favor hazlo, pero en broma. No ames á ningún hombre de veras. No llesves la broma más allá que hasta el punto de donde puedas retirarte honradamente con la inmunidad de un purísimo sonrojo.

Ros. ¿Cuál será, pues, nuestra diversión?

CEL. Sentémonos, y con nuestras burlas hagamos que la hacendosa fortuna abandone su rueda y distribuya en adelante con más equidad sus dones.

Ros. Ojalá lo lográramos, porque reparte indignamente sus beneficios, y en lo que más se equivoca la hermosa ciega, es al distribuirlos entre las mujeres.

CEL. Es cierto, porque á las que concede hermosura,

raras veces concede virtud, y á las que concede virtud las hace mal parecidas.

ROS. No es eso. Ahora confundes las funciones de la fortuna con las de la naturaleza. La fortuna es árbitra de los dones del mundo, no de las prendas naturales.

CEL. ¿No? ¿Cuando la naturaleza crea un ser hermoso, la fortuna no logra hacerle caer en el fuego? Aunque la naturaleza nos haya concedido ingenio para burlarnos de la fortuna, la fortuna logra enviarnos este necio para poner término á nuestra discusión.

Entra TOQUE.

ROS. Verdaderamente ahora puede más la fortuna que la naturaleza, pues se vale de natural necesidad contra ingenio natural.

CEL. Acaso esto no sea obra de la fortuna, sino de la naturaleza, la que al ver lo romas que somos para luchar contra esas deidades, nos envía á este natural nato como piedra aguzadera, pues siempre la rudeza del necio ha sido piedra aguzadera del ingenio. ¿Adónde vas?

TOQ. Señora, vuestro padre os llama.

CEL. ¿Eres tú su mensajero?

TOQ. Juro por mi honor que no, pero se me ordenó llamaros.

ROS. ¿Quién te ha enseñado ese modo de atestiguar?

TOQ. Un caballero que juraba por su honor que eran excelentes las tortas, y por su honor juraba que no era buena la mostaza; y yo aseguro que las tortas eran malas y la mostaza excelente, y sin embargo, el caballero no perjuraba.

CEL. ¿Cómo puedes probar eso con el inmenso montón de tus conocimientos?

ROS. Varnos. Da rienda suelta á tu sabiduría.

TOQ. Adelantaos entrambas. Acariciaos las mejillas, y jurad por vuestras barbas que soy un bribón.

CEL. Por nuestras barbas, si las tuviéramos, que lo eres.

TOQ. Por mi bribonería, si tal cualidad tuviera, fuéralo, pues; pero como juráis por lo que no existe, no perjuráis. Lo propio acontecía con ese galán jurando por su honor, puesto que ni lo conoció jamás, ó si alguna vez lo tuvo, desgastólo en juramentos antes que viera aquellas tortas y aquella mostaza.

CEL. Dinos, por favor, á quién aludes.

COQ. A uno á quien el anciano Federico, vuestro padre, estima.

CEL. La estimación de mi padre basta para honrarlo por demás. No hables más de él. Un día de estos te van á azotar por mal hablado.

TOQ. Es lástima que los necios no puedan hablar discretamente, cuando tan neciamente se conducen los discretos.

CEL. Tienes á fe mía razón, porque desde que se impuso silencio al mísero juicio de los bufones, las mismas bufonadas de los discretos hacen gran papel. Aquí llega Monsieur Le Beau.

ROS. Con la boca repleta de noticias.

CEL. Que nos brindará como brindan alimento á su cria los pichones.

ROS. Nos atracará de noticias.

CEL. Tanto mejor. Con más facilidad nos feriaremos.

Entra LE BEAU.

Bon jour, Monsieur Le Beau. ¿Qué noticias traéis?

LE B. Os habéis perdido, bella Princesa, grandísima diversión.

CEL. ¡Diversión! ¿De qué clase?

LE B. ¿De qué clase, señora? ¿Cómo os he de responder?

ROS. Como vuestro ingenio y la suerte lo exijan.

TOQ. Ó como lo decrete el hado.

CEL. Bien dicho. Asentado con palustre.

TOQ. ¡Vaya! si á mi discurso no hecho sal.

ROS. Huele á rancio.

LE B. Me maravilláis, señoras mías. Os quería hablar de una divertida lucha que no habéis tenido la suerte de presenciar.

ROS. Contadnos cómo fué esa lucha.

LE B. Os contaré cómo fué el comienzo; y si os agradase, podéis presenciar el fin, porque lo mejor está por ver, y á este sitio en donde os halláis, vienen á llevarlo á cabo.

CEL. Bien. Oigamos ese principio, ya muerto y sepultado.

LE B. Apareció un anciano con sus tres hijos...

CEL. Antigua conseja conozco que así principia.

LE B. Tres gallardos mozos, fornidos y de alta talla, con letreros pendientes del cuello...

ROS. «Por el presente, sepan todos cuantos vieren y entendieren.»

LE B. El mayor de los tres mozos luchó con el atleta del Duque Carlos, quien al instante lo derribó, le rompió tres costillas y queda con pocas esperanzas de vida. Derriba igualmente al segundo y al tercero. Allí yacen, y su anciano padre tales gemidos lanza al contemplarlos, que los circunstantes le acompañan en su lloro.

ROS. ¡Válgame Dios!

TOQ. ¿Pero, señor, cuál es la diversión de que se han privado estas damas?

LE B. Pues esta que estoy relatando.

TOO. ¡Cada día aprendemos algo nuevo! Es la primera vez que oigo que romper costillas sea diversión para damas.

CEL. Y yo también, tenlo por cierto.

ROS. ¿Pero hay todavía alguno que quiera oír sonar sobre sus espaldas tan cascada música? ¿Queda aun algún otro aficionado á que le rompan las costillas? ¿Presenciamos, prima mía, esta lucha?

LE B. Preciso es, si aquí os quedáis, pues este lugar es el destinado para la lucha, y prontos están para emprenderla.

CEL. Ahí, efectivamente vienen. Quedémonos, pues, para presenciarla.

Clarines. Entran el DUQUE FEDERICO,
Nobles, ORLANDO, CARLOS y acompañamiento.

FED. Adelante. Puesto que ese joven no se deja convencer, que pague su temeridad.

ROS. ¿Es ése?

LE B. Ese mismo, Señora.

CEL. ¡Válgame Dios! Harto joven es, pero tiene aspecto de triunfador.

FED. ¡Qué es eso, hija y sobrina! ¿Os habéis escabullido hasta aquí para ver la lucha?

ROS. Sí, señor; por lo tanto, ¿os dignáis concedernos permiso?

FED. Poco os agradará, yo os lo aseguro. Hay tanta desigualdad entre ambos. Compadecido de la juventud del provocador, he tratado de disuadirlo, pero no ceja. Habladle vosotras á ver si lo lográis.

CEL. Hacedle llegar aquí, mi buen Monsieur Le Beau.

FED. Hacedlo. Yo me retiraré.

(El Duque se retira.)

LE B. Señor retador, las Princesas os llaman.

ORL. Recibiré sus órdenes con el debido respeto.

ROS. Joven, ¿habéis retado á Carlos el atleta?

ORL. No, hermosa Princesa. Él es quien nos ha retado á todos. Vengo, cual otros, á probar lo que dan de sí mis juveniles fuerzas.

CEL. Joven caballero, harto temerario es vuestro brio para vuestros pocos años. Cruelles pruebas habéis visto de la fuerza de ese hombre. Si os vieraís con nuestros ojos y os juzgarais con nuestro juicio, el temor de semejante empresa, os aconsejara más fácil hazaña. Os rogamos, por vuestro propio bien, que miréis por vuestra seguridad, y no llevéis á cabo semejante contienda.

ROS. Hacedlo, joven. Vuestra reputación nada sufrirá por ello. Nosotras mismas suplicaremos al Duque que suspenda la lucha.

ORL. Os ruego que no me ofendáis con tan duros pensamientos, aunque me tenga que confesar culpable por negar, fuere lo que fuere, á tan eminentes damas. Acompañenme vuestros lindos ojos y buenos deseos á esta prueba, y si fuere vencido, quedará humillado uno que nunca fué favorecido por la suerte; si muerto, uno que desea estarlo. No causaré dolor alguno á mis amigos, porque no los tengo, ni daño al mundo, porque nada en él poseo. Ocupo en él sólo un puesto que quedará mejor ocupado cuando yo lo deje vacante.

ROS. Ojalá fuera vuestra la escasa fuerza que tengo.

CEL. Y la mía además de la suya.

ROS. Guárdeos Dios. Quiera el Cielo que me engañe acerca de vos.

CEL. Cúmplase todo á medida de vuestros deseos.

CAR. Vamos. ¿Dónde está ese valiente mozo que tantas ansias tiene de yacer en la madre tierra?

ORL. Dispuesto está. Pero es más modesta su voluntad.

FED. No ha de haber más que un lance.

CAR. De juro, señor, no tendréis que rogarle emprenda el segundo, vos, que tanto os habéis afanado para que no se exponga al primero.

ORL. Si os vais á burlar de mí después de la lucha, no debiérais burlaros antes. Pero venid.

ROS. Joven, Hércules sea con vos.

CEL. Ojalá fuera invisible para tirarle á ese hastial de las piernas.

(Carlos y Orlando luchan.)

ROS. ¡Oh, valiente joven!

CEL. Si tuviera un rayo en mis ojos, sabría quién iba á caer. (Carlos cae. Clamoreo de aprobación.)

FED. Basta, basta.

ORL. Os lo ruego, señor; apenas he tomado resuello.

FED. ¿Cómo estás, Carlos?

LE B. No puede hablar.

FED. Lleváoslo. (Se llevan á Carlos.) Joven, ¿cómo te llamas?

ORL. Orlando, señor, el hijo menor de Sire Roldán de Bois.

FED. De otro quisiera yo que fueras hijo.

Tuvo á tu padre el mundo en grande estima,

Mas mi enemigo fué constantemente.

Más me pluguiera tu presente hazaña

Si hubieras descendido de otra alcurnia.

Pásalo bien. Eres valiente mozo.

Ojalá fueras hijo de otro padre

(Vanse el Duque Federico, acompañamiento y Le Beau.)

- CEL. Fuera mi padre yo, primita mía,
¿Hubiera obrado así?
- ORL. De tal manera
Ser el hijo menor me enorgullece
De Sir Roldán, que no me cambiara
Para heredar al Duque Federico.
- ROS. Con su alma á Sir Roldán amó mi padre,
Y opinó, cual mi padre, todo el mundo.
Si antes al hijo conocido hubiera,
Lágrimas á mis ruegos agregara
Para evitarle semejante riesgo.
- CEL. Ven. Démosle las gracias, prima mía,
Y animémosle. Duélenme en el alma
Los indignos recelos de mi padre.
Loor merecéis. Será, si tan exacto
Sois en cumplir promesas amorosas,
Como ahora cumplisteis con usura
Cuanto de vos podía prometerse,
Feliz la dama vuestra.
- ROS. Caballero (Quitándose del
cuello una cadena y entregándosela á Orlando.)
Esto admitid como recuerdo mío,
De una que, postergada por la suerte,
Os diera más si más tuviera á mano.
- CEL. ¿Nos vamos, prima?
- ROS. Sí.—Buen caballero,
Quedad con Dios.
- ORL. ¿Ni aun puedo dar las gracias?
Lo esencial de mi ser postrado yace,
Y en este sitio lo que en pie se encuentra
Es [sólo un poste, inanimada estatua.
- ROS. Nos llama. Mi soberbia con mi dicha
Ha desaparecido. Qué le ocurre
Le voy á preguntar. ¿Decíais algo?

Caballero, animoso habéis luchado,
Y no sólo á un contrario habéis vencido.

CEL. ¿Nos vamos, prima?

Ros. Vamos. Dios os guarde.

(Vanse Rosalinda y Celia.)

ORL. ¿Qué pasión es, que con tan grave peso
Mi lengua oprime? Responder no pude,
Aunque para que hablase me alentaba.
¡Pobre Orlando! Por fin postrado fuiste.
Carlos, no; ser más débil te ha vencido.

(Vuelve á entrar LE BEAU.)

LE B. Buen señor, como amigo os aconsejo
Que huyáis de aquí. Porque aunque habéis ga-
Estimación, aplausos y amistades, [nado
Ahora en estado tal se encuentra el Duque,
Que torcida intención ve en cuanto hicisteis.
Es caprichoso el Duque, y lo que sea
Entended, sin pedir que yo lo explique.

ORL. Gracias, señor, y esto decidme os ruego:
¿Cuál era de las dos que presenciaron
La lucha ha poco aquí, la hija del Duque?

LE B. Ninguna si se juzgan por su temple;
Pero, en fin, es la hija la más baja.
La otra es hija del Duque desterrado,
Y el tío usurpador la ha detenido
Para dar á su hija compañera.
Se aman más que si fuesen dos hermanas.
Pero recientemente, disgustado,
Os debo de decir, está este Duque
Con su gentil sobrina, y el motivo
No es más sino el aplauso de las gentes

Por su virtud, y lástima que inspira
 Por causa de la suerte de su padre,
 Y demostrada quedará, de juro,
 Su enemistad hacia esa dama en breve.
 Pasadlo bien. Vuestra amistad y trato
 En una sociedad mejor que ésta
 Trataré de buscar.

ORL.

Reconocido

Os quedo grandemente. Dios os guarde

(Vase Le Beau.)

Del humo quiero huir, y en él me ahogo.
 Huyo de tiranías de un hermano
 Y encuentro en su lugar Duque tirano...
 Mas, ¡Rosalinda celestial!

(Vase.)

ESCENA III

Habitación en el Palacio.

Entran CELIA y ROSALINDA.

CEL. ¡Vava, prima, vaya, Rosalinda! ¡Cupido nos ampare! Ni una palabra dices.

Ros. Ni una para tirársela á un perro.

CEL. Por su puesto. Tus palabras son harto preciosas para arrojarlas á canes. Arrójame á mí alguna. Vámos, déjame coja con algún argumento.

Ros. Dos primas quedarían en ese caso lisiadas, la una con argumentos y la otra sin ellos, demente.

CEL. ¿Y todo esto es por causa de tu padre?

ROS. No. Algo es por causa de la hija de mi padre.
¿Oh, cuán lleno de abrojos está este pícaro mundo!

CEL. Es cardencha, prima mía, que te arrojan como broma de día de fiesta, y si no caminamos por la trillada senda, se nos pegará á las faldas.

ROS. De mis faldas las arrancaría; pero se han clavado en mi corazón.

CEL. Tose y arrójalas.

ROS. Tosería si con mi tos lo consiguiera.

CEL. Vamos, vamos. Lucha con tu pasión.

ROS. ¡Ah! se ha puesto de parte de más hábil luchador que yo.

CEL. ¡Ay, Dios te valga! Más adelante tratarás de luchar, y entonces te expondrás á caer. Pero dejémonos de bromas y hablemos con seriedad. ¿Es posible que en tan corto tiempo se haya apoderado de ti pasión tan intensa hacia el hijo menor del anciano Sire Roldán?

ROS. Amó mi padre entrañablemente al padre de ese joven.

CEL. Con arreglo á semejante lógica, odiarle debería yo, pues á su padre odió mi padre entrañablemente, y sin embargo, yo no odio á Orlando.

ROS. No, por Dios, no lo odies, por amor mío.

CEL. ¿Por qué lo había de odiar? ¿No merece aprecio?

ROS. Déjame á mí que yo por eso le ame, y ámale tú porque yo lo amo. Mira, aquí viene el Duque.

CEL. Con la ira en los ojos.

Entran el DUQUE FEDERICO y NOBLES.

FED. Prepárate sin pérdida de instante,
Jóven, mi corte á abandonar.

ROS. ¿Yo, tío?

FED. Sobrina, tú. Si dentro de diez días

Te hallan á veinte millas de mi corte,
Por ello mueres.

ROS. Ruego á vuestra alteza
Que me acompañe al par saber mi falta.
Si es que sé yo quien soy, si es que conozco
Yo mis deseos mismos, si no sueño,
Si, cual confío, no estuviese loca,
Amado tío, entonces, ni aun en germen
He tenido jamás un pensamiento
Que ofenderos pudiera.

FED. Los traidores

Obran así. Pudieran con palabras
Justificarse, y fueran inocentes
Cual la pureza misma. Pero sobra
Con qué te diga que de ti recelo.

ROS. Vuestro recelo mi traición no implica.
Decidme, ¿en qué se apoyan vuestras dudas?

FED. Eres la hija de tu padre, y basta.

ROS. Cuando se apoderó de su ducado
Vuestra alteza, también era hija suya.
Y también cuando fué por vuestra alteza
Desterrado lo era. La perfidia
No se hereda, señor, y si lo fuere
De antecesores nuestros, ¿qué me importa?
Jamás mi padre fué traidor; por tanto,
No me hagáis, soberano, la injusticia
De pensar que traición es mi pobreza.

CEL. Oídme, padre y señor.

FED. Por causa tuya,

¡Ay, Celia! la detuve. Con su padre
Si no por esos mundos vagaría.

CEL. Entonces no os rogué que se quedara,
La detuvisteis vos por vuestro gusto:
De lástima, pues harto joven era

Para apreciar su mérito yo entonces.
 Ahora sí la conozco. Si es indigna,
 También yo debo serlo. Juntas siempre
 Hemos dormido, y en el mismo instante
 Nos hemos levantado, y estudiado
 Y jugado y comido siempre juntas,
 Y siempre caminamos ayuntadas
 Cual los cisnes de Juno inseparables.

FED. Harto sutil es ella. Su dulzura,
 Aun su mismo callar y su paciencia,
 Hablan al pueblo y lástima le tienen.
 Eres tonta. Te roba tu renombre,
 Y harto más lucirás y más discreta
 Te juzgarán cuando de ti se aparte.
 Ni abras la boca: irrevocable y firme
 Es mi sentencia. Queda desterrada.

CEL. Pues para mí, señor, es necesario
 Que pronunciéis idéntica sentencia.
 Vivir no puedo yo sin su compañía.

FED. Eres tonta. Tú, alístate, sobrina.
 Si traspasas el límite fijado
 Para que partas, por mi honor te juro
 Y mi palabra más formal, que mueres.

(Vanse el Duque Federico y Nobles.)

CEL. ¿Adónde irás, mi pobre Rosalinda?
 ¿Quieres mudar de padre? Toma el mío.
 No te lamentos más que me lamento.

Ros. Tengo mayor motivo.

CEL. No lo tienes.

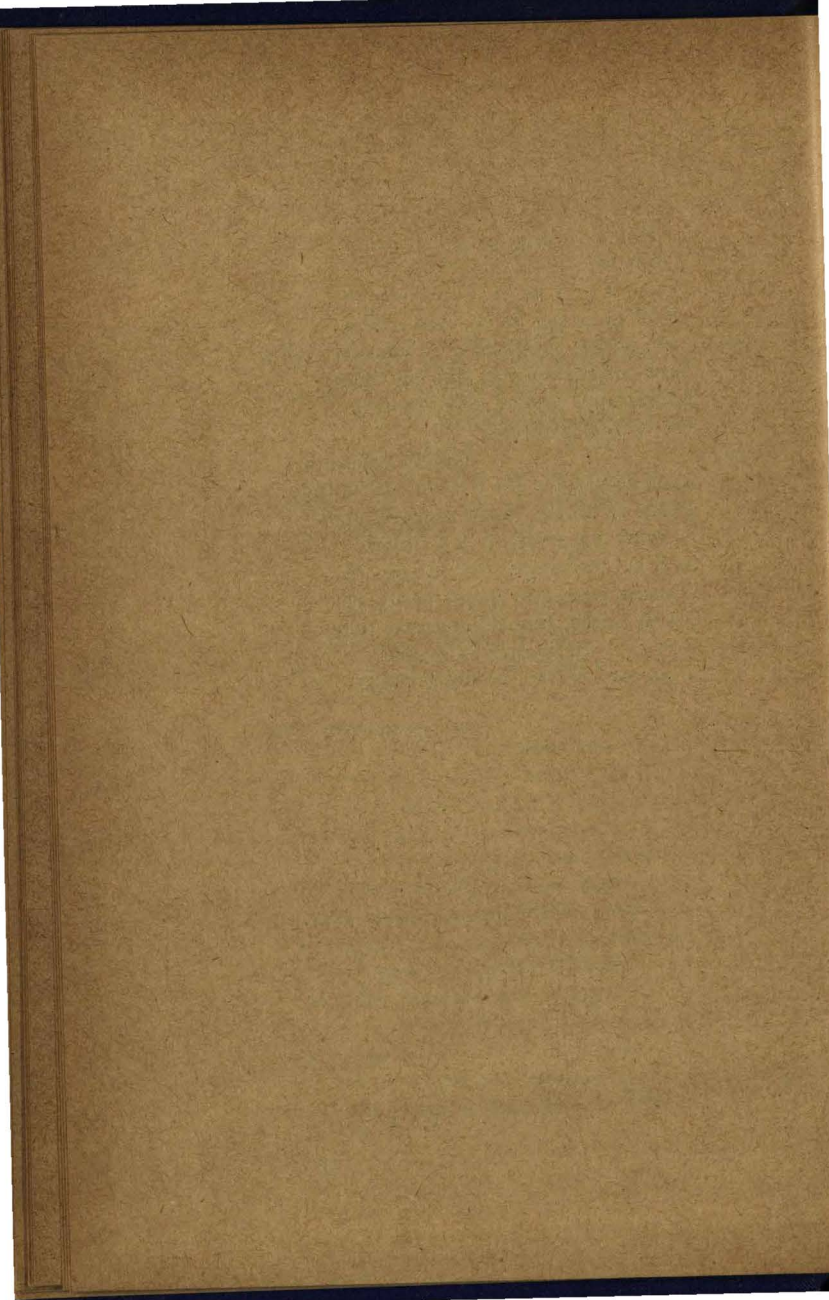
Ánimo, prima, por favor; ¿no sabes
 Que el Duque me destierra á mí, su hija?

Ros. No ha hecho tal cosa.

CEL. ¿Conque no lo ha hecho?

- Entonces, Rosalinda, del cariño
Careces que me enseña á mí que somos
Tú y yo tan sólo una. ¿Separarnos,
Desunirnos nosotras, niña mía?
No. Que busque mi padre su heredera.
Así, pues, á pensar en nuestra fuga:
Adónde hemos de ir y qué llevarnos...
No trates de tomar toda la carga,
Sufrir tus penas sola y excluirme,
Porque por ese cielo que se anubla
Al ver nuestro dolor, aunque me digas
Cuanto te ocurra, partiré contigo.
- Ros. Pero, ¿adónde nos vamos?
- CEL. De las Ardenas á la selva iremos
A mi tío á buscar.
- Ros. Para nosotras
¡Ay! peligroso por demás sería,
Jóvenes como somos, tal viaje.
Provoca á los ladrones la belleza
Aun más que el oro.
- CEL. Vestimenta tosca
De humilde gente me pondré, con ocre
Mi rostro embadurnando. Tú haz lo propio,
Y así podremos evitar asedios.
- Ros. ¿Mejor no fuera, pues que soy tan alta,
Completamente de hombre disfrazarme?
Flamante espada golpeará mi muslo;
Un venablo en la diestra, y escondidos
Dentro del corazón en lo profundo
Femeniles temores. Mostraremos
Aire marcial y bravucón, cual muchos
Varoniles cobardes, que consiguen
Ocultar la verdad con apariencias.
- CEL. ¿Cómo te llamarás cuando seas hombre?

- Ros. Como el paje de Jove nada menos.
Llámame Ganimedes, por lo tanto.
¿Pero cuál será el tuyo?
- CEL. Uno será que con mi estado cuadre.
Ya Celia no me llamo, sino Aliena.
- Ros. Oye, prima; ¿no fuera gran consuelo
Para el viaje nuestro, que con maña
Lográramos viniera con nosotros
De tu padre el bufón?
- CEL. Vendrá conmigo
Aunque tuviera que ir al fin del mundo.
Déjame á mí que lo convenza. Vamos
A reunir nuestras joyas y dinero.
Cuál la hora mejor, cuál la manera
Fijemos, para huir de las pesquisas
Que se harán, conocida nuestra fuga.
Y de aquí partiremos animadas
A buscar libertad, no desterradas.
-





ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

La selva de las Ardenas.

Entran el DUQUE, AMIENS y otros nobles vestidos
de Monteros.

Duq. ¿No es verdad, compañeros y cofrades
De proscripción, que la costumbre alcanza
Á hacernos esta vida más amena
Que la de vana pompa? ¿Más exentos
Estos bosques no están de los peligros
Inseparables de la astuta corte?
La pena impuesta á Adán sentimos sólo,
Y del tiempo los cambios. Si me clava
El invierno su diente y rudo el cierzo
Me azota, aunque me muerdan ó me azoten
Hasta inducirme á tiritar, me río;
Y exclamo: No me adulan. Consejeros
Veraces son, que lo que soy me indican.
La adversidad ofrece sus ventajas.
Es como el sapo horrible y venenoso
Que ostenta rica joya en la cabeza.
Sí. Nuestra vida exenta de trabajos,
Halla lengua en los árboles, y libros
En límpidos arroyos, y sermones
En las peñas, y el bien en todas partes.

No la cambiara yo.

Ami.

Señor, dichoso

Sois vos que traducís con tan tranquilas
Y dulces frases nuestra dura suerte.

Duq.

Ahora bien; ¿vamos á cazar venados?
Y, no obstante, me duele que, á infelices
Seres de piel pintada; á naturales
De esta ciudad desierta y sus burgueses
En sus propios confines despedacen
Agudos dardos sus rollizas nalgas.

N. 1.º

Jacobo, ese misántropo, lamenta
Lo propio, Alteza, y jura que por eso
Sois más usurpador que vuestro hermano.
Amiens y yo llegamos sigilosos
Á espaldas tuyas hoy mientras se hallaba
Recostado á la sombra de una encina
Cuyas viejas raíces desaparecen
Bajo el arroyo que en el bosque bulle.
Allí un pobre venado vacilante
Que herido fué por cazador certero,
Vino á languidecer. Señor, gemidos
Daba el pobre animal tan lastimosos,
Que al lanzarlos, su piel se dilatava
Casi hasta reventar, y, una tras otra,
Gotas gruesas de lágrimas corrían,
Cual si se persiguieran presurosas,
Por su hocico infeliz; y el pobrecillo,
Que al borde mismo del arroyo estaba,
Con su llanto aumentaba la corriente.
Contéplalo el misántropo Jacobo...

Duq.

Y ¿qué dijo Jacobo? Por ventura
¿No llegó á disertar sobre esa escena?

N. 1.º

Sí, señor: con mil símiles. Primero
Sobre su inútil llanto sobre el río.

«Pobre ciervo, testando está», decía,
 «Como los hombres hacen, y le deja,
 »Aun más á quien de sobra ya posee.»
 Luego de verlo solo, «¡abandonado
 »De sus amigos de sedosas pieles!
 «Bien está», dice, «la desgracia huye
 »Del trato de las gentes.» Salta luego
 Cercana al ciervo, y sin hacerle caso
 Una manada de pastar ahita.
 «Sí», prorrumpe Jacobo. «Á la carrera
 »Pasad, tersos, rollizos ciudadanos,
 »La moda es. Ni echéis una mirada
 »Sobre aquel arruinado miserable».
 De igual modo zahiere contundente
 Á la ciudad, al campo y á la corte,
 Y aun á nuestra conducta, pues afirma
 Que usurpadores somos y tiranos;
 Y peores aún, por infundirle
 Terror á un animal y darle muerte
 En su propio prescrito domicilio.

Duq. ¿Y en semejante estado lo dejasteis?

N. 2.º Sí, de aquel ciervo comentando el llanto.

Duq. Llevadme donde está, porque me agrada
 Verle en esos arranques de amargura;
 Pues entonces, repleto está de ideas.

N. 1.º Al punto os llevaré.

ESCENA II

Habitación en el palacio del Duque Federico.

Entran FEDERICO, NOBLES y acompañamiento.

Fed. ¿Ninguno las ha visto? No es posible.
 Consentidores son y encubridores

¿Por qué sois noble, valeroso y fuerte?
 ¿Por qué, decid, del caprichoso Duque
 Al atleta huesudo derribasteis?
 La fama os precedió con harta prisa.
 ¿Acaso no sabéis que para algunos
 Las buenas prendas son sus enemigos?
 Lo son las vuestras, amo cariñoso,
 Porque son para vos vuestras virtudes
 Benditos y purísimos traidores.
 ¡Oh mundo miserable! Lo que adorna
 Al poseedor, á veces le envenena.

ORL. ¿Pero qué ocurre?

ADÁN. Desdichado joven,
 No paséis esas puertas. Ese techo
 De vuestros dones cubre al enemigo:
 Vuestro hermano. No tal, no es vuestro hermano,
 Sino el hijo,—no el hijo, no, no quiero
 Llamarle hijo de aquel á quien á punto
 De apellidar su padre me encontraba.
 Conoce vuestro triunfo, y esta noche
 Incendiar se propone vuestra alcoba
 Cuando en ella estuviereis reposando.
 Si eso falla, verá de daros muerte
 De otra manera. Descubrí sus planes.
 Vuestro lugar no es éste. Matadero
 Es sólo esta mansión. Aborrecedla,
 Temedla y evitadla.

ORL. Pero ¿adónde,
 Adán, pretendes, di, que yo me vaya?

ADÁN. No siendo aquí, no importa donde fuere.

ORL. Mas ¿que pida limosna me aconsejas?
 ¿Ó que con vil y turbulenta espada
 Vaya á ganar mi vida cual bandido?
 No sé que deba hacer si no hago eso,

Y eso no lo he de hacer. Es un hermano
Sanguinario, y el odio de una sangre
Desnaturalizada preferible.

ADÁN. No. Quinientas coronas he reunido,
Que en el servicio ahorré de vuestro padre,
Para el día en que inútiles mis miembros
Á un rincón, como viejo, me arrojaran.
Tomadlas. Y el que á cuervos alimenta
Y providencia es de gorriones,
Consuele mi vejez. Aquí está el oro.
Todo os lo doy. Seré vuestro criado.
Parezco viejo, pero fuerte y ágil
Me encuentro aún, pues cuando joven, nunca
Mi sangre envenenó licor rebelde,
Ni busqué con impúdico descaro
Lo que nos debilita y nos aplana.
Mi edad, por tanto, es como dulce invierno,
Fresco, pero apacible. Concededme
El que vaya con vos, que he de servirlos
Cual pudiera servir otro más joven
Para vuestros negocios y persona.

ORL. ¡Oh noble anciano! cómo en ti se ostenta
La fiel constancia de la antigua gente,
Que por cariño y no interés servía.
No sigues tú la moda de estos tiempos,
En que se suda para el medro sólo:
Y, conseguido, todo celo cesa,
Porque el fin deseado ya se tiene.
Eso no va contigo, pobre anciano.
Podas un árbol seco, que el cultivo
Y esmero que le prestas, ni siquiera
Con una flor recompensarte puede.
Mas haz tu voluntad. Iremos juntos,
Y antes que tus ahorros consumamos,

Acaso modo de vivir tengamos.
 ADÁN. Amo, guiad. Yo os seguiré constante
 Hasta lanzar el último suspiro.
 Desde los diez y siete hasta este instante
 En que de ochenta próximo me miro
 Aquí viví, pero me voy no obstante.
 La fortuna buscar de diez y siete,
 Natural cosa es. Á los ochenta,
 Delira quien hallarla se promete;
 Pero muerte feliz se me presenta.
 Como deuda á tal amo, no me inquiete.

ESCENA IV

La selva de las Ardenas.

Entran ROSALINDA, vestida de mancebo, CELIA,
 vestida de pastora, y TOQUE.

Ros. ¡Oh Júpiter! ¡Qué cansado está mi espíritu!
 Toq. Poco me importa mi espíritu, si no tuviera can-
 sadas las piernas.

Ros. Ganas tengo de infamar mi vestimenta varo-
 nil, y de llorar como mujer; pero debo consolar al vaso
 más fragil, porque deben ante naguas, mostrar ente-
 reza unas calzas y un jubón. Por lo tanto, ánimo, qué-
 rida Aliena.

CEL. Conlleve mi flaqueza. No puedo ir más lejos.

Toq. Por mi parte, antes la conllevara que la lleva-
 ra; pero aunque cargara con vos, no cargaría quizá
 con cruz alguna, pues creo que no lleváis dinero en la
 bolsa.

Ros. En fin, esta es la selva de las Ardenas.

Toq. Sí. Ahora estoy en las Ardenas. ¡Necio de mí!

En mejor sitio estaba cuando me veía en casa. Pero los viajeros deben mostrarse satisfechos.

Ros. Estalo, pues, amigo Toque.

Mira quiénes son los que vienen.

Toq. Un anciano

Y un joven en solemne conferencia.

Entran CORINO y SILVIO.

COR. Así sólo consigues su desprecio.

SIL. ¡Si conocieras tu mi amor, Corino!

COR. Lo supongo, que amar también yo supe.

SIL. Corino, ya eres viejo y no lo sabes,
Aunque en tu juventud amar supieras
Como el que más de noche ha suspirado.
Si tu amor semejante ha sido al mío—
Mas como yo, jamás ha amado nadie—,
Dime: ¿cuántas ridículas acciones
Te indujo á cometer tu fantasía?

COR. Millares que al olvido tengo dadas.

SIL. Jamás amaste tú con grande exceso;
Si todas tus locuras no recuerdas—
Aun la más leve—á que el amor te indujo,
Jamás amaste tú.

Y si no te sentaste, cual ahora

Aquí me siento yo, y á tu auditorio

Cansaste celebrando á tu adorada,

Jamás amaste tú.

Y si no te apartaste á toda prisa

Del todo de las gentes, cual ahora

Á mí obliga mi pasión á hacerlo,

Jamás amaste tú. ¡Oh Febe, oh Febe! (Vase.)

Ros. ¡Ay pastor infeliz! Sondo tu herida,
Y la mía me encuentro por desgracia.

Toq. Y yo la mía. Recuerdo que cuando estuve enamorado, rompí una vez mi espada contra un guijarro, y dije: «Toma eso por rondar de noche á Juanilla Sonrisas, y recuerdo que besaba su batidor de la leche y las ubres de las vacas que sus lindas amolletadas manos ordeñaron, y recuerdo requebrar, como si fuera ella, á una vaina de guisantes, de la que saqué dos guisantes, y dándoselos, exclamé á lágrima viva: «Úsalos como recuerdo mío.» Los que amamos de veras, nos damos á caprichosísimas cabriolas, porque así como todo en el mundo acaba, todo el mundo enamorado acaba en loco.

Ros. Hablas con más ingenio del que imaginas.

Toq. Pues jamás conoceré mi propio ingenio hasta que me rompa contra él las espinillas.

Ros. ¡Jove, Jove! Es cual mi amor

La pasión de ese pastor.

Toq. Y cual la mía; sólo que en mí ya se va arran-

CEL. Pregunta por favor al hombre ese [ciando.

Si puede darnos de comer por oro.

Exánime me hallo.

Toq. Escucha tú, patán.

Ros. Bufón, silencio,

Que no es cofrade tuyo.

COR. ¿Quién me llama?

Toq. Quien vale más que tú.

COR. Muy desdichado

Á no serlo lo fuera.

Ros. Calla, digo.

Amigo, buenas tardes.

COR. Caballero,

Tenedlas vos también. Tenedlas todos.

Ros. Pastor, si por dinero ó bien de gracia

Puedes proporcionarnos hospedaje

En tal desierto, ruego que nos lleves
Donde alimento hallemos y descanso.
Mira á esta joven de viajar rendida,
Próxima á desmayarse.

- Cor. Caballero,
Me inspira compasión, y deseara
Más bien por ella que por mí, que fueran
Mis medios más para aliviar su cuita.
Pero yo soy pastor asalariado,
Y al rebaño que guardo no trasquilo.
De mi amo el carácter es adusto,
Y del cielo la senda no se abre
Obras de caridad ejecutando.
Además, su cabaña, pasturajes
Y ganados están ahora de venta;
Y por hallarse ausente, en nuestra choza
Escasos comestibles hoy tenemos.
Mas venid y veréis lo que allí hubiere,
Y mi voz os dará la bienvenida.
- Ros. ¿Quién compra su ganado y pasturajes?
- Cor. Ese joven pastor que aquí se hallaba,
Y que de compras hoy se cuida poco.
- Ros. Si deslealtad no fuere, te suplico
Compres cabaña, pastos y ganado:
Nosotros el dinero apntaremos
- CEL. Y más jornal tendrás. Me agrada el sitio,
Y aquí quisiera yo pasar la vida.
- Cor. La propiedad, no hay duda, está de venta.
Venid conmigo, pues. Y si os agrada
Tras los informes que toméis, la tierra
Y los productos suyos y esta vida,
Pronto la comprará vuestro dinero,
Y en mí veréis sumiso ganadero. (Vanse.)

ESCENA V

Otra parte de la selva.

Entran AMIENS, JACOBO y otros.

CANCIÓN

Quien bajo el árbol frondoso
 Á mi lado se recuesta
 É imita el canto, gozoso,
 Del pájaro en la floresta,
 Venga acá, venga acá, venga acá.
 Del mundo al abrigo,
 Su solo enemigo
 El cierzo y la lluvia de invierno será.

JAC. Más, más. Por favor, más.

AMI. Te voy á poner melancólico, Jacobo.

JAC. Mejor. Por favor, más. Yo chupo la melancolía
 de una canción, como una comadreja chupa huevos.
 Más, por favor, más.

AMI. Mi voz es ronca. Sé que no te puedo agradar.

JAC. Si yo no quiero que me agrades. Lo que quiero
 es que me cantes. Más, más. Otra estrofa. ¿No son es-
 trofas?

AMI. Como quieras, Jacobo.

JAC. Me importa poco cómo se llamen. Nada me
 deben. ¿Quieres cantar?

AMI. Más bien porque me lo suplicas que por gus-
 to mío.

JAC. Está bien. Si á persona alguna en este mundo
 le he de dar las gracias, te las daré á ti; pero lo que



llaman cumplimientos, se me antoja el encuentro de dos monos, y cuando alguno me da sinceras gracias, se me figura que le he dado una limosna, y que, á lo pordiosero, me da las gracias. Vamos, canta, y que los que no canten, callen.

AMI. Bueno. Acabaré la canción. Señores, poned la mesa. El Duque refrescará á la sombra de este árbol. Ha estado todo el día buscándote.

JAC. Y yo he estado todo el día eludiéndolo. Es harto discutidor para mi genio. Yo pienso en tantas cosas como piensa él; pero doile gracias á Dios y no me jacto de ello. Vamos á gorgear, vamos.

CANCIÓN

Varios juntos.

Quien vive al sol y contento
Sin que en él la envidia asome;
Busca su propio alimento
Y satisfecho lo come,
Venga acá, venga acá, venga acá.
Del mundo al abrigo,
Su solo enemigo
El cierzo y la lluvia de invierno será.

JAC. Te daré unos versos para esta canción que compuse ayer, á despecho de mi imaginación.

AMI. Y yo los cantaré.

JAC. Así son:

Si aspira alguna persona
Del asno á las cualidades,
Y por capricho abandona
Bienes y comodidades,
Duc ad me, Duc ad me, Duc ad me.
Verá cuánto tonto,

Cual él halla pronto

Si al sitio acudiere que yo indicaré.

AMI. ¿Qué es eso de Duc ad me?

JAC. Es una invocación griega, para reunir en rueda á los tontos. Voime á dormir si puedo. Si no, me burlaré de todos los primogénitos de Egipto.

AMI. Y yo me voy á buscar al Duque. El banquete está preparado.

(Vanse por distintos lados.)

ESCENA VI

Otra parte de la selva.

Entran ORLANDO y ADÁN.

ADÁN. Querido amo, no puedo más. Me estoy muriendo de hambre. Aquí me tenderé y mediré mi sepultura. Adiós, querido amo.

ORL. Vamos. ¿Qué es eso, Adán? Vive algún tiempo más. Sostente un rato. Anímate. Si en esta extraña selva vive animal salvaje, yo seré pasto suyo ó te servirá de alimento. Más cerca está tu imaginación de la muerte que lo están tus fuerzas. Recobra el ánimo para consuelo mío. Lucha á brazo partido con la muerte. Volveré aquí pronto, y si no te traigo algo de comer, te daré permiso entonces para que mueras; pero si te mueres antes de que vuelva, te burlarás de mi trabajo. Bien va. Parécesme más animado. Pronto volveré. Pero aquí estás tomando el aire frío. Te buscaré algún sitio resguardado, y no te morirás por falta de comida si hay algo vivo en este desierto. Ánimo, mi buen Adán.

(Vanse.)

ESCENA VII

Otra parte de la selva. (La misma de la escena V.)

Una mesa puesta. Entran el DUQUE, AMIENS y otros.

DUQ. Se ha transformado en animal dijera,
Pues en figura humana no lo hallo.

AMI. De aquí se fué, señor, hará un momento,
Y aquí, gozoso, una canción oía.

DUQ. Si esa aglomeración de disonancias
Músico se nos vuelve, en las esferas
Discordancias tendremos de seguida.
Buscadlo, y le diréis que quiero hablarle

AMI. Con su presentación, trabajo ahorra.

Entra JACOBO.

DUQ. Vamos á ver, señor. ¿Qué vida es esa,
Que los amigos infelices tuyos
Tienen que suplicar tu compañía?
Mas, ¡cómo! ¿Estás alegre?

JAC. Un bufón, un bufón hallé en el bosque,
Era un bufón de traje abigarrado.
¡Oh mundo miserable! Tan de veras
Vi yo á un bufón, cual de comer existo.
Tomaba el sol tendido sobre el suelo,
Y en apropiadas frases maldecía
De la fortuna. En apropiadas frases.
Y era un bufón de traje abigarrado.
«Buenos días, bufón», dije, y responde:
«No, señor, no debéis bufón llamarme,
»Hasta que no me dé más suerte el cielo.»

Saca luego un cuadrante de la bolsa,
Y con vista apagada lo examina.
Y «son las diez», exclama sentencioso.
«Aquí veréis, añade, cuál va el mundo;
»Ha una hora no más que eran las nueve,
»Y después de otra más serán las once.
»Así, pues, de hora en hora maduramos,
»Y después de hora en hora nos pudrimos,
»Y aquí se encierra una lección.» Oyendo
Disertar al bufón abigarrado
Sobre el tiempo que pasa de ese modo,
Cantaron como el gallo mis pulmones.
Jamás creí que en un bufón cabía
Tanta profundidad de pensamiento;
Y sin intermisión por su cuadrante
Me reí por lo menos una hora.
¡Noble bufón! ¡Digno bufón! Vestirse
Un traje abigarrado es lo que priva.

Duq. Mas, ¿qué bufón es ese?

Jac. Noble bufón. Ha sido cortesano,
Y dice que las jóvenes hermosas
También el don de conocerlo tienen.
Y en su cerebro seco, cual sobrante
Galleta de un viaje, atiborradas
Tiene en varios rincones fantasías
Que en mutilada forma nos ofrece.
¡Oh, quién fuera bufón! Abigarrado
Traje ambiciono yo.

Duq. Tendrás, pues, uno.

Jac. Es el solo vestido que me cuadra.
Con tal de que escardéis de vuestro juicio
Esa opinión; que, como mala hierba,
En él domina, de que soy discreto.
Libertad amplia necesito. Grande

Cual la del viento inmunidad reclamo
Para soplar sobre cualquier persona,
Que estos son privilegios de bufones.
Y quienes más sufrieren por mis burlas
Son los que deben más de ellas reirse.
¿Por qué? diréis; pues el porqué tan llano
Es, cual senda que lleva á la parroquia.
El que discreto es y un necio hiere.
Obra muy neciamente, aunque le duela,
Manifestando que le escuece el golpe.
Así la necedad queda á la vista
Del hombre que es discreto, meramente
De un bufón á las vagas indirectas.
Vestidme, pues, mi traje abigarrado
Dándome libertad para que hable,
Y el sucio cuerpo de este infecto mundo
Escamondar prometo, si paciente
Toma mis medicinas.

Duo. ¡Qué vergüenza!

Yo te puedo decir qué es lo que harías.

JAC. ¡Por vida de! ¿qué si no el bien, decidme?

Duo. Pecarás grandemente censurando

Los pecados ajenos. Libertino

En otro tiempo fuiste, y lujurioso

Más que instinto brutal. Todas las llagas

Tumefactas y úlceras malignas

Que en tu vida de crápula adquiriste

Quisieras propagar por todo el mundo.

JAC. ¡Bah! ¿quién queda aludido

Cuando á la vanidad se vitupera?

¿No fluye, acaso, como el mar gigante

Hasta que su impotencia la detiene?

¿A qué señora de la corte aludo

Al exclamar que sobre indignos hombros

Luce la cortesana pompa regia?
 ¿Quién osará decir que á aquella aludo
 Cuando es igual á aquella su vecina?
 ¿Quién es el hombre de tan baja estofa
 Que diga que su lujo yo no pago
 Pensando que á él aludo, sin que necio,
 Él mismo á mi discurso se acomode?
 Pues bien. Vamos á ver. Que sepa cómo
 Le ha podido ofender la lengua mía.
 Dije verdad, pues él es quien se ofende.
 Si lo que dije no le toca, entonces
 Mi diatriba, cual ánade silvestre,
 Sin que ninguno la reclame, vuelas.
 Pero ¿quién aquí viene?

Entra ORLANDO con la espada desenvainada.

ORL.

Deteneos.

No comáis más.

JAC.

Pardiez, aun no he comido.

ORL.

No lo haréis hasta verse satisfecha
 Cruel necesidad.

JAC.

¿De cuál especie

Es este gallo?

DUQ.

¿La miseria os hace

Ser tan audaz, ó desdeñáis acaso
 La política, vos, que tan exento
 Al parecer estáis de cortesía?

ORL.

Al comienzo acertasteis. La agudeza
 De una aflicción cruel me desposee
 De suave urbanidad, y, sin embargo,
 Soy de una tierra culta y he tenido
 Alguna educación. Mas deteneos.
 Muere, digo, quien coma de esta fruta

Hasta que yo y mis cuitas se remedien.

JAC. Pues si razón no hay que os satisfaga,
Precisa que yo muera.

Duq. ¿Qué queréis?

Más fuerza nos hará vuestra blandura,
Que logrará ablandarnos vuestra fuerza.

ORL. De hambre me muero. Permitid que coma.

Duq. Sentaos y comed, y bien venido.

ORL. ¿Con tal cariño habláis? Perdón reclamo.

Pensé que todo aquí fuera salvaje,
Y por eso asumí feroz aspecto.

Pero quien quiera que seáis que en este
Desierto inaccesible, y á la sombra
De estas pendientes ramas al olvido
Dais y al desprecio las fugaces horas,
Si acaso visto habéis mejores días;
Si habéis vivido, por ventura, donde
Os llamaba á la iglesia la campana;
Si fuisteis comensal de un hombre honrado;
Si el llanto ha humedecido vuestros ojos;
Si lástima tuvisteis ó inspirasteis,
Que la dulzura mi violencia sea,
Y sonrojado envainaré mi espada.

Duq. Hemos visto, en verdad, mejores días,
Y á la iglesia acudimos al repique
De la sacra campana, y á la mesa
De hombre de bien sentados estuvimos,
Y en nuestros ojos lágrimas secamos
Que veneranda compasión indujo.

Sentaos, pues, en paz, y á vuestro antojo
Tomad de cuanto veis que os satisfaga.

ORL. Entonces, esperad breves instantes
Mientras que yo, cual cierva, á mi cervato
Voy al punto á buscar para que coma.

Es un anciano, que con paso incierto
Por cariño no más tras mí camina.
Hasta que coma él, á quien afligen
Dos flaquezas, el hambre y luengos años,
Yo nada he de probar.

Duq. Id en su busca.

Nada, mientras faltéis, consumiremos.

Ori. Gracias. Tanta bondad el cielo os pague. (Vase.)

Duq. Tan solos, ya lo ves, en la desgracia
No estamos, no. Del mundo el gran teatro
Más tristes espectáculos ofrece
Que la escena que en él hacer nos toca.

Jac. Es escenario el mundo: son tan solo
Meros cómicos hombres y mujeres
Que entran en él y salen, y á menudo,
Varios papeles representa un hombre
Dividiendo su vida en siete actos.
Niño primero en brazos de nodriza,
Chillando y babeando lacrimoso;
Rapaz después que con atados libros
Y faz radiante y juvenil camina
A la escuela con paso de tortuga;
Amante luego como fragua ardiente,
Componiendo balada dolorosa
Para ensalzar las cejas de su amada;
Después soldado que habla mal y vota,
Bigotudo lo mismo que un leopardo,
Celoso de su honor y pendenciero,
Y que buscando va fama ilusoria
Aun del cañón ante la boca misma;
Mas tarde juez que con obesa panza
Repleta de capón, con ceño adusto
Y barba recortada diestramente,
Saturado de máximas y ejemplos,

Su papel representa. En su acto sexto
Es ya el payaso que chinelas usa,
Afirma en las narices anteojos
Y al lado lleva su bolsón. Con pliegues
Sus juveniles calzas, aun servibles,
De sus piernas escuálidas le cuelgan
Y su voz fuerte y varonil tornando
Otra vez á los tiples femeniles
Silba y chilla al hablar. La última escena
Que termina este drama lastimoso
Es la segunda infancia y el olvido,
Sin dientes, vista y paladar, sin nada.

Vuelve á entrar ORLANDO con ADÁN.

DUQ. Bien venidos. Soltad carga tan noble,
Y que coma.

ORL. Por él os doy las gracias.

ADÁN. Bien hacéis, porque puedo hablar apenas.

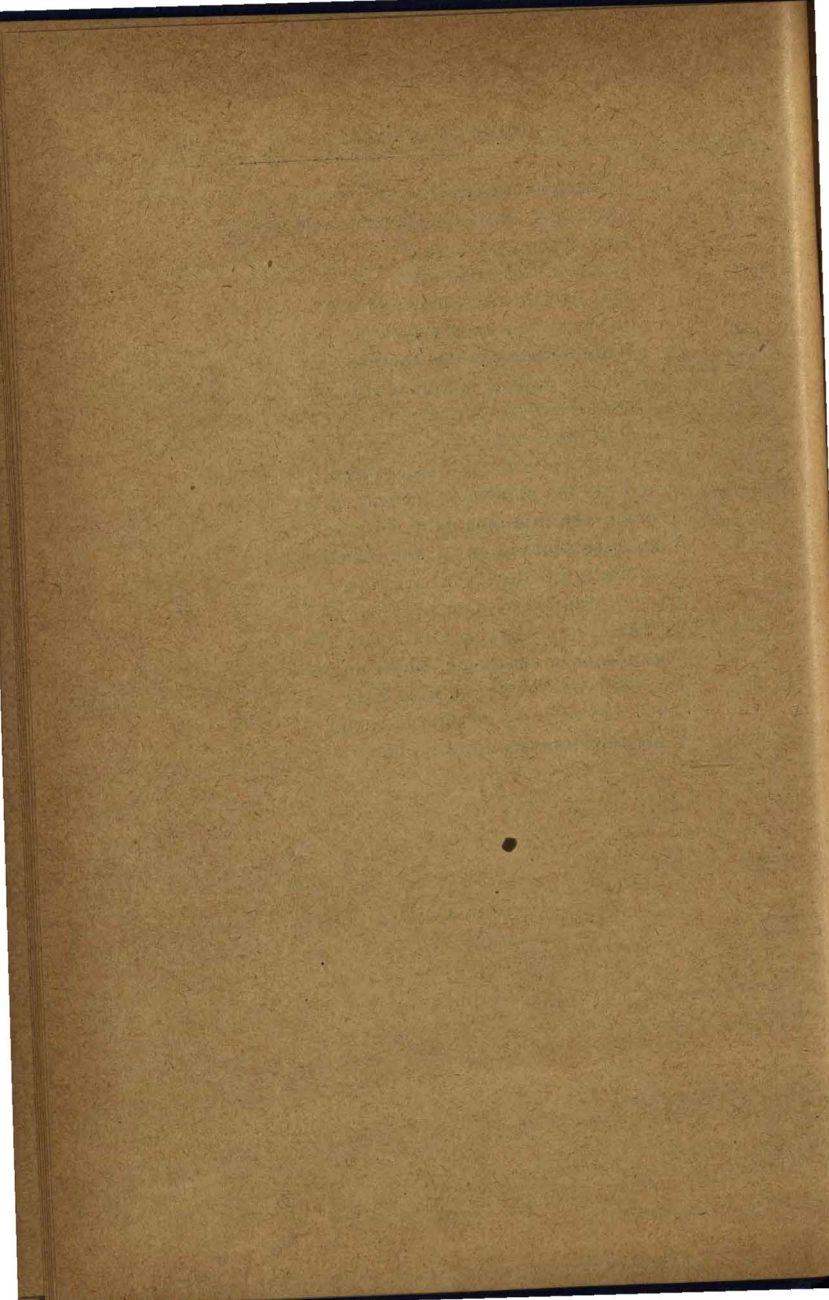
DUQ. Bien venidos. Comed, que molestaros
No quiero en este instante con preguntas
A fin de conocer la historia vuestra.
Música, pues, y tú, buen primo, canta.

CANCIÓN

AMI. Ruje, ruje, cierzo airado,
Que eres menos despiadado
Que la humana ingratitude.
No es su diente tan agudo,
Pero aleve y más sañudo,
Envenena su acritud.
Que viva, que viva, la encina frondosa,
Sus glorias cantad;
Locura ser suele pasión amorosa,

Ficción la amistad.
Que viva, que viva, la encina florida;
Gozad de la vida.
Hiela, hiela, cielo fiero,
Que es mordisco más certero
El favor que se olvidó.
Aunque al agua das tortura,
No nos causas la amargura
Que el amigo que faltó.
Que viva, etc.

Duq. Pues eres tú de Sir Roldán el hijo,
Como me has confesado francamente
Y como ven mis ojos, pues su efigie
Viva miro pintada en tu semblante,
Con el alma te doy la bienvenida.
Soy ese duque que á tu padre amaba.
El final de tu historia allá á mi cueva
Vendrás para contarme. Noble anciano,
Tan bienvenido cual tu amo eres.
Del brazo tenlo tú. Tu mano ruego,
Y me referirás tus cuitas luego.





ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Habitación en el Palacio.

Entran el DUQUE FEDERICO, OLIVERO, NOBLES
y acompañamiento.

FED. ¿Qué? ¿Que no lo habéis visto desde entonces?

Eso no puede ser. Si no pecase

De harto indulgente yo, no buscaría,

Presente tú, más lejos mi venganza.

Pero, pon atención. Busca á tu hermano:

Búscalo con candil por todas partes:

Venga dentro de un año vivo ó muerto,

Ó no vuelvas jamás á mis dominios.

Tierras y todo cuanto fuere tuyo

Que valiere la pena te confisco

Como no pueda con su propia boca

Mis sospechas de ti borrar tu hermano.

OLIV. Pudierais ver mi corazón, alteza!

Á mi hermano jamás cariño tuve.

FED. Tanto mayor tu infamia. Que lo arrojen

De mi palacio al punto, y mis agentes

Su casa y tierra desde luego embarguen,

Y sin más dilaciones que se vaya.

(Vanse.)

ESCENA II

La selva de las Ardenas.

Entra ORLANDO con un papel y lo cuelga de un árbol.

ORL. Versos, de aquí pended, atestiguada
Así quedando mi pasión sincera.
Y tú, nocturna reina coronada,
Tus castos ojos desde la alta esfera
Dirige al nombre de tu ninfa amada
Que absorbe y rige mi existencia entera.
¡Oh, Rosalinda, en estos troncos quiero
Indicar mi pasión incontrastable;
Y no habrá residente ni viajero
Que ignore tu valer incomparable.
Orlando, en cada tronco pon letrero
Por la bella, la casta, la inefable. (Vase.)

Entran CORINO y TOQUE.

COR. ¿Que tal os parece, señor Toque, esta vida pastoril?

TOQ. Francamente, pastor, considerándola con relación á sí misma, es buena vida; pero considerando que es vida pastoril, vale poco. Considerándola como vida solitaria, me gusta; pero considerando que es vida retirada, mezquina vida es. Ahora bien; considerándola como vida de campo, me deleita; pero considerando que no se vive en la corte, me fastidia. Por ser vida de privaciones, ya lo véis, se acomoda á mi carácter; pero como no hay abundancia, va contra mi genio. ¿Tenéis, por ventura, pujos de filósofo, pastor?

Con. Sólo los bastantes para saber que mientras más uno enferma, más doliente está; y que el que no tiene dinero, ni comodidades, ni satisfacciones, carece de tres buenos amigos. Que la condición de la lluvia es humedecer, y la del fuego quemar; que los buenos pastos engordan á las ovejas, que la gran razón de que llega la noche es que se pone el sol, y que el que no tiene ingenio ni natural, ni adquirido, razón tiene para lamentarse de falta de educación ó de venir de mala raza.

Toq. Quien como vos habla, filósofo nato es. ¿Habéis estado en la corte, pastor?

Con. Jamás.

Toq. Entonces, estáis condenado.

Con. Espero que no.

Toq. Condenado sin remisión, como huevo cocido á medias.

Con. ¿Por no haber estado en la corte? La razón.

Toq. Claro. Si jamás estuvisteis en la corte, ignoráis lo que son buenas costumbres, y si ignoráis lo que son buenas costumbres, vuestras costumbres serán malas, y como la maldad es pecado, condenado estáis. Grave es vuestra situación, pastor.

Con. Ni que lo penséis, señor Toque. Lo que son en la corte buenas costumbres, son en el campo ridículas, como risibles son en la corte las costumbres del campo. Me decís que en la corte besan la mano cuando saludan, lo que sería costumbre poco limpia si los cortesanos fueran pastores.

Toq. La prueba, vamos, pronto, la prueba.

Con. ¡Pues qué! ¿Nosotros, constantemente no manoseamos nuestras ovejas, cuyos vellones, como sabéis, tienen siempre suarda?

Toq. ¡Pues qué! ¿Las manos de nuestros cortesanos

no sudan? ¿Y la suarda de un carnero no monta tanto como el sudor de un hombre? Pobre argumento, pobre argumento. Buscad otro mejor. Vamos.

Cor. Además, tenemos manos callosas.

Toq. Más impresión harán en vuestros labios. Pobre argumento también. Buscad otro de más fuerza. Vamos.

Cor. Y á menudo se cubren de brea cuando curamos carneros, y ¿prentendéis que besemos brea? Los cortesanos perfuman sus manos con almizcle.

Toq. ¡Hombre ignorantísimo! ¡Carne de gusanos y no ya buen trozo de carne fresca! De sabios tomad consejo, y atended. El almizcle es de más baja estofa que la brea. Es la excrescencia de un gato. Mejorad el argumento.

Cor. Tenéis harta agudeza, y por lo tanto, me rindo.

Toq. ¿Y os quedáis condenado? Dios os ampare, hombre, hombre limitadísimo. Cúreos Dios. Os falta madurez.

Cor. Señor mío, yo sólo soy un hombre de campo. Me gano lo que como y lo que visto. No odio á nadie. No envidio felicidad ajena. Me alegra el bien de todos, me resigno con mi suerte, y mi mayor dicha es ver á mis ovejas pastar y á mis corderillos mamar.

Toq. Otro pecado patente en que incurris ayuntando ovejas y moruecos. ¡Ganarse la vida con la cópula del ganado! ¡Convertirse en tercero de un manso, y vender para desigual enlace á una ovejilla de doce meses á un morueco viejo, patizambo y cornudo por añadidura. Si por esto no os condenáis, es por razón de que el diablo mismo renuncia á tener pastores. No veo cómo os podéis escapar de otro modo.

Cor. Aquí llega mi joven amo Ganimedes, el hermano de mi nueva ama.

Entra ROSALINDA leyendo un papel.

Ros. Joyas mil el mundo brinda;
La mejor es Rosalinda.
Da su fama de relinda
Aun el viento á Rosalinda.
De otras bellas que prescinda,
Quien ha visto á Rosalinda.

Toq. De ese modo estaría yo rimando ocho años seguidos, salvo las horas de comer, cenar y dormir. Á ese mismo compás lo haría la lechera que va al mercado.

Ros. Calla, necio.

Toq. Ved una muestra.

Como nave de alta guinda
Es airosa Rosalinda.
Todo pacto se rescinda
En favor de Rosalinda.
Quien la ha visto se avecinda
Donde vive Rosalinda;
Que es tan dulce como guinda
Sazonada Rosalinda,
Mas cual rosa la más linda,
Tiene espinas Rosalinda.

Este es el legítimo galope falso de la versificación.
¿Por qué os contamináis con semejantes versos?

Ros. Cállate, estúpido. Los hallé pendientes de un árbol.

Toq. Mala fruta, en verdad, da ese árbol.

Ros. Lo injertaré contigo, lo que será igual á injertalo en níspero. Dará entonces la fruta más temprana de la comarca; pero podrida antes de estar medio madura, como níspero.

Toq. Habéis dicho, pero si con discreción ó sin ella, decidalo el bosque.

Entra CELIA leyendo un papel.

Ros. Calla. Aquí llega mi hermana leyendo. Retírate.

CEL. (Leyendo):

¿Por siempre estas soledades
Han de estar desiertas? No.
Daré á los árboles yo
Lenguas que digan verdades.
Dirán que el mortal ajeno
De su fin próximo vive,
Vida que se circunscribe
En un palmo de terreno.
Dirán que en hombre informal
Todo es artificio y tramas,
Pero en las más bellas ramas,
De cada frase al final,
Rosalinda haré que indiquen,
Para que así de contino
De ese conjunto divino,
La quinta esencia publiquen.
Pues quiso naturaleza
Que en ella fuesen reunidas,
Las mil gracias esparcidas
Que al mundo dan su belleza.
De Helena, sin deshonor,
El rostro que se idolatra,
La majestad de Cleopatra,
De Atalanta lo mejor;
De la mísera Lucrecia
La virtud acrisolada;

Que Rosalinda, formada
Fué de cuanto el mundo aprecia;
Y en sínodo celestial
De entre infinitas facciones
Y múltiples corazones
Se escogió lo excepcional,
Porque el cielo quiso que perfecta fuera
Y que yo, su esclavo viviera y muriera.

Ros. Gentilísima predicadora, con cansada homilía de amores has aburrido á los feligreses, sin haberles dicho siquiera: «Buenas gentes, paciencia tened.»

CEL. Calla, calla. Atrás, amigos. Pastor, retírate, y tú, ve con él.

Toq. Vamos, pastor, emprendamos retirada honrosa, ya que no con armas y bagajes, con alforjas y zurrón.

(Vanse Corino y Toque.)

CEL. ¿Oíste esos versos?

Ros. ¡Oh sí, todos, y aun más! Porque algunos tenían más pies de los que necesitaban.

CEL. ¿Qué importa? Mientras más pies tengan, mejor deben correr los versos.

Ros. Sí, pero cojeaban, y no se sostenían fuera del verso, por lo que el mismo verso cojeaba.

CEL. ¿Pero oíste sin maravillarte, cómo tu nombre pende de las ramas de los árboles, y aparece grabado en sus troncos?

Ros. Antes que tú me lo anunciaras, de estos nueve días, he empleado siete en maravillarme. Mira lo que encontré pendiente de la rama de una palmera, Jamás me he visto perseguida por rimas de este modo desde la época de Pitágoras, cuando era yo rata irlandesa, circunstancia que apenas recuerdo.

CEL. ¿Sabes quién hace todo esto?

Ros. ¿Un hombre acaso?

CEL. Con una cadena que antes gastabas tú alrededor de tu cuello. ¿Palideces?

Ros. Por favor, ¿quién?

CEL. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! Dificil cosa es que dos amantes se encuentren; pero como los terremotos logran allanar montañas, puede ocurrir.

Ros. ¿Pero quién es?

CEL. ¡Será posible!

Ros. Vamos. Te lo suplico con la vehemencia más encarecida. ¿Quién es?

CEL. ¡Oh, maravilla y maravilla, y maravilla de las maravillas! ¡y más maravilla aún y clímax de toda exclamación!

Ros. ¡Bendita sea mi cara! ¿Pienzas que porque estoy ataviada de hombre tiene también jubón y calzas mi alma? Una pulgada más de dilación es para mí un viaje de exploración al mar del Sur. Te ruego que al punto me digas quién es, y habla aprisa. Ojalá tartamudearas para que arrojaras al incognito por la boca como sale el vino de una botella de cuello angosto, mucho de golpe ó ninguno. Por favor, descorcha esa boca á fin de que beba yo tus nuevas.

CEL. ¿Para tragarte á un hombre?

Ros. ¿Es hechura de Dios? ¿Qué especie de hombre es? ¿Vale su cabeza el gastar sombrero y su rostro barbas?

CEL. Barbas, tiene pocas.

Ros. Dios le dará más si se porta bien. Esperaré á que sus barbas crezcan con tal de que no te detengas en darme á conocer su rostro.

CEL. Es el joven Orlando, que venció al atleta y á tu corazón en un instante mismo.

ROS. Cargue el diablo con tus bromas. Habla con seriedad y como joven discreta.

CEL. Te lo juro, prima, él es.

ROS. ¡Orlando!

CEL. Orlando.

ROS. ¡Válgame Dios! ¿Qué haré yo ahora de mí ju-bón y de mis calzas? ¿Qué hizo cuando le viste? ¿Qué te-dijo? ¿Cómo se hallaba? ¿Cómo iba vestido? ¿Qué le trae aquí? ¿Preguntó por mí? ¿Dónde para? ¿Cómo se separó de ti? ¿Y cuándo lo volverás á ver? Contéstame en una palabra.

CEL. Préstame antes la boca de Gargantúa. Palabra demasiado grande sería para boca de estos tiempos. Decir sí y no á tantas particularidades, es más que responder á un catecismo.

ROS. ¿Pero sabe que yo me hallo en esta selva y ves-tida de hombre? ¿Tiene tan gentil aspecto como el día de la lucha?

CEL. Tan fácil es contar átomos como contestar á preguntas de enamorados; pero paladea mi descubri-miento y saboréalo detenidamente. Encontrélo tendido bajo un árbol, como bellota desprendida.

ROS. Árbol de Jove debiera llamarse, árbol que tal fruto deja caer.

CEL. Señora mía, déjame hablar.

ROS. Sigue.

CEL. Allí estaba tendido á la larga, como herido ca-ballero.

ROS. Por doloroso que fuera ese espectáculo, adorna-ría el paisaje.

CEL. Refrena tu lengua, por favor. Cabriolea fuera de tiempo. Ataviado estaba de cazador.

ROS. ¡Oh, mal agüero! Viene á matarme el corazón.

CEL. Deseo cantar sin estribillo. Me desentonas.

ROS. ¿No sabes que soy mujer y que cuando pienso tengo que hablar? Sigue, querida mía.

CEL. Me desconciertas. ¡Calle! ¿No es ése?

ROS. El mismo. Escurrámonos. (Celia y Rosalinda se retiran.)

Entran ORLANDO y JACOBO.

JAC. Muchas gracias por haberme acompañado hasta aquí; pero, francamente, hubiera preferido venir solo.

ORL. Y yo también; pero, no obstante, para no faltar á la cortesía, os doy las gracias por vuestra compañía.

JAC. Dios os guarde. Que nos veamos lo menos posible.

ORL. Mientras menos, mejor. Ese es mi deseo.

JAC. Os ruego que no estropeéis más árboles grabando canciones amorosas en sus troncos.

ORL. Os suplico que no estropeéis más versos míos leyéndolos con tan poca gracia.

JAC. ¿Es Rosalinda el nombre de vuestra amada?

ORL. Exactamente.

JAC. No me gusta su nombre.

ORL. No se pensó en daros gusto cuando la bautizaron.

JAC. ¿Qué estatura tiene?

ORL. Llega justamente hasta mi corazón.

JAC. Estáis repleto de lindas respuestas. ¿Habéis tratado por ventura á alguna esposa de platero y las habéis sacado de motes de sortijas?

ORL. Nada de eso. Os respondo á estilo de letreros de tapiz, de donde habéis sacado vuestras preguntas.

JAC. Agudo ingenio tenéis. Salido seguramente de los talones de Atalanta. ¿Queréis sentaros y juntos re-

negaremos de nuestro señor el mundo y de todas nuestras desdichas?

ORL. No quiero culpar á ningún ser viviente de este mundo, sino á mí propio, cuyos defectos son los que más me constan.

JAC. Vuestro mayor defecto es estar enamorado.

ORL. Defecto que no cambiaría por la mejor cualidad vuestra. Me aburrís.

JAC. Yo os aseguro que buscaba á un necio cuando os hallé.

ORL. Ese se ahogó en el arroyo. Inclínad la cabeza para buscarlo, y allí lo veréis.

JAC. Allí veré mi propia figura.

ORL. Que creo es la de un necio ó un nadie.

JAC. No me detengo más tiempo. Adiós, Signore Amore.

ORL. Celebro que os marchéis Monsieur Melancolías.

(Vase Jacobo. Celia y Rosalinda se adelantan.)

Ros. (Aparte á Celia.) Le hablaré cual si fuese un paje descarado, y asumiendo sus ademanes, le embromaré. ¿No oís cazador?

ORL. Muy bien. ¿Qué queréis?

Ros. ¿Qué hora, os ruego, marca el reloj?

ORL. Debierais preguntarme qué hora es, pues no hay relojes en esta selva.

Ros. En esta selva entonces no hay ningún enamorado de veras, porque sus suspiros de cada minuto y sus gemidos de cada hora indicarían el perezoso paso del tiempo lo mismo que un reloj.

ORL. Y ¿por qué no el acelerado paso del tiempo? ¿No hubiera sido esto más propio?

Ros. De ningún modo, caballero. El tiempo camina

con diferente paso según son las personas. Ya os diría yo con quién va á paso de andadura, con quién al trote, con quién al galope y con quién se para en firme.

ORL. ¿Con quién, decidme, camina al trote?

Ros. Trota bruscamente con una doncella en el intervalo que media entre su contrato de boda y el día en que éste se solemniza, aunque el intervalo sea sólo el de una semana. Su paso es tan violento, que parece durar siete años.

ORL. ¿Con quién camina á paso de andadura?

Ros. Con un sacerdote que no sabe latín, y con un rico que no padece de la gota, porque el uno duerme á pierna suelta, pues no estudia, y el otro vive alegremente, porque nada le duele; fáltale al uno la debilitante y destructora carga del saber, y el otro desconoce el grave peso de enojosa penuria. Con esta gente, camina el tiempo á paso de andadura.

ORL. ¿Con quién galopa?

Ros. Con el ladrón á quien conducen al patíbulo, porque aunque camine todo lo lentamente que le sea dable á sus pies deslizarse, considera que llega al término de su viaje con celeridad harta.

ORL. ¿Con quién se para en firme?

Ros. Con los letrados durante las vacaciones, porque duermen mientras están cerrados los tribunales, y entonces ni ven cómo camina el tiempo.

ORL. ¿Dónde vivís, gentil mancebo?

Ros. Aquí en los bordes de esta selva, como franja de saya, con esta pastora hermana mía.

ORL. ¿Sois de estas tierras?

Ros. Como los conejos que viven donde se criaron.

ORL. Vuestra manera de hablar es más culta de la que pudierais haber adquirido en lugar tan apartado.

Ros. Muchos me lo han dicho; pero es el caso que un

anciano religioso, tío mío, me enseñó á hablar. Estuvo en la corte en sus mocedades, y por cierto que era hartó entendido en cuestiones de galanteos, pues allí se enamoró. Hele oído leer muchos sermones contra el amor, y gracias doy yo á Dios de no ser mujer para no estar inficionado de tantas liviandades como él consideraba anexas á todo el sexo en general.

ORL. ¿Y recordáis por ventura cuáles eran las principales faltas que él achacaba á las mujeres?

Ros. No hablaba de faltas principales. Todas eran tan semejantes entre sí, como lo son los ochavos. Cada falta parecía monstruosa hasta que su pareja la igualaba.

ORL. Referidme, por favor, algunas.

Ros. No. No quiero gastar mis medicinas sino con enfermos. Recorre un hombre esta selva que estropea los arbustos grabando en sus troncos el nombre de Rosalinda. Cuelga odas de las ramas de los espinos y elegías de las de los zarzales; y todo, ¿para qué? Para ensalzar el nombre de Rosalinda. Si tropezara yo con ese iluso, le daría apropiado consejo, porque, por lo visto, padece de fiebre de amor cuotidiana.

ORL. Ese enfermo de amor soy yo, y os ruego que me propinéis vuestro remedio.

Ros. No hallo en vos ninguna de las señales de que mi tío hablaba. Enseñóme á conocer á todo enfermo de amor, en cuya jaula de mimbres seguro estoy de que no estáis preso.

ORL. ¿Qué señales son esas?

Ros. Rostro demacrado, que no tenéis; ojos sin brillo y con ojeras, que no tenéis; genio taciturno, que no tenéis; barba desordenada, que no tenéis; pero eso puede cancelarse, porque lo que de barba tenéis, es sencillamente la renta de un segundón. Además, vuestras cal-

zas deberían estar desligadas, vuestra gorra sin lazo, vuestras mangas sin abotonar, vuestro calzado sin atar, y todo vuestro vestido patentizando absoluto descuido. Pero vos no sois así. Antes vais ataviado con esquisito esmero, pareciendo más bien que os amáis á vos mismo y no á otra persona.

ORL. Gentil mancebo, ojalá os pudiera convencer de que amo de veras.

Ros. ¡Convencerme á mí! Más vale que convenzáis de eso á la que amáis; y de juro será más fácil cosa que el que lo confiese. Ese es uno de los puntos en los que las mujeres dan el mentís á su conciencia. Pero, en puridad, ¿sois vos el que cuelga de los árboles versos en los que tanto se encomia á Rosalinda?

ORL. Joven, os juro por la blanca mano de Rosalinda, que yo soy ese desdichado.

Ros. ¿Pero estáis tan enamorado como vuestros versos manifiestan?

ORL. Ni versos ni conceptos ningunos pueden expresar lo inmenso de mi amor.

Ros. El amor es meramente locura, y os aseguro que el enamorado es tan merecedor de encierro y de látigo como el demente, y el motivo por el cual no se castigan y curan de igual modo, es porque esa locura es tan general, que aun los mismos que debieran azotar, suelen estar también enamorados. No obstante, yo pretendo curar esa enfermedad con consejos.

ORL. ¿Habéis curado á alguno de ese modo?

Ros. Sí. Á uno, y de la siguiente manera. Tuvo que imaginar que yo era su amor, su amada misma, y le obligaba á que diariamente me hiciera el amor, cuando yo, fingiéndome una jóven casquivana, le daba quejas, me hacía la niña, la veleidosa, la caprichosa y la mimosa, ó me mostraba soberbia, inconstante, falta de

juicio, instable, y lloraba ó sonreía, dando algo á cada pasión; pero á ninguna mucho, pues los niños y las mujeres son, por lo común, ganado de esta especie. Ya parecía que le amaba, ya que le odiaba, después le halagaba, y más tarde le rechazaba; en seguida lloraba por él, y un momento después le escupía al rostro, y de esta manera le hice pasar de su locura de amor al amor de otra locura; pues abandonó la amplia corriente del mundo, para vivir en un rincón vida monástica. Y así lo curé yo, y de esta manera me comprometo á lavaros el hígado, que quedará más limpio que el corazón de una oveja, sin que en él aparezca la más leve señal de amor.

ORL. Joven, renuncio á curarme.

Ros. Os curaría con solo llamarme vos Rosalinda, y venir cada día á cortejarme á mi choza.

ORL. Pues os juro por mi amor que así lo haré. Decidme dónde está.

Ros. Venid conmigo y os la enseñaré, y de camino me diréis en qué parte de la selva vivís.

ORL. Con toda el alma, excelente joven.

Ros. Nada de eso. Tenéis que llamarme Rosalinda. Vamos, hermana mía. ¿Venís? (Vanse.)

ESCENA III

Otra parte de la selva.

Entran TOQUE y CATANA, y JACOBO acechándolos.

Toq. Apresura el paso, Catana. Yo recogeré las cabras, Catana. Ahora bien, Catana. ¿Soy yo tu hombre? ¿Mi vulgar exterior te satisface?

Cat. ¿Vuestro exterior? Dios, mío ¿qué exterior?

TOQ. Héteme aquí entre tus cabras como el honrado Ovidio, el más caprichoso de todos los poetas, entre godos.

JAC. (Aparte.) ¡Oh saber mal alojado! Peor que lo estaría Júpiter bajo techo de paja.

TOQ. Que los versos que uno compone no se entiendan, y que no aprecie nuestra agudeza el entendimiento de un niño precoz, mortifica más que cuenta crecida en mala venta. Con franqueza. ¡Ojalá los Dioses te hubieran hecho poetisa!

CAT. No sé lo que es poetisa. ¿Es cosa de hecho y de palabra honesta? ¿Es cosa verdad?

TOQ. Francamente, no. Porque en la verdadera poesía todo es ficción, y los amantes son dados á la poesía, y puede decirse que lo que como amantes juran, lo fingen.

CAT. ¿Y por eso queréis que los Dioses me hubieran hecho poetisa?

TOQ. Sí, porque me juráis que sois honrada, y si fuerais poetisa, tendría alguna esperanza de que fingáis.

CAT. ¿No queréis que sea honrada?

TOQ. No, á no ser que fuerais fea. Porque la virtud unida á la belleza, viene á ser miel con azúcar.

JAC. (Aparte.) Discreto bufón.

CAT. Bien. Yo no soy bella, y por lo tanto, pido á los Dioses ser virtuosa.

TOQ. Verdad. Y malgastar la virtud en una fea y zarrapastrosa por añadidura, fuera como servir exquisito manjar en plato sucio.

CAT. No soy zarrapastrosa, á Dios gracias, aunque soy fea.

TOQ. Bien. Loados sean los Dioses por vuestra fealdad. Lo de zarrapastrosa, podrá venir más adelante.

Pero sea como fuere, me caso con vos, á cuyo fin me he avistado con el Señor Olivero Marratextos, el cura de la aldea inmediata, quien me ha prometido personarse en este sitio para emparejarnos.

JAC. (Aparte.) Celebraría presenciar este encuentro.

CAT. Dennos dicha los Dioses.

TOQ. Amén. Quien fuera hombre de ánimo apocado, titubearía en esta empresa, porque aquí no tenemos más iglesia que el bosque, ni más testigos que cornúpetos. Pero ¿y qué? ¡Valor! Por odiosos que los cuernos sean, necesarios son. Se dice que hay muchos que ignoran la magnitud de su fortuna. Cierto, muchos hay también que tienen grandes cuernos, cuya magnitud ignoran. Son la dote de su mujer y no capital propio. ¿Cuernos? ¿Para los pobres únicamente? No. No. El más noble ciervo, tan grandes como el más ruin los tiene. ¿Y por eso es más feliz el soltero? No. Así como una ciudad amurallada tiene más importancia que una aldea, así también la frente de un hombre casado tiene más dignidad que las limpias sienes de un soltero, y así como defensa excesiva vale más que absoluta impericia, así también mejor es un cuerno que carecer de todo. Aquí viene el Señor de Marratextos.

Entra MARRATEXTOS.

TOQ. Señor Olivero Marratextos, bien venido. ¿Queréis despacharnos aquí debajo de este árbol, ó vais á llevarnos á la iglesia?

MAR. ¿No hay nadie aquí que haga de padrino para dar á la novia?

TOQ. No la tomo cual dádiva de hombre alguno.

MAR. Pues es preciso que os la dén, ó el casamiento no sería legal.

JAC. (Adelantándose.) Adelante. Adelante. Yo seré padrino y la daré.

TOQ. Buenas tardes, señor, como quiera que os llameís. ¿Cómo estáis? Muchas gracias por vuestra improvisada visita. Celebro en el alma veros. ¿Por qué con ese trebejo en la mano? Cubríos, os ruego.

JAC. ¿Os vais á casar, bufón?

TOQ. Así como el buey tiene su yugo, el caballo su freno y el halcón su cascabel, el hombre tiene sus caprichos, y así como los pichones se arrullan, el matrimonio pide picotear.

JAC. Y vos, un hombre de vuestra clase, ¿se va á casar bajo una mata como un pordiosero? Id á la iglesia y buscad á un buen cura, que sepa deciros lo que es el matrimonio. Este tío va á uniros como si fuerais piezas de un ensamblaje, y acaso uno de vosotros, secándose como madera sin sazonar, logre el que la obra se tuerza y se retuerza.

TOQ. (Aparte.) Estoy pensando que más vale que éste me case que no otro, pues probablemente no me casará bien, y no estando bien casado, tendré excusa, andando el tiempo, para zafarme de mi mujer.

JAC. Ven tú con quien por tu salud se afana.

TOQ. Ven, querida Catana;

Ó casarse, ó vivir vida liviana.

Adiós, Señor Olivero Marratextos, y no

Querido Olivero,

Valiente Olivero,

No te vayas de aquí donde estoy;

Si no,

Á cualquiera parte

Ya puedes marcharte,

Que á mi boda contigo no voy.

(Vanse Jacobo, Toque y Catana.)

MAR. Poco me importa. Ningún caprichoso bribón de su ralea, será parte á hacerme abandonar mi vocación.

ESCENA IV

Otra parte de la selva. Ante una choza.

Entran ROSALINDA y CELIA.

ROS. No me hables. Quiero llorar.

CEL. Anda, llora, pero haz el favor de considerar que esas lágrimas no sientan bien en el hombre.

ROS. ¿Pero no tengo motivo para llorar?

CEL. Motivo á pedir de boca; por lo tanto, llora.

ROS. Hasta su cabello es del color de la traición.

CEL. Es algo más obscuro que el de Judas: pero vaya, sus besos son legítimos hijos de Judas.

ROS. No, el color de su cabello es muy bonito.

CEL. Lindísimo. No hay color como el castaño.

ROS. Y su besar es tan santo, como el contacto de pan bendito.

CEL. Le ha comprado á Diana un par de castos labios; ni una monja besa con más religiosidad. El hielo de la castidad los informa.

ROS. ¿Pero por qué juró que vendría hoy por la mañana y no viene?

CEL. ¿Por qué? No tiene palabra.

ROS. ¿Eso crees?

CEL. Si. No lo juzgo rapabolsas, ni cuatrero, pero por lo que toca á la sinceridad de su amor, lo considero tan hueco como una copa ó como una nuez huera.

ROS. ¿Que su amor no es sincero?

CEL. Sí, cuando esté en ello; pero ahora no lo está.

ROS. Tú misma le has oído jurar que lo estaba.

CEL. «Estaba», no es «está». Además, el juramento de un enamorado, tiene el mismo valor que la palabra de un tabernero. Ambos atestiguan falsedades. Aquí en la selva está á las órdenes de tu padre.

ROS. Ayer vi al duque, mi padre, y tuve larga conversación con él. Preguntóme de qué familia era, y yo le respondí que de familia tan buena como la suya. Se ríó y me dejó partir. ¿Pero á qué hablar de padres cuando existe un hombre como Orlando?

CEL. ¡Oh, si, valiente hombre! Valientes versos compone. Valientes frases habla. Valientes votos jura, y valientemente los quebranta de plano, contra el corazón de su amada, como justador novel, que aguijonea á su corcel de un costado solo y tontamente rompe su lanza. Pero valiente es todo aquello en que la juventud cabalga, y la locura guía. ¿Quién llega?

Entra CORINO.

COR. Ama y señor, noticias á menudo
Me pedís del pastor enamorado,
Que sobre el césped asentado visteis
Junto á mí, celebrando á la pastora
Altiva y desdeñosa, su adorada.

CEL. Y de él ¿qué sabes?

COR. Si veraz escena
Ver queréis entre el pálido semblante
De un amor verdadero, y el rojizo
Rostro de la altivez más desdeñosa,
Venid aquí muy cerca á presenciarlo.

ROS. Vamos, que ver á dos amantes juntos,
Es para enamorados alimento,
Á ver ese espectáculo al instante,
Que en él puedo también ser comediante. (Vanse).

ESCENA V

Otra parte de la selva.

Entran SILVIO y FEBE.

SIL. No me despreciés, no, querida Febe.
Dime que no me amas, pero dilo
Sin aspereza tanta. Ni el verdugo
Cuyo pecho endurecen repetidas
Escenas de matanza se permite
Que sobre la cervíz que se ha humillado,
Sin reclamar perdón bajar el hacha.
¿Y quieres tú mostrarte más adusta
Que el que de sangre humana se alimenta?

FEBE. No pretendí jamás ser tu verdugo.
No te quiero ofender, y huyo por eso.
Me dices que mis ojos asesinan.
¡Linda cosa! ¡Muy cierta y admisible!
Á lo más deleznable, á lo más fragil,
A los ojos, que tímidos sus puertas
Cierran contra partículas, llamarles
Tiranos, carniceros y asesinos!
Ahora te miro yo con ceño adusto;
Si es que mis ojos hieren, que te maten:
Por desmayarte haz, póstrate, vamos.
Ó si no puedes, es oprobio, oprobio
El mentir y acusarlos de asesinos.
Enséñame la herida que te hicieron.
Si un alfiler te punza, permanece
El arañazo; si te hiere un junco

Por apoyarte en él, impresionada
Sobre la palma de la mano queda
La cicatriz por limitado tiempo.
Pero mis ojos, cuya luz ha poco
Sobre ti he dirigido, no lastiman,

SIL. ¡Oh, mi querida Febe, cuando encuentres
Alguna vez (y acaso pronto sea)
Bello rostro que logre fascinarte,
Sentirás las heridas invisibles
Que hace el amor con sus agudos dardos!

FEBE. Pues bien, no te me acerques hasta entonces,
Y entonces tú de mí burlarte puedes
Sin que me tengas lástima ninguna,
Como no la tendré de ti hasta entonces.

ROS. (Adelantándose.) Y ¿por qué no? ¿Quién era vuestra
[madre,

Que así insultáis de un infeliz triunfando?
Aunque beldad tengáis (pero á fe mía,
La bastante no más para ir al lecho
A la noche sin luz), ¿debéis, acaso
Por eso ser tan dura y orgullosa?
¿Qué os proponéis?—¿Por qué vuestra mirada
Fijais en mí? Yo en vos, vulgar producto
De la naturaleza sólo veo.

¡Por vida de! Paréceme que quiere
Mis ojos cautivar cual los del otro.
No lo esperéis jamás, dama orgullosa,
Que no serán vuestras oscuras cejas,
Vuestras sedosas trenzas de azabache,
Ni esos ojos tan negros, ni ese rostro
Pálido como el suero, lo que logre
Rendir á vuestros pies el alma mía.
Necio pastor, ¿por qué razón la sigues,
Como el húmedo noto, resollando

Viento y agua á la par? Mejor mil veces
 Que ella, como mujer, eres cual hombre.
 Inocentes cual tú llenan al mundo
 De seres mal criados. No es su espejo.
 Eres, en vez de él, tú, quien la adula.
 Y mirándose en ti se ve más bella
 De lo que justifican sus facciones.
 Volved en vos, señora. De rodillas
 Y penitente, dad gracias al cielo
 Porque el amor lograsteis de un buen hombre.
 Pues os diré en secreto como amigo
 «Cuando podáis, vendeos». Mercancía
 No sois vos para todos los mercados.
 Perdón pedidle, amadle, y sus ofertas
 Aceptad, que la fea es horrorosa
 Si es además de fea desdenosa.
 Tomadla, pues, pastor, y Dios os guarde.

FEBE. Joven gentil, seguid un año entero
 Riñendo si queréis, que más me agradan
 Vuestras riñas que el que éste me corteje.

Ros. Ese se ha enamorado de su escasa belleza, y
 ella se enamora de mi enojo. Si así fuere, al instante
 mismo en que ella le frunza el ceño, yo la sazonaré con
 amargas frases. ¿Por qué me miráis de ese modo?

FEBE. No porque mala voluntad os tenga.

Ros. Que no os enamoréis de mí suplico,
 Porque más falso soy que juramentos
 Formulados con vino, y sobre todo,
 Porque no me gustáis. ¿Qué dónde paro?
 En la mancha de olivos de aquí junto.
 ¿Hermana, vienes? Tú, pastor, aprieta.
 Hermana, ven. Pastora, mas cariño
 Le debéis demostrar, no tanto orgullo;
 Porque aunque todo el universo os viera,

Tan miope cual él, ninguno fuera.
A cuidar del rebaño.

(Vanse Rosalinda, Celia y Corino.)

FEBE. Es máxima, pastor: «¿Enamorado
Quién á primera vista no ha quedado?»

SIL. Mi dulce Febe.

FEBE. ¿Qué me quieres, Silvio?

SIL. Dulce Febe, piedad.

FEBE. Silvio gentil. ¡Sí, lástima te tengo!

SIL. Se consuela á quien lástima nos causa.
Si porque amo lástima me tienes,
Amándome, tu lástima y mi pena
Se extinguen á la par.

FEBE. ¿Mi amistad no te he dado generosa?

SIL. A ti te quiero yo.

FEBE. Fuera avaricia.

En otro tiempo, Silvio, yo te odiaba,
Y ahora no te diré que amor te tenga;
Mas ya que sobre amor tan bien discurre,
Tu compañía, que ha poco me aburría,
Soportaré; y es más, quiero emplearte,
Pero otra recompensa no procures
Si no el satisfacerte con tu empleo.

SIL. Tan santo y tan perfecto es mi cariño,
Tan escaso me encuentro de favores,
Que juzgaré providencial cosecha
Las mieses recoger desperdigadas
Yendo detrás de aquel que el campo siegue.
Una sonrisa, pues, de cuando en cuando
Dirígeme tú á mí para que viva.

FEBE. ¿Al joven ese que me habló conoces?

SIL. No bien, pero lo he visto con frecuencia.

Las tierras ha comprado y caserío
Que el anciano labriego poseía.

FEBE. No vayas á pensar que me interesa
Porque por él pregunte. Es un chiquillo
Impertinente, aunque expresarse sabe.
Pero á mí las palabras, ¿qué me importan?
Las palabras, no obstante, nos agradan
Cuando agrada también quien las pronuncia.
Un bello joven es, mas no muy bello.
Pero es orgulloso de seguro;
Y, sin embargo, su altivez le cuadra.
De hombre, será perfecto. Su semblante
Es lo mejor que tiene; y más aprisa
Que lastimaba con la lengua suya,
Curaba las heridas con sus ojos.
Alto no es, mas sí para sus años.
Sus piernas son tal cual, mas bien formadas;
Color muy lindo el de sus labios rojos;
Rojo más vivo y animado era
El que se entremezclaba en sus mejillas:
Justamente la misma diferencia
Que hay entre el rojo puro y el damasco.
Silvio, mujeres hay, que, á haberlo visto
Tan de cerca cual yo, quizás se hubieran
Enamorado de él. Yo, por mi parte,
Ni odio ni amor le tengo, y, sin embargo,
Antes debiera odiarle que quererle;
Porque, ¿quién era él para reñirme?
Me dijo que mis ojos eran negros,
Y negros mis cabellos, y presente
Tengo que con desprecio me trataba.
¡Porque no contesté me maravilla!
Mas no importa. Quien calla nada dice.
Le escribiré una carta muy burlona,

Y tú la llevarás. ¿Consientes, Silvio?

SIL. Con toda el alma, Febe.

FEBE. Voy á escribirla.

Está en mi corazón y en mi cabeza.

Aunque corta ha de ser, ha de amargarle.

Vente conmigo, Silvio.

(Vanse.)

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

La selva de las Ardenas.

Entran ROSALINDA, CELIA y JACOBO.

JAC. Deseo, joven gentil, que nos tratemos con mayor intimidad.

Ros. Dicen que sois misántropo.

JAC. Cierto, y más me agrada la melancolía que la risa.

Ros. Detestables gentes son los que se colocan en cualquiera de los dos extremos, y la común cesura los considera peores que beodos.

JAC. En mi opinión, cosa sana es estar triste y callar.

Ros. Pues cosa sana es ser un poste.

JAC. Yo, ni tengo la melancolía del sabio, que la ocasiona la emulación; ni la del músico, que es caprichosa; ni la del cortesano, que es por orgullo; ni la del soldado, que es por ambición; ni la del letrado, que es por conveniencia; ni la de la dama, que es por coquetería; ni la del amante, que es por todo lo que antecede; sino melancolía mía propia, un compuesto de varios elementos extraídos de diferentes cosas; y, en una pala-

bra, la suma de todo lo que he observado en mis viajes, que, á causa de las profundas meditaciones á que fui inducido, me sume en la más caprichosa de las tristezas.

ROS. ¿Viajero? Pues, á fe que motivos tenéis para estar triste. Acaso hayáis vendido vuestras tierras para ver las de otras gentes; pero haber visto mucho y poseer poco, es tener ojos ricos y pobres manos.

JAC. He ganado experiencia.

ROS. ¿Y vuestra experiencia os entristece? Antes quisiera yo que un necio me divirtiese, que no el que me entristeciera la experiencia. ¡Y viajar para eso!

Entra ORLANDO.

ORL. Buenos, felices días, Rosalinda.

JAC. Pues si vais á hablar en verso libre, que Dios os guarde.

ROS. Pasadlo bien, señor viajero. Escuchadme. Hablad con acento y vestid extraños trajes, deprimid todo lo bueno de vuestro país, renegad de vuestra cuna, y casi, casi culpád á Dios por la fisonomía que os dió. O si no, voy á creer que no habéis navegado en góndola. (Vase Jacobo.) Vamos á ver, Orlando, ¿adónde habéis estado todo este tiempo? Como me volváis á jugar pasada semejante, no os presentéis más ante mi vista.

ORL. Mi bella Rosalinda, he llegado sólo una hora después de la que prefijé.

ROS. ¡Faltar una hora á una cita amorosa! Quien de un minuto dividido en mil partes es capaz de faltar siquiera en la milésima parte de una de estas partes en una cita de amor, tocado habrá sido por Cupido, quizá, en el hombro; pero de fijo tiene el corazón ileso.

ORL. Perdóname, querida Rosalinda.

Ros. No, señor. Si tan remiso sois, no volváis más á verme. Prefiero que me corteje un caracol.

ORL. ¡Un caracol!

Ros. Sí, un caracol; porque aunque camine á paso lento, trae la casa acuestas, que mejor dote es, se me figura, del que vos podéis ofrecer. Además, también trae consigo su horóscopo.

ORL. ¿Cuál?

Ros. ¡Vaya! Sus cuernos, que gentes como vos deben por lo general á sus esposas; pero él viene provisto ya de su futuro destino, y así evita qué se cebe la maledicencia en su mujer.

ORL. La virtud no es corni-faciente, y mi Rosalinda es mujer virtuosa.

Ros. Y yo soy vuestra Rosalinda.

CEL. Le agrada así llamarte, pero su Rosalinda tiene mejor cutis.

Ros. Vamos. Cortejadme, cortejadme, pues ahora estoy de buenísimo talante, y dispuesta á conceder. ¿Qué me diriais ahora si fuera yo, en realidad, vuestra Rosalinda?

ORL. Antes de decir palabra, os besaría.

Ros. No, mejor fuera hablar primero, y después, cuando por falta de asunto os atascarais, podiais aprovechar la ocasión para besar. Excelentes oradores hay que cuando titubean, escupen; pero cuando á los amantes (librenos Dios) les falta asunto de que hablar, el expediente más limpio es besar.

ORL. Y ¿si se niega el beso?

Ros. Entonces tenéis que suplicar, y se inicia nuevo tema.

ORL. ¿Á quién puede faltar tema ante su adorada amante?

Ros. Pues á vos mismo, si fuera yo vuestra Rosalinda.

da, ó si no, creeria que mi virtud valía menos que mi ingenio.

ORL. ¿Me dejaríais chafado?

Ros. Vuestro jubón no, pero si en vuestro intento. ¿No soy yo vuestra Rosalinda?

ORL. Agrádame decir que lo sois, porque deseo estar siempre hablando de ella.

Ros. Bien. En su nombre os digo, que no os amo.

ORL. Pues en ese caso, yo, en mi propia persona, me muero.

Ros. No. Morid por poder. Este desdichado mundo cuenta ya unos seis mil años; pues durante todo ese tiempo no hay hombre alguno que haya muerto en propia persona, *videlicet*, por motivo de amor. Á Troilo le saltó los sesos una maza griega, por más que hizo cuanto pudo para morir antes, y Troilo fué prototipo de amantes. Leandro hubiera vivido luengos años, aunque Hero se hubiera hecho monja, á no ser porque en una calurosa noche de la canícula, ¡pobre muchacho!, se bañó en el Helesponto, y por causa de un calambre se ahogó. Los ignorantes cronistas de aquellos tiempos declaran que fué por causa de Hero de Sestos. Pura patraña. Los hombres se han muerto en toda época, y los gusanos los han roído; pero de amor, nadie se ha muerto.

ORL. No quisiera yo que mi verdadera Rosalinda pensase así, porque os juro que un ceño suyo me mataría.

Ros. Pues juro yo, por esta mano, que no mataría ni á una mosca. Pero, vamos, seré vuestra Rosalinda con caracter más amable, y os concederé cuanto queráis.

ORL. En ese caso, amadme, Rosalinda.

Ros. Sí, señor. Los viernes, los sábados y todos los días.

ORL. Y ¿me aceptáis?

Ros. Sí, y á veinte como vos.

ORL. ¿Qué decís?

Ros. ¿No sois bueno?

ORL. Creo que sí.

Ros. Pues, vamos á ver, ¿de una cosa buena, se puede desear demasiado? Ven, hermana, haz de cura y cásanos. Dadme vuestra mano, Orlando. Tú ¿qué dices, hermana?

ORL. Ruego que nos caséis.

CEL. No sé la fórmula.

Ros. Debes principiar diciendo: «Queréis vos, Orlando...

CEL. Calla. ¿Queréis vos, Orlando, por esposa á Rosalinda?

ORL. Sí quiero.

Ros. Ya. ¿Pero cuándo?

ORL. Claro está. Mientras más pronto, mejor.

Ros. Entonces, debéis decir: «Yo os tomo, Rosalinda, por esposa.»

ORL. Yo os tomo, Rosalinda, por esposa.

Ros. Podría exigiros vuestros papeles; pero... Yo os tomo. Orlando, por esposo. Aquí tenéis á una muchacha que se adelanta al cura; pero en realidad, los pensamientos de la mujer van siempre delante de sus actos.

ORL. Eso pasa con todos los pensamientos; tienen alas.

Ros. Decidme ahora: ¿cuánto tiempo la querréis retener después que sea vuestra?

ORL. Para siempre y un día.

Ros. Decid un día, sin el siempre. No, no, Orlando, los hombres son Abril de novios y Diciembre de casados. Las doncellas son Mayo de doncellas, pero la estación cambia cuando se casan. Más celos tendré de vos

que tiene un gallo berberisco de su gallina. Más chillona seré que una cotorra cuando va á llover. Más antojadiza que una mona, y más caprichosa que un mico. Por nada lloraré como Diana en la fuente, cuidando de que sea cuando estéis de buen humor. Me reiré como una hiena, y será cuando tengáis sueño.

ORL. ¿Pero se portará así mi Rosalinda?

Ros. ¡Por vida mía! Hará lo que yo hiciere.

ORL. ¡Ah! pero es muy discreta.

Ros. Si no lo fuese, no tendría la discreción precisa para hacerlo. Mientras más discreta, más voluntariosa. Poned puertas al ingenio femenino, y se escapará por la ventana. Cerrad la ventana, y huirá por el ojo de la llave. Tapadlo, y con el humo, ascenderá por la chimenea.

ORL. Hombre que tuviera esposa con semejante ingenio, podría exclamar: «Ingenio, ¿dónde vas á parar?»

Ros. ¡Bah! Podríais reservar esa exclamación para cuando vierais que el ingenio de vuestra esposa se encaminaba hacia el lecho del vecino.

ORL. ¿Y qué ingenio puede caber en ingenio humano para excusar eso?

Ros. Pues decir que os iba á buscar. Jamás dejará de tener pronta respuesta una mujer con tal de que la lengua no le falte. Mujer que no achaque á su esposo sus propias faltas, ¡ah! que no amamante á hijo suyo, porque de seguro criará á un imbécil.

ORL. Os voy, Rosalinda, á dejar por un par de horas.

Ros. ¡Válgame Dios, amor mío! Sin vos, me es imposible pasar dos horas.

ORL. Tengo que ir á comer con el Duque. A las dos estaré otra vez con vos.

Ros. ¡Ay de mí! Idos en buen hora, idos en buen

hora. Ya me sabía yo en lo que esto iba á parar. Mis amigas me lo anunciaban, y yo estaba convencida de ello; pero esa lengua adulatora vuestra ganó, no obstante, mi voluntad. Todo se reduce á otra mujer más abandonada, y, por lo tanto, venga la muerte. ¿A las dos decís?

ORL. Sí, querida Rosalinda.

Ros. Pues bien; os juro con toda formalidad, así me ampare Dios, y por todos cuantos lindos é inocentes juramentos puedan formularse, que si quebrantáis en lo más mínimo vuestra palabra, ó si llegáis un minuto siquiera después de la hora prefijada, os tendré por el perjurio más pérfido, por el más infiel amante y por el ser más indigno de esa mujer á quien llamáis Rosalinda, que es posible escoger de entre esa inmensa turba de hombres falsos que existe. Por lo tanto, cuidado conmigo, y á cumplir vuestra promesa.

ORL. Tan religiosamente como si en efecto fuerais vos mi Rosalinda. Conque, adiós.

Ros. Bien está. El tiempo es el vetusto juez de semejantes culpables; así, pues, el tiempo juzgará. Adiós.
(Vase Orlando.)

CEL. Lo que has hecho es sencillamente maltratar á nuestro sexo con tu charla amorosa. Deberíamos despojarte de calzas y jubón y mostrar lo que este pájaro hace en su propio nido.

Ros. ¡Ay, primita, primita, linda primita mía! ¡Si tú supieras lo profundamente que me he sumergido en el mar del amor! No lo puede alcanzar la sonda. Mi cariño es tan profundo como la bahía de Portugal.

CEL. O más bien, no tiene profundidad, pues se escurre á medida que más le vas echando.

Ros. No. Que diga ese pícaro bastardo de la diosa Venus, engendrado por el pensamiento, concebido por

el capricho y nacido de la locura, ese pillastre rapaz, que porque él no tiene ojos engaña á los de los de los demás, si estoy ó no profundamente enamorada. Dígotte, Aliena, que no puedo vivir sin la presencia de Orlando. Voy en busca de sombra y á suspirar hasta que vuelva.

CEL. Y yo me voy á dormir. (Vanse.)

ESCENA II

Otra parte de la selva.

Entran JACOBO y NOBLES vestidos de monteros, trayendo un venado.

JAC. ¿Quién mató al venado?

N. 1.º Yo.

JAC. Presentémosle al Duque cual si fuera triunfador romano, y convendría colocar sobre su cabeza los cuernos de ese venado como emblema de su victoria. Montero, ¿no sabéis alguna canción que venga al caso?

N. 2.º Sí, señor.

JAC. Cantadla, pues, y poco importa que desentonéis, con tal de que se haga bastante ruido.

CANCIÓN

¿Qué cosa concedemos al que mató al venado?
La piel que lo cubría, sus cuernos de contado.
Un cuerno no denigra; no usarlo necio fuera,
Pues antes que nacieses se usaba cual cimera.

Tu abuelo ya lo usó,
Tu padre lo llevó.

Loor al cuerno, al cuerno, al cuerno inmarcesible,
Que no es tan despreciable, ni cosa tan risible.

(Vanse.)

ESCENA III

Otra parte de la selva.

Entran ROSALINDA y CELIA.

ROS. ¿Y ahora, qué dices? Ya han dado las dos, y Orlando no parece.

CEL. De fijo que ardiendo de amor y turbado el cerebro cogió su arco y sus flechas y se fué á dormir. Mira quién llega.

Entra SILVIO.

SIL. Mi dulce Febe, para daros esto

(Entregando una carta.)

A vos, joven gentil, me ha encaminado.
Lo que diga no sé; pero implicaba
Su ceño adusto y su nervioso porte,
Al tiempo de escribir, que el contenido
Debe de ser amargo. Perdonadme:
Mensajero inocente soy tan sólo.

ROS. La paciencia en persona brincaría
Recibiendo una carta semejante,
Y buscara camorra. Todo aguanta
Quien esto aguanta. Dice que soy feo,
Altivo y descortés, que no podría
Jamás amarme, aunque los hombres fueran

Tan raros en el mundo como el fénix.
¡Por vida de...! La liebre que yo cazo
Su cariño no es. ¿Por qué motivo
Me escribe así? Pastor, Pastor, escucha:
Cosa tuya de fijo es esta carta.

SIL. No. Lo juro. Ni sé su contenido.
Y es de letra de Febe.

Ros. Vamos, vamos;
Eres un necio y el amor te turba.
Si vi sus manos. Parecían cuero.
Son color de ladrillo; que gastaba
Guantes viejos pensé; si son sus manos
Manos de fregatriz. Mas poco importa.
Digo que no escribió jamás tal carta,
Que es invención de un hombre y de su puño.

SIL. Os juro que es de ella.

Ros. ¡Bah! Grosero y feroz es el estilo.
Estilo guapetón. Me desafía
Como turco á cristiano. Permitirse
Tierno cerebro femenil tan torpes,
Tan feroces conceptos, nunca pudo:
Palabras tan salvajes en su efecto,
Mucho más negras que en su esencia misma.
¿Queréis que yo os la lea?

SIL. Si os agrada,
Pues no sé todavía lo que dice,
Aunque hartó sé de la crueldad de Febe.

Ros. ¡Febes á mí! La fiera así me escribe:

(Leyendo.)

¿Acaso eres Dios que bajaste
Trocado en pastor,
Y de una doncella inflamaste
El alma en amor?—

¿Es posible que mujer ofenda así?

SIL. ¿Juzgáis esto ofensa?

ROS. (Leyendo.)

¿Por qué de deidad te despojas

Y el pecho, cruel,

De pobre mujer acongojas,

Cebándote en él?

¿Habéis oído cosa más ofensiva? (Leyendo.)

Los hombres jamás en mí vieron

Humilde actitud;

Sus ojos jamás consiguieron

Causarme inquietud.

Esto es llamarme bestia. (Leyendo.)

Luciendo el escarnio en tus ojos

Te di mi alma ya.

Mirándome ¡ay, Dios! sin enojos,

¿De mí que será?

Al par de tus ásperas frases

Mi amor te ofrecí;

Si en vez de reñir suplicasas,

Muriera por ti.

Quien lleva esta epístola ignora

Mi amante pasión.

Por él que respondas te implora

Mi fiel corazón.

El alma y mis bienes te ofrezco,

Y espero saber

Con viva inquietud si merezco

De ti amada ser.

Si al fin me rechazas, la herida

Ya quiero sentir,

Que al ver mi esperanza fallida,

Me quiero morir.

SIL. ¿A esto llamáis injurias?

TOMO VIII.

CEL. ¡Pobre pastor!

ROS. ¿Le tienes lástima? No, no merece lástima. ¿Amas á semejante mujer? ¡Cómo! ¿Á quién te convierte en instrumento suyo para que des tan falsa nota? Eso no se puede aguantar. Pero bien. Vete y búscala, porque veo que el amor te convierte en culebra amaestrada, y dile esto: que si ella me quiere á mí, que yo le ordeno que te quiera á ti; y que si no me obedece, que no la acepto hasta que tú me lo ruegues. Si sinceramente la amas, vete, y ni una palabra más, que aquí llega más gente. (Vase Silvio.)

Entra OLIVERO.

OLIV. Salud, hermosos jóvenes. ¿Decirme Podéis donde, en los bordes de esta selva, Hay, cercada de olivos una choza?

CEL. Allá á poniente del cercano valle:
El mimbreral del bullicioso río
Dejando á la derecha al sitio os lleva.
Pero á estas horas estará la casa
Cuidándose á sí propia. Nadie hay dentro.

OLIV. Si una lengua enseñar puede á unos ojos,
Conoceros debiera por las señas.
La edad igual, iguales los vestidos.
«Rubio el varón, de femenino aspecto,
»De una hermana mayor es la apariencia;
»La mujer más morena que su hermano
»Y de baja estatura». ¿Sois vosotros
Los dueños de la casa de que hablaba?

CEL. Ya que lo preguntáis, ningún orgullo
Al deciros que sí se manifiesta.

OLIV. Saluda Orlando á entrambos, y á ese joven,
Á quien suele llamar su Rosalinda,

Envía este pañuelo ensangrentado.

¿Sois vos?

Ros. Soy yo. ¿Qué significa esto?

OLIV. Mi oprobio, si queréis que os manifieste
El hombre que soy yo, y el cómo y dónde
Y por qué véis manchado este pañuelo.

CEL. Suplico lo digáis.

OLIV. La vez postrera
Que visteis vos al juvenil Orlando,
Prometió que á la hora volvería;
Mas cuando iba atravesando el bosque,
De su imaginación el alimento
Agridulce rumiando, ved qué ocurre.
Volvió la cara, y ved lo que se ofrece
Á sus ojos. Debajo de una encina,
Cuyas añosas ramas recubiertas
De musgo estaban y su excelsa copa
Calva por causa de su larga vida,
Se hallaba un hombre mísero, andrajoso,
Desgreñado y de espaldas dormitando.
En torno de su cuello una culebra
De piel verde y de oro se enlazaba,
Y su activa cabeza amenazante
Del hombre aquél fijábase en la boca.
Mas de repente, al atisbar á Orlando,
Se desenreda, sesga á un lado y otro,
Y huyendo hacia una mata se desliza.
Debajo de esa mata una leona,
Con apuradas ubres, vigilante
La cabeza pegada sobre el suelo
Echada estaba, con afán felino,
Esperando á que el hombre se moviera,
Que es condición de ese animal egregio
El no hacer presa en lo que muerto juzga.

Orlando, al verlo, se aproxima al hombre,
Y en ese hombre contempló á su hermano:
Á su hermano mayor.

CEL. Frecuentemente
Oíle hablar de su hermano, y lo juzgaba
Desnaturalizado como nadie.

OLIV. Y sobrada razón que le asistía.
Desnaturalizado. Bien me consta.

ROS. Pero volviendo á Orlando. ¿Por ventura
Dejólo allí para que fuese pasto
De esa hambrienta leona de ubres secas?

OLIV. Volvió la espalda y lo intento dos veces.
La compasión, no obstante, que aventaja
Á la venganza siempre porque es noble,
Y la naturaleza, más potente
Que sus quejas tan justas, le indujeron
Á ofrecerle batalla á la leona,
Que muy pronto ante él cayó vencida;
Y despertar de mi angustioso sueño
El conflicto me hizo.

CEL. ¿Sois su hermano?

ROS. ¿Fué á vos á quien salvó? ¿Mas vos no fuisteis
Quien varias veces atentó á su vida?

OLIV. Era yo, pero yo no soy ya ese.
No me avergüenzo de decir quién era.
Pues desde que me hallo transformado,
Mi conversión, de hoy más, dulce me sabe.

ROS. Pero ¿y este pañuelo en sangre tinto?

OLIV. Á ello al instante voy. Desde el comienzo
Al fin de explicaciones de uno y otro,
Lágrimas de ternura derramamos.
Como le dije, á este desierto vine...
En breve me condujo al noble Duque,
Quien me dió de comer y otro vestido,

Y al fraternal cariño de mi hermano
 Me confió. Con él entré en su casa.
 Y al desnudarse, pude ver que había
 La carne de su brazo la leona
 Cruelmente lacerado, y que perdiendo
 Sangre abundante estaba. Desmayóse,
 Pronunciando á la par de su desmayo
 De Rosalinda el nombre. Brevemente
 Volverlo en en sí logré. Curé su herida,
 Y transcurrido un rato, reanimado
 Mandóme aquí, por más que no os conozca,
 Á narrar lo ocurrido y á excusarse
 De no haberos cumplido su promesa,
 Y este pañuelo que su sangre tiñe,
 Dar al joven pastor, á quien en chanza
 Él llama Rosalinda, me ha encargado.

(Rosalinda se desmaya.)

CEL. Ganimedes, querido Ganimedes.

OLIV. Muchos cuando ven sangre se desmayan.

CEL. ¡Si eso tan sólo fuera! Primo mío.

OLIV. Ganimedes. Mirad, ya se reanima.

Ros. Quisiera en casa estar.

CEL. Te llevaremos:

Vos sostenedlo, por favor, del brazo.

OLIV. Ánimo, joven. ¡Vaya un hombre! Os falta el corazón.

Ros. Es verdad. Lo confieso. ¡Ah tunante! Nadie podrá decir que fingir no sabes. Os ruego que digáis á vuestro hermano lo bien que lo hice. Vaya.

OLIV. Esto no ha sido fingimiento. Vuestro rostro atestigua claramente que vuestra conmoción fué verdadera.

Ros. Fingido, os lo aseguro.

OLIV. Bueno. Pues entonces, cobrad ánimo y fingid que sois hombre.

ROS. Eso hago; pero en realidad, mujer es lo que debiera ser.

CEL. Vamos. Cada vez estás más pálido. Vámonos á casa. Por favor, caballero, venid con nosotros.

OLIV. Por supuesto que sí; porque, además, mi hermano debe saber cómo habéis aceptado sus excusas.

ROS. Pensaré lo que debo de decir, pero os ruego que le encarezcáis lo bien que fingí. ¿Nos vamos?



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

La selva de las Ardenas.

Entran TOQUE y CATANA

TOQ. Ya llegará el momento, Catana. Paciencia, amabilísima Catana.

CAT. El cura era, á fe mía, bastante bueno para el caso, á pesar de cuanto dijo aquel viejo señor.

TOQ. Un perverso señor Olivero era, Catana, un indignísimo señor de Marratextos. Pero Catana, en esta selva vive un joven que te pretende.

CAT. ¡Ah! Sé quien es. Nada absolutamente tengo yo que ver con él. Aquí viene la persona á quien te refieres.

TOQ. Comidilla mía es habérmelas con un patán. ¡Voto va! Los que tenemos ingenio, mucho tenemos que echarnos en cara. Nos vamos á burlar, no nos vamos á poder contener.

Entra GUILLERMO.

GUI. Buenas tardes, Catana.

CAT. Buenas tardes os dé Dios, Guillermo.

GUI. Y buenas tardes tengáis, señor mío.

Toq. Buenas tardes, amigo mío. Cubrios, cubrios. Vaya, por favor, cubrios. ¿Amigo, que edad tenéis?

Gui. Veinte y cinco años.

Toq. Madura edad. ¿Os llamáis Guillermo?

Gui. Sí, señor, Guillermo.

Toq. Buen nombre. ¿Nacisteis en esta selva?

Gui. Sí, señor, á Dios gracias.

Toq. Á Dios gracias. Buena respuesta. ¿Sois rico?

Gui. Así, así.

Toq. Así, así. Bien, muy bien, excelentísimamente bien, y sin embargo, no es así. Es sólo así, así. ¿Sois discreto?

Gui. Sí, señor. Tengo regular ingenio.

Toq. ¡Vaya! Muy bien dicho. Ahora recuerdo aquello de «El necio júzgase discreto; pero el discreto reconócese necio.» Cuando el filósofo pagano quería comerse una uva, abría los labios al metérsela en la boca, queriendo decir con esto que las uvas eran para comidas, y los labios para abrirse. ¿Amáis á esta doncella?

Gui. Sí, señor.

Toq. Dadme la mano. ¿Tenéis instrucción?

Gui. No, señor.

Toq. Pues esto aprended de mí. Poseer es poseer; porque figura de retórica, es el que la bebida que de una copa se echa en un vaso, va llenando éste, á medida que aquélla se va vaciando, y todos los autores, conformes están en que «ipse» no es él. Ahora bien, vos no sois «ipse», porque ese él soy yo.

Gui. ¿Cuál él?

Toq. El él que se ha de casar con esta mujer. Por lo tanto, patán, abandonad—lo que en lenguaje vulgar significa, dejad—la sociedad—lo que en lenguaje rústico significa la compañía—de esta femenina—lo que en lenguaje ordinario quiere decir mujer—y en

conjunto, abandonad la sociedad de esta femenina, ó patán, por ende perecéis ó, para que lo entendáis mejor, morís: es decir, que os mataré, que os aniquilaré, que transformaré vuestra vida en muerte, vuestra libertad en esclavitud. Y que os propinaré veneno ú os trataré con un garrote ó con un acero, que conspiraré contra vos ú os anonadaré con estratagemas, y que os mataré, en fin, de ciento y cincuenta maneras distintas. Por lo tanto, temblad, y marchaos.

CAT. Si tal, buen Guillermo.

GUL. Señor, Dios os conserve el buen humor. (Vase.)

Entra CORINO.

COR. Nuestro amo y nuestra ama, os andan buscando.

TOQ. Trisca, Catana, trisca. Ya voy. Ya voy. (Vanse.)

ESCENA II

Otra parte de la Selva.

Entran ORLANDO y OLIVERO.

ORL. ¿Es posible que habiéndola tratado tan poco te haya cautivado, que sólo con verla la amaras, que de seguida la cortejaras y que inmediatamente consintiera? ¿Y persistes en la idea de casarte con ella?

OLIV. No te preocupe esta precipitación, ni su pobreza, ni nuestro escaso trato, ni mi repentino cortejo, ni su súbito consentimiento, si no di conmigo: Amo á Aliena, di con ella que á mí me ama, y será en provecho tuyo, porque la casa de nuestro padre y todas las

tierras del anciano Sire Roldán te cederé, y en este sitio viviré y moriré como pastor.

ORL. Tienes mi consentimiento. La boda se efectuará mañana mismo. Invitaré al duque y á su divertido séquito. Ve y prepara á Aliena, porque mira, aquí llega mi Rosalinda.

Entra ROSALINDA.

Ros. Dios os guarde, hermano.

OLIV. Y á vos, bella hermana. (Vase.)

Ros. Ay, mi querido Orlando, que pena me causa veros con el corazón en cabestrillo.

ORL. Es mi brazo.

Ros. Creí que las garras de una leona os habían herido el corazón.

ORL. Herido está mi corazón, pero por los ojos de una dama.

Ros. ¿Os refirió vuestro hermano lo bien que fingí un desmayo cuando me mostró vuestro pañuelo?

ORL. Sí, y más maravillas aún.

Ros. ¡Ah! Ya sé donde vais á parar. Sí, es cierto. Y jamás se ha visto cosa tan repentina, salvo la lucha de dos moruecos ó la hiperbólica fanfarronada de César: «Vine, vi, vencí.» Porque mi hermana y vuestro hermano, apenas se encontraron se miraron, y apenas se miraron se amaron. Apenas se amaron suspiraron, y recíprocamente se preguntaron cuál era la causa de sus suspiros, y apenas conocieron cuál era la causa, dieron con el remedio, y de estos peldaños han formado una escala que los conduce al matrimonio, que subirán incontinenti ó incontinentemente procederán antes de su matrimonio. Impetuoso amor los domina, y no habrá maza que los separe.

ORL. Se van á casar mañana, y yo voy á invitar al duque á su boda; pero ¡ah, cuán amargo trago es contemplar la dicha á través de ajenos ojos! Tanto mayor será mañana el colmo de mi angustia, cuanto mayor considere ser la felicidad de mi hermano al obtener lo que desea.

Ros. Pues entonces, mañana no puedo yo representar el papel de Rosalinda.

ORL. No me es posible continuar alimentándome de pensamientos.

Ros. No quiero cansaros más con inútil charla. Sabed, y ahora quiero hablar al caso. Que yo sé que sois caballero de noble cuna, y digo esto, no para que tengáis extraordinario concepto de lo que sé, probando que sé quien sois, porque no quiero que me tengáis en más estima que la necesaria para que redunde en provecho vuestro, pues no pretendo enaltecerme. Creed, sin embargo, que soy capaz de hacer cosas extraordinarias. Desde que tenía tres años conocí á un mágico profundísimo en su ciencia, que por cierto no era ciencia maldita. Si amáis á Rosalinda con tanta intensidad como la que proclama vuestra conducta, cuando vuestro hermano se case con Aliena, vos os casaréis con Rosalinda. Sé que la fortuna la ha traído á grandes penalidades, y que no me será difícil, si os prestáis á ello, presentárosela en persona mañana mismo, sin que ella corra peligro alguno.

ORL. ¿Hablais con formalidad?

Ros. Por mi vida os juro que sí, y tengo á mi vida en gran aprecio, á pesar de ser, como os he dicho, mágico. Por lo tanto, ataviaos con lo mejor que tengáis, invítad á vuestros amigos, porque si os queréis casar, mañana os casaréis, y será con Rosalinda si queréis. Mirad, aquí llega una mujer que me ama, y un amante suyo.

Entran SILVIO y FEBE.

FEBE. Ofensa grande, ¡oh joven!, me inferisteis
Enseñando la carta que os he escrito.

Ros. Nada me importa, pues procuro hacerme
Odioso y descortés á vuestros ojos.
Á ese pastor, que tan leal os sigue,
Mirar y amar podéis: os indolatra.

FEBE. Explica, buen pastor, al joven éste
Lo que es amor.

SIL. Conjunto que se forma
De suspiros y lágrimas tan sólo.
Como por Febe yo

FEBE. Cual yo por Ganimedes.

ORL. Cual yo por Rosalinda.

Ros. Cual yo por hembra alguna.

SIL. Es extásis perfecto, y es conjunto
De pasiones, deseos y deberes,
De obediencia, humildad é idolatría,
De impaciencia y paciencia, y es conjunto
De virtud, de firmeza y de respeto.
Como por Febe yo.

FEBE. Cual yo por Ganimedes.

ORL. Cual yo por Rosalinda.

Ros. Cual yo por hembra alguna.

FEBE. ¿Á qué, pues, inculparme porque os amo?
(Á Rosalinda.)

SIL. ¿Á qué, pues, inculparme porque os amo?
(Á Febe.)

ORL. ¿Á qué, pues, inculparme porque os amo?

Ros. Ese «por qué inculparme porque os amo»
¿Á quién se lo dices?

ORL. Á quien ausente

De este lugar se halla y no me oye.

ROS. Por favor, callad. Basta y sobra. Esto se asemeja al aullar de lobos irlandeses á la luna. Os ayudaré (á Silvio.) si puedo.—Os amaría si pudiera (á Febe.) Mañana, reuníos conmigo.—Si con mujer alguna me caso, será con vos (á Febe), y me casaré mañana. Quedaréis complacido (á Orlando), si es que puedo complacer á hombre alguno, y os casaréis mañana. Quedaréis contento, si lo que deseáis os contenta (á Silvio), y os casaréis mañana. Si amáis á Rosalinda, acudid á la cita (á Orlando). Si á Febe amáis, á la cita acudid. Y yo, que no amo á mujer ninguna, acudiré también. Y con esto, adiós, que ya recibisteis mis órdenes.

SIL. No faltaré, si vivo.

FEBE. Ni yo.

ORL. Ni yo. (Vanse.)

ESCENA III

Otra parte de la selva.

Entran TOQUE y CATANA.

TOQ. Mañana es día de júbilo, Catana, mañana nos casamos.

CAT. Lo ansío con toda el alma, y no creo que sea deshonesto afán desear ser mujer casada. Aquí llegan dos pajes del duque desterrado.

Entan dos PAJES.

PAJ. 1.º Bien hallado, caballero.

TOQ. Bien hallados, á fe mía. Vamos, á sentarse y á cantar.

PAJ. 2.º Estamos prontos. Sentaos vos entre nosotros dos.

PAJ. 1.º ¿Nos metemos en faena, sin toser ni escupir y sin asegurar que estamos roncós, prólogo indispensable de toda mala voz?

Toq. Sí, sí, y á duo, como dos gitanos sobre un caballo.

CANCIÓN

Con su novia cruzaba un amante,
 Con un ¡ah! con un ¡ay! con un ¡eh!,
 Un sembrado de trigo pujante.
 Era el mes de nupciales amores,
 Mes de trinos de alados cantores;
 Era Mayo, en el mes de las flores.
 En un claro que el campo les deja.
 Con un ¡ah! con un ¡ay! con un ¡eh!,
 Se recuesta la linda pareja.
 Era el mes, etc.
 Y este canto se oyó de seguida,
 Con un ¡ah! con un ¡ay! con un ¡eh!,
 Que una flor nada más es la vida.
 Era el mes, etc.
 Pues gozad de esa hora suprema
 Con un ¡ah! con un ¡ay! con un eh!
 Que el amor es del mundo diadema.
 Era el mes, etc.

Toq. Francamente, caballeros, aunque la letra tiene poca miga, llevabais bastante mal el compás.

PAJ. 1.º Estáis equivocado, caballero. Ibamos á compás, y no hemos perdido el tiempo.

Toq. Sí, á fe mía. Yo considero perder el tiempo oír canción tan necia. Dios os guarde y os mejore la voz. Ven, Catana. (Vanse.)

ESCENA IV

Otra parte de la selva.

Entran el DUQUE, AMIENS, JACOBO, ORLANDO,
OLIVERO y CELIA.

- DUQ. Orlando, ¿piensas que podrá ese joven
Cumplir lo que te tiene prometido?
ORL. Á veces sí, y á veces no lo creo.
Como el que espera y teme, y sin embargo,
Á pesar del temor, tiene esperanza.

Entran ROSALINDA, SILVIO y FEBE.

- Ros. Calma tened mientras se cierra el trato.
¿Me decís que si os traigo á Rosalinda (al Duque)
Se la daréis á Orlando por esposa?
DUQ. Y con reinos también si los tuviera.
Ros. ¿Decís que la aceptáis si yo os la traigo?
(Á Orlando.)
ORL. Así fuera yo rey del mundo entero.
Ros. ¿Decís que, pronto yo, seréis mi esposa?
(Á Febe.)
FEBE. Aunque muriese en el siguiente instante.
Ros. ¿Que si casaros no queréis conmigo
Á este pastor leal daréis la mano? (Á Febe.)
FEBE. Ese es el trato nuestro.
Ros. ¿Y vos decís que os casaréis con Febe? (Á Silvio.)
SIL. Aunque muriese al punto de obtenerla.
Ros. Allana prometí todo este asunto.
Vos ¡oh duque!, cumplid vuestra palabra;

Casad á vuestra hija. Vos la vuestra,
Orlando, y desposaos con su hija.
Cumplid vuestra palabra de casaros
Conmigo, Febe, ó, si rehusáis, de uniros
Á este pastor. Cumplid vuestra palabra
De que con ella os casaréis, si unirse
Rehusa conmigo, Silvio. Voime ahora
Dispuesta á disiparos tanta duda.

(Vanse Rosalinda y Celia.)

DUQ. En este pastorcillo, ciertos rasgos
Del rostro de mi hija reconozco.
ORL. Señor, cuando lo vi por vez primera,
De vuestra hija parecióme hermano.
Mas ha nacido en este mismo bosque
Ese rapaz, señor, y por su tío,
En los arcanos de arriesgadas ciencias
Aleccionado fué. Según afirma,
Era un mágico insigne obscurecido
En el ámbito estrecho de esta selva.

JAC. Seguramente se aproxima otro diluvio, y estas
parejas acuden á refugiarse en el arca. Aquí llega un
par de animales rarísimos, y que en todas las lenguas
se denominan necios.

Entran TOQUE y CATANA.

TOQ. Saludos y congratulaciones á todos los pre-
sentes.

JAC. Señor Duque, dadle la bienvenida. Este es el
abigarrado caballero que frecuentemente he encontra-
do en la selva. Asegura que era cortesano.

TOQ. Si alguien lo dudase, cuestiónenme. He tris

cado en solemne danza. He adulado á una dama. He sido astuto con mi amigo y blando con mi enemigo. He arruinado á tres sastres. He tenido cuatro penden-
cias, y poco faltó para que tuviera que andar á linter-
nazos en una.

JAC. ¿Y cómo se arregló eso?

Toq. Pues salimos al campo, y averiguamos que la
riña se fundaba en la séptima razón.

JAC. ¿Cómo en la séptima razón? Señor Duque,
acoged á este individuo.

Duq. Me gusta mucho.

Toq. Señor Duque, Dios os lo pague. Digo de vos
lo propio. Heme introducido aquí entre las demás
amorosas parejas campesinas, para jurarle y perjurarle
á una pobre doncella, con arreglo, señor, á lo que el
matrimonio ata y desata la sangre: á un ser, señor,
poco favorecido por la naturaleza; pero mío, triste ca-
pricho mío, señor, pues acepto lo que otro ninguno
quiere; pero la opulenta honradez, señor, habita, como
el avaro, en pobre casa; como la perla, en la ostra in-
munda.

Duq. Á fe mía que es muy listo y discreto.

Toq. Flechazos de bufón, señor, é inocuos vejá-
menes.

JAC. Pero vamos á la séptima razón. ¿Cómo averi-
guasteis que vuestra riña se fundaba en la séptima
razón?

Toq. Sobre un mentís en séptimo grado.—Catana,
mantén ese cuerpo con más garbo.—De este modo. Dis-
gustóme el corte de la barba de un cortesano. Envióme
á decir que si yo manifestaba que su barba no tenía
buen corte, él opinaba que si lo tenía. Llámase á esto,
La Contestación cortés. Que si yo le volvía á decir que
no tenía buen corte, él me respondería que se la corta-

ba para gusto suyo. Llámase á esto, El Sarcasmo sutil. Que si otra vez aseguraba que no tenía buen corte su barba, dudaría de mi buen juicio. Llámase á esto, La Réplica grosera. Que si dale con que no tenía buen corte, que respondería que no era verdad. Llámase á esto, La Censura arrogante. Que si aun me afirmaba en que no tenía buen corte, que mentía. Llámase á esto, La Repulsa amenazadora, y así se llega hasta El Mentís condicional y El Mentís directo.

JAC. ¿Y cuántas veces dijisteis que su barba no tenía buen corte?

TOQ. No me atreví á ir más allá del mentís condicional, ni él se atrevió tampoco á darme el mentís directo, y con esto medimos espadas y nos separamos.

JAC. ¿Podierais describir un mentís según sus grados?

TOQ. Sí, señor. Reñimos, con arreglo á lo que está impreso, con sujeción al libro, libro semejante á los libros para la buena educación. Referiré los grados. El primero, La Contestación cortés; el segundo, El Sarcasmo sutil; el tercero, La Réplica grosera; el cuarto, La Censura arrogante; el quinto, La Repulsa anenazadora; el sexto, El Mentís condicional, y el séptimo, El Mentís directo. Todos pueden eludirse, excepto El Mentís directo, y aun éste también, si va aparejado de un «sí». Sé de un caso en que siete jueces no pudieron zanjar una riña; pero cuando los adversarios salieron al campo, á uno de ellos ocurrió la idea del «sí», verbi gracia: Si vos dijisteis tal cosa, tal otra dije yo, y se dieron las manos y juraronse hermandad. El «sí» es un gran pacificador. Tiene gran virtud El «sí».

JAC. ¿No es este individuo un ente raro, señor Duque? ¡Vale cualquier cosa y es meramente un bufón!

Duq. Su bufonería es buey de caza, y le sirve para disparar á cubierto los dardos de su ingenio. (Música solemne.)

Entran uno representando á HIMENEO, que conduce á ROSALINDA vestida de mujer, y CELIA.

Him. Alegre se regocija
 Cuando logra ver el cielo
 En las cosas de esté suelo
 Paz y concordia reinar.
 El Himeneo á tu hija,
 Noble Duque, te ha traído;
 Recíbela complacido,
 Que el cielo te la va á dar
 Para unirla con vínculo estrecho
 Con el ser que ya impera en su pecho.

Ros. Á vos me entrego yo, porque soy vuestra.

(Al Duque.)

Á vos me entrego yo porque soy vuestra.

(Á Orlando.)

Duq. Si es que mis ojos la verdad me dicen,
 Mi hija eres tú.

Orl. Si la verdad se halla,
 En la forma eres tú mi Rosalinda.

Febe. Si la forma ó mis ojos no han mentido,
 De mi amor me despido.

Ros. No quiero padre yo más que á vos mismo,

(Al Duque.)

No quiero esposo yo más que á vos mismo,

(Á Orlando.)

No quiero esposa yo más que á vos misma.

(Á Febe.)

Him. Silencio, y que vuestra charla

Esta confusión no aumente,
Porque estando yo presente,
Me incumbe á mí disiparla.
Me encuentro por lo que veo
Con ocho aquí, de improviso,
Que en santo lazo es preciso
Los ligue al fin Himeneo.

(A Orlando y Rosalinda.)

Vosotros constantemente
Gozaréis dicha cumplida.

(Á Olivero y Celia.)

Vosotros tenéis la vida
Del uno el otro pendiente.

(Á Febe.)

Vos si esposa no queréis,
Aceptad amor tan tierno.

(Á Toque y Catana.)

Vosotros, vida de invierno
Borrascoso llevaréis.

Un epitalamio ahora
Á entonaros me adelanto,
Y que averigue entretanto
Cada uno lo que ignora,
Pues cesará de ese modo
Su asombro en definitiva,
Y verá lo que motiva
Venir á allanar yo todo.

CANCIÓN

Corona de Juno sus nupcias han sido
Unión sacrosanta de lecho y de mesa.
Unión que no hay pueblo que no haya admitido.
Cantar de Himeneo la gloria interesa.

- Honradle, que siempre será bendecido,
Que es Dios que de daros la dicha no cesa.
- DUQ. Bien vengas tú, sobrina idolatrada.
Hija mía, no menos bien llegada.
- FEBE. No he de volverme atrás. Ya tú eres mío,
Y cede á tu constancia mi albedrío.

Entra JACOBO DE BOIS.

- JAC. Que hable un par de palabras permitidme.
Del viejo Sir Roldán, hijo segundo,
Soy yo que traigo á este concurse nuevas.
El Duque Federico, que sabía
Que hombres de alta prez, diariamente,
En esta selva albergue procuraban,
Reunió tropas bastantes, y ya listas,
Asumió el mando, con la sola idea
De matar á su hermano aquí presente.
Llegó á la entrada de la selva misma,
Donde encontrando á anciano religioso,
Se confesó con él, y convertido,
Abandonó su empresa y este mundo,
Devolviendo á su hermano la corona,
Y sus tierras á todos los que estaban
Desterrados con él. De que esto es cierto
Respondo con la vida.

- DUQ. Bien venido.
De tus hermanos á las bodas llegas.
Uno adquiere sus tierras secuestradas,
El otro gran región, vasto ducado.
Mas antes, á dar fin en este bosque
Á lo que tuvo tan feliz principio
Y tan propicio curso, y luego, todos
Los que mi alegre séquito componen,

Y que días y noches de amargura
Soportaron conmigo, con arreglo
Á su clase, del cambio de mi suerte
Disfrutarán conmigo las ventajas.
Mas ahora, olvidad la alcurnia mía,
Y siga nuestra rústica alegría.
Tañed, músicos, pues, de todos modos.
Bailad, novios y novias, bailen todos.
JAC. Con permiso, Señor. ¿No nos dijisteis
Que á austera vida se retira el Duque
Y abandona la pompa de la corte?

J. DEB. Es verdad.

JAC. Pues con él marcharme quiero.

Pues estos convertidos, muchas cosas
Nos pueden referir que nos ilustren;

(Al Duque.)

Déjoos á vos con vuestro antiguo auge
De la resignación y las virtudes
Que habéis patentizado, digno premio.

(A Orlando.)

Déjoos á vos con el amor que exige
Vuestra rendida fe. Con vuestras tierras

(A Olivero.)

Y amor os dejo (grandes aliados),

(A Silvio.)

Con vuestro lecho merecido os dejo:

(A Toque.)

Y con grescas á vos, pues vuestra nave
En su amoroso curso solamente
Está para dos meses pertrechada.
Cada cual ahora goce satisfecho,
Mas para mí los bailes no se han hecho.

DUQ. Deteneos, Jacobo.

JAC. ¡Yo en diversión! No es cosa necesaria.

Espero en vuestra cueva solitaria.

(Vase.)

Duo. Seguid, seguid. Comiencen estos ritos,
Precursores de goces infinitos.

(Baile.)

EPÍLOGO

No es costumbre el que la dama haga de epílogo; pero no es menos impropio, que el que el galán haga de prólogo. Es una verdad que el buen vino no necesita anuncios, y también lo es que una buena comedia no necesita epílogo. Sin embargo, al buen vino acompañan buenos anuncios, y las buenas comedias parecen mejores al amparo de buenos epílogos. ¡Qué situación la mía! Pues que ni soy buen epílogo, ni puedo interceder con vosotros en favor de una buena comedia. No me hallo ataviada de mendigo, y por lo tanto, no me corresponde pordiosear. Lo que me toca, pues, hacer, es conjuraros, y principiaré por las mujeres. ¡Oh mujeres!, yo os requiero por el amor que á los hombres tenéis, que os agrade de esta comedia todo cuanto os guste, y á vosotros, ¡oh hombres!, os requiero por el amor que tenéis á las mujeres (y vuestras sonrisas manifiestan que ninguno las odia), que uniéndoos vosotros con las mujeres, agrade esta comedia. Si fuera yo mujer de entre vosotros, besaría á aquellos cuyas barbas me agradasen, cuyos rostros me gustaran, y cuyos hálitos no temiera, y segura estoy de que cuantos tienen buenas barbas, bellos rotros y dulce hálito, en gracia de mi amable oferta, al despedirme de ellos cortésmente, me aplaudirán.

FIN DE COMO OS GUSTA

ENRIQUE IV

PRIMERA PARTE



PRÓLOGO

Presenta Shakespeare en su *Ricardo II*, en la primera y segunda parte de su ENRIQUE IV y en su *Enrique V* acabados cuadros de la Historia de Inglaterra, verdadera tetralogia, en donde con vivos colores se reflejan, en forma dramática, conmovedores incidentes de un período interesante y azaroso del pueblo inglés; período que es sólo parte del que comprende la larga y sangrienta lucha que sostuvieron las poderosas casas de York y de Lancáster, disputándose con feroz encarnizamiento el supremo poder de aquel país; y lucha que es conocida en la historia con el nombre de La Guerra de las Rosas.

Los dramas que componen esta tetralogia ostentan entre sí, como es de suponer, íntima conexión; pero la que tienen la primera y la segunda parte de ENRIQUE IV es tanto más estrecha, que, en realidad, puede afirmarse que ambas obras constituyen una sola: que son un ENRIQUE IV en diez actos; y, por lo tanto, es conveniente hablar de ambas producciones al mismo tiempo, y que un solo prólogo sirva para entrambas.

En *Las Crónicas de Inglaterra, Escocia é Irlanda*, de Holinshed, halló Shakespeare los materiales que le han

servido para el desarrollo de la parte puramente histórica de estos dramas, y á ellos se ha atendido con escrupulosidad suma, salvo en excepcionales casos, cuando su recto juicio comprendía que sin hacer violencia grande á la historia, los hechos narrados en aquellas crónicas y los caracteres allí presentados podían sufrir leves variaciones para ser convenientemente dramatizados los unos, y para dar á los otros distinto relieve del que seguramente tuvieron en la mente del historiador, á fin de que su evolución en la escena no pugnase abiertamente con las leyes de la humana naturaleza, según las entendía el insigne autor, con ese profundo criterio y con ese maravilloso conocimiento del corazón humano que lo inmortaliza como filósofo, tanto como su portentosa imaginación lo ha inmortalizado como poeta.

El origen de la querella entre los Percy y el Rey Enrique IV, cuyo principio, desarrollo y fin constituyen el tema histórico de ambos dramas, está descrito por Holinshed en los siguientes términos:

«Enrique, conde de Norzumbria, así como su hermano Tomás, conde de Vorcestria, y su hijo Enrique Percy, llamado *Espuela Ardiente*, quienes, al comenzar el Rey su reinado eran fieles aliados suyos, pronto enviaron tanta fortuna y tanta dicha, y subió de punto su enemistad cuando Enrique IV exigió al conde y á su hijo que les entregaran los prisioneros cogidos en Holmedonia y Nesbit, pues únicamente le habían entregado á Mordac, conde de Faif, á pesar de sus insistentes reclamaciones y amenazas. Esto ofendió extraordinariamente á los Percy, pues consideraban como suyos los prisioneros que habían hecho, y aconsejados por el conde de Vorcestria, quien (según varios autores) se cuidaba sólo de fomentar recíprocos resentimientos y

embrollar los asuntos, vinieron padre é hijo á Windsor á ver al Rey para pedirle que, ó por medio de rescate ó por otro medio cualquiera, obtuviese la libertad de su deudo Edmundo Mórtimer, conde de March, á quien Oveno Glendóver tenía prisionero y cargado de cadenas en un inmundo calabozo en Gales, sólo porque Mórtimer había tomado armas en favor del Rey y le había mostrado absoluta fidelidad. El Rey, tras larga reflexión, les contestó que el conde de March no había sido hecho prisionero por servicio alguno que le hubiera prestado, sino que se había dejado prender de buena voluntad, no queriendo resistir las ofertas que le habían hecho Oveno Glendóver y sus cómplices; y que, por lo tanto, nada haría para conseguir su libertad. Los Percy se enfurecieron al oír esta contestación y tan indigna excusa, y Espuela Ardiente exclamó: «Ahí tenéis al heredero del trono despojado de sus derechos, y quien se los roba ni aun siquiera quiere rescatarlo de su cautiverio».

»Dicho esto, los Percy se retiraron llenos de ira resueltos á despojar al Rey Enrique de su dignidad real y á instalar en el trono á Edmundo, conde de March, á quien no sólo libertaron, sino que (con profundo disgusto del Rey) se ligaron con el mismo carcelero del conde, Glendóver.»

El final de esta contienda está descrita por el mismo historiador de la siguiente manera:

«Fraguóse entonces una conspiración contra el Rey por el conde de Norzumbria, ligado con el arzobispo de York, Ricardo Escropio, con Tomás Mobrai, conde Mariscal, hijo del duque de Norfoquia, con los condes Hastines, Falconbrigia, Bardolfo y otros varios, y convinieron en reunir sus tropas en las llanuras de York en día fijo y en que asumiera el mando en jefe el conde de

servido para el desarrollo de la parte puramente histórica de estos dramas, y á ellos se ha atendido con escrupulosidad suma, salvo en excepcionales casos, cuando su recto juicio comprendía que sin hacer violencia grande á la historia, los hechos narrados en aquellas crónicas y los caracteres allí presentados podían sufrir leves variaciones para ser convenientemente dramatizados los unos, y para dar á los otros distinto relieve del que seguramente tuvieron en la mente del historiador, á fin de que su evolución en la escena no pugnase abiertamente con las leyes de la humana naturaleza, según las entendía el insigne autor, con ese profundo criterio y con ese maravilloso conocimiento del corazón humano que lo inmortaliza como filósofo, tanto como su portentosa imaginación lo ha inmortalizado como poeta.

El origen de la querella entre los Percy y el Rey Enrique IV, cuyo principio, desarrollo y fin constituyen el tema histórico de ambos dramas, está descrito por Holinshed en los siguientes términos:

«Enrique, conde de Norzumbria, así como su hermano Tomás, conde de Vorcestria, y su hijo Enrique Percy, llamado *Espuela Ardiente*, quienes, al comenzar el Rey su reinado eran fieles aliados suyos, pronto envidiaron tanta fortuna y tanta dicha, y subió de punto su enemistad cuando Enrique IV exigió al conde y á su hijo que les entregaran los prisioneros cogidos en Holmedonia y Nesbit, pues únicamente le habían entregado á Mordac, conde de Faif, á pesar de sus insistentes reclamaciones y amenazas. Esto ofendió extraordinariamente á los Percy, pues consideraban como suyos los prisioneros que habían hecho, y aconsejados por el conde de Vorcestria, quien (según varios autores) se cuidaba sólo de fomentar recíprocos resentimientos y

embrollar los asuntos, vinieron padre é hijo á Windsor á ver al Rey para pedirle que, ó por medio de rescate ó por otro medio cualquiera, obtuviese la libertad de su deudo Edmundo Mórtimer, conde de March, á quien Oveno Glendóver tenía prisionero y cargado de cadenas en un inmundo calabozo en Gales, sólo porque Mórtimer había tomado armas en favor del Rey y le había mostrado absoluta fidelidad. El Rey, tras larga reflexión, les contestó que el conde de March no había sido hecho prisionero por servicio alguno que le hubiera prestado, sino que se había dejado prender de buena voluntad, no queriendo resistir las ofertas que le habían hecho Oveno Glendóver y sus cómplices; y que, por lo tanto, nada haría para conseguir su libertad. Los Percy se enfurecieron al oír esta contestación y tan indigna excusa, y Espuela Ardiente exclamó: «Ahí tenéis al heredero del trono despojado de sus derechos, y quien se los roba ni aun siquiera quiere rescatarlo de su cautiverio».

»Dicho esto, los Perey se retiraron llenos de ira resueltos á despojar al Rey Enrique de su dignidad real y á instalar en el trono á Edmundo, conde de March, á quien no sólo libertaron, sino que (con profundo disgusto del Rey) se ligaron con el mismo carcelero del conde, Glendóver.»

El final de esta contienda está descrita por el mismo historiador de la siguiente manera:

«Fraguóse entonces una conspiración contra el Rey por el conde de Norzumbria, ligado con el arzobispo de York, Ricardo Escropio, con Tomás Mobrai, conde Mariscal, hijo del duque de Norfoquia, con los condes Hastines, Falconbrigia, Bardolfo y otros varios, y convinieron en reunir sus tropas en las llanuras de York en día fijo y en que asumiera el mando en jefe el conde de

Norzumbria, quien prometió allegar gran número de escoceses.

»El arzobispo redactó un manifiesto en el cual se expresaban las quejas que se consideraba tenían, no sólo los comunes, sino los nobles del reino; leyóse este manifiesto primero á los amigos más próximos, y luego fué enviado á los que se hallaban lejos, y á todos se aseguraba que á fin de que los males indicados desaparecieran, dispuesto estaba el arzobispo á verter, en caso necesario, la última gota de su sangre.

»A poco, rodeado de numeroso séquito, partió el arzobispo Escropio hacia York, é inmediatamente hizo saber cuál era su intento, pues fijó proclamas en las calles y en las puertas de los monasterios para que cada cual supiese los motivos que le obligaban á hacer armas contra el Rey. Reunióse con esto gente de todas clases en grande número; y el arzobispo, armado de punta en blanco, presentóse ante sus secuaces exhortándolos á que por todos los medios posibles contribuyeran al éxito de la empresa. De este modo, no sólo los vecinos de York, sino los de toda aquella región capaces de tomar las armas, se unieron á él; tan grande era el respeto que el pueblo le tenía por causa de sus años, de sus virtudes, de su grande ciencia, de su venerable aspecto y de su afabilidad extraordinaria.

»Conocido del Rey lo que contra él se estaba tramando, y queriendo evitar ulteriores consecuencias, renunció á su proyectado viaje á Gales y partió de seguida al Norte. Al propio tiempo Rafael Névil, conde de Vestmorlandia, que no se hallaba muy lejos del Rey y el hijo de éste, Juan de Lancáster, reunieron las fuerzas que tenían disponibles y acamparon en un llano cerca de la selva de Gualtre, plantando sus enseñas como había plantado ya las suyas, al verlos llegar, el arzobispo

de York, cuyo ejército era más numeroso que el de sus contrarios, pues (según algunos autores) la rebelión contaba con unos veinte mil hombres por lo menos.

»Cuando el conde de Vestmorlandia se enteró de la fuerza de sus contrarios, y vió que no hacían demostraciones de avance, trató de hacer fracasar sus desig-nios por medio del engaño. Envió al campamento del Arzobispo á emisarios suyos, so pretexto de conocer la razón que impulsaba á tanta gente á tomar las armas contra la paz del Rey. El Arzobispo les manifestó, que nada quería emprender contra la paz del Rey, sino al contrario, que su conducta tendía á asegurar la paz y el reposo de la república. Que si él y sus compañeros habían tomado las armas, era por temor al Rey, á quien no podían tener acceso por causa de la infinidad de aduladores que lo rodeaban; y que probaría que sus intentos eran ventajosos tanto para el reino como para el mismo soberano, si la verdad se quería depu-rar; y con esto presentó la cédula en donde constaban las quejas de que se ha hecho mérito.

»Los mensajeros manifestaron á Vestmorlandia lo que les había dicho el Arzobispo. Leyéronle el mani-fiesto, cuando el Conde, con apropiadas frases y adema-nes, expresó su conformidad con los virtuosos y santos propósitos del prelado, á quien hizo saber que todo quedaría arreglado á medida de su deseo. Gozoso el Arzobispo al escucharlo, y dando crédito á su enemigo, convenció al conde Mariscal, que se mostraba reacio, á que acudiera con él al lugar en donde debía verificarse la reconciliación. Reuniéronse allí en número igual gente de ambos bandos, leyéronse las quejas formula-das por el Arzobispo, y sin más discusión el conde de Vestmorlandia y los que le acompañaban se compro-metieron á obtener las reformas exigidas. Vestmorlan-

dia, más astuto que los demás, exclamó: «Pues bien; puesto que nuestros esfuerzos han logrado el fin apetecido, y puesto que nuestras tropas han estado tanto tiempo sobre las armas, licenciémoslas y que cada cual torne á sus ocupaciones ordinarias; y mientras tanto, como prueba de nuestra unión y convenio, bebamos juntos á fin de que ambos ejércitos vean que somos amigos.»

»Apenas se habían dado las manos, cuando un caballero fué enviado por el Arzobispo para anunciar á su ejército que la paz estaba hecha, y para ordenarles que se depusieran las armas y que cada cual retornara á su hogar. Convencidas las tropas del Arzobispo de la verdad de esta reconciliación, al ver que los jefes de los opuestos bandos se daban las manos y bebían juntos de manera tan cordial, abandonaron el campo y emprendieron el camino hacia sus respectivas casas.

»Al propio tiempo que el ejército del Arzobispo se retiraba, las fuerzas contrarias se reconcentraron, de acuerdo con las órdenes dadas secretamente por el conde de Vestmorlandia; pero el Arzobispo no comprendió el engaño de que era víctima sino cuando fué hecho prisionero, juntamente con el conde Mariscal y otros.

»Las tropas del Arzobispo fueron perseguidas, muchos fueron hechos prisioneros, otros muertos, y los que escaparon, escaparon á costa de perder cuanto poseían.

»El Arzobispo y el conde Mariscal fueron conducidos á Pomfreto ante el Rey, y más tarde decapitados en York.»

Lo que precede es meramente una muestra que servirá para hacer patente la escrupulosidad con que Shakespeare se atiene á las crónicas de Holinshed, al trasladar á su teatro la narración histórica de aquel

autor, y para hacer ver cómo se cuida de conservar, al dramatizarlos, los rasgos característicos de los personajes que en esos hechos intervinieron. Enojoso sería amontonar más citas de aquellas crónicas; pero quien las examine verá cómo el poeta no olvida incidente alguno allí narrado, si cree que es conveniente recordarlo, para que se fijen mejor en la mente de los espectadores hechos que constituyen uno de los períodos más escabrosos é interesantes de la historia de Inglaterra.

Tan grande es el respeto de Shakespeare á la verdad histórica que consideraba encarnada en aquella narración, que á veces mantiene aún los errores en que incurrió Holinshed, verbigracia, el considerar como un solo personaje á los dos Mórtimer que intervinieron en aquellas históricas luchas, al tío y al sobrino, cuyo nombre de pila, Edmundo, era el de ambos.

El objeto que al escribir estos dramas históricos Shakespeare se propuso fué aparentemente, no sólo entretener á su público, sino instruirlo á la par, fin que indudablemente logró, y que aun un contemporáneo suyo, Tomás Heywood, autor y actor á la par, reconoció ampliamente. Más adelante, con tanta claridad se ha visto esta tendencia, que Schlegel ha llegado á afirmar que «en estos dramas históricos de Shakespeare, los hechos culminantes están tan fielmente descritos y sus causas, y aun sus secretos móviles con tanta penetración adivinados, que en ellos puede aprenderse la verdad histórica». Y tan cierto es que el pueblo de ese país ha aprendido mucho de su historia en los dramas del insigne autor, que hombres tan distinguidos y famosos como Marlborough y Chatham han sostenido que hallaron en Shakespeare la fuente inicial de sus conocimientos de la historia de su patria.

Este respeto á la verdad histórica, sin embargo, no ha impedido á Shakespeare tomarse á veces razonables libertades, libertades que en obras absolutamente históricas, evidentemente no tendrían disculpa; pero que en aquellas cuya tendencia primordial es un fin ético y literario á la par, no sólo son disculpables, sino dignas de unánime aplauso, puesto que sin violentar grandemente la verdad, se da extraordinario relieve á célebres sucesos dignos de retenerse en la memoria, y sin transformar notablemente los caracteres de los personajes históricos, se logra, con leves retoques de mano maestra de poeta ó de filósofo, ó de quien reúne ambas cualidades á la vez, dar infinitamente más realidad y vida que la que presentan en los escuetos perfiles, acaso imperfectos, de historiadores que no fueron capaces de ahondar tan profundamente en la razón de los hechos que narran, ni acertaron á comprender el carácter de las personas que en ellos intervinieron, con ese fino y penetrante espíritu.

Shakespeare compuso sus dramas históricos ateniéndose á la verdad histórica, como queda dicho, pero sin olvidar que antes que historiador era artista. Por eso en su ENRIQUE IV hace de igual edad á Espuela Ardiente que al príncipe de Gales, á fin de que resalte de manera más eficaz artístico contraste entre estos dos personajes, hasta cierto punto rivales y antitéticos, por más que el primero llevase en realidad veinte años al segundo. Por eso su Príncipe de Gales no aparece en el drama ese ser tan degradado en los comienzos de su vida que pintan aquellas historias. Aparece ciertamente como calavera y libertino y camarada de gente maleante y soez. Ayuda, es cierto, á un robo en despoblado, pero á un robo que tiene por objeto robar á ladrones y chasquear á sus indignos y cobardes compañeros de taberna.

Alterna con la hez de la sociedad, y ni cumple sus deberes de príncipe, ni demuestra cariño ni respeto hacia su padre; pero Shakespeare cuida que desde el primer monólogo de ese joven disoluto quede patente su ingénita nobleza, por más que su vida crapulosa anuble las excelentes cualidades de un alma en donde se ven ya germinar las dotes que más adelante fructificaron en un Enrique V, y así queda explicada de una manera razonable en el drama de Shakespeare esa repentina transformación en la conducta de ese mozo, lograda por una homilía de su padre y por el presentimiento de sus futuras responsabilidades. Harto conocedor era Shakespeare del corazón humano para imaginar siquiera que un ser verdaderamente rebajado puede transformarse jamás en héroe.

El carácter de Enrique IV también recibe oportunos toques de la mano del insigne autor, y aparece en el drama como tipo acabado y perfecto de un político poco escrupuloso, artero y disimulado; pero á la par, no enteramente exento de moderación y aun de generosidad en su conducta.

Espuela Ardiente, guerrero audaz, altivo y dominante por naturaleza, que antes de desayunarse, para hacer boca, mata á seis ó siete docenas de escoceses, y se queja, no obstante, de falta de trabajo; que se divierte en hacer rabiar á su admirador el feroz Glendóver contradiciendo sus fantásticas historias, y con quien á cuenta del reparto de determinada tierra está dispuesto á reñir, por más que cuando éste cede le quisiera regalar tierras de triple valor; que está dispuesto, si á mano viene, á disputar «sobre la novena parte de un cabello»; que ni oye á su padre, ni deja hablar á su tío; que detesta la música y los versos, es en Shakespeare, á pesar de estos defectos, carácter en extremo sim-

pático, y bastan para conseguirlo sólo leves pinceladas de su artística mano; oírle declamar acerca del honor que «salvaría, aunque para ello tuviera que zambullir en los abismos más profundos, y de allí, asido de la melena, sacarlo para que no se ahogara», y vislumbrear á través de su bromista conversación con su esposa, la ingénita alegría y nobleza de su carácter y su blandura en determinados casos, con los que no se hallan en abierta oposición con su bélico espíritu é impulsiva altivez.

El intrigante y falso Worcester, el ladino y vacilante Norzumbria, el valiente, pero pedante y vanidoso Glendóver, la enamorada, graciosa y femenil Lady Percy, y, en fin, todos los personajes más ó menos históricos de estos dramas, están tan perfectamente caracterizados como sabe hacerlo Shakespeare, y dan extraordinario realce y animación á esos cuadros, en donde aun hoy puede, y aun debe estudiarse, la historia de Inglaterra.

En extraña relación con las escenas verdaderamente dramáticas de los dos *Enrique IV*, se entrelazan y compenetran, por decirlo así, casi sin combinarse, otras del género cómico, de modo tal que, en mi juicio, si alguno fuera osado á emprender tan temeraria empresa, podría, sin extraordinario trabajo, separándolas, presentar dos producciones literarias distintas, un drama histórico y una comedia de costumbres.

Shakespeare, es cierto, mezcla constantemente en sus obras, el elemento dramático con el cómico; pero en su *ENRIQUE IV* da tanto relieve á un género como al otro, y tan numerosas son las escenas de una clase como las de la otra. Parece como si el autor se [hubiera propuesto en este caso no dar preponderancia á ninguno de estos dos elementos, sino dejarlos perfectamente equili-

brados y hacer que su público, en una sentada, gozase de dos espectáculos completamente distintos, aunque hábilmente relacionados entre sí.

Las escenas cómicas son, por supuesto, veraces cuadros copiados de la vida real de la época misma del autor, licencia disculpable en realidad, pues no serían absolutamente distintas las costumbres de los comienzos del siglo xv de las de fines del siglo xvi en Inglaterra, y, sobre todo, aun cuando lo fuesen, fácil es de comprender que de ello poco se cuidaría quien no era por demás dado á estudios arcaicos, y probablemente no creía que ganaban gran cosa en valor literario las obras, cuyos autores, abandonando lo esencial, que es ceñirse fielmente á la naturaleza y profundizar en los arcanos del corazón humano, fijan con preferencia sus ojos en pormenores, quizás hoy necesarios, pero que al fin son pormenores.

Los personajes que más ó menos activamente intervienen en la parte cómica de estos dramas, y que constituyen uno de los grupos mejor trazados de la vida maleante que existe en literatura alguna, están, inútil es decirlo, individualizados todos con rasgos perfectamente característicos, y todos parecen ser exactísimas copias de bien escogidos modelos.

El obeso y sensual Falstaf es, por supuesto, la figura que con más maravilloso relieve se destaca en ese cuadro tan «verdad», y es uno de los caracteres más dignos de fijar la atención en esa gran galería de ideales retratos que Shakespeare nos presenta en sus producciones dramáticas.

Peto, Pistola y Bardolfo, sus «ad láteres», Poins, Gadsil, el juez Somero, el paje, la posadera necia y zurcidora de voluntades y su amiga Dorotea, «tan pública como la carretera de San Albano á Londres», son todos,

como queda dicho, marcadísimos caracteres, pero relegados á segundo término para hacer resaltar la personalidad extraordinaria del famoso Falstaf.

Shakespeare es de una imparcialidad intelectual sorprendente al desarrollar los caracteres humanos que nos presenta en su escenario, y no se ensaña jamás ni aun con los seres más abyectos y antipáticos que describe. Lo malo y lo bueno de toda persona, y todos, por buenos ó malos que sean, tienen algo del contrario elemento, sale á luz cuando esa persona habla por boca de Shakespeare, característica cualidad que es patente prueba, en mi juicio, de la grandeza de su alma y la nobleza de su corazón.

Falstaf es un ser absolutamente sensual, de una sensualidad extravagante, irresponsable y constitutiva, carece en absoluto de sentido moral; dar gusto al cuerpo es para él la suprema ley, y vive á sus anchas revolcándose en su vida crapulosa como el cerdo en el fango. Es bebedor, tragón, holgazán, embustero y ladrón por añadidura, y no tiene ni vergüenza ni asomo de pudor, pero está á la par dotado de tan maravillosa alegría de carácter, conserva todavía tan fijo en la memoria el catecismo del caballero, por más que no practique ninguno de sus cánones, tiene tan clara inteligencia y se expresa con tal donaire cuando pretende eludir las consecuencias de su conducta extravagante y salir de los infinitos atolladeros adonde lo conducen sus embustes, su cobardía y sus vicios, que, por más increíble que parezca, este ser tan rebajado llega á inspirar, á pesar de todos sus defectos y perversas cualidades, cierta involuntaria simpatía y casi nos causa lástima cuando su antiguo compañero el príncipe de Gales, ya Rey, con perfecta razón, por supuesto, lo rechaza y le señala sólo mísera pitanza para que no se muera de hambre

Gervinus dice que Falstaf inspira la misma simpatía que el zorro que inmortalizó Goethe en su «Reineke Fuchs», y aunque, como sostiene Ulrici, el carácter de ese personaje tan vicioso sea casi rayano de la caricatura, la verdad es que no nos inspira repugnancia, y acaso sea esto debido á la maravilla que nos causa ver en carácter tan original y tan humano á la vez una acabada obra de arte.

La primera parte de ENRIQUE IV fué escrita, según Malone, en 1597, y según Collier en 1596. Fué anotada en el Registro de los libreros de Londres por Andrés Wise, el 25 de Febrero de 1597-98. Como «A booke intituled the *Historye of Henry IIII* th. his battaile at Shrewsburie against Henry Hottspurre of the Northe, with the Conceyted Mirth of Sir John Falstaffe.» (Un libro intitulado *La Historia de Enrique IV*, con su batalla en Eschusburia, contra Enrique Espuela Ardiente del Norte y las ingeniosas bromas de Sir Juan Falstaf) y el mismo Andrés Wise publicó este drama en 1598, en cuarto.

La segunda parte fué escrita probablemente muy poco tiempo después, pues fué publicada también en cuarto, en 1600.

Antes que Shakespeare escribiese estos dramas históricos, y quiza desde el año 1580 se representaba en Inglaterra una comedia de absolutamente ningún valor literario, titulada *Las Famosas Hazañas de Enrique V*, y en esta comedia aparece un personaje que lleva el nombre de Sir John Oldcastle. Poquísimo fué lo que Shakespeare tomó de esta obra; pero sí conservó en estos dramas históricos la taberna de Estchepia, el nombre de Gadsil y el de Sir Juan Oldcastle, que fué el que aplicó á su obeso y desvergonzado héroe, á quien más adelante dió el nombre de Sir Juan Falstaf. Este cam-

bio de nombres está perfectamente comprobado, y la variación explicada con los siguientes datos.

En la edición de 1600 de la segunda parte de ENRIQUE IV, olvidó seguramente el corrector de pruebas enmendar el original en la segunda escena del primer acto, é indicar en determinado sitio el nombre de Falstaf en vez de el de Oldcastle. Y por eso aparece en una apostilla la abreviatura Old, que sería la del manuscrito, en vez de la de Fal., que es la que debiera aparecer impresa.

Además, hay algunas alusiones en el texto de estos dramas que se refieren indudablemente á Sir Juan Oldcastle y no á su sustituto Sir Juan Falstaf, como verbigracia, el decir el juez Somero en la segunda escena del tercer acto de la segunda parte de este drama, que «Juan Falstaf, ahora Sir Juan Falstaf, cuando mozo fué paje de Tomás Mobrai, duque de Norforquia», cuando quien realmente fué paje de este noble en sus mocedades fué, no Sir Juan Falstaf, sino Sir Juan Oldcastle.

Sir Juan Oldcastle, Lord Cobham, fué perseguido con encarnizamiento por sus opiniones religiosas, y quemado vivo en Lóndres en 1417. Las feroces intranquias de aquellos tiempos convirtieron á este personaje en heroico mártir para los unos, y en monstruo de iniquidades para los otros, y por largo tiempo ésta fué lo opinión que más prevaleció, siendo frecuente hacer uso de ese nombre para recalcar las perversas cualidades de cualquier traidor de comedia ó despreciable carácter sainetesco. Shakespeare, al tomar el nombre de Oldcastle para adornar con él á su héroe, ignoraba á la sazón, seguramente, quién era Oldcastle; pero cuando se imprimieron los dramas en que debió aparecer este personaje, ó acaso antes, ya fuera porque la familia de

aquel noble protestase del desacato cometido contra la memoria de uno á quien muchos le llamaban «el Bueno»; ya fuera por iniciativa de la propia Reina Isabel, que ordenase á Shakespeare cambiar este nombre, ó ya, lo que es más probable, por espontáneo impulso del autor, lo cierto es que Shakespeare, no sólo lo cambió por el de Falstaf, sino que públicamente hizo acto de contrición por lo que acaso juzgó ligereza ó injusticia suya, pues en el Epílogo de la segunda parte de ENRIQUE IV dice :

«Falstaf acaso muera tomando sudores, si vuestra crítica no lo ha matado ya, porque Oldcastle murió mártir, y no es ese hombre.»

PERSONAJES

ENRIQUE IV.

ENRIQUE, principe de Gales,
EL PRÍNCIPE JUAN DE LANCÁSTER } hijos del Rey.
EL CONDE DE VESTMORLANDIA.

SIR GUALTERIO BLUNT.

TOMÁS PERCY, conde de Vorcestria.

ENRIQUE PERCY, conde de Norzumbria.

ENRIQUE PERCY, conocido por Espuela Ardiente.

EDMUNDO MÓRTIMER, conde de March.

ESCROPIO, arzobispo de York.

ARCHIBALDO, conde de Duglas.

OVENO GLENDÓVER.

SIR RICARDO VERNON.

SIR JUAN FALSTAF.

SIR MIGUEL, amigo del arzobispo de York.

POINS.

GADSIL.

PETO.

BARDOLFO.

LADY PERCY, esposa de Espuela Ardiente y hermana de
Mórtimer.

LADY MÓRTIMER, hija de Glendóver y esposa de Mórtimer.

CELESTINA, patrona de la taberna de Estchepia.

*Nobles, Jefes, un Jerif, un tabernero, un camarero, dos mozos de
taberna, dos arrieros, viajeros y sirvientes.*

Escena, Inglaterra.



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Londres. — Habitación en el Palacio.

Entran el REY ENRIQUE, VESTMORLANDIA,
SIR GUALTERIO BLUNT y acompañamiento.

REY. Pálido y tembloroso, cual me hallo
Por inquietudes tantas, me decido
Á que la paz asustadiza tome
Resuello; y luego, palpitante, aspire
Ecos de nuevas luchas, que principio
Han de tener en apartadas playas.
De hoy más la superficie de este suelo
Manchar no debe sus sedientos labios
Con sangre de sus hijos. Ruda guerra
No surcará de hoy más los campos nuestros,
Ni de hoy más ajarán sus florecillas
Los férreos cascos de enemigas huestes.
Esos opuestos bandos, semejantes
Á meteoros de turbado cielo,
De igual naturaleza, de substancia
Idéntica creados, que hace poco
En intestinas luchas, cuerpo á cuerpo,
Con saña furibunda pelearon,
Ahora ya, unidos en guerreras filas

En una sola dirección caminen.
Cese la lucha. De la guerra el filo,
Como cuchilla que se envaina á medias,
No vuelva más á lastimar al dueño.
Hasta el sepulcro, pues, de Jesucristo,
Cuyos guerreros somos, y obligados
Á batallar bajo su Cruz sagrada,
Amigos míos, conducir pretendo
Sin demora á un ejército de ingleses,
Cuyos brazos han sido en las entrañas
Formados de sus madres, porque logren
Arrojar á esos míseros paganos
De esa región sagrada, cuyo suelo
Pisaron hará ya catorce siglos
Esos benditos pies, que en cruz amarga
Para nuestra salud fueron clavados.
Ya cuenta mi proyecto doce meses,
Y es inútil decir que he de cumplirlo.
No vamos, pues, á discutirlo ahora;
Pero, querido primo Vestmorlandia,
¿Qué decretó el consejo de la noche
Para dar cima á tan grandiosa empresa?

VES. Señor, fué su premura discutida
Con interés; y fijos muchos gastos
Desde ayer noche están; pero, á deshora,
De Gales ha llegada un mensajero
Con pésimas noticias; la más grave
Es que el egregio Mórtimer, guiando
Gente de Gernforsiria contra turbas
Irregulares del feroz Glendóver,
De ese galés por las brutales manos
Hecho fué prisionero, que á cuchillo
Han pasado á un millar de sus secuaces,
Cuyos cuerpos han sido tan vilmente,

Tan oprobiosamente mutilados
Por los galeses esos, que no es fácil
Repetir ó indicarlo sin sonrojo.

REY. Parece que la nueva de esa lucha
Detiene el plan para la Tierra santa.

VES. Está á otra unida, sí, señor, pues llega
Del Norte otra más mala y enojosa.
El día de la Cruz, el animoso
Espuela Ardiente, Enrique Percy el joven,
Con el bravo Archibaldo en Holmedonia
(Ese audaz escocés tan afamado),
Á las manos vinieron.

Triste y sangrienta ha sido la jornada,
Atendido al fragor de sus cañones,
Según afirma quien las nuevas trae.
El tal montó á caballo en el momento
Más empeñado de la lucha aquélla,
Y, por lo tanto, de ella el fin ignora.

REY. Mi diligente amigo Sir Gualterio,
Aquí presente, desmontó hace poco
Sucio, con barro de la varia tierra
Que hay desde Holmedonia hasta Palacio,
Trayéndome gratisimas noticias.
Vencido está Archibaldo, y Sir Gualterio
Vió á diez mil animosos escoceses
Y á veinte y dos jinetes en los llanos
De Holmedonia encharcados en su sangre;
Y prisioneros son de Espuela Ardiente
Mórdak, Conde de Faif, y de Archibaldo
El hijo primogénito, y los condes
De Murei, Ángus, de Mentiz y Azol.
¿No es esto, responded, botín honroso,
Primo valiente? Respondedme, primo.

VES. Á fe que sí.

- Es conquista que honrar puede á un monarca.
- REY. Es verdad, el oírlo me entristece,
Haciéndome pecar, pues tengo envidia
Á mi señor el Conde de Norzumbria
Por padre ser de semejante hijo.
Hijo al que encomia del honor la lengua,
De todo un bosque el árbol más enhiesto,
De la fortuna el ídolo y orgullo.
Mientras que yo, que escucho cuál lo aplauden,
La deshonra y la crápula contemplo
Menoscabar la frente de mi Enrique.
¡Oh, pudiera probarse que trocara
Á estos dos hijos nuestros en mantillas
Algún hada nocturna, y que no fuera
Plantagenet el suyo, Percy el mío!
Yo tuviera á su Enrique, en ese caso,
Y el mío él. ¡Á no pensar en esto!
Mas, primo, ¿qué diréis de la insolencia
Del joven Percy vos? Para su uso
Los prisioneros conservar pretende
Que se ha proporcionado en esta hazaña,
Y que puedo contar, manda á decirme
Con el Conde de Faif Mórdak, tan solo.
- VES. Es obra de su tío el de Vorcestria,
Cuya animosidad os muestra siempre.
Él lo encrespa y le induce á que levante
La cresta juvenil contra vos mismo.
- REY. Mas le ordeno venir para que explique
Ante mí su conducta; y, por lo tanto,
De ir á Jerusalén la santa empresa
Precisa suspender por el momento.
Primo, en Windsor el miércoles que viene
Un consejo tendré. Vos á avisarlo
Id á los Lores; más tornad al punto,

Que aun más que hablar y disponer tenemos
De lo que con la rabia que en mí hierve
Ahora puedo explicar

VES.

Seréis servido.

ESCENA II

Londres.— Ante una taberna.

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE y FALSTAF.

FAL. Ahora bien, Enrique, ¿qué hora es, rapaz?

ENR. Tenéis tan entumecida la inteligencia con tanto beber Jerez añejo, con tanto desabrocharos después de cenar, y con tanto dormir la siesta sobre los bancos, que habéis olvidado preguntar por lo que verdaderamente os interesa. ¿Qué diablos os puede importar la hora que sea, á menos que no se trocaren las horas en copas de Jerez, los minutos en capones, los relojes en lenguas de terceras, las muestras de reloj en lupanares y el bendito sol en bella y ardiente moza, con traje de tafetán color de fuego? No encuentro motivo para cosa tan superflua como el que vos preguntéis qué hora es.

FAL. En verdad, Enrique, que ahora os aproximáis á mí, porque los que nos apoderamos de ajenas bolsas, nos guiamos por la luna y las siete estrellas, y no por Febo, ese gentilísimo caballero andante. Yo os suplico, caro censor mío, que cuando seáis Rey—Dios guarde á vuestra gracia—, Majestad debiera decir, porque gracia, ninguna os alcanzará.

ENR. ¿Cómo ninguna?

FAL. Ninguna á fe mía. Ni la gracia precisa para servir de prólogo á un banquete compuesto de un huevo frito.

ENR. Bueno; ¿y qué más? Al grano, al grano.

FAL. Pues bien, caro censor mío, cuando seáis Rey, no consintáis que á los que somos caballeros nocturnos se nos llame ladrones manifestos. Llámennos monteros de Diana, caballeros de la sombra, predilectos de la Luna, y que diga la gente que somos hombres gobernados, pues gobernados estamos como el mar por nuestra noble y casta señora la Luna, bajo cuyos auspicios robamos.

ENR. Bien dicho, y con exactitud, porque la riqueza de los que somos caballeros de la Luna fluye y refluye como el mar, gobernados como estamos por ella. Y, prueba al canto. Una bolsa de oro repleta, arrebatada resueltamente la noche del lunes, y disolutamente gastada la mañana del martes, obtenida con un «suéltala», y gastada con un «venga vino», está tan baja como el primer pedazo de una escalera, y luego tan alta como la horca.

FAL. ¡Vive Dios que decís bien, rapaz! Y ¿no es verdad también que mi patrona la tabernera es una criatura deliciosa?

ENR. Como la miel Hiblea, vejete fanfarrón; y ¿no es verdad que un justillo de cuero sienta bien como vestimenta de cárcel?

FAL. ¿Qué es eso? ¿Qué es eso, censor insensato? ¿Nos venís con sarcasmos y sutilezas? ¿Qué tengo yo que ver con justillos de cuero?

ENR. Y yo, ¡voto va! ¿Qué tengo que ver con vuestra patrona la de la taberna?

FAL. ¡Vaya! Pues más de una vez la habéis llamado á cuentas.

ENR. Pero no os he llamado jamás á vos para que pagarais vuestra parte.

FAL. No. Os hago esa justicia. Allí habéis pagado todo.

ENR. Allí y en otras partes hasta donde pudo estirar mi bolsa, y cuando no alcanzó, usé de mi crédito.

FAL. Sí, y lo habéis usado de tal modo, que á no ser porque sois heredero presunto... Pero, caro censor, decidme, os lo ruego, ¿quedará en Inglaterra patíbulo en pie cuando seáis Rey? ¿Y estará, como lo está hoy, el valor cohartado con el mohoso freno de ese viejo far-sante, la Ley? Cuando seáis Rey, no mandéis ahorcar jamás á un ladrón.

ENR. No. Seréis vos quien los ahorcará.

FAL. ¿Yo? ¡Oh maravilla! ¡Vive Dios! ¡Bravo juez seré!

ENR. Desde ahora estáis juzgando mal; porque lo que quiero yo decir, es que á vos mismo incumbirá el ahorcar ladrones, y así os convertiréis en maravilloso verdugo.

FAL. Bien, Enrique, bien. Hasta cierto punto, cuadra con mi genio, lo mismo que servir en la corte.

ENR. ¿Queréis mudar de vida?

FAL. Sí. Buena muda me darán: de la guardarropía del verdugo, que debe estar bien provista. ¡Voto va! Estoy más triste que gato viejó, ó un oso atado.

ENR. Ó que león viejo, ó laúd de amante.

FAL. Pues ó la nota más baja de una gaita.

ENR. Y ¿por qué no como una liebre en charco cenagoso?

FAL. Se os ocurren los símiles más repulsivos; y, francamente, sois el más ingenioso y el más truhanesco y delicioso príncipe que existe; pero, Enrique, os suplico que no me perturbéis con frívola charla. Ojalá vos y yo supiéramos dónde comprar provisión de buena fama. Un anciano consejero me sermonéó el otro día en la calle acerca de vos; pero yo no le hice caso; y eso que hablaba muy discretamente, y, además, en la calle.

ENR. É hicisteis bien, porque la discreción «por las calles clama y nadie le hace caso.»

FAL. ¡Oh citador de perniciosos textos! Capaz sois de corromper á un santo. Mucho daño me habéis hecho, Enrique. Dios os lo perdone. Antes que os conociera, Enrique, nada absolutamente sabía yo; pero ahora, para decir verdad, soy poco menos que uno más de entre tanto perdido. Tengo que abandonar tan perversa vida. Sí, por Dios, y si no lo hiciese, seré un malvado, y yo no me quiero condenar ni por el mejor hijo del Rey de la cristiandad.

ENR. ¿Dónde, Juan, nos apoderaremos de una bolsa mañana?

FAL. ¡Voto va! donde queráis, rapaz. Yo estoy pronto, y si no lo estuviese, llamadme canalla y despreciadme.

ERN. Mejoráis de vida. De rezar á rapar bolsas.

Entra POINS á distancia.

FAL. Es mi vocación, Enrique. Enrique, no es pecado el que cada cual se atenga á su vocación.—¡Poins! Ahora sabremos si Gadsil tiene alguna cita. ¡Oh, si los hombres fueran á salvarse por sus merecimientos, dónde en los infiernos habría rincón bastante cálido para él! Es el canalla más omnipotente que ha dicho «alto» á un hombre de bien.

ENR. Buenos días, Eduardo.

POINS. Buenos días, caro Enrique. ¿Qué dice Monsieur Remordimientos? ¿Qué dice Sir Juan Jerez con azúcar? Juan, ¿cómo os las componéis vos y el diablo con respecto á vuestra alma, que le vendisteis el Viernes Santo por un vaso de vino de Madera y la pata fiambre de un capón?

ENR. Sir Juan, es hombre de palabra, y el diablo tendrá lo suyo, pues jamás ha desmentido refrán alguno. El diablo cargará con lo que le corresponde.

POINS. Condenado estáis, pues, por cumplir la palabra dada al diablo.

ENR. Y si no, condenado estaría por estafarle.

POINS. Pero, muchachos, muchachos, mañana á las cuatro de la madrugada en Gadsil. Peregrinos hay que van á Canterburia con ricas ofrendas y mercaderes que cabalgan hacia Lóndres con preñadas bolsas. Antifaces tengo para todos, caballos tenéis vosotros. Gadsil pernocta en Rochestria. He apalabrado la cena para mañana á la noche en Estchepia. Se puede llevar á cabo tan fácilmente, como dormir. Si venís, repletaréis la bolsa; si no, quedaos en casa, y que os ahorquen.

FAL. Escuchad, Eduardo; si no voy y me quedo en casa, os ahorcaré á vos por ir.

POINS. ¿Lo haríais, lomudo?

FAL. Enrique, ¿seréis de la partida?

ENR. ¿Quién, yo? ¿Yo robar? A fe que no.

FAL. No tenéis ni hombría de bien, ni ánimo, ni compañerismo, ni venís de sangre real tampoco, si no os aventuráis por un soberano.

ENR. Pues bien, por una vez en la vida haré una locura.

FAL. Bien dicho.

ENR. Suceda lo que suceda, me quedo en casa.

FAL. ¡Vive Dios! Entonces, traidor seré yo cuando seáis rey.

ENR. Poco me importa.

POINS. Sir Juan, suplico que nos dejéis al príncipe y á mí solos. Tales razones le daré para que emprenda esta aventura, que irá.

FAL. Pues que Dios os conceda el espíritu de la

persuasión, y á él oídos para su aprovechamiento á fin de que lo que le digáis convenza, lo que oiga crea, y que el verdadero príncipe se convierta en falso ladrón, porque las malas costumbres de estos tiempos necesitan apoyo. Adiós; me encontraréis en Estchepia.

ENR. Adiós, otoñada primavera. Adiós, verano de todos santos.

(Vase Falstaf.)

POINS. Ahora bien, bondadoso, carísimo y amabilísimo señor mío, cabalgad mañana con nosotros. Tengo que dar un chasco que no me es posible llevar á cabo aisladamente. Falstaf, Bardolfo, Peto y Gadsil, despojarán á las gentes que habremos descaminado. Vos y yo no estaremos allí; pero si vos y yo, cuando se hayan posesionado del botín, no les robamos á ellos, quítenme esta cabeza de los hombros.

ENR. Pero ¿cómo nos separaremos de ellos al emprender la marcha?

POINS. ¡Vaya! Saldremos antes ó después que salgan, y les indicaremos el sitio donde nos tienen de encontrar, y gustosísimos no acudiremos á la cita. Entonces, sin nosotros, darán cima á la empresa, cuando caeremos de improviso sobre ellos.

ENR. Sí, pero es fácil que conozcan por nuestros caballos, vestidos y varias circunstancias, que somos nosotros.

POINS. ¡Bah! no han de ver á los caballos. Los ataré en el bosque: cambiaremos de antifaces cuando nos separemos de ellos, y, oíd, tengo capotes de bocací para el caso, á fin de ocultar nuestros conocidos trajes.

ENR. Pero creo que serán harto fuertes para nosotros dos.

POINS. Me consta que dos son tan archi-cobardes, como el mayor cobarde que haya vuelto las espaldas; si pelean más de lo que es razón, abandonaré la carrera de las armas. La gracia de esta broma yace en que ese gordinflon bergante nos contará, cuando nos reunamos esta noche, mentiras incomprensibles; que luchó contra treinta por lo menos, y hablará de los quites y los mandobles, y de los apuros en que se vió, y en poderle nosotros desmentir todas esas patrañas, está lo mejor del chiste.

ENR. Pues bien, iré con vos. Preparad lo necesario, y esta noche nos veremos en Estchepia. Allí cenaré. Adiós.

POINS. Adiós, señor. (Vase.)

ENR. Bien os conozco á todos, y me presto
Por hoy á vuestro humor desenfrenado,
Y al Sol con esto imito, que permite
Á perniciosas y rastreras nubes
Ocultar á la tierra su belleza,
Á fin de que, al querer brillar de nuevo,
Más maravilla cause, cuando rompa
Esas odiosas y sombrías brumas
Que ha poco estrangularle parecían.
Si fuese día de fiesta todo el año,
Constante diversión nos fatigara
Como el trabajo hoy, mas á deseo,
Por ser pocos, se cogen, pues lo raro
Es lo que agrada más. Por eso mismo,
Al dejar esta vida crapulosa,
Y deudas al pagar que no contraje,
Verá el mundo fallidos sus presagios
Al mostrarme mejor que mis promesas;
Y cual metal brillante en fondo obscuro
Mi enmienda lucirá sobre mis faltas

Con más intensidad y más aplauso
Que la virtud exenta de contraste.
Mal obraré por cálculo, á sabiendas;
Y cuando juzgue yo que ya es preciso,
Redimiré mis faltas de improviso.

ESCENA III

Londres.—Habitación en el Palacio.

Entran el REY ENRIQUE, NORZUMBRIA, VORCESTRIA,
ESPUELA ARDIENTE, SIR GUALTERIO BLUNT y acom-
pañamiento.

REY. Harto encalmada está mi sangre y yerta,
Pues pude soportar tantos ultrajes.
Habéis hecho la prueba, por lo visto,
Y mi paciencia habéis pisoteado.
Pero de hoy más, tenedlo por seguro,
Dominante y temible vais á hallarme;
No como he sido, blando cual la cera,
Y más suave que plumón naciente,
Por lo cual del derecho me he privado
De aquellas atenciones que reserva
El alma altiva á la altivez tan sólo.

VOR. Señor y soberano, nuestra casa
La censura jamás ha merecido
Del poder, de un poder que con su ayuda
Contribuyó para que grande fuera.

NOR. Señor...

REY. Idos, Vorcestria, porque veo
Riesgo y desobediencia en vuestros ojos.
¡Oh, señor! vuestro porte es harto altivo,
Es harto audaz, y soportar no puede

De un servidor el arrogante ceño
La majestad de un Rey. Tenéis licencia
Para partir, y os llamaré si acaso
Vuestra ayuda ó consejo necesito.

(Vase Vorcestria.)

(A Norzumbria.) Ibais ha poco á hablar.

Nor.

Sí, soberano.

Los prisioneros esos que reclaman
De vuestra alteza en nombre, y que cogidos
Por mi hijo Enrique en Holmedonia fueron,
Según me dice, no tan bruscamente
A entregar se negó, como aseguran
A vuestra majestad; y, por lo tanto,
O á envidias ó á una mala inteligencia
Esta falta achacad, más no á mi hijo.

Esp.

No me negué á entregar los prisioneros,
Mas recuerdo, señor, qué terminada
La lucha ya, sediento por la ira
Y por esfuerzos grandes, sin aliento,
Exánime, apoyándome en mi espada,
Allí llegó un señor, muy bien vestido,
Con exquisito lujo, vivaracho
Como un novio, la barba recién hecha,
Haz en segado campo parecía,
Y cual una modista perfumado.
Entre el pulgar y el índice de esencias
Una caja lucía, que, á menudo
Llevaba á la nariz y retiraba;
Pero al llevarla á la nariz de nuevo,
Solía estornudar. Él, sin embargo,
No cesaba de hablar y sonreirse;
Y mientras los soldados conducían

A los que sucumbieron, los llamaba
Canalla sin cultura y descortesés,
Por poner un cadáver asqueroso
Entre el viento y su excelsa señoría.
Con placenteras y adarnadas frases
A mí me habló, diciendo, entre otras cosas,
Que le entregara yo mis prisioneros,
Pues vuestra majestad los reclamaba.
Escociéndome entonces mis heridas
Por haberse enfriado, dolorido
É impaciente por ver que me importuna
Muñeco semejante, negligente,
Al contestar, ni aun sé lo que le dije.
Qué iba yo á hacer ó no. Me enloquecía
Verle tan reluciente y vivaracho,
Oler tan bien y hablar como una dama
De cañones, tambores y de heridas.
¡Dios me ampare! ¡Decirme que la cosa
Mejor que en este mundo se conoce
Para las contusiones es la es-perma!
Y decir que era lástima muy grande
(Y es verdad) que éste pérfido salitre
Del inocente seno de la tierra
Se saque, y se destruya alevemente
Con él á tantos excelentes mozos;
Y que él, soldado acaso hubiera sido,
Si esos viles cañones no existieran.
A esa inconexa impertinente charla
Contesté vagamente, como he dicho.
Su relato, señor, por tanto, os ruego
Que cual acusación no se interponga
Entre el trono, Señor, y mi cariño.

BLUN. Considerando bien las circunstancias,
Señor, lo que haya dicho Enrique Percy

A tal ente, en tal sitio, en tal instante,
Con todo lo demás que os repitieron,
Se debe relegar á eterno olvido;
Y no debe aducirse en daño suyo,
Ni recordar de hoy más lo que dijera,
Con tal que de lo dicho se desdiga.

REY. Mas rehusa entregar los prisioneros,
Aun hoy, sin que yo acepte el compromiso
De rescatar al punto, á mis expensas
A ese conde de March, amigo suyo,
A ese estúpido Mórtimer, que adrede,
Júrolo por mi alma, sacrifica
A quienes guía á batallar en contra
De ese maldito mágico Glendóver,
Con cuya hija ha poco se ha casado.
¿Es justo, pues, que yo mis arcas vacíe
A fin de que un traidor hoy se redima?
¿Comprar se debe la traición? ¿Es justo
Con enemigos transigir, que tienen
Perdido, por su culpa, sus derechos?
No. Muérase de hambre en la montaña.
Y por amigo no tendré yo nunca
A ninguna persona cuya lengua
Sólo un maravedí para el rescate
De ese rebelde Mórtimer me pida.

ESP. ¿Qué? ¿Mórtimer rebelde?
No ha faltado jamás, ¡oh, soberano!
A no ser por azares de la guerra.
Para probarlo, que hablen sus heridas,
Abiertas llagas que adquirió cual bravo
Cuando en duelo mortal y cuerpo á cuerpo
Del Severna en las márgenes mimbrosas
Una hora empleara en franca lucha,
Cambiano golpes, con el gran Glendóver.

Tres veces descansaron, y tres veces
Por mutuo acuerdo, en la corriente viva
Del Severna su sed satisficieron.
Y, al ver su aspecto sanguinoso, el río
Corrió espantado, entre temblantes mimbres,
Y ocultó la cabeza alborotada
En su cauce profundo, con la sangre
De esos hombres valientes mancillado.
Jamás la astucia infame y corrompida
Se adornó con heridas tan mortales,
Ni nunca el noble Mórtimer pudiera
Recibir más ni con mejor deseo.

¿A qué, pues, de rebelde calumniarlo?

Rev. Percy, mentís, mentís por cuenta suya.
Él jamás ha luchado con Glendóver;
Antes luchara con el diablo mismo
Que tener á Glendóver por contrario.
¿No os da vergüenza? Oídme; desde ahora.
No oiga yo hablar de Mórtimer palabra.
Los prisioneros vuestros entregadme,
O de mí oiréis hablar de una manera
Que no os agradará. Para marcharos
Con vuestro hijo, conde de Norzumbria,
Permiso os doy. Mandadme de seguida
Los prisioneros, ó pesaros puede.

(Vanse el Rey, Blunt y acompañamiento.)

Esp. Que venga el diablo y me los pida á gritos,
Y no los mandaré. Voy al instante
A decírselo; quiero que tranquilo
Lata mi corazón, por más que fuere
Corriendo grave riesgo mi cabeza.

Nor. ¿Conque ebrio de ira? Ten cachaza.
Aquí llega tu tío.

Entra VORCESTRIA.

Esp. ¿Que no hable
Yo de Mórtimer? ¡Voto á los infiernos!
De él he de hablar y ¡piérdase mi alma
Si yo causa común con él no hiciere!
Si, por él vaciaré mis venas todas;
Y, gota á gota, verteré en el polvo
La sangre cara mía. Yo al hollado
Mórtimer á encumbrar estoy dispuesto.
Hasta la altura de ese Rey que olvida;
De ese ingrato y perverso Bolimbroquia.

Nor. El Rey á tu sobrino ha vuelto loco,
Hermano mío.

VOR. ¿Quién ha sido causa
De este fuego después de mi partida?

ESP. Pide entregue ¡pardiez! mis prisioneros,
Y al hablar nuevamente del rescate
De mi cuñado, pálido su rostro,
Iracunda, mortífera mirada
Me dirigió, temblando de coraje,
Solo al oír de Mórtimer el nombre.

VOR. Yo no lo culpo. ¿No lo proclamara
El difunto Ricardo, su heredero?

NOR. De la proclamación testigo he sido.
Entonces fué cuando el monarca triste
(Dios el mal que le hicimos nos perdone)
Á aquella expedición marchó de Irlanda,
De donde retornó tan bruscamente,
Para depuesto ser y asesinado.

VOR. Y muerte por la cual nos amancilla
La ancha boca del mundo y nos amengua.

Esp. Pero escuchad. ¿El Rey Ricardo entonces,
De la corona proclamó heredero

Á mi cuñado Mórtimer?

NOR.

Tal hizo,

Y en mi presencia.

ESP.

Pues, en ese caso,



Al Rey, su primo, criticar no puedo,
Cuando dijo que de hambre se muriese
En la árida montaña. Mas vosotros,
Que sobre la cabeza colocasteis
De ese hombre olvidadizo la corona,
Y que ostentáis por el la odiosa mancha
De cómplices de un vil asesinato;
Vosotros, ¿un sin fin de maldiciones
Aun soportar queréis? ¿Ser sus agentes,
Sus medios, sus dogales, sus peldaños,
Ó hablando claramente, sus verdugos?
Perdonad que me exprese de este modo,
Y que el nivel y situación os muestre
Donde os ponéis bajo ese Rey ladino.
¿Qué oprobio! ¿Va á darse en nuestros días,
Ó escribirán las crónicas futuras
Que hombres, cual sois vosotros, ambos nobles,
Y poderosos ambos, coadyuvasen
En causa tan notoriamente injusta,
Cual ¡Dios os lo perdone!, vos hicisteis?
Y á Ricardo, ¡preciosa y dulce rosa,
Abatir y plantar silvestre espinol
¡Al vil escaramujo Bolinbroquia!
¿Y se dirá, para mayor oprobio,
Que fuisteis engañados, descartados
Por quien tan gran verguenza padecisteis?
No. Podéis redimiros todavía,
Rescatar vuestro honor y congraciaros
En la opinión del mundo nuevamente,
Y vengar los desmanes y las burlas

De ese arrogante Rey, que noche y día
Estudia el modo de saldar la deuda
Que aun no os pagó, con vuestra propia sangre.
Digo por tanto...

VOR. Cállate, sobrino.

No digas más; un libro quiero abrirte,
Y de él á tu intranquilo entendimiento
Leeré tema profundo y peligroso,
Tan atrevido, tan audaz cual fuera
Atravesar horrenda catarata
Sobre la incierta base de una pica.

ESP. Cayendo; buenas noches. Muere ó nada.
El peligro del orto hasta el ocaso
Venga, con tal que encuentre en su camino
El honor que de norte á sur lo cruce,
Y luchen ambos. ¡Oh, la sangre arde
Despertando á un león, y no á una liebre!

NOR. Empresas ideando portentosas,
De la calma los límites traspasa.

ESP. ¡Vive Dios! Me parece salto fácil
Arrebatar inmaculada honra
Del pálido semblante de la luna,
Ó zambullir del piélago hasta el fondo
Donde la sonda ya llegar no puede,
Y sacar al honor que allí se ahoga,
De la melena asido, y sin rivales
Gozar, quien de ese modo lo redime,
Á la par suya, dignidad perfecta.
Pero, atrás ese hipócrita consorcio.

VOR. Infinidad de imágenes concibe,
Pero no el caso que entender debiera.
Caro sobrino, escúchame un momento.

ESP. Perdonadme.

VOR. Esos nobles escoceses

Que tienes prisioneros...

ESP. Me los guardo.
¡Vive Dios! Ni siquiera le doy uno.
Aunque un solo escocés su alma salvase,
No, no se lo daré. ¡Por esta mano
Juro que me los guardo!

VOR. Te separas
De la cuestión, y tus oídos cierras
Á mis designios. Esos prisioneros
Los guardarás.

ESP. ¡Pues no! Sí tal. Sin duda.
Á rescatar á Mórtimer se niega.
Me prohibió que de Mórtimer hablara;
Pues lo he de acechar, y, cuando duerma,
«Mórtimer» he de aullar en sus oídos.
Es más, á un estornino haré que adiestren,
Que «Mórtimer» le diga y le repita,
Á fin de que su rabia se mantenga.

VOR. Permíteme, sobrino, una palabra.

ESP. Renuncio á todo estudio desde ahora,
Excepto á exasperar á Bolimbroquia,
Y á atormentar á ese soldado raso,
El príncipe de Gales. Si no fuera
Porque sé que su padre no le quiere,
Y se alegrara de su mal, veneno
Yo le diera en un jarro de cerveza.

VOR. Sobrino, adiós. Hablarte me propongo
Cuando para escuchar estés templado.

NOR. ¡Bah! ¡Qué avispado y que impaciente necio!
Venirte con desplantes femeniles
Sin oír otra voz más que la tuya.

ESP. Escuchad, me fustigan, me laceran
Con ortigas, me pica un hormiguero,
Si oigo hablar de ese infame Bolimbroquia.

- Cuando Ricardo... ¿Qué lugar es ese?
Cargue el diablo con él. Glostersia, creo,
Donde habitaba el loco de su tío—
Ese tío suyo York—, por vez primera
Ante ese Rey doblara la rodilla,
Ante ese sonriente Bolimbroquia,
Cuando de Ravenspurgia retornasteis.
- NOR. En el castillo fué de Bércley
- ESP. Cierto.
- ¡Ah! Cuántas, cuán amables cortesías
Ese lebel halagador me hizo.
«Que su suerte en mantillas ha llegado
Á la mayor edad», y «Noble Percy»,
Y «caro deudo mío». ¿Que el demonio
Con todo falso semejante cargue!
Dios me perdone. Mi querido tío,
Vuestro cuento seguid, que aquí concluyo.
- VOR. No. Si no has concluído, sigue hablando.
Te esperaremos.
- ESP. Concluí, lo juro.
- VOR. Vuelta á tus prisioneros escoceses.
Entrégalos á todos sin demora.
Sin esperar rescate, y como medio
De obtener un ejército en Escocia,
Tan sólo al hijo retendrás de Dúglas.
Por razones que tengo, y que transcribas
Te enviaré, ten seguridad completa
Que obtendrás lo que pidas fácilmente.

(Á Norzumbria.)

Vos, estando ocupado el hijo vuestro
En Escocia, pudierais sigiloso
Insinuaros con el buen prelado
Que estima todo el mundo; el arzobispo.

Esp. ¿El de York, no es verdad?

Vor. Seguramente;

Quien recuerda, apenado todavía,
La muerte en Bristol, de su hermano Escropio.
No hablo por conjetura, ni ahora os hablo
Por mi cuenta no más. Sé lo que digo,
Lo que se rumia, trama y se concierta,
Y que esperando está tan solamente,
Oportuna ocasión para que estalle.

Esp. Lo oí. ¡Prosperará, por vida mía!

Nor. Tú sueltas la jauría sin que hayas
La caza levantado.

Esp. ¡Si no puede
Dejar de ser honrosa tal empresa!
Y las fuerzas de York y las de Escocia
Á Mórtimer unidas; digo, ¿es nada?

Vor. Y se unirán.

Esp. Está muy bien urdido.

Vor. Y hay razones que exigen la premura.
Levantar la cabeza es necesario
Si se han de salvar nuestras cabezas,
Pues por más que tranquilos nos mostremos,
Nuestro deudor el Rey pagarnos quiere;
Y no creerá que estamos satisfechos
Hasta que de pagarnos halle modo.
Y ya principia, pues nos hace extraños
Á sus demostraciones de cariño.

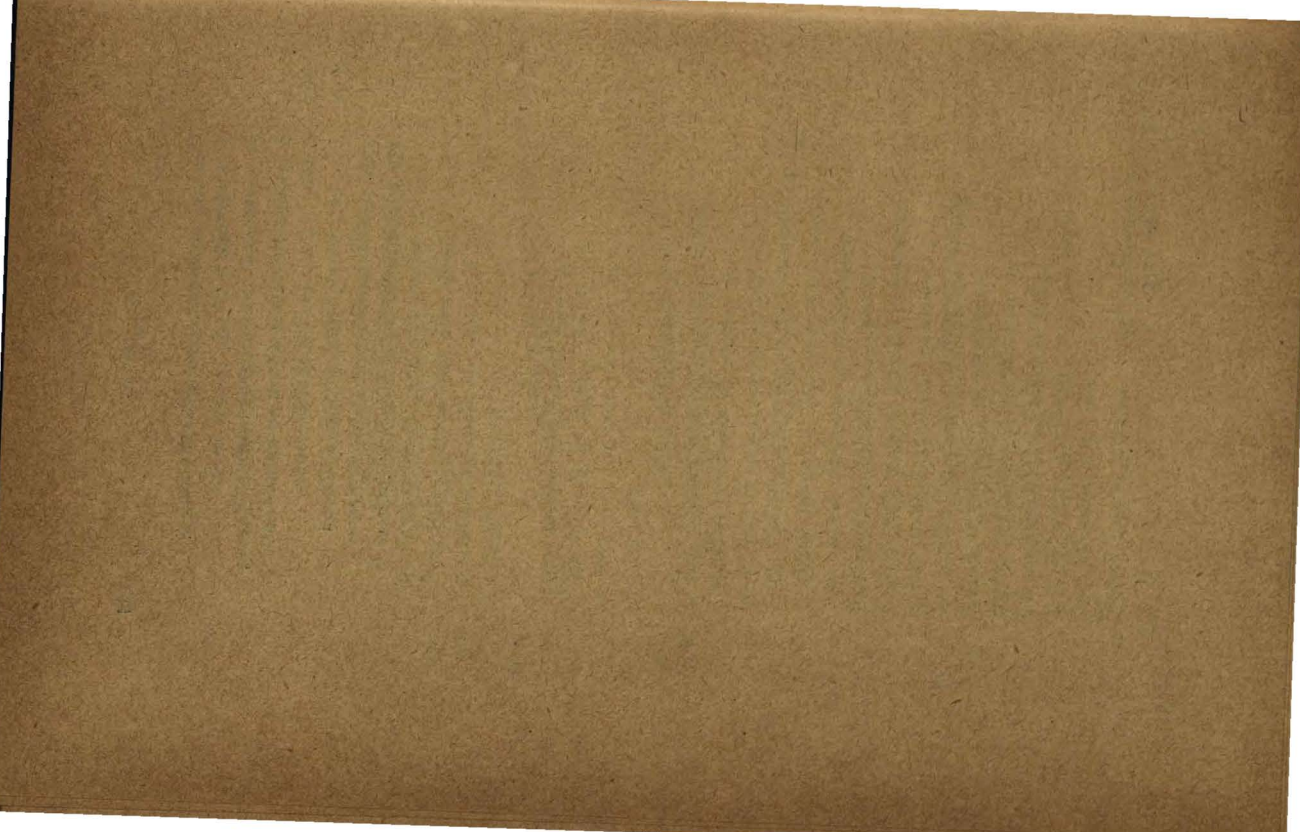
Esp. Es verdad. Es verdad, nos vengaremos.

Vor. Adiós, sobrino. No te precipites,
Hasta que por escrito, ya madura
La ocasión, el camino yo te trace.
Y muy pronto ha de ser. Voy con sigilo
Con Glendóver y Mórtimer á unirme,
Donde Duglas y tú con vuestras fuerzas

Han de reconcentrarse, cual disponga,
Y la fortuna nuestra de este modo
Se sostendrá con nuestros fuertes brazos;
Pues harto incierta ahora se mantiene.

NOR. Adios, hermano. Prosperar confío.

ESP. Tío, con Dios quedad, y que las horas
¡Ay! vuelen hasta vernos aplaudidos
Por encuentros, mandobles y gemidos.





ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Rochester. — El patio de una posada.

Entra un ARRIERO con un farol.

ARR. 1.º ¡Eh! ¡Hola! Si no son las cuatro de la mañana, que me ahorquen. Ya el carro está sobre la chimenea nueva, y las caballerías aun no están cargadas. ¡Eh, mozo!

Moz. (Dentro.) Ya voy, ya voy.

ARR. 1.º Tomás, haz el favor de sacudir la albarda del capón. Ponle en el arzón más lana. La pobre bestia tiene lastimada la espaldilla.

Entra otro ARRIERO.

ARR. 2.º La cebada y las habas están aquí más húmedas que un perro, y nada hay como eso para que las pobres bestias críen lombrices. Desde que murió Robín, el posadero, todo en esta casa está patas arriba.

ARR. 1.º ¡Pobrecillo! No asomó la risa á sus labios desde que subió el precio de la avena. Causa fué de su muerte.

ARR. 2.º Paréceme que para pulgas, no hay más infa-

me casa en toda la carretera de Londres. Más picado estoy que lo está una tenca.

ARR. 1.º ¡Cómo una tenca! ¡Válgame Dios! Desde el primer canto del gallo no ha habido cristiano rey más bien mordido que yo.

ARR. 2.º Como no nos dan servicio, del hogar nos tenemos que valer, y eso cría más pulgas que un espi-renque.

ARR. 1.º ¡Eh! mozo, ven, maldito seas. Ven.

ARR. 2.º Tengo que entregar nada menos que en la Cruz de Charing un jamón ahumado y un par de raíces de genjibre.

ARR. 1.º ¡Cuerpo de Dios! ¡Están los pavos en la cesta muertos de hambre! ¡Eh, mozo! ¡Mala peste te coja! ¿No tienes ojos en la cara? ¿Estás sordo? ¡Si no es tan honrada acción, como echar un trago, romperle la crisma, que me emplumen! Ven, y que te ahorquen. No tienes conciencia.

Entra GADSIL.

GAD. Buenos días, arrieros. ¿Qué hora es?

ARR. 1.º Creo que serán las dos.

GAD. Os ruego que me prestéis el farol: quiero ver á mi capón, que está en la cuadra.

ARR. 1.º Poco á poco. A fe que se yo dar una broma doble mejor que esa.

GAD. Suplico que me prestéis el vuestro.

ARR. 2.º ¿Sí? ¿Cuándo? ¿No me lo podéis decir? ¿Conque que os preste el farol, eh? Enhoramala, y que os cuelguen.

GAD. Vos, arriero, ¿cuándo pensáis llegar á Londres?

ARR. 2.º Con tiempo sobrado para acostarse con luz,

yo os lo aseguro. Vamos, amigo Cacharros, despertemos á esos caballeros. Quieren ir en nuestra compañía, pues traen mucho equipaje.

(Vanse los arrieros.)

GAD. ¡Eh, hola, camarero!

CAM. (Dentro.) «A la mano», como dijo el rapa-bolsas.

GAD. Tanto vale eso comó «á la mano», como dijo el camarero. Pues os diferenciáis del rapa-bolsas como se diferencia el que dirige del que trabaja. Vos preparáis el terreno.

Entra el CAMARERO.

CAM. Buenos días, Sr. Gadsil. Resulta cierto lo que os dije anoche. Un hacendado de las dehesas de Kent trae consigo trescientos marcos en oro. Oíselo decir anoche, durante la cena, á uno de sus compañeros, empleado, ó cosa así, en la contaduría. También trae mucho equipaje, y sabe Dios lo que contendrá. Se han levantado ya, y están pidiendo huevos fritos. Se van de seguida.

GAD. Pues si no topan con los siervos del diablo, os doy el pescuezo.

CAM. No. No lo quiero. Conservadlo para el verdugo, vos, que sois tan adorador del diablo como el hombre de menos fe.

GAD. ¿A qué hablarme á mí del verdugo? Si me cuelgan, buen par de cebados patíbulos tendremos, porque el viejo Sir Juan colgaría conmigo, y ya sabéis que no es ningún escuálido. ¡Bah! Ni siquiera soñáis con los pajarracos que están dispuestos, por vía de broma, á honrar la profesión; y, si apurasen el asunto, por su propio crédito, quedará todo arreglado. Yo no me aso-

cio con pelagatos ni raterillos de tres al cuarto, ni con locos bigotudos y carí-rojos mosquitos, sino con la nobleza y la bienandanza, con burgomaestres y grandes propietarios, gente de posición, más dispuesta á pegar que á hablar, y á hablar más que á beber, y á beber más que á rezar; y, sin embargo, ¡voto va!, miento, porque piden constantemente á su santo, la sociedad, ó, para decir verdad, no le piden, le toman, y la recorren en todas direcciones para ponerse las botas.

CAM. Si así se calzan, fácil cosa es que esas botas se calen, si llega á llover.

GAD. No se calarán. La justicia misma las engrasa. Vivimos en una fortaleza, y muy seguros. Tenemos la receta de la simiente de helecho. Somos invisibles.

CAM. No, señor, vuestra invisibilidad se debe más á la noche que á la simiente de helecho.

GAD. Dadme la mano. Tendréis parte en el negocio, á fe de hombre veraz.

CAM. Antes bien, jurádmelo á fe de ladrón falaz.

GAD. Idos enhoramala. «Homo» es nombre común á todos los hombres. Decid al mozo que saque de la cuadra á mi capón. Adiós, bribonazo. (Vanse.)

ESCENA II

Carretera, cerca de Gadsil.

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE y POINS; BARDOLFO
y PETO á distancia.

POINS. Venid, al escondite, al escondite. Hele quitado su caballo á Falstaf, quien chirria como terciopelo engomado.

ENR. Apartaos. (Se retiran.)

Entra FALSTAF.

FAL. ¡Poins! ¡Poins! ¡Maldito seáis! ¡Poins!

ENR. (Adelantándose.) Callaos, canalla cebón. ¡Qué modo de alborotar!

FAL. ¿Dónde está Poins, Enrique?

ENR. En lo alto del cerro. Voy en su busca. (Se retira.)

FAL. Condenado estoy á robar en compañía de ese ladrón. El muy canalla se llevó mi caballo, y lo ha amarrado no sé donde. Si doy cuatro pasos más me quedo sin resuello. Después de todo, voy á morir de muerte natural si evito el que me ahorquen por matar á ese pillo. Veintidós años ha que constantemente he abjurado de su compañía; y, sin embargo, por arte hechiceresco, en su compañía me hallo. Muera yo ahorcado como no sea que el muy bribón me ha propinado alguna droga para que lo quiera; si no, sería imposible. Poins, Enrique, ¡malditos seáis ambos! Bardolfo, Peto. Prefiero morirme de hambre á dar un paso más. Soy el canalla más miserable que ha hincado jamás el diente, como no sea tan honrada cosa como echar un trago, el transformarme en hombre de bien y separarme de todos estos bribones. Ocho varas de terreno quebrado son para mí setenta leguas, y á esos infames de corazón empedernido, bien les consta. Reniego de los ladrones que no son leales entre sí. (Silban.)—Anda. Mala peste en vosotros todos. Dadme mi caballo, canallas, y que os ahorquen.

ENR. (Adelantándose.) Callaos, tripón. Acostaos y aplicad el oído al suelo á ver si oís pasos.

FAL. ¿Tenéis cabria para levantarme, si me acuesto? ¡Voto va! Ni por todo el dinero que haya en la tesorería de vuestro padre volveré yo á llevar mis carnes tan lejos á pie. ¡Que afán de que monte en cólera!

ENR. Mentís. No tengo afán de que montéis. Estáis bien desmontado.

FAL. Por favor, noble príncipe Enrique, buscadme mi caballo.

ENR. Callaos, bribón: ¿soy yo, acaso, vuestro mozo de cuadra?

FAL. Idos, y ahorcaos con vuestras ligas de heredero presunto. Si me cogen, cantaré. Como no os saque yo coplas á todos al compás de las canciones más chavacanas, envenéneme un vaso de vino de Jerez. El llevar tan adelante una broma, y además á pie, es cosa que detesto.

Entra GADSIL

GAD. ¡Quieto ahí!

FAL. Quieto estoy y contra mi voluntad.

POINS. ¡Oh! Es nuestro escucha. Conozco su voz.

(Adelantándose con Bardolfo y Peto.)

BAR. ¿Qué noticias hay?

GAD. Disfrazaos, disfrazaos. Poneos los antifaces. Dinero del rey viene cuesta abajo. Va á la tesorería del rey.

FAL. Mentís, bergante; va á la taberna del Rey.

GAD. Bastante tendremos todos cuando partamos.

FAL. Para la horca.

ENR. Señores, vosotros cuatro les saldréis al encuentro en el callejón. Poins y yo nos colocaremos más abajo. Si escaparen, toparán con nosotros.

PETO. ¿Cuántos son?

GAD. Unos ocho ó diez.

FAL. ¡Voto al diablo! Quizá nos roben ellos.

ENR. ¿Qué es eso? ¿Tenéis miedo, Sir Juan Panza?

FAL. Francamente, no soy ningún Juan de Gante,

vuestro abuelo; pero, Enrique, no soy cobarde tampoco.

ENR. Bien está. Eso se pondrá á prueba.

POINS. Vuestro caballo, Juan, está detrás del valla-
do. Cuando os haga falta, allí lo encontraréis. Salud y
firmeza.

(Vanse el Príncipe Enrique y Poins.)

FAL. ¿No lo debería matar yo aunque me ahorcasen?

ENR. (Aparte á Poins.) Eduardo, ¿dónde están nues-
tros disfraces?

POINS. (Aparte á Enrique.) Aquí, á la mano. No os
apartéis de mí.

FAL. Ahora bien, señores. Buena suerte digo yo, y
cada cual á su negocio.

Entran VIAJEROS.

VIAJ. 1.º Vamos, vecino. Que del diestro lleve
El mozo á los caballos en la cuesta,
Y las piernas un rato estiraremos.

FAL. ¡Alto!

VIAJ. 2.º ¡Jesús nos ampare!

FAL. ¡A ellos! Boca abajo. Cortadles el gañote. ¡Hi de
tales! Gusarapos, bribones hartos de pringue. Enemi-
gos de la juventud. Boca abajo. Dejadlos en cueros.

VIAJ. 1.º ¡Oh! Estamos perdidos, y todo cuanto te-
nemos.

FAL. ¡Que os ahorquen, gordinflones! ¿Que estáis
perdidos? No, tragones papanatas; ojalá que cuanto tu-
vierais estuviese aquí. Id por delante, lomudos, id por
delante. ¿Qué decís, canallas? Los jóvenes tienen que
vivir. ¿Sois miembros del jurado, no es eso? Pues ya
juraréis á fe mía.

(Vanse Falstaf y Gadsil llevándose por delante á los viajeros.)

Vuelven á entrar el PRÍNCIPE ENRIQUE y POINS,
vestidos con trajes de bocaci.

ENR. Los ladrones han atado á esa honrada gente.
Si ahora vos y yo robamos á los ladrones, y alegremen-
te nos vamos á Londres, será conversación para una se-
mana, motivo de risa para un mes y chiste sempiterno.

POINS. Apartémonos, que los oigo volver. (Se retiran.)

Vuelven á entrar FALSTAF, GADSIL, PETO
y BARDOLFO.

FAL. Vamos, señores, á repartir, y á caballo antes
que amanezca. Si el Príncipe y Poins no son dos cobar-
des insignes, no hay justicia en el mundo. Ese Poins
no tiene ni el valor de una gallareta.

(Mientras están repartíendose el botín, el Príncipe y Poins
caen sobre ellos.)

ENR. ¡La bolsa!

POINS. ¡Villanos!

(Gadsil, Peto, Bardolfo y Falstaf, después de breve lucha,
huyen, dejando el botín tras ellos.)

ENR. Fácil conquista ha sido. Alegrement
Podemos cabalgar. Dispersos huyen
Los ladrones de tal pavor henchidos,
Que ni osan reunirse. Cada uno
Un alguacil al compañero juzga.
Á huir, Eduardo, pues. Copiosamente
Falstaf sudando va, la seca tierra,
Al caminar, de pringue suturando.
Lástima le tuviera, si no fuese
Porque no puedo contener la risa.
¡Como rugió el bribón! (Vanse.)

ESCENA III

Warkworth.—Habitación en el castillo.

Entra ESPUELA ARDIENTE leyendo una carta.

... «Pero, señor, por mi parte, mucho me alegraría estar ahí, por ser grande mi amor á su casa.»—Que se alegraría mucho; pues, ¿por qué no está? Por ser grande su amor á nuestra casa. Se ve que ama más á su granero que á nuestra casa. Sigamos leyendo. «Lo que emprendéis es peligroso.» Claro está. Peligroso es resfriarse, dormir, beber; pero debo deciros, seor necio, que de entre esta ortiga, el peligro, arrancaremos esta flor, la seguridad. «Lo que emprendéis es peligroso, dudosos los amigos que nombráis, la ocasión poco propicia, y vuestro plan en su totalidad harto ligero, para contrapesar oposición tan potente.» ¿Eso decís? ¿Eso decís? Pues yo os repito que sois un cobarde patán. Que mentís. ¡Vaya un cerebro huero! ¡Vive Dios! nuestro plan es tan bueno como el mejor que se haya tramado. Nuestros amigos son sinceros y leales. Buen plan, buenos amigos, y estamos llenos de esperanzas. Excelente plan y bonísimos amigos. ¡Vaya un alma de hielo la de este bribón! Pues sí, el mismo York aprueba el plan, y, en su conjunto, el camino que nos hemos trazado. ¡Voto al diablo! Si estuviera ahora cerca de ese tunante, le saltaría los sesos con el abanico de su mujer. ¿No están en ello mi padre y mi tío, y no lo estoy yo, y no lo están también, Edmundo Mórtimer y el Arzobispo de York y Ovenc Glendóver, y, además Douglas? ¿No tengo yo todas sus cartas manifestándo-

me que se reunirán conmigo el nueve del mes próximo? Y, ¿algunos de ellos no están ya de camino? ¡Vaya un bribón descreído, infiel! ¡Ah! Ya lo veréis. Poseído de irresistible espanto y cobardía, ahora irá al Rey y le revelará nuestro proyecto. ¡Oh! me haría pedazos por haber removido semejante plato de leche desnatada con el anuncio de tan honrosa empresa. ¡Que lo ahorquen! Estamos preparados. Saldré esta noche.

Entra LADY PERCY.

¡Hola, Catalina! Tengo que dejarte dentro de un par de horas.

L. PER. Dueño mío, ¿por qué tan solitario?

¿Qué ofensa cometí, que ha dos semanas
Que no comparto el lecho de mi Enrique?
Dime, querido dueño, ¿qué motivo
Te quita el apetito, la alegría
Y el sueño inapreciable? ¿Por qué causa
Fijos tienes los ojos en el suelo,
Y cuando solo estás, tan á menudo,
Sobresaltado, de tu asiento saltas?
¿Por qué tu rostro pierde su frescura,
Y de mi amor entregas los tesoros
Á ceñudas ideas, mis derechos
Á una melancolía que maldigo?
Guardando yo tus sueños transitorios
Te oí reseñas de empeñadas luchas
Murmurar entre dientes, que gritabas
Al animar á tu corcel brioso,
Que «¡valor!», «¡adelante!» repetías,
Que hablabas de trincheras y de tiendas,
Parapetos, salidas, retiradas,
Palizadas, fortines y cañones,

Culebrinas y obuses, de rescates
De prisioneros, de soldados muertos
Y de todo lo anejo á fiera lucha.
De tal modo tu espíritu ha bregado,
De tal modo en tus sueños te agitaste,
Que gotas de sudor sobre tu frente
Corrían semejando á las burbujas
De arroyo ha poco tiempo removido.
Extrañas expresiones en tu rostro
Se han ostentado, tales cual ocurren
Cuando queda el aliento retenido
Al recibo de orden perentoria.
¿Esto qué significa? Grande empresa
Entre manos tener debe mi dueño,
Y yo lo he de saber ó no me amas.

ESP. ¡Hola!

Entra un SIRVIENTE.

¿Partió ya Gilliams?

SIR. Ha una hora.

ESP. ¿Del Jerif los caballos trajo Butler?

SIR. Un caballo, señor, ahora ha traído.

ESP. ¿Qué caballo? decid. ¿Es un roano,
De orejas cortas?

SIR. Sí, señor.

ESP. Mi trono

Va á ser ese roano. En este instante,
Á montar. *¡Oh esperance!* Ve, dile á Butler
Que lo conduzca al parque.

(Vase el sirviente.)

L. PER. Dueño mío,

Escúchame.

ESP. ¿Qué dice mi señora?

L. PER. De aquí, di, ¿qué te lleva?

ESP. Mi caballo.

Sí, prenda. Mi caballo.

L. PER. Mono mío,

Casquivano. Ni una comadreja
Es posible que tenga los arranques
Que tienes tú. Yo he de saber, lo juro,
Lo que te ocupa. He de saberlo, Enrique...
Me temo yo que Mórtimer, mi hermano,
Acerca de sus títulos se agita,
Y, para que lo ayudes tú, te busca;
Pero si vas...

ESP. ¿Á pie tan lejos, prenda?

Me cansaré.

L. PER. Ven, periquito mío,

Ven, contéstame tú directamente
Á esta pregunta. Enrique, no me engañes,
Ó la verdad me dices, ó á fe mía,
Que este dedo meñique te disloco.

ESP. Anda, anda, poco juicio. ¿Yo quererte?

No te quiero. Por ti nada me importa,
Catalina. Este mundo no se hizo
Para jugar en el á las muñecas,
Ni para que se luce con los labios.
Narices hacen falta ensangrentadas,
Cabezas rotas, y que todo pase
Cual corriente moneda.—¡Mi caballo!
¿Qué dices, Catalina? ¿Qué me pides?

L. PER. ¿Que no me quieres tú? ¿Que no me quieres?

Está bien. Como tú ya no me quieras,
No me querré, tampoco, yo á mi misma.
¿De verdad no me quieres? Vaya, dime
Si me hablabas de veras ó de burlas

ESP. Ven. ¿Montar á caballo quieres verme?

Pues cuando esté á caballo, que te quiero
Inmensamente te diré. Mas oye:
De hoy más, no me preguntes, Catalina,
Adónde voy, ni para qué tampoco
Caviles tú. Yo iré, donde ir es fuerza.
Y, en conclusión, precisa que esta tarde
Te deje yo, querida Catalina.
Sé que discreta eres—tan discreta,
Cual puede serlo la mujer de Percy.
Enérgica también—, cuanto es posible
Que lo sea mujer, y tan callada
Como la más callada, porque creo
Que no divulgarás lo que no sepas;
Y hasta ese punto en ti yo deposito
Mi confianza, amada Catalina.

L. PER. Mas ¿cómo? ¿Hasta ese punto?

Esp.

Ni siquiera

Una pulgada más. Vendrás conmigo
Donde vaya, no obstante, Catalina.
Hoy parto yo, tú partirás mañana.
¿Te place, Catalina?

L. PER.

No hay remedio

(Vanse.)

ESCENA IV

Estcehepia.—Cuarto en la taberna Cabeza del Jabalí.

Entra el PRÍNCIPE ENRIQUE.

ENR. Eduardo, salid de ese cuarto nauseabundo y
ayudadme á reir un rato.

Entra POINS.

POINS. ¿Dónde habéis estado, Enrique?

ENR. Con tres ó cuatro brutos, entre tres ó cuatro pipas de vino. He llegado á herir las más bajas notas de la humildad. Hanme declarado cofrade de una trailla de mozos de taberna, y ya los conozco á todos por su nombre de pila, como verbigracia, Tomás, Ricardo, Francisco. Juran por su ánima, que aunque sea yo Príncipe de Gales, soy á la par el Rey de la Cortesia, y afirman netamente que no soy un orgulloso, como Falstaf, sino un gitano, un mozo de brío, un buen muchacho. Os juro que si así me llaman y me dicen que cuando sea Rey de Inglaterra, tendré á mis órdenes á todos los mozos buenos de Estchepia. El beber en demasia es, según ellos, teñirse de escarlata, y cuando se toma aliento al beber, dicen «upa» y os ordenan tragar todo. En resúmen, he adelantado de tal modo en un cuarto de hora, que puedo beber con cualquier calderero hablándole en su propia jerga durante toda mi vida. Dígote, Eduardo, que has perdido mucho en no haberme acompañado en esta empresa; pero dulce Eduardo, para endulzar tu nombre de Eduardo, te regalo estos cuatro maravedís de azucar, que ahora mismo puse en mis manos un sota-mozo, uno que no habla más inglés que para decir «ocho chelines y seis peniques» y «señor, bienvenido», con el agregado á gritos de «ya voy, señor, ya voy», ó «medid un cuartillo de moscatel para el cuarto de la media luna»; ó cosa semejante. Pero, Eduardo, pasad el tiempo como podáis hasta que venga Falstaf. Quedaos en algún cuarto de aquí cerca, mientras que yo le pregunto á mi mozo chiquitín con qué objeto me ha dado ese azúcar, y

mientras tanto, vos no dejéis de gritar, «Francisco», á fin de que su cuento quede reducido á «ya voy». Idos, y yo os enseñaré el cómo.

(Vase Poins.)

POINS. ¡Francisco!

ENR. Perfectamente.

POINS. ¡Francisco!

Entra FRANCISCO.

FRAN. Ya voy, señor, ya voy. ¡Atended al cuarto de la granada!

ENR. Venid aquí, Francisco.

FRAN. ¡Señor!

ENR. ¿Cuánto tiempo hace que servís, Francisco?

FRAN. Cinco años, y además...

POINS. (Dentro.) ¡Francisco!

FRAN. Ya voy, señor, ya voy.

ENR. ¡Cinco años! Larga fecha es para oír sonar cacharros. Pero, Francisco, ¿seríais capaz de representar el papel de cobarde ante vuestro contrato y de enseñarle los talones echándoos á correr?

FRAN. ¡Oh señor, capaz soy yo de jurar poniendo la mano sobre todos los libros de Inglaterra, que en mi pecho...

POINS. (Dentro.) ¡Francisco!

FRAN. Ya voy, señor, ya voy.

ENR. ¿Qué edad teneis, Francisco?

FRAN. Veamos. Por San Miguel, cumpliré...

POINS. (Dentro.) ¡Francisco!

FRAN. Ya voy, señor.—Esperadme, señor, un momento.

ENR. Si, pero escuchad, Francisco. Con respecto á

ese azúcar que me disteis, valía cuatro maravedís; ¿no es cierto?

FRAN. ¡Ah, señor, ojalá hubiera valido el doble!

ENR. Por ese azúcar os daré yo mil libras. Pedídmelas cuando queráis, y las tendréis.

POINS. (Dentro.) ¡Francisco!

FRAN. ¡Ya voy, ya voy!

ENR. ¿Ya voy, Francisco? ¿Ya? No, Francisco. Mañana, Francisco, ó el jueves, ó por mejor decir, cuando os dé la gana; pero Francisco...

FRAN. Señor.

ENR. ¿Os atrevéis á robar á ese que lleva jubón de cuero, botones de cristal, rapado el pelo, anillo de ágata, medias oscuras, ligas de lana, de bondadosa apariencia y que trae alforjas españolas?

FRAN. ¡Ay, señor! ¿qué decís?

ENR. Pues en ese caso, moscatel será vuestra única bebida, porque, Francisco, esa almilla de blanca jerga se ensuciará. Ni en Berbería lo pasaréis peor.

FRAN. ¿Qué, señor?

POINS. (Dentro.) ¡Francisco!

ENR. Idos tunante. ¿No oís que os están llamando?

(Poins y el Príncipe llaman á la vez á Francisco, quien permanece indeciso sin saber adónde acudir.)

Entra el TABERNERO.

TAB. ¿Cómo? ¿Ahí te estás parado mientras que á gritos te están llamando? Atiende á los parroquianos.— Señor, el viejo Sir Juan con media docena de personas más están á la puerta. ¿Los dejas entrar?

ENR. Que esperen un rato, y luego, les abris.

(Vase el Tabernero.)

¡Poins!

Vuelve á entrar POINS.

POINS. ¡Ya voy, señor, ya voy!

ENR. Ese Falstaf y los demás ladrones están á la puerta. ¿Nos divertimos?

POINS. Como grillos, muchacho; pero oíd: ¿qué sacáis de la broma que habéis dado á ese mozo? ¿Qué va á salir de ahí?

ENR. Ahora estoy dispuesto á seguir todas las bromas que se hayan iniciado desde la época del buen Adán hasta la inmadura edad presente; las doce de la noche. ¿Qué hora es, Francisco?

FRAN. (Dentro.) ¡Ya voy, Señor, ya voy!

ENR. Parece mentira que este mozo sea hijo de mujer, y gaste menos palabras que un loro. Su industria es subir y bajar escaleras. Su elocuencia, la suma de una cuenta.—Todavía no soy yo del modo de pensar de Percy, el Espuela Ardiente del Norte. Ese que mata á seis ó siete docenas de escoceses antes de almorzar, se lava las manos, y dice á su mujer: «Oprobio es tan tranquila existencia. Necesito trabajar.» «¡Oh mi querido Enrique! dice ella, ¿cuántos has matado hoy?» «Dale agua á mi rocino, dice él», y responde «Unos catorce hará una hora». ¡Bagatela, bagatela!—Os suplico que llaméis á Falstaf. Yo haré el papel de Percy, y ese maldito carnaza hará el papel de su esposa, mi señora Mórtimer. «Rivo», como dice el borracho. Que entre ese costillar. Que entre ese sebo.

Entran FALSTAF, GADSIL, BARDOLFO y PETO,
seguidos de FRANCISCO, que trae vino.

POINS. Bienvenido, Juan. ¿Dónde habéis estado?

FAL. Mala peste en todos los cobardes, digo yo; y

malditos sean, y amén. Dame una copa de Jerez, muchacho. Antes de seguir esta clase de vida mucho tiempo más, prefiero hacer calcetas, componerlas, y aun echarles nuevas plantas. Mala peste en todos los cobardes. Dame una copa de Jerez, tunante. No hay ya virtud.

ENR. ¿No habéis visto nunca á Febo acariciar á la manteca, á la manteca de tierno corazón que se derrite en presencia del sol? Pues si lo habéis visto, vedlo aquí tambien.

FAL. Bribón—y además, han echado cal en este Jerez.—Sólo bribonería da de si la infame condición humana; pero, no obstante, peor es un cobarde que una copa de Jerez con cal. Sigue tu camino, viejo Juan, y muérete cuando gustes, y si no es cierto que la virilidad, la verdadera virilidad es cosa ya olvidada en la tierra, ténganme por arenque desovado. No hay ni tres hombres de bien sin ahorcar en Inglaterra, y uno de ellos está gordo y va envejeciendo. ¡Dios nos ampare! ¡Perverso mundo es éste! ¡Ojalá fuera tejedor! Cantara salmos, ó haría cualquier otra cosa. Mala peste en todos los cobardes, digo y repito.

ENR. ¿Qué es eso, colchón? ¿Qué murmuráis?

FAL. ¡Hijo de un Rey! Como no lograra yo arrojaros del reino con un cuchillo de palo y llevarme por delante á todos vuestros súbditos cual bandada de gallarettas, jamás debería volver á gastar pelos en la cara. ¡Vos príncipe de Gales!

ENR. Pero, hi de tal, hombre pelota, ¿qué pasa?

FAL. ¿No sois un cobarde? Contestad; y ¿no lo es también Poin?

ENR. ¡Voto va! Panza, si me volvéis á llamar cobarde, os paso.

FAL. ¡Yo llamaros cobarde! Condenado quiero veros antes de que yo os llame cobarde; pero daría mil li-

bras para poder correr tan á prisa como vos corréis. Vuestras espaldas están bastante bien formadas, y no se os importa quién os las mira; y ¿es eso guardar las espaldas á vuestros amigos? Mala peste en semejantes espaldares. Prefiero yo á quienes se me presentan cara á cara. Dadme una copa de Jerez. Llámenme bribón si he echado ni siquiera un trago hoy.

ENR. ¡Ah, infame! Aun están húmedos vuestros labios de la última vez que bebisteis.

FAL. Es igual. Mala peste en todos los cobardes, repito yo.

ENR. ¿Qué ocurre?

FAL. ¿Qué ocurre? Aquí estamos cuatro que esta mañana nos apoderamos de mil libras.

ENR. ¿Dónde están, Juan? ¿Dónde están?

FAL. ¿Dónde están? Nos las quitaron. Eran ciento contra miserables cuatro.

ENR. ¡Hombre, ciento!

FAL. Bribón me llamen si no medí yo mi espada contra las de una docena dos horas consecutivas. Escapé de milagro. Ocho veces me atravesaron el jubón, y el calzón cuatro. Mi adarga quedó hecha pedazos, y mi espada mellada como una sierra. Jamás me he portado mejor desde que soy hombre, pero todo fué inútil. ¡Mala peste en todos los cobardes! Que hablen éstos. Si dicen otra cosa que no sea la pura verdad, son unos villanos é hijos del infierno.

ENR. Hablad, señores; ¿cómo fué?

GAD. Nosotros cuatro nos lanzamos sobre unos doce.

FAL. Eran lo menos diez y seis, señor.

GAD. Y los atamos.

PETO. No, no, no se les ató.

FAL. Se ató á todos, bergante, ó llámenme si no judío, judío berberisco.

GAD. Estando en el reparto, seis ó siete de refresco cayeron sobre nosotros...

FAL. Desataron á los demás, y después vinieron los otros.

ENR. ¡Cómo! ¿Luchasteis contra todos?

FAL. ¿Todos? Yo no sé lo que vos llamáis todos; pero si no luché contra cincuenta, llámenme manojo de rábanos. Si no cayeron cincuenta y dos ó cincuenta y tres sobre el pobre vejete Juan, no soy yo animal de dos pies.

ENR. Rogad á Dios que no hayáis matado á alguno.

FAL. Para eso ya no valen ruegos. He salpimentado á dos. He saldado las cuentas de dos bribones vestidos con trajes de bocací. Escuchadme, Enrique, y si os miento, escupidme al rostro y llamadme matalote. Vos conocéis mi antiguo quite. Así estaba yo, y así empuñaba la espada. Cuatro bribones vestidos de bocací me atacaron.

ENR. ¿Cómo cuatro? Ahora mismo dijisteis que dos.

FAL. Cuatro, Enrique. Dije cuatro.

POINS. Sí, sí. Dijo cuatro.

FAL. Vinieron esos cuatro de frente y furiosamente me atacaron, pero sin perturbarme, recibí sus siete estocadas en mi adarga.—Así.

ENR. ¡Siete! Pues si ahora mismo no había más que cuatro.

FAL. ¿Con vestidos de bocací?

POINS. Sí, cuatro con vestidos de bocací.

FAL. Siete por la cruz de esta espada, ó llámenme villano si no.

POINS. Dejadlo. Pronto tendremos más.

FAL. ¿Me estáis oyendo, Enrique?

ENR. Sí, y con mucha atención, Juan.

FAL. Vale la pena oírlo. A esos nueve vestidos de bocací de quienes hablaba...

ENR. Bien. Ya tenemos dos más.

FAL. Viendo rotas las puntas de sus espadas...

POINS. Y cayéndoseles los calzones...

FAL. Comenzaron á retroceder; pero yo los acosé violentamente, y en un abrir y cerrar los ojos, despaché á siete de los once.

ENR. ¡Que monstruosidad! De dos, salir once hombres con vestidos de bocací.

FAL. Pero quiso el demonio que tres pillos malnacidos, con vestidos del color verde que usan los bandidos, me atacaran por la espalda, porque era tan grande la obscuridad, que ni podía verme las manos.

ENR. Tan gordas son estas mentiras como el padre que las ha engendrado. Enormes como montañas, descaradas y patentes. Tripón de escaso seso, tonto de capirote, hi de tal, libidinoso grasiento, rollo de sebo...

FAL. ¿Pero estáis loco? ¿La verdad deja de ser verdad?

ENR. ¿Cómo podiais saber que esa gente estaba con vestidos del color verde que usan los bandidos, en obscuridad que os impedía veros vuestras propias manos? Vamos, dad una explicación. ¿Qué respondéis á esto?

POINS. Vamos dad una explicación, Juan, una explicación.

FAL. ¿Cómo? ¿A la fuerza? No, aunque me amenazaran con el Estrapado y con todos los tormentos del mundo; á la fuerza, no la daría. ¡Dar explicaciones á la fuerza! Aunque explicaciones tuviera á la mano tan numerosas como hay zarzamoras, á hombre alguno daría yo una explicación á la fuerza.

ENR. No quiero por más tiempo ser cómplice de semejante pecado. Este cobarde borracho, este aplanador de colchones, este revienta-caballos, esta montaña de carne...

FAL. Atrás, escuálido, piel de anguila, ahumada lengua de ternera, bergajo, bacalao. ¡Quién tuviera resuello para decir á lo que os asemejáis! Vara de sastre, vaina, funda de arco, miserable florete ambulante...

ENR. Bien. Tomad resuello, y luego, proseguid, y cuando os hayáis cansado rebuscando viles comparaciones, oíd lo que os tengo que decir.

POINS. Atención, Juan.

ENR. Nosotros vimos que vosotros cuatro atacasteis á otros cuatro. Que los atasteis y que os apoderasteis de lo que llevaban. Atención ahora. Sencilla historia os va á confundir. Nesotros dos entonces caímos sobre vosotros cuatro; y, en una palabra, os arrebatamos vuestra presa. Sí, señor; y os la podemos enseñar en esta casa misma. Y vos, Falstaf, cargásteis bonitamente con vuestras tripas con extraordinaria destreza y agilidad, y berreásteis pidiendo misericordia, corriendo y berreando siempre, como jamás becerro alguno ha corrido y berreado... ¡Qué pobre hombre sois vos, que melláis vuestra espada y aseguráis haber batallado! ¿Qué recurso, qué invención, qué subterfugio encontraréis ahora para eludir tan claro y manifiesto oprobio?

POINS. Vamos á ver, Juan. ¿Qué recurso os queda?

FAL. ¡Vive Dios! Os conocí tan bien como os podría haber conocido la madre que os parió. Vamos, oídme, señores. ¡Iba yo á matar al presunto heredero? ¡Iba yo á ir contra un legítimo príncipe? ¡Vamos! Bien sabéis que soy valiente como Hércules. Pero, ved lo que es el instinto. El león no ataca jamás á un legítimo príncipe. Es mucho lo que puede el instinto. Por instinto me mostré cobarde. Tendré durante el tiempo que me resta de vida mejor opinión de mí y de vos; de mí como león valiente, de vos como legítimo príncipe. Pero, ¡vive Dios! muchachos... ¡Cuánto celebro que tengáis el dine-

ro! Patrona (gritando á la patrona), portazos á las puertas. Esta noche á velar, mañana rezaréis. Valientes, rapaces, chiquillos, corazones de oro, ¿qué compinches hay en el mundo que merezcan los calificativos que merecéis vosotros? Vamos á ver. ¿Nos divertimos? ¿Qué os parece una comedia improvisada?

ENR. Perfectamente. Y que el argumento sea vuestra huída.

FAL. ¡Ah! No hablemos más de eso, Enrique, si de veras me queréis.

• Entra CELESTINA.

CEL. ¡Ay Jesús! señor Príncipe.

ENR. Ahora bien; señora patrona, ¿qué me tenéis que decir?

CEL. Señor, un noble de la corte está á la puerta y desea hablaros. Dice que viene de parte de vuestro padre.

ENR. Para que sea persona real, dadle una corona y encaminadlo á mi madre.

FAL. ¿Qué clase de hombre es?

CEL. Un anciano.

FAL. ¿Qué tiene que hacer persona tan grave fuera del lecho á media noche? ¿Le doy yo la respuesta que merece?

ENR. Sí, Juan.

FAL. Ya haré yo que se vaya más que de prisa. (Vase.)

ENR. Ahora bien, señores. ¡Voto á la Virgen! peleasteis bien, y vos también, Peto, y vos también, Bardolfo. También sois leones y echasteis á correr por instinto. ¿Como ibais vosotros siquiera á tocar á un legítimo príncipe? ¡Qué horror!

BAR. Yo eché á correr cuando vi correr á los demás.

ENR. Decidme ahora, hablando formalmente: ¿porqué está mellada la espada de Falstaf?

PETO. Pues la melló con su puñal, y dijo que aunque á fuerza de juramentos desterrara de Inglaterra á la verdad, os haría creer que había sido en lucha, y nos indujo á hacer lo propio.

BAR. Y á pincharnos con grama las narices á fin de hacernos sangre, y con ella manchar los vestidos, y asegurar que era sangre de honrada gente. Hice lo que no he hecho en estos últimos siete años. Me sonrojo oyendo sus monstruosas invenciones.

ENR. ¡Ah, villano! Tú robaste una copa de vino de Jerez hace diez y ochos año, se te pegó la costumbre, y desde entonces, sonrojado estás constantemente. Fuego y hierro tenías á la mano; y, á pesar de eso, echaste á correr. ¿Qué instinto te indujo á ello?

BAR. Señor, ¿veis esos meteoros? ¿Contempláis esas exhalaciones?

ENR. Sí.

BAR. ¿Qué creéis que auguran?

ENR. Hígados irritados y bolsas exánimes.

BAR. Cólera, señor, si bien se mira.

ENR. No; si bien se mira, la horca. Aquí viene el es-
cuálido Juan. Aquí viene Huesos pelados.

Vuelve á entrar FALSTAF.

Ahora bien, deliciosísimo fanfarrón, ¿cuánto tiempo hace que le echasteis el ojo á vuestra propia rodilla?

FAL. ¡Á mi propia rodilla! Cuando tenía Enrique sobre poco más ó menos vuestra misma edad, podía circundar mi cintura la garra de un águila. Pudiera haberme escurrido por el anillo del dedo pulgar de algún corregidor. ¡Mal hayan los suspiros y las penas, que

llegan á hinchar al hombre como si fuese vejiga! Traigo malas noticias. Ahí vino Sir Juan Bracy de parte de vuestro padre. Tenéis que ir á la corte mañana. Percy, ese loco del Norte, y ese Galés que ha dado una paliza á Maimón, que le ha puesto los cuernos á Lucifer y ha hecho que el diablo le jure pleito homenaje sirviéndole de cruz un gancho galés... ¿Cómo diablos se llama?

POINS. ¡Oh, Glendóver!

FAL. Oveno, Oveno. El mismo, y su yerno Mórtimer, y el viejo Norzumbria, y ese animoso escocés entre los escoceses Duglas, que sube á caballo á galope una cuesta perpendicular...

ENR. ¿Ese que cabalga á escape y con una pistola mata á un gorrión que vuela?

FAL. Disteis en ello.

ENR. Mejor que él en los gorriones.

FAL. Pues ese tunante es muy valiente; no es capaz de echar á correr.

ENR. Vaya si sois vos tunante. ¿No lo acabéis de alabar por correr?

FAL. Á caballo, sí, chorlito; pero á pie, no retrocede una pulgada de terreno.

ENR. Sí, Juan, si el instinto le impulsa á ello.

FAL. Concedo, si le impulsa el instinto. Pues con ellos está también un tal Mórdac y mil escoceses más. Vorcestria ha desaparecido esta noche. La barba de vuestro padre con estas noticias ha encanecido. Ahora sí que se pueden comprar tierras tan á buen precio como arenques podridos.

ENR. Entonces, es probable que si hace calor en el mes de Junio, y este pugilato civil se aguanta, se compran doncellas por cientos, como se compran clavos.

FAL. ¡Vive Dios! rapaz, que estás en lo cierto. Posi-

ble es que tengamos buena cosecha; pero dime, Enrique, ¿no tenéis un miedo atroz? Siendo, como sois, heredero presunto, ¿sería posible que encontrarais en todo el mundo peores enemigos que ese lucifer de Duglas, que ese incubo de Percy y que ese diablo de Glendóver? ¿No tenéis un miedo atroz? ¿No se os huela la sangre?

ENR. Ni pizca. Me hace falta un poco de vuestro instinto.

FAL. Mañana, cuando os presentéis á vuestro padre, os va á reñir terriblemente. Si me creéis, preparad una respuesta.

ENR. Haced vos de padre mío, é interrogadme acerca de mi conducta.

FAL. ¿Lo hago? Bueno. Este asiento será mi trono; este puñal mi cetro, y este cojín mi corona.

ENR. ¡Vuestro augusto trono un taburete; vuestro áureo cetro un puñal de plomo, y vuestra rica y preciosa corona un miserable cráneo sin pelo!

FAL. Está bien. Si no se ha extinguido en vos por completo el sacro fuego de la gracia, ahora os vais á conmover. Dadme una copa de Jerez á fin de que mis ojos se enardezcan y se crea que he llorado. Preciso es que hable apasionadamente, y lo haré en la vena del Rey Cambises.

ENR. Bien. Ya está aquí mi pierna doblada.

FAL. Y aquí está mi discurso.—Nobles, apartaos.

CEL. ¡Jesús mío! ¡Qué divertido espectáculo es éste!

FAL. No lloréis, amada reina mía. Inútilmente corren esas lágrimas.

CEL. Miren al padre y que serio se pone.

FAL. Por Dios, señores, á mi triste reina
Llevaos de aquí, las lágrimas que vierte
Obstruyen las esclusas de sus ojos.

CEL. Jesús mío, lo hace como cualquiera de esos pícaros comediantes.

FAL. Silencio, media azumbre. Silencio, vino duro.— Enrique, me maravilla saber, no sólo cómo empleas el tiempo, sino con quienes te acompañas, porque aunque mientras más hollada, más rápidamente crece la manzanilla; la juventud, por el contrario, mientras más de ella se abusa, más pronto se gasta. Mi hijo eres tú; por una parte, tu madre me lo asegura, y por otra, esa es mi opinión; pero lo que más garantiza esta convicción, es esa lastimosa peculiaridad de tus ojos, y esa estúpida depresión de tu labio inferior. Pues bien; si efectivamente eres hijo mío, el punto es éste: ¿por qué, siendo mi hijo, te señalan todos con el dedo? ¿Va el bendito sol de los cielos á convertirse en vagabundo y á comer zarzamoras? ¿Va á convertirse el hijo de Inglaterra en ladrón y en rapabolsas? Es necesario hacer esta pregunta. Hay una cosa, Enrique, de la que tú habrás oído hablar á menudo, y que es conocida por la gente de nuestro país con el nombre de alquitrán. Este alquitrán, según sostienen antiguos escritores, mancha; pues del mismo modo manchan las gentes con quienes alternas. Porque, Enrique, ahora no te hablo harto de vino, sino con lágrimas en los ojos, no con ira, sino con pena; no con palabras únicamente, sino lleno de pesares; y, sin embargo, he visto que á menudo te acompaña un hombre virtuosísimo, cuyo nombre ignoro.

ENR. Decidme, si place á vuestra majestad, qué clase de hombre es ese.

FAL. Hombre de buena presencia á fe mía y corpulento. De plácida expresión, alegre mirada y nobilísimo porte, y paréceme que de unos cincuenta años, ó ¡valgágame la Virgen! cerca de los sesenta. Y ahora me

recuerdo; se llama Falstaf. Si semejante hombre resultara libertino, me he engañado; porque, Enrique, en su mirada veo yo patente la virtud. Así, pues, si al árbol se conoce por el fruto, como al fruto por el árbol, perentoriamente declaro yo que en ese Falstaf anida la virtud. Conservad, pues, su amistad; pero separaos de los demás. Y dime tú ahora, picarón, ¿dónde has estado todo este mes?

ENR. ¿Habláis como Rey? Ocupad mi puesto, y yo representaré el papel de mi padre.

FAL. ¿Me desposeéis? Si lo representáis con la mitad de la nobleza y majestad que yo, tanto en la palabra como en la acción, que me cuelguen de los talones como conejillo ó liebre en una recoba.

ENR. Bien, ya he tomado asiento.

FAL. Y aquí estoy yo de pie.

ENR. Ahora bien; Enrique, ¿de donde vienes?

FAL. Soberano, de Estchepia.

ENR. Grandes son las quejas que de ti me dan.

FAL. ¡Voto va, señor; falsedades! Ahora veréis, á fe mía, cómo os hace reir un joven príncipe.

ENR. Echas votos, joven impío. No vuelvas más á mirarme al rostro. Te separan violentamente de tu eterna salvación. Un demonio te persigue en forma de un viejo obeso. Un hombre tonel es tu compañero. ¿Por qué te tratas con ese pellejo de líquido? ¿Con ese arte-són de bestialidades? ¿Con ese lío hidrópico y abotargado? ¿Con esa inmensa pipa de vino de Jerez? ¿Con ese maleta de tripas? ¿Con ese buey relleno? ¿Con esa iniquidad canosa? ¿Con ese abuelo rufían? ¿Con ese vejstorio frívolo? ¿Para qué sirve sino para paladear y beber Jerez? ¿Qué hace con primor y limpieza sino trinchar y comerse un capón? ¿En qué demuestra su ingenio sino con su astucia? ¿Y su astucia, en qué la

demuestra sino con su bribonería? ¿Y su bribonería, en qué si no en todas las ocasiones y para qué sirve si no para absolutamente nada?

FAL. Desearía que vuestra majestad me permitiera comprender lo que dice. ¿A quién alude vuestra majestad?

ENR. A ese infame, aborrecible pervertidor de la juventud, Falstaf. A ese viejo barbicano Satanás.

FAL. Señor, conozco á ese hombre.

ENR. Sé que lo conoces.

FAL. Pero decir que sepa yo que es peor de lo que yo soy, fuera decir más de lo que sé. Que es viejo. Tanto más de lamentar es. Sus canas lo atestiguan; pero que sea, con perdón de vuestra majestad, libidinoso, lo niego rotundamente. Dios ampare á los delincuentes. Si ser viejo y alegre es pecado, entonces, muchos viejos camaradas conozco yo que condenados también están. Si ser gordo es ser odioso, entonces, amar se debe al flaco ganado de Faraón. No, noble señor, desterrad á Peto, desterrad á Bardolfo, desterrad á Poins; pero no desterréis al amable Falstaf, al bondadoso Falstaf, al leal Falstaf, al valiente Falstaf, tanto más valiente por ser, como es, el viejo Juan Falstaf. No lo separéis de la sociedad de vuestro Enrique. Desterrar al gordinflón Juan es como desterrar al mundo entero.

ENR. Sí, lo destierro. (Se oye llamar á la puerta.)

(Vanse Celestina, Francisco y Bardolfo.)

Vuelve á entrar BARDOLFO apresuradamente.

BAR. ¡Oh, señor! El Jerif, con numerosa guardia, está á la puerta.

FAL. Callad, bribón. Siga la comedia. Tengo mucho que alegar en favor de Falstaf.

Vuelve á entrar CELESTINA.

CEL. ¡Ay, Jesús mío, señor, señor!

ENR. ¡Bah, bah! El diablo que cabalga en un arco de violín. ¿Qué ocurre?

CEL. El Jerif y toda la guardia está á la puerta. Vienen á registrar la casa. ¿Los dejo entrar?

FAL. ¿Lo estáis viendo, Enrique? Nunca toméis moneda falsa como oro de ley. Sois un loco de atar, sin parecerlo.

ENR. Y vos un cobarde nato sin instinto.

FAL. Niego la mayor. Si rehusáis recibir al Jerif, sea. Si no, que entre. Si no hago yo tan buen papel como otro cualquiera en su caso, reniego de mi educación. Confío en que un dogal me ahorcará tan fácilmente como al que más.

ENR. Idos. Escondeos detrás del tapiz. Los demás, que se vayan arriba. Ahora, señores, buena cara y conciencia tranquila.

FAL. Ambas cosas tuve; pero pasó su época, y por lo tanto, me escondo.

ENR. Haced que entre el Jerif.

(Vanse todos menos el Principe Enrique y Poin.)

Entra el JERIF y un ARRIERO.

Decid, señor Jerif qué se os ofrece.

JER. Perdonadme, señor. Hasta esta casa
El público clamor, á ciertos hombres
Siguiendo viene.

ENR. Quiénes son.

JER. Es uno,
Señor, muy conocido. Grande y gordo.

ARR. Gordo como manteca.

ENR. No se halla

Tal hombre, os lo aseguro, en este sitio,
Pues lo empleé yo mismo ha breve rato.
Mas, Jerif, mi palabra os comprometo
De que á la hora de comer mañana
Os lo enviaré para que os dé respuesta
A vos ó á cualquier otro por aquello
De que acusado esté. Con esto os pido
Que me hagáis el favor de retiraros.

JER. Lo haré, señor. Trescientos marcos suma
La cantidad robada á dos señores.

ENR. Puede ser. Si á esos hombres ha robado,
Tendrá que responder forzosamente,
Y así, pasadlo bien.

JER. Muy buenas noches.

ENR. ¿No os parece mejor muy buenos días?

JER. Verdad, señor. Las dos han dado, creo.

(Vanse el Jerif y el Arriero.)

ENR. Este pingoso bribón, es más conocido que la
catedral de San Pablo. Haced que salga.

POINS. ¡Falstaf! Dormido profundamente detrás del
tapiz, y roncando como un caballo.

ENR. Oíd, con qué dificultad resuella. Registradle
los bolsillos. (Poins registra á Falstaf los bolsillos.) ¿Qué en-
contrasteis?

POINS. Señor, papeles no más.

ENR. A ver qué papeles son éstos. Leedlos.

POINS. (Leyendo.)

Idem un capón..... 2 chelines y 2 peniques.

Idem salsa..... 4 peniques.

Idem Jerez..... 5 chelines y 8 peniques.

Idem anchoas y Jerez des-
pués de cenar..... 2 chelines y 6 peniques.
Idem pan..... $\frac{1}{2}$ penique.

ENR. ¡Qué monstruosidad! medio penique de pan para esa enorme cantidad de Jerez. Si hay más papeles, guardadlos y los leeremos con más espacio. Dejadle ahí dormir hasta que sea de día. Mañana iré yo á la corte. Todos tenemos que ir á la guerra, y el puesto que vos ocuparéis será honroso. Daréle á ese pillastre gordinflón plaza en infantería, y sé que una marcha de doscientos cuarenta pasos será causa de su muerte. Ese dinero se devolverá con creces. Venid á verme mañana temprano, y con esto, adiós, Poins.

POINS. Buenos días, señor.

Vanse.)



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Bángor.— Habitación en la casa del Arcediano.

Entran ESPUELA ARDIENTE, MÓRTIMER y GLENDÓVER.

MÓR. Nobles promesas y segura gente.

Propicio fin nuestro comienzo augura.

Esp. Vos, Mórtimer y, vos, deudo Glendóver,

¿Sentaros no queréis?

¿Y vos, tío Vorcestria? ¡Voto al diablo!

Se me ha olvidado el mapa.

GLEN. No, por cierto.

Vedlo. Sentaos, Percy, deudo mío;

Sentaos, noble deudo Espuela Ardiente;

Porque cuando de vos Lancáster habla

Así os nombra, y con lívido semblante

Y hondo suspiro os enviara al cielo.

Esp. Si de Oveno Glendóver oye el nombre,

En cambio en los infiernos os desea.

GLEN. Yo no lo culpo. Al natalicio mío

La faz del cielo flameantes formas

É incandescentes globos tachonaron;

Y, al nacer, la ancha base de la tierra

Como un cobarde retembló.

Esp.

Lo mismo

Hubiera hecho en circunstancia tales
Si en vez de vos nacer, parido hubiese
De vuestra madre, á la sazón, la gata.

GLEN. Yo digo que al nacer tembló la tierra.

ESP. Yo digo que la tierra, en ese caso,
No pensaba cual yo, si por temeros
Tembló, cual vos decís,

GLEN. El cielo ardía
Y retembló la tierra.

ESP. Pues, entonces,
Fuera, quizás, por ver ardiendo el cielo,
Y no de espanto porque vos nacisteis.
El mundo, enfermo á veces, con extrañas
Conmociones se ostenta, y, á menudo,
La fértil tierra dolorida sufre
Una especie de cólico, inducido
Por viento aprisionado en sus entrañas,
Que, la salida al procurar, conmueve
A nuestra madre tierra, echando al suelo
Los campanarios y musgosas torres.
Cuando nacisteis, la vetusta tierra,
Doliente, como digo, se hallaría.

GLEN. No aguanto, deudo, yo de muchos hombres
Contradicciones tales. Permitidme
Repita yo que al natalicio mío
La faz del cielo flameantes formas
Tachonaron. Las cabras, de los montes
Descendieron, y extraños gritos daba
De terror en las vegas el ganado.
Que soy ser especial los signos estos
Sin duda muestran, y mi entera vida
Reclama que no deben confundirme
En la lista común de los mortales.
¿Quién es quién, circundado por las olas

- Que combaten las costas de Inglaterra,
De Escocia y Galés, su aprendiz me llama?
¿Quién me ha dado lecciones? ¿Quién, decidme,
Hijo de madre aventajarme pudo
De la magia en las cábalas penosas?
¿Ni quién me sigue en experiencias arduas?
- ESP. Que hable galés mejor no existe nadie.
Yo me voy á comer.
- MÓR. Deudo Percy, callad. Lo enloquecéis.
- GLEN. A espíritus invoco del abismo.
- ESP. Y yo también. Cualquiera los invoca.
Mas si los invocáis, ¿acaso acuden?
- GLEN. A ejercer influencia sobre el diablo
Os puedo yo enseñar.
- ESP. Y yo enseñaros puedo, deudo mío,
A avergonzarlo la verdad diciendo.
«Decid verdad y avergonzad al diablo».
Si tal poder tenéis, haced que venga,
Que yo tengo poder, os lo aseguro,
Para hacerlo marchar. Toda la vida
«Verdad decid y avergonzad al diablo».
- MÓR. Vamos, vamos. Dejemos esta charla.
- GLEN. Ya tres veces Enrique Bolimbroquia
Ha atacado á mi ejército, y tres veces
Logré que de las márgenes del Vei
Y el Severna arenoso, quebrantado
Y huyendo, de su hogar en busca fuese
Sin botín, afrontando temporales.
- ESP. A casa estropeado y con mal tiempo.
¿Y cómo diablos evitó tercianas?
- GLEN. Vamos, aquí está el mapa. ¿Dividimos
El reino con arreglo á lo pactado
En nuestra triple convención?
- MÓR. Ya queda

En tres iguales partes dividido
Por el archidiácono. Me asigna
De Inglaterra la parte al Sur y al Este
Del Trento y del Severna hasta este sitio.
Toda la parte de Occidente y Galés,
Al Norte del Severna, incluidas todas
Las tierras de esas fértiles comarcas,
Son de Oveno Glendóver, y á mi primo
El resto al Norte más allá del Trento.
Nuestros contratos tripartitos pueden
Extenderse, sellarse y canjearse,
Y quedar esta noche listo todo;
Y vos y yo, mañana, primo Percy,
Y mi señor el conde de Worcestria
Saldremos á encontrar á vuestro padre
Y al refuerzo escocés en Eschusburia.
Aun mi suegro Glendóver no está listo,
Ni de aquí á dos semanas hace falta.

(Á Glendóver.)

Reunid en este espacio á los colonos
Y á los amigos y vecinos nobles.
GLEN. Menos tiempo, Señores, necesito
Para unirme á vosotros. Escoltadas
Por mí podrán venir vuestras esposas.
Mas con sigilo deberéis marcharos
Sin despediros, pues si no, diluvio
De lágrimas tendremos al instante
Que les digáis adiós.

Esp. La parte mía
Hacia el Norte de Búrton me parece
Que no iguala á la vuestra. Tuerce el cauce
En este sitio el río. Podéis verlo,
Y de mis tierras lo mejor me quita:
Inmensa media luna, un gran pedazo.

Una presa es preciso en este sitio,
Y el argentino y primoroso Trento
Tranquilo correrá por otro cauce.
No ha de serpentear, así sesgando,
Para robarme á mí tan rica vega.

GLEN. ¿No ha de serpentear? Pues es preciso.
¿No lo estáis viendo?

Mór. Bien. Mas ved cual corre
Por esta parte en dirección opuesta,
Cercena en ese lado, cuando de éste
Os ha quitado á vos.

VOR. Á escaso coste
Aquí se puede represar el río.
Esta punta del Norte así se gana,
Y recto seguirá después su curso.

ESP. Así será. Se hará con poco coste.

GLEN. Yo no consiento que se altere el cauce.

ESP. ¿Que no?

GLEN. Que no consiento que se altere.

ESP. ¿Y quién me lo prohíbe?

GLEN. Pues yo mismo.

ESP. Si es eso, procurad que no lo entienda.
Decídmelo en galés.

GLEN. Tan bien yo hablo
El inglés como vos. Criado he sido
De Inglaterra en la corte, donde siendo
Jovencillo, compuse para el harpa
Varias canciones en inglés preciosas,
Dando á la lengua auxiliador ornato,
Cualidad que jamás en vos he visto.

ESP. ¡Vaya! Con toda el alma lo celebro.
Decir miau quisiera, siendo gato,
Antes que ser poetastro de baladas.
Yo puedo oír el tornear el bronce,

Ó ya rueda chirriar de un carro,
Sin que apenas los dientes se me alarguen;
Pero no alcanzo á soportar del verso
Ese andar melindroso; se parece
De falso peneco el restringido paso.

GLEN. Vamos, podéis mudar del Trento el curso.

ESP. Si no me importa. Doile triple tierra
Á un buen amigo mío. Mas oídme.
Si es cosa de negocio, yo me paro
En la novena parte de un cabello.
¿Están ya los contratos extendidos?
¿Nos vamos?

GLEN. Brilla con fulgor la luna,
Y bien podéis marcharos esta noche.
Iré adentro á dar prisa al escribiente,
Y á las esposas vuestras entretanto,
Podéis comunicar vuestra partida.
Que mi hija loca se me vuelva temo,
De tal modo á su Mórtimer adora.

(Vase.)

MÓR. ¡Como contradecís al padre mío,
Deudo Percy!

ESP. No puedo remediarlo.
Me aburre á veces al hablar de topos
Y hormigas, de Merlín el visionario,
Y de sus profecías, de dragones
De recortadas alas y de cuervos
Que han pelechado, del león durmiente,
Ó del gato rampante. Tanta suma
De incomprensible cháchara inconexa
Me hace á mí renegar. Me tuvo anoche
Lo menos nueve horas, refiriendo
Los nombres de los diablos diferentes

Que á su servicio están. Yo le decía:
«Ya», «bien», «seguid», mas sin hacerle caso.
¡Vaya si es fastidioso! No le gana
Caballo exhausto, ni mujer gruñona.
Prefiero casa ahumada. Viviría
Más á gusto con ajos y con queso,
En molino de viento el más distante,
Que hartarme de manjares exquisitos
En el mejor recreo de la tierra,
Si á la par, á escucharle me obligaran.
Mór. Á fe que es excelente caballero,
Y de instrucción vastísima. Iniciado
En extraños misterios, valeroso
Como un león, inmensamente afable,
Y generoso cual indiana mina.
Deudo, ¿os lo digo? Os tiene á vos en mucho
Por el carácter vuestro, y se refrena,
Naturales impulsos dominando,
Cuando contradecís lo que sostiene.
Os lo aseguro, sí. Nadie en el mundo
Como vos ha podido provocarle,
Sin correr grave riesgo y sin repulsa.
Mas no lo repitáis, yo os lo suplico.

Vor. Harto os pagáis de los defectos vuestros,
Y desde que llegasteis, lo posible
Hacéis para agotarle la paciencia.
Enmendar esas faltas es forzoso;
Que, aunque á veces grandeza patentizan,
Valor y noble sangre, que, sin duda,
Son grandes atributos que os adornan,
Á menudo, no obstante, os manifiestan
Iracundo y feroz, desposeído
De urbanidad, altivo, desdenoso,
Ingobernable y vano, y si cualquiera

De esos defectos, el menor, sojuzga
Á un noble, le enajena de las gentes
Los corazones, é indeleble mancha
En la beldad de sus virtudes deja,
Haciéndoles perder todo su encanto.

ESP. Bien está. Me han reñido. ¡Que me ampare
De hoy más la urbanidad! Nuestras esposas
Aquí están. Despidámonos de ellas.

Vuelve á entrar GLENDÓVER, acompañado de LADY
MÓRTIMER y LADY PERCY.

MÓR. Contrariedad es ésta que me enfada.
No sabe hablar inglés la esposa mía,
Y yo el galés ignoro.

GLEN. Mi hija llora.
De vos no quiere separarse. Pide
Irse con vos. Pretende ser soldado.
Quiere ir á la guerra.

MÓR. Padre mío,
Decidle que ella con mi tío Percy
Pronto saldrán bajo el amparo vuestro.

(Glendóver habla en galés con Lady Mórtimer, y ella
le contesta en el mismo idioma.)

GLEN. No quiere desistir. ¡Voluntariosa,
Testaruda, intratable mujerzuela!
Inútil es tratar de persuadirla.

(Lady Mórtimer habla en galés á Mórtimer.)

MÓR. Sé lo que están diciéndome esos ojos,
Ese lindo galés que de esos cielos
Nublados fluye, comprender me es fácil.
Mi timidez tan sólo me contiene,
Ó en el mismo lenguaje te hablaría.

(Lady Mórtimer vuelve á hablarle en galés.)

Entiendo bien tus besos, tú los míos,
Feliz conversión conmovedora;
Pero nunca holgaré, querida mía,
Hasta aprender tu lengua, que tu acento
Hace al galés tan dulce como coplas
Discretamente escritas y cantadas,
Al son de su laúd, con deliciosas
Modulaciones, por hermosa reina
En pensil estival.

GLEN. Si á derretiros
Os vais, el juicio perderá en completo.

(Lady Mórtimer vuelve á hablar en galés á Mórtimer.)

MÓR. ¡Ay! soy en esto la ignorancia misma.

GLEN. Suplicándoos está
Que descanséis sobre los blandos juncos,
Y que apoyéis vuestra gentil cabeza
Sobre su falda, y la canción que os gusta
Cantará, coronando al dios del sueño
Sobre vuestras pupilas, y hechizando
Vuestro ser con la grata pesadumbre
Que es del sueño y la vela intermediaria,
Como lo es del día y de la noche
La hora que precede al dar comienzo
Á su carrera en el dorado Oriente,
De Apolo los corceles celestiales.

MÓR. Con gran placer para escuchar su canto
Me sentaré. Nuestro contrato espero
Estará terminado cuando acabe.

GLEN. Sentaos, pues.

Los músicos que van á divertiros,
Se ciernen en los aires á mil leguas
Lejos de aquí, pero vendrán al punto
Sentaos y escuchad.

Esp. Tú, Catalina,
Eres la perfección sentada y quieta.
Pronto, pronto. Precisa que recline
Mi cabeza en tu falda.

(Música.)

L. PER. Calla, tonto.
PER. Galés entiende, por lo visto, el diablo.
Siendo tan caprichoso, no me extraña.
Es buen músico. ¡Válgame la Virgen!

L. PER. En ese caso, tú debieras ser también excelente músico, porque te riges únicamente por tus caprichos. Estáte quieto, ladrón, y oye cantar en galés á la dama.

PER. Preferiría oír á mi braco «Dama» aullar en irlandés.

L. PER. ¿Quieres que te rompa la cabeza?

PER. No.

L. PER. Entonces, estáte quieto.

PER. Tampoco: es falta femenil.

L. PER. Dios te ayude.

PER. ¿Al lecho de la dama galesa?

L. PER. ¿Qué es eso?

PER. Silencio, que va á cantar.

(Lady Mórtimer canta una canción galesa.)

Vamos, Catalina, una canción tuya quiero yo ahora.

L. PER. ¿Mía? No en verdad.

PER. ¿Tuya, no en verdad? Querida mía, echas votos como la mujer de un confitero con tus «No en verdad» y «Tan fijo como que estoy viva» y «Dios me perdone» y «tan cierto como que es de día».

Das unas garantías tan sedosas

Cuando quieres jurar, que se dijera
Que no sales jamás de Finisburia.
Cual la dama que eres, Catalina,
Jura tú, votos hecha que te llenen
En completo la boca, y semejantes
«En verdad» y protestas de alfeñique
Relega al pisaverde ó dominguero.
Vamos, canta.

L. PER. No me da la gana.

PER. Pero si es ese el mejor modo de volverte sastre
ó instructor de pechirrojos. Si los contratos están lis-
tos, partiré dentro de dos horas. Conque, ven cuando
quieras. (Vase.)

GLEN. Vamos, Mórtimer, vamos. Tan reacio
Vos os mostráis como el fogoso Percy
Arde en deseos de partir. Ya listos
Estarán los contratos. Sellaremos,
Y á caballo después.

Mór Con toda el alma.

(Vanse.)

ESCENA II

Londres.—Habitación en el Palacio.

Entran el REY ENRIQUE, el PRINCIPE ENRIQUE
y NOBLES.

REY. Con vuestra venia. El príncipe de Gales
Y yo que hablar tenemos en privado.
Cerca quedad, no obstante, porque pronto
Necesitar podremos vuestra ayuda.

(Vanse los nobles.)

No sé si por algún pecado mío
Dios en sus altos juicios se propone
Que le sirva de azote y que le vengue
La sangre de mis venas. Mas me haces
Creer con tu conducta, sin embargo,
Que para castigar las faltas mías
Eres el palo, tú, de que se vale
La enardecida cólera del cielo.

¿Dime si de otro modo es comprensible
Que tan viles pasiones, tan impropias,
Tan indignas, tan bajas, tan impuras;
Empresas tan estériles, placeres
Tan detestables, sociedad tan torpe,
Corazones de príncipes acojan?

ENR. Señor, pudiera yo tan fácilmente
Saldar todas mis culpas, como puedo
Excusarme de muchas que me achacan.
Vuestra indulgencia, pues, dejad que implore,
Y, cuando refutare muchos cuentos,
De esos que oye el poder, quizá á la fuerza,
De aduladores torpes y rastreros
Charlatanes; por todas esas faltas
Que durante mis años juveniles
Realmente he cometido en mi carrera
Irregular y vagabunda, encuentre
Perdón al someterme arrepentido.

REY. Dios te perdone; pero Enrique, deja
Que á mí me maraville tu conducta.
Vuelo distinto por completo toma
De la de tus abuelos. Has perdido
Torpemente tu puesto en el consejo,
Y tu hermano menor por ti lo ocupa.
Eres casi un extraño entre los nobles
De mi corte y los príncipes reales.

Sobre tu porvenir las esperanzas
Concebidas se fueron. Ni alma alguna
Hay ya que no presienta tu caída.
Si me hubiera vendido tan barato
Como te vendes tú, vulgarizado
A los ojos del mundo, y asequible,
Cual lo eres tú, yo al pueblo hubiera sido,
La opinión que me ha dado la corona,
Leal al antiguo poseedor quedara,
Y yo sin gloria en el destierro: un ente
Sin posición ni distinción alguna.
Como muy rarás veces me veían,
Cometa me juzgaban al mirarme;
Tan asombrados todos, que á sus hijos
Les decían algunos «Ahí va ese»
Y otros «¿En dónde? ¿Quién es Bolimbroquia?»
Yo del cielo después la cortesía
Me tomé, en absoluto. De tal modo
Logré de humilde porte revestirme,
Que de los corazones de las gentes
Sumisión ampla obtuve, y fuertes vivas
Y saludos salían de su boca,
Aunque el rey coronado allí se hallase.
Obrando así, mi personal prestigio
Vivo y fresco mantuve y mi llegada,
Cual si pontifical mi aspecto fuera.
Jamás se contempló sin vivo asombro.
Con grande pompa, aun cuando pocas veces,
Me presentaba; como día de fiesta,
Solemne para todos por lo raro.
El divertido rey de un lado á otro
Iba constantemente en compañía
De ignorantes bufones y de agudos
Ingenios atrevidos que se apagan

Apenas arden. De su excelso puesto
Descendía, con necios saltimbanques
La majestad del trono aparejando;
Mientras que con sarcasmos profanaban
Su augusto nombre con permiso suyo.
Aun de ese mismo nombre permitía
Que atrevidos rapaces se burlasen,
Siendo blanco de chanzas chocarreras.
Buscó entre el populacho compañeros,
Del aura popular hízose esclavo,
De modo que las gentes saturadas
De su presencia y de esa miel ahítos,
Al fin se empalagaron de ese dulce,
Del cual tan sólo un poco basta y sobra.
Así, cuando tenía que mostrarse,
Era cuco no más del mes de Junio,
Que se oye cantar, mas no se mira,
Ó si se ve, se ve con esos ojos
Que habituados á un objeto y hartos
De él, en él no se fijan, cual se fijan
De extraordinario modo en la realeza;
Que, igual al sol, en asombrados ojos
Luce si raras veces resplandece.
Antes bien soñolientos á su vista
Se cerraban sus párpados, y era
Su aspecto el que los hombres iracundos
Muestran á un adversario, si se hallan
Hartos de su presencia y fatigados.
En ese caso mismo estás, Enrique;
De príncipe has perdido la aureola
Por estar asociado á viles gentes;
No hay ojos que de verte no estén hartos,
Salvo estos ojos míos que quisieran
Poderte contemplar más á menudo,

Y que ternura necia en este instante,
Contra mi voluntad, me los anubla.

ENR. Desde ahora, señor tres veces bueno,
Otro seré.

REY. Te lo aseguro. Ahora
Procedes cual Ricardo procedía.
Cuando de Francia vine á Ravenspurgia,
Eso que Percy es hoy yo entonces era.
Pues ahora bien; te juro por mi cetro
Y mi alma, que es más, que al reino tiene
Más título que tú; pues, tú, eres sombra
De un sucesor no más, y él, sin derecho,
Aun sin asomo de derecho alguno,
De arneses va llenando nuestros campos,
Y afronta del león la abierta boca.
Y, sin tener más años que tú tienes,
Viejos nobles y obispos venerables
A sangrientas batallas va guiando:
De la lucha á los golpes contundentes.
¡Qué inmarcesible gloria no ha adquirido
Del noble Duglas, cuyos altos hechos,
Empresas atrevidas y renombre
Como primer soldado lo señalan,
Y adalid principal lo preconiza
Todo pueblo que á Cristo reconoce!
En tres encuentros este Espuela Ardiente,
Este Marte en mantillas, este niño
Guerreador ha vencido al noble Duglas.
Lo coge prisionero, lo liberta
Y le da su amistad; y, de ese modo
Levanta más la voz al provocarme
Y á la estabilidad del trono atenta.
Y ¿á esto qué me dirás? Percy, Norzumbria,
De York el arzobispo venerable,

Y Mórtimer, y Duglas se han unido
En mí contra, las armas empuñando.
¿Pero yo, para qué te digo esto?
¿De mis contrarios para qué he de hablarte?
Si eres tú mi enemigo más cercano,
Y más terrible al par. Probablemente
Por abyecto terror, rastrero instinto,
Ó por capricho, acaso te decidas
Con soldada de Percy á combatirme;
Seguir sus pasos cual lebel, la frente
Doblar ante su ceño, demostrando
Hasta qué punto descender lograste.

ENR. No lo penséis jamás. No veréis eso.
Y Dios perdone á los que así lograron
Vuestra buena opinión arrebatarme.
En Percy yo redimiré mis faltas.
Y al terminar algún glorioso día.
Me atreveré á llamarme vuestro hijo,
Un vestido cubriéndome de sangre
Y el rostro un antifaz ensangrentado,
Que al propio tiempo que lavado sea
Se irá con él la mancha de mi oprobio.
Y ese día será (cuando llegare)
El día en que ese hijo de la honra,
Ese famoso y bravo Espuela Ardiente,
Ese adalid de todos aplaudido,
Y vuestro Enrique anónimo se hallaren.
Y ojalá que ostentase en su cimera
Por cada una, glorias infinitas,
Y el oprobio en mi frente se acreciese;
Que ha de llegar el día en que yo logre
Que trueque por mis propias ignominias
Ese joven del Norte sus hazañas.
Percy es un mero agente, padre mío,

Que grandes hechos para mí amontona;
Y tan estrecha cuenta he de exigirle,
Que me tendrá que dar su gloria entera.
Sí tal; hasta el aplauso más ligero,
Ó de su corazón he de arrancarlo.
Esto en nombre de Dios os aseguro;
Y, si es gustoso que mi voto cumpla,
A vuestra majestad ruego que vierta
Bálsamo en esta llaga inveterada,
Efecto de mi vida intemperante.
Si no, la muerte lo cancela todo,
Y cien mil muertes yo morir prometo
Antes que en lo más mínimo faltare
Al juramento mío.

REY.

Perecieron

Aquí cien mil rebeldes. A tu cargo
La dirección confío de esta empresa.

Entra SIR GUALTERIO BLUNT.

Anhelosa es, buen Blunt, vuestra mirada.

BLUNT. El asunto que traigo así lo exige.

Mórtimer el de Escocia da el aviso
De que por fin reunirse consiguieron
El once de este mes en Eschusburia
Duglas y los rebeldes de Inglaterra.
Si todos ellos sus promesas cumplen,
Fuerza más poderosa y más temible
Jamás se alzó contra gobierno alguno.

REY.

De Vestmorlandia el conde con mi hijo
Juan de Lancáster hoy de aquí partieron,
Pues tuve esa noticia ha cinco días.
Saldrás tú, Enrique, el miercoles que viene,
Y el jueves yo saldré. Nos reuniremos

En Brignorcía. Tú, Enrique, por Glostercia
Emprenderás la marcha, y de ese modo
Con arreglo á mis cálculos, reunidos
Estaremos entrambos en Brignorcía
Dentro de doce días; nuestras manos
Repletas harto están. Venid conmigo:
La dilación engorda al enemigo.

ESCENA III

Estcehia.—Cuarto en la taberna Cabeza del jabalí.

Entran FALSTAF y BARDOLFO.

FAL. ¿No es verdad, Bardolfo, que he enflaquecido ruinmente desde nuestra última hazaña? ¿No voy decayendo? ¿No disminuyo? Cuelga mi piel como bata de señora mayor. Me he marchitado como manzana asperiega. Esta bien. Me arrepentiré, y de seguida, y mientras conserve energía para el caso, pues pronto he de perder el ánimo y no tendré la necesaria fuerza para ello. Si no es cierto que se me ha olvidado cómo es el interior de una iglesia, llámenme grano de pimienta ó caballo de cervecero. ¡El interior de una iglesia! Las compañías, las malas compañías han sido mi perdición.

BAR. Tomando las cosas tan á pecho, Sir Juan, no viviréis mucho.

FAL. Eso es precisamente. Vamos, cántame una copla obscena y diviérteme. Yo era tan dado á la virtud, como basta serlo á un caballero: era sobradamente virtuoso. Echaba algún voto que otro. Jugaba á los dados solamente siete veces por semana. Iba á casas de mala nota, pero sólo cada quince... minutos. Dinero devolví

que me prestaron... en tres ó cuatro ocasiones. Vivía bien y dentro de ciertos límites, y ahora vivo en completo desorden y fuera de todo límite.

BAR. Estando tan gordo como estáis, Sir Juan, forzoso es que viváis fuera de todo límite. Fuera de todo límite razonable, sir Juan.

FAL. Enmendad vuestro rostro y yo enmendaré mi vida. Vos sois nuestro almirante y lleváis la linterna en la popa. Como el caballero de la Lámpara Ardiente.

BAR. Ningún daño os hace mi rostro, sir Juan.

FAL. Ninguno, yo os lo fío. Hago de él el uso que se hace de una calavera ó de un «memento mori». Nunca veo vuestra cara sin ver las hogueras del infierno y «al hombre rico que se vestía de púrpura», porque ahí estáis dentro de vuestra ropa ardiendo, ardiendo. Si fuerais en lo más mínimo dado á la virtud, juraría por vuestra cara, y mi juramento sería: «Por este fuego que es el del ángel de Dios»; pero estáis enteramente perdido, y si no fuera por el fuego de vuestro rostro, seríais el hijo de las tinieblas. Cuando en la cuesta de Gadsil fuisteis en busca de mi caballo, aquella noche, si no creí que erais «ignis fatuus» ó fuego de San Telmo, nada vale el dinero en este mundo. Vos sois perpetuas luminarias, eterna candelada. En antorchas y teas me habéis ahorrado mil marcos, al acompañarme á las tabernas de noche; pero en cambio el valor del Jerez que bebíais me hubiera bastado para comprar velas para iluminarme en la cerería más cara de Europa. En ese estado de Salamandra en que os halláis, os vengo yo manteniendo con fuego hace treinta y dos años. Dios me lo perdone.

BAR. ¡Voto val! ¡Que no estuviera mi cara en vuestro vientre!

FAL. ¡Dios me socorra! Moriría de ardor de corazón.

Entra CELESTINA.

Ahora bien, gallina del señor Partlet, ¿habéis averiguado quién fué quien me rapó la bolsa?

CEL. Sir Juan, ¿qué estáis diciendo, sir Juan? ¿Creéis que en mi casa admito yo ladrones? He registrado, he investigado, y mi marido lo mismo, á hombre por hombre, á mozo por mozo, á sirviente por sirviente. Ni la punta de un cabello se ha perdido jamás en mi casa.

FAL. Mentís, patrona. El otro día afeitaron á Bar-dolfo y perdió varios pelos, y yo os juro que me raparon la bolsa. ¡Váyase en buen hora! ¡Sois una mujer!

CEL. ¿Quién, yo? No. Lo niego. ¡Válgame Dios! jamás me han dicho eso en mi propia cara.

FAL. ¡Váyase en buen hora! ¡Si os conoceré yo!

CEL. No, Sir Juan; no me conocéis, Sir Juan. Yo sí que os conozco, Sir Juan. Me debéis dinero, Sir Juan, y ahora queréis armar camorra para no pagármelo. Os he comprado, además, una docena de almillas para esas espaldas.

FAL. ¡Jerga, inmunda jerga! Se las regalé á varias mujeres de panaderos para que les sirvieran de cedazos.

CEL. Á fe de mujer honrada que eran de Holanda, de á ocho chelines la vara. Debéis aquí además dinero, Sir Juan, por alimentos y bebida, y por dinero prestado, veinte y cuatro libras.

FAL. Este tiene en eso su parte; que lo pague.

CEL. ¡Él! ¡Si es un pobre! ¡Si no tiene absolutamente nada!

FAL. ¿Qué decís? ¿Pobre? Mirad ese rostro. ¿A qué llamáis vos riqueza? Que acuñe esas narices. Que acu-

ñe esas mejillas. Yo no pago un ochavo. ¿Pretendéis acaso convertirme á mí en novicio? ¿No puedo yo ni descansar en mi posada sin que me rapen la bolsa? He perdido un anillo de sello que era de mi abuelo, y que valía cuarenta marcos.

CEL. ¡Jesús, Jesús! He oído al príncipe decir no sé cuántas veces, que ese anillo era de cobre.

FAL. ¡Cómo! El príncipe es un chisgaravís; un bajuno. ¡Ira de Dios! Si aquí estuviera, le aporrearía como si fuese un perro, por decir semejante cosa.

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE y POINS. FALSTAF les sale al encuentro, figurando con su bastón que toca el pifano.

¡Hola, muchacho! ¿Con que de esa parte sopla el viento? ¿Tenemos que ponernos todos en marcha?

BAR. Sí, dos á dos, á estilo de cárcel.

CEL. Ruego, señor, que me oigáis.

FAL. No le hagáis caso y oídme á mi.

ENR. ¿Qué decís, Juan?

FAL. Dormíme la otra noche detrás de este tapiz, y me raparon la bolsa. Esta casa se ha convertido en un burdel. Aquí se roba.

ENR. ¿Qué perdisteis, Juan?

FAL. ¿Qué creeréis, Enrique? Pues tres ó cuatro vales de cuarenta libras cada uno, y un anillo de sello que era de mi abuelo.

ENR. Una miseria. Cuestión de unos ocho peniques.

CEL. Eso le dije yo, señor, y agregué que lo había oído de boca de vuestra alteza, y, señor, de vos habla pestes, como hombre deslenguado que es, y dijo que os aporrearía.

ENR. ¿Cómo? ¿Eso dijo?

CEL. Si no es verdad que lo dije, no hay ni fe, ni sinceridad, ni virtud femenil en mí.

FAL. Tanta fe tenéis vos, como una ciruela pasa; tanta sinceridad, como un zorro acosado, y por lo que respecta á vuestra virtud femenil, á María la bailadora, antes que á vos, le correspondería ser esposa del Juez del distrito. ¡Idos en buen hora, cosa!

CEL. Decid qué cosa, qué cosa.

FAL. ¿Qué cosa? Cosa para bendecir á Dios.

CEL. Yo no soy cosa para bendecir á Dios. Ojalá lo supierais. Soy mujer de un hombre honrado. Sois, salvo vuestro título, un bribón al decirme eso.

FAL. Salvo vuestra virtud, sois un animal diciendo lo contrario.

CEL. Decid qué animal, bribón, decidlo.

FAL. ¿Que animal? Una nutria.

CEL. ¿Una nutria, Sir Juan? Y, ¿por qué una nutria?

FAL. Porque no es ni carne ni pescado, y porque nadie sabe cómo cogerla.

CEL. Sois un hombre sin ley al decir eso; vos y cualquiera sabe cómo cogerme á mí, bribón.

ENR. Tenéis razón, patrona, y os calumnia groseramente.

CEL. Señor, y á vos también, y el otro día dijo que le debíais mil libras.

ENR. Tunante, ¿os debo yo mil libras?

FAL. ¡Mil libras, Enrique! Un millon. Vuestro cariño vale un millón, y me debéis vuestro cariño.

CEL. Y, señor, os ha llamado chisgaravís, y dijo que os aporrearía.

FAL. ¿Dije eso, Bardolfo?

BAR. Francamente, señor, lo dijisteis.

FAL. Cierto, si por ventura hubiera dicho que mi anillo era de cobre.

ENR. Digo que es de cobre. ¿Os atrevéis ahora á cumplir vuestra palabra?

FAL. Ya sabéis, Enrique, que como hombre, me atrevería con vos; pero que, como príncipe que sois, os temo, como temo el rugido del cachorro de un león.

ENR. Y, ¿por qué no del león?

FAL. Al propio Rey se teme como se teme al león. ¿Creéis que os temo como temo á vuestro padre? Si así fuera, pediríale á Dios que saltase mi cinturón.

ENR. ¡Oh! si eso ocurriera, caerían vuestras tripas sobre vuestras rodillas. Pero tunante, ¿es posible que en ese pecho no quepa ni fe, ni verdad, ni honradez de ninguna especie? ¿Lleno está exclusivamente de tripas y de otras vísceras? ¿Acusar á una honrada mujer de haberos rapado la bolsa! Pero hi de tal, inflado desvergonzadísimo bribón, ¡si en vuestra faltriquera no había más que cuentas de tabernas, señas de casas de mal vivir y miserables cuatro maravedís de caramelos para facilitar la respiración! Si vuestras faltriqueras se hallaban enriquecidas con otras fruslerías á más de éstas, miento yo; y ¿sostendréis la mentira y no querréis confesar que habéis mentido? ¡No os da vergüenza!

FAL. ¿Quereisme oir, Enrique? Como sabéis, Adán pecó en el estado de la inocencia. ¿Qué le había de pasar al pobre Juan Falstaf en esta época corrompida? Ya veis que tengo más carne que los demás hombres, y, por ende, mayor debe ser mi fragilidad. ¿Conque confesáis que fuistéis vos quien me robó?

ENR. Así parece resultar.

FAL. Patrona, yo os perdono. Id y alistad el almuerzo. Amad á vuestro esposo, cuidad de vuestros criados y mimad á vuestros huéspedes. Siempre me veréis dispuesto á atender á lo que esté verdaderamente puesto

en razón. Ya veis que estoy tranquilo. ¿Todavía estáis ahí? No. Por favor, idos.

(Vase Celestina.)

Ahora bien, Enrique, sepamos qué noticias traéis de la corte. Con respecto al robo, rapaz, ¿qué hay de eso?

ENR. ¡Oh carne delicada! Siempre tengo yo que ser vuestro ángel bueno. El dinero se devolvió.

FAL. ¡Oh! No me agrada semejante devolución. Implica doble trabajo.

ENR. He hecho las paces con mi padre, y puedo hacer cuanto quiera.

FAL. Lo primero que debéis hacer es robar la tesorería, sin siquiera lavaros las manos.

BAR. Hacedlo, señor.

ENR. Os he procurado una plaza en infantería.

FAL. Hubiera preferido que fuera en caballería. ¡Adónde encontraría yo quien supiera robar bien! ¡Quién encontrara á un ladrón de veinte y dos años, sobre poco más ó menos! Estoy villanamente desprovisto. Bien está. Demos gracias á Dios, que nos manda á estos rebeldes. Sólo dañan á los hombres de bien. Yo los aplaudo y los celebro.

ENR. Bardolío

BAR. Señor.

ENR. Esta carta llevad á Juan, mi hermano,
El conde de Lancáster, y esta otra
Al conde entregaréis de Vestmorlandia.

(Vase Bardolfo.)

¡Á caballo, á caballo! Poins, ahora,
Que treinta millas vos y yo tenemos
Que recorrer primero que comamos.

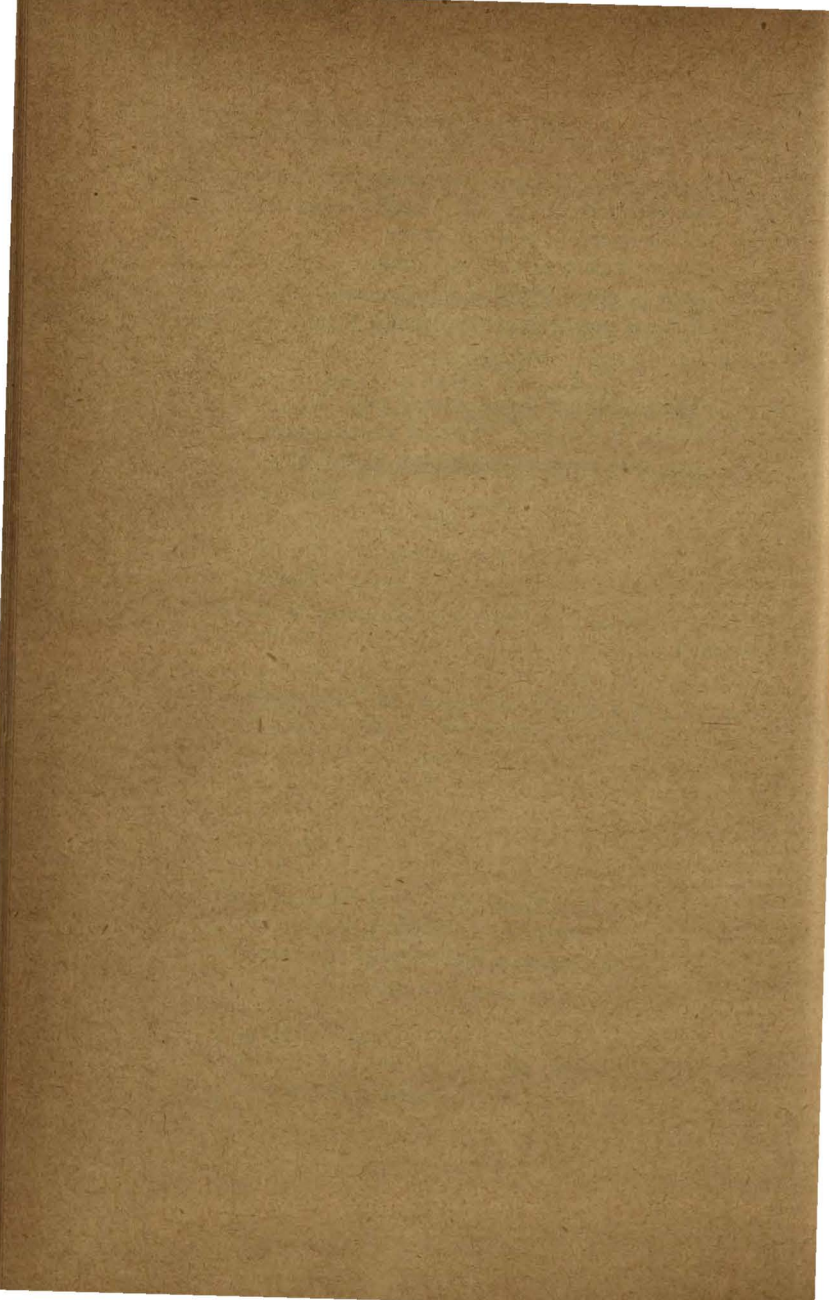
Vase Poins.)

Á las dos de la tarde, vos, mañana
Me veréis en el Temple. Vuestro cargo
Allí conoceréis, y allí la orden
Tendréis para equiparos y dinero.
Arde la tierra. Percy nos provoca;
Á él ó á nosotros descender nos toca.

(Vase.)

FAL. ¡Hermosísimas frases! Bravo mundo.
Ahora, á almorzar. Patrona, andad ligera.
¡Que esta taberna mi tambor no fuera!

(Vase.)



ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

El campamento rebelde cerca de Eschusburia.

Entran ESPUELA ARDIENTE, VORCESTRIA y DUGLAS.

- Esp. Noble escocés, bien dicho. Si lisonja
El decir la verdad no se estimase
En este siglo refinado, Duglas
Tan encomiado fuera, que no habría
Ni un soldado tan solo de estos tiempos
Más afamado que él en todo el mundo.
¡Vive Dios! halagar me es imposible;
Desprecio toda lengua adulatora,
Mas de mi corazón en el afecto
Puesto mejor que vos ninguno ocupa.
Mi palabra empeñad. Ponedme á prueba.
- Dug. Sois el rey del honor, y nadie existe,
Por potente que sea en este mundo,
A quien no afronte.
- Esp. En hora buena sea.

Entra un MENSAJERO con cartas.

¿Qué cartas me traéis?—Os doy las gracias.

MEN. Cartas de vuestro padre.

Esp. ¡Cartas tuyas!

¿Por qué no viene él?

MEN. Venir no puede.
Enfermo está de gravedad.

ESP. ¡Por vida!
Solaz para enfermar, decidme, ¿cómo
En situación tan empeñada encuentra?
¿Quién guía sus tropas? ¿Quién es quien las
[manda?

MEN. Sus cartas lo dirán, pues yo lo ignoro.

VOR. Decidme, por favor, ¿está en su lecho?

MEN. Antes de yo partir ya cuatro días
Estaba en él, y gran cuidado, al punto
De partir, á sus médicos les daba.

VOR. Ojalá que este asunto terminado
Antes de que enfermara ya estuviese,
Pues nunca su salud fué tan preciosa.

ESP. ¡Ahora enfermo! ¡Ahora inútil! Es dolencia
Que al corazón de nuestra empresa alcanza,
Y á nosotros y á todos infliciona.
Que es interior su mal aquí me escribe,
Y que por delegados no podía
Reunir con tal premura á sus amigos;
Y que, además, juzgaba peligroso
Confiar un asunto de tal monta
A otra persona alguna; mas, valiente,
Sin embargo, aconseja que debemos
Ir adelante, aunque con fuerza escasa,
Y ver cómo nos trata la fortuna,
Porque no es tiempo de cejar ahora.
Y añade que el monarca fijamente
Los propósitos nuestros ya conoce.
¿Qué decís?

VOR. Nos infliere grave herida
Su enfermedad.

Esp. Es fiera cuchillada,
La pérdida de un miembro; y, sin embargo,
No lo es en realidad, que no es tan grave
Su falta como ahora nos parece.
¿Nos conviene arriesgar de un solo golpe
Todas las fuerzas? ¿Nuestro rico resto
Aventurar en un albur tan sólo?
No conviene; que así se manifiesta
De nuestras esperanzas el alcance:
Su alma misma, y el límite y la suma
De los recursos nuestros.

Dug. Ciertamente
Quedará de ese modo una reserva,
Pudiendo confiar esperanzados
Así en lo porvenir,
Y es consuelo tener ese refugio.

Esp. Un asilo, un hogar donde acogernos
Si por acaso el diablo y la desgracia
Fijasen su mirada furibunda
En la virginidad de nuestra empresa.

Vor. Quien los motivos de su ausencia ignora
A discreción, á su lealtad, ó, acaso
A desaprobación de nuestro intento
Achacarán el que se abstenga el conde.
Y, ved, esa creencia, la corriente
De elementos, acaso, vacilantes
Cambie quizás, quizás provoque dudas
Con respecto al valor de nuestra causa,
Y bien sabéis que siendo, como somos,
Los agresores, de severo examen
Nos debemos guardar; todo agujero
Y resquicio cubrir por donde pueda
De la razón el ojo escudriñarnos.
Es cortina la ausencia de tu padre,

Que, al descorrerse, asomo de temores
Inspira al no iniciado, que hace poco
Ni en sueños presumía.

ESP. Vais muy lejos.

Por el contrario, juzgo que esa falta
Presta más esplendor y más prestigio,
Y más audacia á nuestra gran empresa,
Que si el conde se hallara con nosotros;
Pues la gente dirá: si sin su ayuda
Contra el reino se atreven á hacer frente,
Lo pondrán con su auxilio boca abajo.
Todo está bien, y sano cada miembro.

DUG. Como lo pide el corazón. No existe
Ningún mortal que á pronunciar se atreva
En toda Escocia la palabra miedo.

Entra SIR RICARDO VERNON.

ESP. Deudo Vernon, á fe muy bien venido.

VER. Pedid á Dios que mis noticias valgan
Ese saludo. Vestmorlandia, al frente
De siete mil infantes, á este sitio
Con el príncipe Juan viene marchando.

ESP. Poco daño. ¿Qué más?

VER. A más, se dice

Que el Rey mismo en persona al campo sale,
Y á venir se dispone aquí en seguida,
De ejército imponente acompañado.

ESP. También la bienvenida le daremos.
¿En dónde está su hijo, el loco ése,
Ese títere, el príncipe de Gales;
Y esos compinches suyos que se burlan
Del mundo entero?

VER. Están en armas todos.

Todos, como avestruces, á los vientos
Van abriendo las alas, y las baten
Cual águilas que ha poco se han bañado.
Con sus áureas corazas resplandecen
Cual si imágenes fueran. Tan repletos
Como Mayo de vida y tan brillantes
Como brillante el sol en el estío.
Cabras se juzgarían por lo alegres;
Toros por lo feroz. He visto á Enrique
Calada su visera, sus quijotes
Sobre sus muslos y en completo armado,
Del suelo, cual mercurio alado, alzarse
Y tan ágil caer sobre la silla
Cual si cayera un ángel de las nubes;
Y, á su capricho, en todas direcciones
Obligará al pegaso más fogoso,
Maravillando al mundo la nobleza
De su ecuestre maestría.

Esp.

Basta, basta;

Que tanto encomio más que un mes de Mayo
A la fiebre da pábulo. Que vengan:
Como víctimas vienen adornadas
Al sacrificio, y á ofrecerlas vamos
Calientes y bañadas en su sangre
A aquella virgen de los ígneos ojos,
Encarnación de la humeante guerra.
En armas Marte, y en su altar sentado
Verá surgir la sangre hasta su cuello.
Ardo, al ver que esta presa tan cercana
De nosotros está, sin ser ya nuestra.
Al punto á cabalgar, y que me lleve
Contra el pecho del príncipe de Gales
Cual rayo mi corcel. Contra un Enrique
Otro Enrique ha de ser; contra un caballo,

- Otro caballo. El uno al otro junto,
Y que uno de los dos caiga difunto.
¡Ojalá que se hallara aquí Glendóver!
- VER. Hay más. Supe á mi paso, por Vorcestria,
Que para que sus fuerzas se reúnan
Necesita á lo menos dos semanas.
- ESP. Es la nueva peor que habéis traído.
- VER. Vuestra nueva es glacial, ¡por vida mía!
- ESP. ¿Cuánto suman del Rey las tropas todas?
- VER. Treinta mil.
- ESP. Supongamos que cuarenta;
Y puesto que Glendóver no ha llegado,
Y mi padre también se encuentra ausente,
Es fuerza que el conflicto se decida
En jornada feliz por nuestra gente.
Revistemos las tropas de seguida,
Que si el juicio final es inminente
Y es necesario al fin perder la vida,
La debemos perder alegremente.
- DUG. ¿A qué hablar de morir? Comprometida
Tengo á la muerte yo. Por año y medio
Sé que ha de respetarme sin remedio.

ESCENA II

Camino cerca de Coventria.

Entran FALSTAF y BARDOLFO.

FAL. Bardolfo, adelantaos é id á Coventria. Llenadme una botella con vino de Jerez. Nuestros soldados atravesarán el pueblo. Nosotros iremos á Sutton Cófil esta noche.

BAR. ¿Me dais dinero, capitán?

FAL. Que apunten, que apunten.

BAR. Esta botella vale un ángel.

FAL. Aunque así sea, tomadlo en recompensa de vuestro trabajo. Y aunque valiera veinte, tomadlos también. Yo respondo del dinero. Decidle á mi teniente Peto que me vea á la salida del pueblo.

BAR. Lo haré, capitán. Quedad con Dios.

(Vase.)

FAL. Pescadilla escabechada soy como no sea verdad que me avergüenza mi gente. He abusado de un modo atroz de la leva del Rey. En cambio de ciento y cincuenta soldados, he conseguido trescientas y pico de libras. Solo escogí ricos propietarios é hijos de labradores. Averigué, además, quiénes eran los solteros próximos á casarse, cuyas amonestaciones se habían publicado ya dos veces. Tropel de gente encariñada á quienes lo mismo les da oír al diablo que á un tambor, y que temen más el estallido de un mosquete que una gallina ó gallareta heridas. Escogí únicamente á esos mantecosos con corazón del tamaño de una cabeza de alfiler para que se rescataran del servicio, y ahora mi tropa se compone de cabos, de tenientes y de oficiales, mas andrajosos que esos Lázaros de los tapices, cuyas llagas lamen los perros del glotón; gente que en realidad no debieron nunca ser soldados; sirvientes despedidos, hijos menores de segundones, mozos de taberna fugados, y arruinados posaderos. Cánceres de una sociedad tranquila y de una larga paz. Diez veces más vilmente haraposos que un estandarte remendado; ¡y con esta gente reemplacé yo á los que se libraron del servicio! Se creerá que traigo á ciento y cincuenta andrajosos hijos pródigos que acaban de criar cerdos y de comer

sobras y mondaduras. Un chusco que me encontré en el camino me preguntó si había despojado á los patibulos y había reclutado á sus cadáveres. No se han visto jamás tantos espantapájaros reunidos. Decididamente yo no atravieso el pueblo de Coventria con ellos. Además, esa canalla marcha con las piernas abiertas como si llevaran grillos. Verdad es que recluté la mayoría en las cárceles. Sólo hay camisa y media en toda la compañía, y la media se compone de dos servilletas unidas y echadas sobre los hombros á guisa de cota de armas de heraldo; y la camisa, para decir verdad, se la robaron ó á la patrona de San Albano ó á aquel posadero de la roja nariz de Daventria. Pero eso poco importa, pues ya encontrarán ropa blanca tendida en cualquier vallado.

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE y VESTMORLANDIA.

ENR. ¿Cómo va el inflado Juan? ¿Cómo va, colchón?

FAL. ¡Hola, Enrique! ¿Cómo va, loco de atar? ¿Qué diablos os trae á Varvicsiria? Perdonadme, señor conde de Vestmorlandia, creí que vucencia estaba ya en Eschusburia.

VEST. Verdaderamente, ya deberíamos estar allí, sir Juan, tanto vos como yo; pero allí están ya mis tropas. Debo deciros que el Rey nos espera á todos, y que todos debemos salir de aquí esta noche.

FAL. ¡Bah! No os inquietéis por mí. Estoy más á la mira que gato dispuesto á robar crema.

ENR. Eso es, á robar crema. A fuerza de robarla os habéis convertido en manteca. Pero, decidme, Juan, ¿de quién es esa gente que os sigue?

FAL. Mía, Enrique, mía.

ENR. Jamás he visto canalla más miserable.

FAL. ¡Bah, bah! Bastante buenos son para que los voltee una pica. Carne de cañón. Carne de cañón. Llenarán un hoyo como gente mejor que ellos. Chito, hombre. Mortales, mortales.

VEST. Ya, Sir Juan; pero me parecen excesivamente pobres y están extremadamente delgados. Gente por demás miserable.

FAL. Con respecto á su pobreza, no sé dónde se les pueda haber pegado; y en cuanto á su delgadez, seguro estoy de que no la han aprendido de mí.

ENR. De juro que no, á no ser que se llame delgadez a tres dedos de gordura sobre las costillas. Pero, oíd, apresuraos. Percy está en el campo, y el Rey ha salido ya á campaña.

(Vase).

FAL. ¡Cómo! ¿Ha salido ya el Rey á campaña?

VEST. Sí, sir Juan. Temo que nos hemos retardado.

(Vase.)

FAL. Esta bien.

De ir tarde á la pelea, temprano á la comida.

Se cuida el mal soldado, y el comilón se cuida.

ESCENA III

El campamento rebelde cerca de Eschusburia.

Entran ESPUELA ARDIENTE, VORCESTRIA, DUGLAS
y VERNON.

ESP. La batalla esta noche le daremos.

VOR. No puede ser.

DUG. Así le dais ventaja.

VER. Señor, ninguna.

ESP. Mas ¿por qué tal cosa
Sostenéis vos? ¿Refuerzos él no espera?

VER. Y nosotros también.

ESP. Pero los suyos
Seguros son; los nuestros son dudosos.

VOR. Caro deudo, convéncete; esta noche
No es prudente salir.

VER. Lo propio digo

DUG. Bien no le aconsejáis. Es miedo puro,
Ánimo escaso hablar de esa manera.

VER. Duglas, no me injuriéis. ¡Voto á mi vida!
(Y mi dicho sostengo con mi vida);
Si honor bien entendido me impulsara
A atacar, con el miedo me aconsejo
Tan poco como vos, como cualquiera
Escocés que esté vivo en este instante.
Mañana se verá cuál de nosotros
Es quien tiene más miedo en la batalla.

DUG. Ó esta noche.

VER. Pues bien.

ESP. Será esta noche.

VER. ¡Bah, bah! No debe ser. Me maravilla
Que generales como sois vosotros,
No veáis los obstáculos que obligan
A demorar ahora nuestro ataque.
Varios caballos de mi deudo Vernon
Aun no han llegado, y de llegar acaban
Los del conde Worcestria, vuestro tío.
Ahora duermen su brío y su pujanza;
Y su vigor, exceso de trabajo
Redujo, ó ha agotado de tal modo,
Que no hay caballo alguno que ahora valga
Ni la mitad de su valor siquiera.

- Esp.** En caso igual están los del contrario.
Los más se hallan exhaustos y abatidos,
Y de los nuestros, la mitad al menos
Ha descansado ya completamente.
- Vor.** Mas numerosas son del Rey las tropas.
Deudo, espera, por Dios, á los refuerzos.

(Suena un clarín.)

Entra SIR GUALTERIO BLUNT.

BLUNT. Si escucharme os dignáis, nobles ofertas
De parte del Rey traigo.

Esp. Bien venido,
Sir Gualterio, seáis, y de los nuestros
Dios quisiera que fuerais, pues algunos
De los nuestros en grande estima os tienen,
Y entre ellos hay quienes la fama vuestra
Maldicen y los altos hechos vuestros
Por no estar con nosotros; y, al contrario,
En bando opuesto estar como enemigo.

BLUNT. Ni Dios permita que de estarlo deje
Mientras que sin razón, ni regla alguna,
A la sagrada Majestad se atenta.
Mas á mi objeto. El Rey saber pretende
Cuál es de vuestras quejas el motivo,
Y por qué provocáis dentro del seno
De la pública paz tan fiera lucha,
Dando ejemplo á sus súbditos leales
De tan salvaje audacia. Si es que puso
Vuestros merecimientos, que confiesa
Son numerosos, en olvido acaso,
Que vuestras quejas numeréis suplica,
Y lograréis cuanto queráis con colmo.

Y os perdona, y perdona en absoluto
A todos los que habéis soliviantado.
Esp. Del Rey es grande la bondad. Nos consta
Que harto bien el Rey sabe cuándo debe
Prometer y pagar. Su trono egregio
De mi padre, mi tío y de mi propio
Logrólo conquistar con el auxilio;
Y cuando apenas veintiséis secuaces
Lo sostenían nada más, y cuando
La pública opinión lo despreciaba,
Y ya olvidado, y abatido y triste
Retornaba, misérrimo proscrito,
Furtivamente hacia su hogar, mi padre
En la costa le dió la bienvenida;
Y al oírle jurar, de Dios en nombre,
Que únicamente para hacerse duque
De Lancáster venía, y al reclamo
De su herencia no más y á hacer las paces
Con lágrimas y frases reverentes,
Mi padre, conmovido y apiadado,
Juró prestarle, y le prestó su ayuda.
Cuando en el reino condes y barones
La actitud de Norzumbria conocieron,
El grande y el humilde de rodillas,
Con la gorra en la mano, lo acataron;
Y en ciudades, y en villas, y en aldeas
Salieron á encontrarlo, y lo esperaban
En los puentes y al fin de callejones.
Regalos á sus plantas le ofrecieron,
Su lealtad confirmando con sus votos.
Fueron los primogénitos sus pajes,
É inmensa multitud siguió sus plantas.
Después—el que se agranda lo conoce—,
Más alto se elevó que el juramento

Hecho á mi padre con aliento escaso
De Ravenspurgia en las desiertas playas.
Y ved. ¡Válgame Dios! ¡Sobre sí toma
Reformar ciertas leyes y decretos,
Que harto rígidos juzga y vejatorios!
¡Quiere enmendar abusos, y aparenta
De su patria llorar los males todos!
Y con esa actitud, y con fingirse
Justiciero, logró por fin captarse
Los corazones que pescar quería.
Más lejos fué. Cortóles la cabeza
A cuanto favorito, al ausentarse
Dejó, cual sus hechuras, el monarca,
Mientras él en persona dirigiendo
En Irlanda la guerra se encontrase.

BLUNT. Callad. No vine para oír tal cosa.

Esp. Pues bien, á la cuestión. Al poco tiempo
Al Rey depuso. Le quitó la vida,
É impone graves cargas al Estado;
Y momentos después, y para colmo.
Permitió que quedara March, su deudo
(Quién si en su sitio cada cual se hallase
Fuera su Rey), cautivo, abandonado,
Sin que ofreciera rescatarlo, en Gales.
Destruir pretendió mis grandes triunfos,
Y procuró cazarme con espías.
De su Consejo despidió á mi tío
É, iracundo, á mi padre de la corte.
Juramentos sin fin ha quebrantado;
Y, en conclusión, él es el que nos lanza
A esta empresa; y, á más, á atentamente
Investigar qué título es el suyo,
Porque hartos ilegal hoy lo juzgamos
Para que lo mantenga largo tiempo.

BLUNT. ¿Al Rey debo llevar esa respuesta?

ESP. No, Sir Gualterio. Vamos á pensarlo.
Volveos con el Rey. Vengan rehenes
Que su vuelta aseguren, y mañana
Con la contestación irá mi tío.
Idos con Dios.

BLUNT. Quisiera que aceptarais
Su perdón y amistad.

ESP. Será posible
Que eso llegue á ocurrir.

BLUNT. ¡Que Dios lo haga!

(Vase.)

ESCENA IV

York. — Habitación en el Palacio Arzobispal.

Entran el ARZOBISPO de York y SIR MIGUEL.

ARZ. Buen sir Miguel, llevad á toda prisa
Al mariscal este sellado escrito.
Éste á mi deudo Escropio, y los restantes
Según su dirección. Apresurado
Marcharais si supierais cuanto importan.

SIR M. Lo adivino, señor.

ARZ. Es muy probable.
Mañana, amigo sir Miguel, es día
En que de diez mil hombres es forzoso
La suerte decidir, que en Eschusburia,
Según dicen, el Rey con poderoso
Ejército, reunido en corto espacio,
A Enrique va á encontrar; y yo me temo
Que con la enfermedad del de Norzumbria,

Y de Oveno Glendóver con la ausencia,
Con el cual se contaba y que no viene,
Por motivo de ciertas profecías,
Me temo que el ejército de Percy
Harto débil es hoy para que pueda
Hacer frente á las tropas del monarca.

SIR M. Nada temáis, señor. Allí está Duglas
Y Mórtimer también.

ARZ. No, no se halla
Allí tampoco Mórtimer.

SIR M. Mas Mórdac
Y Vernon quedan, con Enrique Percy
Y el conde de Vorcestria, y otros varios
Valientes caballeros de alta alcurnia,

ARZ. Eso es verdad, pero especiales tropas
El Rey de todas partes ha sacado.
Le acompañan el príncipe de Gales,
Juan de Lancáster, Blunt el animoso,
Y el noble Vestmorlandia y otros muchos
Émulos y guerreros afamados.

SIR M. No dudéis que hallarán quien los afronte.

ARZ. Así lo espero, mas dudar conviene
Para evitar que lo peor suceda.
Apresuraos, sir Miguel, ahora,
Pues si no vence Percy, visitarnos,
Antes de que su ejército licencia,
Es del Rey la intención, porque conoce
Que en la empresa también tenemos parte,
Y debemos, por tanto, hacernos fuertes.
Apresuraos, pues. A otros amigos
Escribir nuevamente me propongo.
Por lo cual, sir Miguel, con Dios quedaos. (Vanse.)



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

El campamento del Rey cerca de Eschusburia.

Entran el REY ENRIQUE, el PRÍNCIPE ENRIQUE, el PRÍNCIPE JUAN DE LANCÁSTER, SIR GUALTERIO BLUNT y SIR JUAN FALSTAF.

REY. ¡Sangriento el Sol á levantarse empieza
Detrás de la espesura de ese montel
Y pálido, su mal contempla el día.

ENR. El viento Sur de su clarín le sirve;
Y, su sordo silbar entre las hojas,
Hoy la tormenta y la ventisca augura.

REY. Que simpaticce, pues, con los que pierdan,
Que nada mal parece á los que ganan.

Clarines.—Entran VORCESTRIA y VERNON.

¡Ah, conde de Vorcestria! Dolóroso
Es el que vos y yo nos encontremos
En semejante situación. Burlado
Mi confianza habéis, y el manto mío,
Cómodo de la paz, hacéis que deje
Para que oprima mis ancianos miembros
Este acero inflexible. Habéis faltado,

Señor, habéis faltado. ¿Qué respuesta
Me podéis dar? ¿De lucha tan odiosa
No queréis desatar el fiero nudo,
Y á la órbita tornar de la obediencia,
Desde la cual brillasteis, derramando
Luz bella y natural, no cual ahora,
Que sois medroso, errante meteoro
Que el mal augura al porvenir oculto?

VOR. Oídme, soberano.

Contento por mi parte viviría
Viendo correr el fin de mi existencia
Tranquilamente, y protestaros debo
Que no busqué tal día de discordia.

REY. No lo buscasteis vos; ¿pues cómo vino?

FAL. Es que á la rebelión halló á su paso.

ENR. Callad, callad, mochuelo.

VOR. Apartar vuestros ojos amistosos
De mi casa y de mí, señor, os plugo;
Y, sin embargo, es fuerza que os recuerde
Que fuimos los primeros y más caros
Amigos que tuvisteis. Las insignias
Deslustré yo por vos del cargo mío
En tiempo de Ricardo, y día y noche,
Para unirme con vos corrí la posta.
Y la mano os besé; siendo, no obstante,
Por vuestra posición, vuestra importancia
Menos fuerte que yo, menos potente.
Fuí yo, mi hermano fué, fué el hijo mío
Quienes á vuestros lares os trajeron,
Peligros inminentes afrontando...
Nos jurasteis: jurasteis en Doncáster
Que nada contra el reino pretendíais,
Que vuestra herencia reclamabais solo
De Gante, y de Lancáster el ducado,

Y ayuda os prometimos para ello.
Mas á poco llovió la buena suerte
Sobre vuestra cabeza á chaparrones.
Un torrente alcanzastes de grandezas
Con la ausencia del Rey, con nuestra ayuda,
De época relajada con los males,
Con vuestros aparentes sufrimientos
Y los aires contrarios que al monarca
Tanto tiempo en la guerra desastrosa
De Irlanda detuvieron, motivando
El que Inglaterra inuerto lo juzgase.
Con este inmenso enjambre de ventajas
Hicisteis que os rogaran de improvisó,
Que arrebataran vuestras manos luego
Los supremos poderes del Estado;
Y lo que nos jurasteis en Doncaster
Pusisteis en olvido. Si crecisteis,
Por causa nuestra fué, más nos tratasteis.
Cual trata al gorrión el cuco ingrato.
En completo ocupasteis nuestro nido,
Y con el alimento, que era nuestro,
Proporciones tan grandes adquiristeis,
Que, aun cariño teniéndoos, apenas
Dejarnos ver osábamos, de miedo
De que nos engullerais; y, por tanto,
Para buscar seguridad tuvimos
Que levantar el vuelo con presteza,
Y apartarnos de vos y haceros frente.
Oposición que es fuerte con las armas
Que habéis forjado vos contra vos mismo,
Con vuestro indigno trato y ceño adusto,
Y por haber faltado al juramento
Prestado al comenzar vuestra aventura.

REY. Todo eso habéis dicho y proclamado

En las públicas plazas y en iglesias
Para ornar el ropaje del rebelde
De agradables colores á los ojos
De volubles y tristes descontentos,
Que oyen siempre, frotándose las manos
Y con la boca abierta, los anuncios
De toda innovación tumultuaria.
Esos colores falsos no faltaron
Nunca á la insurrección, para con ellos
Dar á la causa suya más realce,
Ni viles pordioseros deseosos
De confusión, desórdenes y estragos.

ENR. En nuestros dos ejércitos hay muchos
Á quienes cara costará la lucha,
Si llegamos al fin. Vuestro sobrino
Sepa por vos que el príncipe de Gales
Á los encomios que tributa el mundo
Á Enrique Percy sus encomios une.
¡Voto á mis esperanzas! (Y prescindo
De esta empresa), más bravo caballero,
Bravo de más vigor, joven más bravo,
Mas animoso y más audaz no existe
Para glorificar la edad presente
Con sus nobles hazañas. Por mi parte,
Y debo confesarlo con vergüenza,
Caballerescas prácticas ignoro,
Y así le consta á él, según me dicen.
Mas lo digo delante de mi padre:
Consiento en que él se apropie las ventajas
De su ínclito nombre y su alta estima,
Y para ahorrar la sangre de ambos bandos,
Con él á decidir de nuestra suerte
En singular combate estoy resuelto.

REY. Y, príncipe de Gales, no impidiera

Yo que así te expusieses, si razones
Á ello no se opusieran numerosas.
No, buen Vorcestria, no. Yo al pueblo amo;
Aun á aquellos que fueron seducidos
Por el sobrino vuestro, y si aceptaren
Mi perdón él y ellos, vos y todos
Mis amigos serán, yo amigo de ellos.
Con vuestro deudo hablad, y que yo sepa
Qué es lo que piensa hacer; mas si no cede,
El restringir y el castigar nos toca
Con bárbaro rigor, y, por lo tanto,
Su oficio cumplirán para con ellos.
Podéis marcharos, pues, y desde ahora
Á hablar más sobre el caso no me ajusto.
Noble es mi oferta, y admitirla es justo.

(Vanse Vorcestia y Vernon.)

- ENR. ¡No lo van á aceptar, por vida mía!
Duglas y Espuela Ardiente, juntos ambos,
Fuertes se juzgan contra el mundo entero.
- REY. Así, pues, á su puesto cada jefe.
Caeremos sobre ellos al instante
Que hayamos recibido su respuesta,
Y ampare Dios á nuestra justa causa.

(Vanse el Rey, Blunt y el Príncipe Juan.)

FAL. Enrique, si veis que en la batalla caigo, abrid
las piernas así, y cubridme. Eso hace un amigo.

ENR. Solamente un coloso podría prestaros semejante servicio. Rezad, y abur.

FAL. Ojalá fuera hora de irse al lecho, y en paz.

ENR. La muerte debéis al cielo. (Vase.)

FAL. Aun no ha llegado su vencimiento; no me
agrada pagar anticipadamente. Para qué he de precipi-

tarme yo cuando no me apremian. ¡Poco importa! El honor me empuja hacia adelante. Perfectamente. Pero, ¿y si el honor al empujarme hacia adelante me echa del mundo? ¿Qué pasa? ¿Puede el honor sustituir una pierna? No. ¿Y un brazo? No. ¿Y evitar el dolor de una herida? No. ¿Así, pues, el honor no tiene habilidad quirúrgica?. No. ¿Qué es el honor? Una palabra. Y esa palabra honor, ¿qué es? Aire. ¡Lindo arreglo! ¿Quién lo tiene? Uno que murió el miércoles. ¿Lo aprecia? No. ¿Lo oye? No. ¿Es cosa intangible, pues? Sí, para los muertos. Pero, ¿no puede vivir con los que quedan vivos? No. ¿Por qué? Porque la maledicencia no lo soporta. Por lo tanto, yo no lo quiero. El honor es meramente un escudo de armas, y aquí acaba mi catecismo.

(Vase.)

ESCENA II

El campamento rebelde.

Entran VORCESTRIA y VERNON.

VOR. No, mi sobrino conocer no debe
Del Rey la noble oferta, sir Ricardo.
VER. La debe conocer.
VOR. Entonces, todos
Nos veremos perdidos. No es posible.
No puede ser que cumpla su palabra
Y nos conceda su amistad. Sospechas
De nosotros tendrá constantemente;
Y en otras faltas hallará motivo
Que castigarnos ésta le permita.

Innumerables ojos el recelo
Fijos tendrá en nosotros. Se confía
En el traidor lo mismo que en la zorra,
Que aunque se juzgue mansa y se la halague
Y encerrada se tenga, se presiente
La ingénita maldad de sus abuelos.
Estar tristes ó alegres poco importa.
Se habrá de interpretar nuestra conducta
En contra nuestra, y pienso como á bueyes
Que en establos se cuidan han de darnos,
A quienes más se atiende y alimenta
Mientras más se aproximan á la muerte.
De mi sobrino condonar las faltas
Fácil es, porque tienen por excusa
Su edad, su ardor, su mismo sobrenombre.
¡Es un Espuela Ardiente casquivano!
¡De su capricho esclavo solamente!
De sus faltas yo soy el responsable,
Y su padre también. Criado ha sido
Por nosotros, de quienes ha tomado
Los defectos que tiene, y, pues nosotros
De esta perturbación somos la fuente,
Nosotros es forzoso que paguemos.
Así, pues, deudo mío, que no sepa
De la oferta del Rey palabra Enrique.
VER. Lo que vos me digáis diré tan solo.
Vuestro sobrino llega.

Entran ESPUELA ARDIENTE, DUGLAS y Jefes
y soldados á distancia.

ESP. ¡Mi tío ha vuelto! Libertad al conde
De Vestmorlandia. ¿Qué noticias, tío?
VOR. El Rey va al punto á darte la batalla.

- DUG. Que lleve Vestmorlandia nuestro reto.
Esp. Id, Duglas, y decídselo vos mismo.
DUG. Sí que lo haré, lo haré con sumo gusto.

(Vase.)

- VOR. No aparece en el Rey clemencia alguna.
Esp. ¿Se la pedisteis vos? ¡Dios nos ampare!
VOR. Nuestras quejas le expuse suavemente
Por quebrantar el juramento suyo,
Que enmendó, quebrantándolo de nuevo,
Jurando que jamás lo quebrantara.
Y nos llamó rebeldes y traidores,
Que con las armas fustigar pretende
En nosotros dictado tan odioso.

Vuelve á entrar DUGLAS.

- DUG. ¡A las armas, amigos, á las armas!
Al rostro yo del Rey Enrique acabo
Valiente reto de arrojar. Lo lleva
Vestmorlandia, que estaba aquí en rehén,
Y á atacarnos vendrán sin duda pronto.
VOR. Ante el Rey mismo, el príncipe de Gales
Sobrino, á lucha personal te reta.
Esp. Pluguiera á Dios que circunscrita fuese
A nuestras dos cabezas esta lucha;
Y que Enrique Monmuz y yo tan solo
Perdiéramos en ella nuestro aliento.
Decid, decid: ¿su reto, qué indicaba?
¿Desprecio, por ventura?
VER. No, lo juro.
Nunca en mi vida he visto desafío
De más grande modestia acompañado.
Un hermano á otro hermano se diría

Que á una prueba cortés de su destreza
En manejar las armas invitaba.
Habló de ti con el mayor respeto,
Con lenguaje de príncipe ensalzando
Tu fama. Como crónica las nobles
Hazañas tuyas encomió, por cima
Queriéndote poner de los elogios,
Que á tus actos y méritos no igualan.
Y lo que más, cual príncipe, le honra,
Fué el hablar de sí mismo avergonzado.
Su vagabunda juventud con tanta
Gracia increpó, que en él ver se creería
El ser que enseña y el que aprende á un tiempo.
Cesó de hablar, y yo declaro al mundo
Que Inglaterra jamás ha poseído,
Como al odio de hoy sobreviviere,
Objeto de más dulces esperanzas
Ni más, por sus caprichos, mal juzgado.
Esp. Enamorado estáis de sus locuras,
Deudo, á mi me parece. No hay memoria
De príncipe más loco y libertino.
Mas fuere lo que fuere, me propongo
Antes de anoche, entre mis brazos
Estrecharle á manera de guerrero,
Y hacerle estremecer con mi saludo.
¡A las armas! Armaos prontamente,
Compañeros, amigos y soldados;
Mejor podéis imaginar vosotros
Lo que debéis hacer que yo decirlo.
Porque mía no es esa oratoria
Que persuade, la sangre enardecendo.

Entra un MENSAJERO.

MEN. Señor, cartas os traigo.

ESP. No es posible
Que yo las pueda ahora leer. La vida
Es, caballeros, breve, pero fuera
Harto larga, empleándola vilmente.
Sí; por más que la vida cabalgase
Sobre la aguja de un reloj, y al cabo
De una hora á su término llegara.
Si salimos con vida, viviremos
Después de haber pisoteado á reyes.
Si morimos, será de muerte honrosa,
Pues príncipes murieron con nosotros.
Es legítimo empleo el de la fuerza
Si es sano, al emplearla, nuestro intento.

Entra otro MENSAJERO.

MEN. Preparaos, señor; el Rey se acerca.

ESP. Se lo agradezco. Abrevia mi discurso.
Orador yo no soy. Tan sólo os digo
Que cada uno como bueno cumpla.
Y aquí saco mi espada, cuyo temple
Teñiré con la sangre más preciosa
Que encuentre en este día de peligros.
Ahora, *Esperance* y Percy, y adelante.
Agudos musicales instrumentos,
Resonad, y abracémonos, amigos,
Á su bélico son, que entre nosotros,
Apuesto al cielo yo contra la tierra,
Que habrá algunos que nunca en lo futuro
Podrán ver acto igual de cortesía.

(Suenan clarines. Se abrazan y vanse.)

ESCENA III

Llanura entre ambos campamentos.

Movimiento de tropas, y partidas que luchan. Clarines.

Entran al encuentro, DUGLAS y SIR GUALTERIO BLUNT.

BLUNT. ¿Quién sois vos, que en el campo de batalla
Me salís al encuentro de este modo?

DUG. Sabed que Douglas soy, que os voy siguiendo
De este modo en el campo de batalla,
Porque vos sois el Rey, según me han dicho.

BLUNT. Han dicho la verdad.

DUG. Ha pagado muy cara, Rey Enrique,
La semejanza que con vos tenía
El Conde Estaford. Lo inmoló mi espada.
Si no queréis rendiros prisionero,
Lo mismo haré con vos.

BLUNT. Yo no he nacido,
Orgullosa Escocés, para rendirme.
Y encontraréis á un rey que de la muerte
Se vengará de Estaford.

(Luchan, y Blunt muere.)

Entra ESPUELA ARDIENTE.

Esp. ¡Oh Douglas!, si luchado de ese modo
En Holmedonia, hubierais vos, yo nunca
De un Escocés pudiera haber triunfado.

DUG. ¡Ya todo terminó! Triunfo completo.

Aquí cadáver el Rey yace.

Esp. ¿Dónde?

Dug. Aquí

Esp. ¿Este? No Duglas. Bien conozco
Este semblante yo. Era un valiente,
Y se llamaba Blunt. Á semejanza
Del Rey vestido está.

Dug. Va un mentecato

Adonde quiera que su alma fuere.

Caro pagáis un título ficticio.

¿Á qué decirme á mí que el Rey vos erais?

Esp. El Rey tiene en el campo mucha gente
Vestida como él.

Dug. ¡Voto á mi espada!

Voy á matarle todos sus vestidos.

Á asesinar, hasta que al Rey me encuentre.

Toda su guardarropa, pieza á pieza.

Esp. ¡Ea! Vamos. Adelante nuestra gente;
El ataque resiste bravamente.

(Vanse.)

Clarines. —Entra FALSTAF.

En Londres, poco me importa á mí que me apunten, pero aquí apuntan á la cabeza. Poco á poco. ¿Quién sois vos? ¡Sir Gualterio Blunt! ¡Toma honra! No. ¡Esto no es tontería! Tengo el calor del plomo derretido y su pesadez también. Haga Dios que el plomo no me ocupe. No necesito más peso que el de mis propias tripas. Conduje á mis pelagatos á donde los están salpimentando. Sólo quedan tres vivos de los ciento cincuenta que traje, y esos tendrán que pedir limosna á la entrada de un pueblo hasta que se mueran. Pero ¿quién viene?

Entra el PRÍNCIPE ENRIQUE.

ENR. ¡Cómo! ¿Por qué permanecéis ocioso?
Prestadme vuestra espada. Á muchos nobles
Exánimes y rígidos, los cascos
De enemigos caballos pisotean,
Y venganza pidiendo están á gritos.
Prestadme, yo os lo ruego, vuestra espada.

FAL. ¡Oh Enrique! os suplico que me permitáis
tomar resuello breve rato. Ni las proezas del turco
Gregorio, pueden compararse con las mías de hoy.
Hele ajustado á Percy su cuenta. Seguro está.

ENR. Es cierto, y vivo está para mataros. Prestad-
me, yo os lo ruego, vuestra espada.

FAL. No. ¡Vive Dios, Enrique! Si Percy está vivo,
no os daré yo mi espada; pero si queréis, tomad mi
pistola.

ENR. Dádmela, pues; mas, ¿cómo está en su funda?

FAL. Sí, Enrique, y arde, arde. Puede postrar á un
pueblo.

(Falstaf da una botella de vino al Príncipe.)

ENR. ¿Momento es éste de pensar en bromas?

(Le tira la botella y vase.)

FAL. Si vivo estuviere Percy, lo perseguiré y atra-
vesaré, si es que se pone en mi camino; pero si no, y
si de buena voluntad me pongo yo en el suyo, háganme
picadillo. No me agradan á mí honras tan gestudas
como la de sir Gualterio. Prefiero la vida. Si la puedo
salvar, tanto mejor; si no, la honra vendrá sin que vaya
yo en su busca, y se acabó.

(Vase.)

ESCENA IV

Otra parte del campo de batalla.

Clarines. Partidas que luchan. Entran el REY ENRIQUE, el PRÍNCIPE ENRIQUE, el PRÍNCIPE JUAN y VESTMORLANDIA.

REY. Retírate tú, Enrique.
Sangre copiosamente estás perdiendo.
Acompañale tú, Juan de Lancáster.

JUAN. ¿Yo? No, señor, á menos que perdiera
Sangre cual pierde él.

ENR. Señor, suplico
Que vuestra majestad vuelva á la carga,
No extrañe vuestra ausencia nuestra gente.

REY. Lo he de hacer. Á su tienda conducidle,
Conde de Vestmorlandia.

VEST. Que os ayude
Permitidme, señor, á vuestra tienda.

ENR. ¡Ayudarme, señor! De vuestra ayuda
No necesito yo. Ni Dios permita
Que un arañazo mísero bastara
Para sacar al príncipe de Gales
De un campo de batalla como éste,
En donde la nobleza, ensangrentada,
Pisoteada está, donde triunfante,
Del rebelde el ejército se ceba.

JUAN. Mucho nos detenemos, dendo mío.
Vestmorlandia, venid. Allí nos llama
Nuestro deber. Venid, por Dios, os ruego.

(Vanse el Príncipe Juan y Vestmorlandia.)

- ENR. Me has engañado, ¡vive Dios! Lancáster.
De aliento tan viril no te creía.
Antes te amaba, Juan, como á un hermano;
De hoy más, como á mi alma te respeto.
- REY. Yo le he visto tener á Percy en jaque
Con gran valor y con firmeza impropia
En guerrero tan joven.
- ENR. Este niño
Nos debe de infundir valor á todos. (Vase.)

Clarines.—Entra DUGLAS.

- DUG. ¡Otro Rey! Cual de hidra las cabezas
Creciendo van. Éste que veis es Duglas,
Fatal á quien se viste esos colores.
¿Quién sois que al rey representar os cuadra?
- REY. Soy el Rey en persona, quien lamenta
Que á tantas sombras tuyas hayáis visto
Sin ver al Rey. Buscando mis dos hijos
Á Percy están, y á vos por todo el campo;
Mas ya que tropezasteis, por fortuna,
Conmigo, probaré con vos mi suerte.
Defendeos.
- DUG. Me temo nuevo engaño.
Vuestro porte, no obstante, es de monarca;
Pero mío seréis seguramente
Quien quiera que seáis, y así yo os venzo.

(Luchan.)

Estando en situación crítica el Rey, vuelve á entrar
el PRÍNCIPE ENRIQUE.

- ENR. Vil escocés, alzá esa cabeza,
Ó nunca volveréis quizás á alzarla.
Los valientes espíritus de Sírlei,

De Estaford y de Blunt, ved en mi brazo.
Os amenaza el Príncipe de Gales,
Que pagar, si promete, se propone.

(Luchan. Duglas huye.)

¿Cómo os halláis, alteza? Reponeos.
Sir Nicolás Gauséi, pide socorros;
Clifton también. Yo al punto iré con Clifton.

REY. Párate y toma aliento. Redimiste
Tu perdida opinión, y me has probado
Que algo aprecias mi vida, á mi socorro
Acudiendo con tanta valentía.

ENR. ¡Oh Dios! Ofensa grande me infiriera
Quien supuso que ansiaba vuestra muerte.
Si ser pudiese, sobre vos dejara
Caer de Duglas la insultante diestra,
Que os condujera á vuestro fin más pronto
Que todos los venenos de este mundo,
Ahorrando ser traidor á vuestro hijo.

REY. Á Clifton tú y á Gauséi yo ayudemos.

(Vase.)

Entra ESPUELA ARDIENTE.

ESP. Sois Enrique Monmúz, si no me engaño.

ENR. Habláis cual si á negar mi nombre fuera.

ESP. Me llamo Enrique Percy.

ENR. Entonces, veo
Á un valiente rebelde que así nombran.
En mí mirad al Príncipe de Gales,
Y no penséis vos, Percy, que conmigo
Vais por más tiempo á compartir mi gloria.
Dos estrellas del cielo no se mueven

En idéntica esfera, ni es posible
Que una Inglaterra sola se conforme
Con dos reinados, el de Enrique Percy,
Y, á la par, el del Príncipe de Gales.

Esp. Y no será, pues ya llegó la hora
De que uno de los dos acabe, Enrique;
Y ojalá que tan grande como el mío
Fuera, como guerrero, vuestro nombre.

ENR. Antes de irme de aquí, quizás lo sea;
Y esas múltiples glorias que germinan
Sobre vuestra cimera, con mis manos
Yo arrancaré, para tejerme luego
Y mi cabeza ornar, una guirnalda.

Esp. Ya más fanfarronadas no soporto.

(Luchan.)

Entra FALSTAF.

FAL. Bien dicho, Enrique. A ello, Enrique. Pero no
hallaréis aquí juego de niños, yo os lo aseguro.

Vuelve á entrar DUGLAS. Lucha con Falstaf, quien se tira al
suelo fingiéndose muerto. Vase Duglas. Espuela Ardiente
cae herido.

Esp. Mi juventud me habéis robado, Enrique.
Perder la vida deleznable es menos
Que perder esos títulos gloriosos
Que me usurpáis. Mis sentimientos hiere
Más que la carne mía vuestra espada.
Pero los sentimientos, de la vida
Siervos humildes; cual la vida, escarnio
Del tiempo; cual el tiempo, que es quien rige
Al mundo entero, es fuerza que se paren.

¡Oh, yo profetizara, si la mano
Terrosa y yerta de la muerte ahora
No aplanase mi lengua... no, ya Percy
Eres polvo, alimento... (Muere.)

ENR. De gusanos.

Valiente Percy, ¡adiós, adiós, gran alma.
Mal trabada ambición ¡cómo merinaste!
Cuando este cuerpo un alma contenía,
Estrecho espacio imaginaba un reino.
Pero hoy de la tierra menos fértil,
Con dos pasos no más bastante tiene.
Esta tierra que muerto te soporta,
A un ser más noble. no soporta vivo.
Si fueras aun sensible á los halagos,
Tan cariñoso ardor no mostraría.
Mas deja, tú, que el lacerado rostro
Con esta prenda oculte, y en tu nombre
Me dé las gracias por haber cumplido
Este amistoso rito de ternura.
Adios; tu encomio al cielo te acompañe,
Y duerma tu baldón en tu sepulcro,
Y jamás lo recuerde tu epitafio.

(Ve á Falstaf en tierra.)

¡Mi antiguo camarada! ¡Tanta carne
No ha conseguido defender tu vida!
Mi pobre Juan, adios. Más fácilmente
De otro mejor que tú me separara.
¡Tu sociedad, que falta no me hiciera
Si la frivolidad aun me atrajera!
Aunque nobles han muerto con exceso,
De ninguno sé yo de tanto peso.
Dentro de poco te veré enterrado.
Por ahora, de Percy queda al lado. (Vase.)

FAL. (Levantándose.) ¡Enterrado! Si me enterráis hoy, licencia os daré para que mañana me salgáis y me comáis. ¡Voto va! Tiempo era ya de fingir; si no, ese trivigante escocés me hubiera saldado las cuentas. ¿Fingir? Miento. Yo no finjo. Morir sí que es fingir, porque es la ficción de un hombre que no tiene la vida de tal; pero fingir que uno está muerto cuando está vivo, no es fingir, porque sigue uno siendo la real y perfecta imagen de la vida. ¡Voto va! Tengo miedo de este pólvora de Percy, aunque esté muerto. Y ¿si fingiera también y ahora se levantara? ¡Por vida mía! Creo que de los dos fingidores, sería él el que valdría más. Por lo tanto, me aseguraré y juraré que lo he matado. ¿Por qué no ha de poderse levantar como me he levantado yo? Quienes me pueden contradecir son ojos, y ahora nadie me ve. Así, pues, bergante (Lo hiera), con nueva herida en el muslo, venid conmigo.

(Carga con Espuela Ardiente.)

Vuelven á entrar el PRÍNCIPE ENRIQUE y el PRÍNCIPE JUAN.

ENR. Vamós, hermano Juan, valientemente
Tu virginal espada has estrenado.

JUAN. ¡Mas calle! ¿Quién es éste? ¿No dijiste
Que á ese hombre gordinflón hallaste muerto?

ENR. Verdad. Muerto lo vi. Lleno de sangre
Y sin aliento en tierra.
¿Estáis vivo? Ó si no, ¿sois por ventura
Una ilusión que engaña á nuestros ojos?
Hablad, que no queremos atenernos
A lo que viendo estamos sin oídos.
Lo que nos parecéis no sois sin duda.

FAL. Seguramente. Yo no soy hombre doble, pero si no soy Juan Falstaf, soy un buen Juan. Ahí está Percy (tirándolo al suelo.) Si vuestro padre quiere darme algún premio, en hora buena sea; si no, que vaya él á matar á cualquier otro Percy que venga. Os aseguro que espero ser Conde ó Duque.

ENR. ¡Pero si yo mismo maté á Percy! ¡Si lo vi muerto!

FAL. ¿Eso visteis? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué dado es este mundo al embuste! Concedo que me hallaba en tierra y sin aliento, y lo propio él; pero en el mismo instante, ambos nos levantamos y luchamos una hora larga por el reloj de Eschusburia. Si me creen, bueno; si no, carguen los que deben recompensar el valor con ese pecado. Juro yo, así me maten, que le inferí yo mismo esa herida del muslo, y si este hombre viviera y lo negase, vive Dios que le haría tragar un trozo de mi espada.

JUAN. Este sí que es suceso extraordinario.

ENR. Extraordinario mozo sí que es éste.

Hermano Juan, venid. Vuestro bagaje (Á Falstaf.)
Donosamente echaos á la espalda;
Que yo, si la mentira acaso os sirve,
La doraré con las mejores frases.
Las trompetas ya tocan retirada.
Es la victoria nuestra. Ven, hermano,
A ver desde esa elevación qué amigos
Nuestros vivos están y quiénes muertos.

(Vanse el Príncipe Enrique y el Príncipe Juan.)

FAL. Yo seguiré, como si dijéramos, en busca de recompensa. A quien me recompense, Dios se lo recompensará. Si aumentare en importancia, disminuiré de

tamaño, porque me medicinaré y dejaré de beber Jerez y viviré sin mácula, como debe vivir un noble.

(Vase, llevándose el cuerpo de Percy.)

ESCENA V

Otra parte del campo de batalla.

Clarines.—Entran el REY ENRIQUE, el PRINCIPE ENRIQUE, el PRINCIPE JUAN, VESTMORLANDIA y acompañamiento, con VORCESTRIA y VERNON prisioneros.

REY. Siempre sufrió la rebelión castigo.
¿Malévolo Vorcestria, con palabras
De perdón y clemencia para todos
No os despedí? ¿No habéis de mis ofertas
Trastocado el sentido torpemente?
¿Vos á la confianza no faltasteis
Que en vos depositó vuestro sobrino?
Tres nobles de los nuestros, conde el uno,
Han perdido su vida en la jornada,
Y otros seres también que hoy vivirían
Si cual cristiano la verdad hubierais
De mi ejército al vuestro transmitido.

VOR. Fué mi seguridad mi consejero.
Y me conformo con la suerte mía,
Que no puedo eludir y que me agobia.

REY. A la muerte conduzcan á Vorcestria.
También á Vernon. A los otros reos
Juzgaremos después.

(Vanse custodiados Vorcestria y Vernon.)

¿Qué tal va el campo?

ENR. Ese noble escocés, el conde Duglas,
Al ver que la fortuna por completo
La cara le volvía, muerto á Percy
Y su gente de pánico acosada,
Huyó cual los demás; y desde un risco
Cayóse y lastimóse de tal modo,
Que sus perseguidores lo apresaron.
Duglas está en mi tienda, y que disponga
De él á mi antojo yo, señor os ruego.

REY. Con toda el alma.

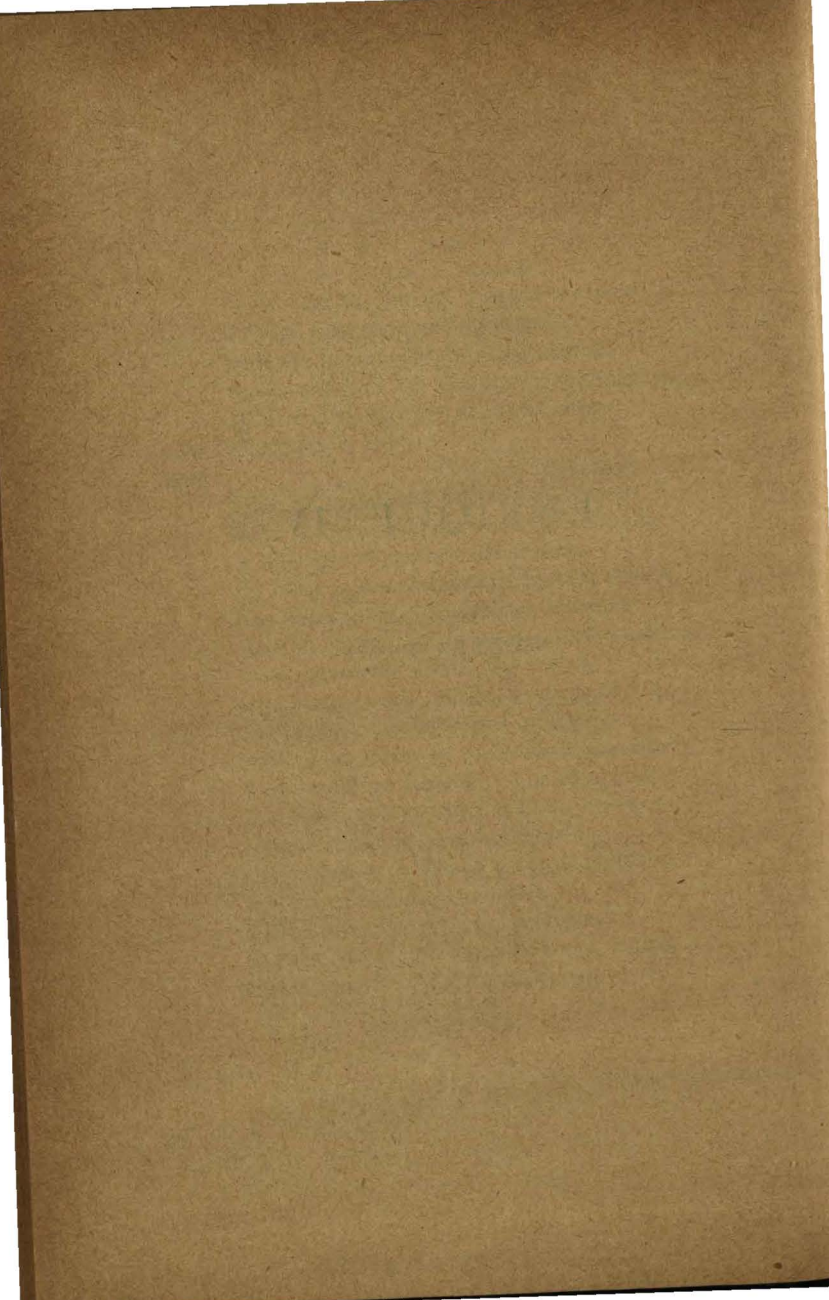
ENR. Pues, hermano mío,
Juan de Lancáster, ahora, á ti te toca
Esta honrosa misión. Ve á ver á Duglas
Y libértalo al punto y sin rescate.
Su valor, que atestiguan nuestros cascos,
Nos hace honrar tan ínclitas hazañas
Aun en los pechos de adversarios nuestros.

REY. Nos queda sólo dividir las fuerzas.
Hijo Juan, y vos, deudó Vestmorlandia,
Hacia York marcharéis á toda prisa
Para hacer frente al conde de Norzumbria
Y al arzobispo Escropio, que se arman
Con toda rapidez. Yo y mi hijo Enrique
Iremos hacia Gales á batirnos
Con el conde de March y con Glendóver.
Morirá en el país la rebelía,
Si se ataja otra vez cual este día;
Y pues que triunfadores hoy nos vemos,
Hasta ganarlo todo, no cejemos.

(Vanse.)

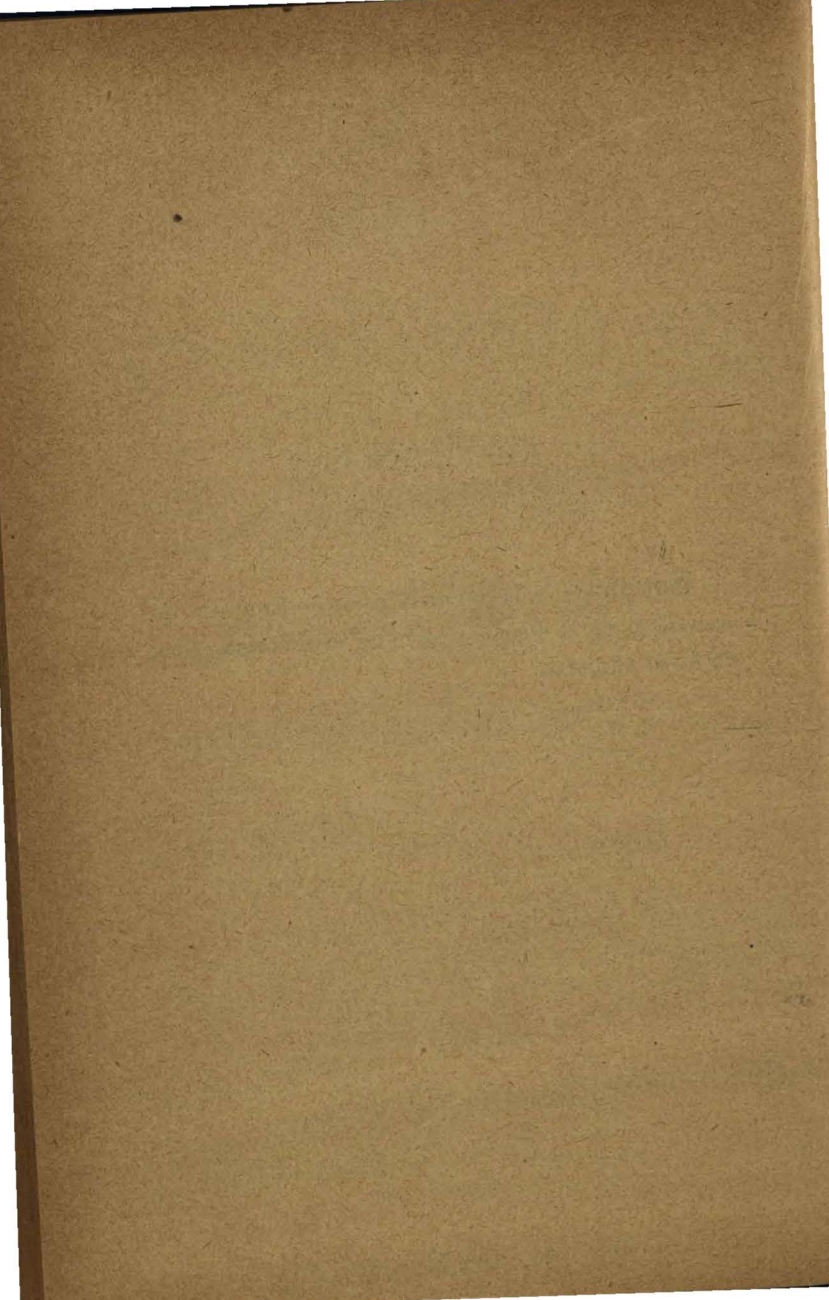
ENRIQUE IV

SEGUNDA PARTE



ADVERTENCIA

Para prólogo á la Segunda parte de ENRIQUE IV,
servirá el de la Primera parte de este drama, como
en él se advierte.



PERSONAJES

ENRIQUE IV.

ENRIQUE, príncipe de Gales, después ENRIQUE
QUINTO,

TOMÁS, duque de Clarens,

EL PRÍNCIPE JUAN DE LANCÁSTER,

EL PRÍNCIPE UMFREDO DE GLÓSTER,

EL CONDE DE VÁRVIC.

EL CONDE DE VESTMORLANDIA.

EL CONDE DE SURIA.

GÓVER.

ARCURT.

BLUNT.

EL JUEZ DEL TRIBUNAL DEL REY.

ASISTENTE DEL JUEZ.

EL CONDE DE NORZUMBRIA.

ESCROPIO, arzobispo de York.

MOBRAI.

HASTINES.

EL BARÓN BARDOLFO.

SIR JUAN COLVILLE.

TRAVERS, {
MORTON, { servidores de Norzumbria.

SIR JUAN FÁLSTAF.

SU PAJE.

BARDOLFO.

PISTOLA.

POINS.

PETO.

SOMERO, {
CALLADO, { jueces de Paz.

DAVID, sirviente de Somero.

MOHOSO,

SOMBRA,

VERRUGA, {
ENDEBLE, { reclutas.

TERNERO,

} sus hijos.

ZARPA, { alguaciles.
RED, {
LADY NORZUMBRIA.
LADY PERCY.
CELESTINA, tabernera de Estchepia.
DOROTEA RASGAMANTAS.

Nobles, servidores, un portero, mozos de taberna, corchetes y criados

EL RUMOR, el prólogo.
UN BAILARÍN, el epílogo.

Escena, Inglaterra.



PRÓLOGO

Ante el castillo de Norzumbria.

Entra EL RUMOR con traje sembrado de lenguas pintadas.

RUM. Los oídos abrid. Mas ¿quién, decidme,
Los cerrará cuando el rumor os habla?
Yo, desde el orto al decayente ocaso,
Como corcel sirviéndome del aire,
Los sucesos os narro que principio
En este mundo terrenal tuvieron.
En mi lengua cabalgan mil calumnias;
En múltiples idiomas las propago,
Y con noticias falsas me propongo
Atestar los oídos de las gentes.
Hablaré de la paz mientras procura
La hostilidad, con plácida sonrisa,
Sigilosa, ofender al mundo entero.
Y ¿quién sino el rumor, sino yo solo,
Promueve levás y defensas grandes
Cuando se juzga sin razón que el año,
Preñado de otros males, el engendro
Va á dar á luz del monstruo de la guerra?
El público rumor es una gaita
Donde soplan la hipótesis, la envidia,

La conjetura, y tan sencilla cosa;
Tan fácil es el manejar sus llaves,
Que el torpe monstruo de las mil cabezas,
La discordante multitud voluble,
También la toca. Mas ¿por qué motivo,
Entre mis familiares, mi persona
He de anatomizar como lo hago?
¿Por qué el rumor, diréis, aquí se halla?
Corro ante el triunfo del monarca Enrique,
Quien en el rojo campo de Eschusburia
A Espuela Ardiente derrotó y sus tropas;
Y de atrevida rebelión las llamas
Apagó con la sangre de rebeldes.
Mas ¿qué hago yo que la verdad propalo?
Es mi misión el esparcir las voces
De que Enrique Monmúz cayó vencido
Ante el golpe iracundo de la espada
Del noble Espuela Ardiente; y que ante Duglas
Tuvo el Rey que humillar la frente ungida
Hasta el nivel de su sepulcro mismo.
Esto esparcí por los alegres pueblos
Que hay entre el regio campo de Eschusburia
Y este viejo castillo carcomido,
Donde finge de Espuela Ardiente el padre,
El anciano Norzumbria, hallarse enfermo.
Correos van llegando, mas ninguno
Comunicar otras noticias puede
Que las que yo le di; y esos rumores
Quizá consuelan, mas por ser mentidos,
Son peores que males conocidos.

(Vase.)



ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

La misma.

Entra EL BARÓN BARDOLFO.

B. BAR. ¿El portero quién es?

Entra EL PORTERO (Asomado á una ventana).

¿Dónde está el Conde?

POR. ¿Quién le diré que sois?

B. BAR. Decid al Conde

Que aquí el Barón Bardolfo está esperando.

POR. Ha poco su Excelencia entró en el huerto.

A la puerta llamad, señor, si os place,

Y allí lo encontraréis.

B. BAR. Ahí viene el Conde.

(Vase el Portero.)

Entra NORZUMBRIA.

NOR. Decid, Barón Bardolfo, ¿qué hay de nuevo?

Padre debe de ser cada minuto

De alguna maravilla. Período

Violento es éste. Cual corcel ahíto
De apetitoso pienso, desbocado,
Va atropellando todo en su carrera.

B. BAR. Noticias, Conde, os traigo de Eschusburia.

NOR. ¡Ojalá buenas!

B. BAR. A pedir de boca.

El Rey se encuentra herido mortalmente;
Y, con su usual fortuna, vuestro hijo
Mató al Príncipe Enrique. Muertos quedan
Entrambos Blunts de Duglas por la mano.
Huye el Príncipe Juan, y Vestmorlandia
Y Estafor, á la par, del campo huyen.
Y de Enrique Monmúz, la obesa urca
Sir Juan, de vuestro hijo es prisionero.
Jornada semejante, tan violenta,
Tan tenaz, y victoria tan gloriosa,
No ennobleció jamás época alguna
Desde que César consiguió sus triunfos.

NOR. ¿Esto cómo se sabe? ¿Habéis estado
En la batalla vos? ¿Habeis venido
Acaso de Eschusburia?

B. BAR. Hablé con uno
Que de allí viene. Un noble caballero
Que á darme estas noticias se brindara.

NOR. Aquí se acerca mi sirviente Travers,
A quien el martes último noticias
Ordené procurar.

B. BAR. En el camino
Le adelanté, señor; y, por lo tanto,
Tener no puede nuevas más recientes
Que las que acaso de mí mismo tenga.

Entra TRAVERS.

NOR. Decid, Travers, ¿traéis buenas noticias?

TRA. Sir Juan Umfrévil me ordenó tornara
Con gratas nuevas; mas, mejor montado,
Me adelantó. Tras él á todo escape
Exhausto casi vino un caballero
Que junto á mí paróse para darle
Resuello á su caballo ensangrentado.
La senda á Chéster quiere que le indique
Y yo le pido nuevas de Eschusburia.
Que iba muy mal la rebelión me dijo,
Y que de Enrique Percy yerta estaba
La espuela ya; y, abandonando el freno
De su noble corcel, el cuerpo inclina,
Y contra los hijares palpitantes
Del cansado animal, las rodajuelas
De sus talones harto armados hinca.
Y, de ese modo yéndose, el camino
Devoró sin oir otra palabra.

NOR. ¡Ah! Repetidlo. ¿Aseguró que yerta
La Espuela estaba ya de Enrique Percy?
¿Yerta la Espuela ya de Espuela Ardiente?
¿Y que iba mal la rebelión te dijo?

B. BAR. Señor Conde, escuchad. Si la victoria
No fué del hijo vuestro, yo os lo juro,
Por un lazo daré mi baronía.
No hablemos de eso más.

NOR. ¿Por qué motivo
El caballero entonces con quien Travers
Se encontró pudo hablar de esa derrota?

B. BAR. ¿Ése? Quizás algún bergante fuera,
Que en caballo robado cabalgaba,

Y habló sin ton ni son ¡por vida mía!
Mirad. Otras noticias ya tenemos

Entra MÓRTON.

- NOR. ¡No hay duda! De este hombre el rostro indica,
Como si fuera título de un libro,
Una trágica historia. Así se ostenta
Costa que combatió la mar bravía,
La usurpación quedando atestiguada.
Dime, Mórton, si vienes de Eschusburia.
- MÓR. De Eschusburia escapé, donde la muerte
Se ha calado su máscara más fiera
Para espantar, señor, á nuestro bando.
- NOR. Mi hijo y mi hermano, ¿cómo están, responde?
Tiemblas. La palidez de tu semblante
Aun mejor que tu lengua me contesta.
Hombre cual tú, desfallecido, triste,
Exánime, la muerte en la mirada,
De dolor acosado, el cortinaje
De la cama de Priamo descorre
En noche silenciosa, pretendiendo
Anunciarle que media Troya estaba
Hecha cenizas ya. Mas sin que hablase
Priamo presintió las llamas esas.
Como yo de mi Percy he presentado,
Antes de tú decírmelo, la muerte.
Así dijeras tú «Tal y tal cosa
Ha hecho el hijo vuestro, vuestro hermano
Tal y tal. Tal luchara el noble Duglas»
Atestando mis ávidos oídos
Con sus proezas. Pero, al fin, me consta
Que un suspiro tendrás, que, de seguro
De una vez mis oídos atestando,

Disipará las alabanzas tuyas
Y acabará anunciándome la muerte
Del hijo mío, de mi hermano y todos.

MÓR. Vive Duglas, y vive vuestro hermano.
Mas vuestro hijo...

NOR. Ya lo sé. Que ha muerto.

Ved cuán pronto responde la sospecha.
El que teme saber lo que le espanta
En los ajenos ojos, por instinto,
Conoce que ocurrió lo que temía.
Pero á tu Conde, Mórton, sin embargo,
Dile tú que mintió su vaticinio.
Yo acepto tu mentís cual dulce oprobio,
Y gracias te daré por el insulto.

MÓR. Desmentiros me impide vuestra alcurnia.
Harto veraz es el instinto vuestro,
Y harto ciertos, señor, vuestros temores.

NOR. Mas, á pesar de todo, no me digas
Que ha muerto Percy. Confesión extraña
Miro en tus ojos. Mueves la cabeza,
Y piensas que es delito ó que es pecado
Decirme la verdad. Si muerto yace,
Dímelo ya. Tu lengua no me agravia
Publicando su muerte, porque peca
Quien á un muerto calumnia, no quien dice
Que un muerto no está vivo. Sin embargo,
Es ingrata misión la del que anuncia
Noticias dolorosas, pues su lengua
Siempre después, cual fúnebre campana
Que dobla de un amigo por la muerte,
Ha de sonar, recuerdos despertando.

B. BAR. Yo no puedo creer que vuestro hijo
Haya muerto, señor.

MÓR. A mí me apena

Forzaros á creer lo que querría
No haber visto jamás, pero estos ojos
Le han visto ensangrentado, y débilmente,
Sin aliento y exánime, á los golpes
De Monmúz contestar, quien, iracundo,
Al indómito Percy echó por tierra,
De donde nunca ya se alzó con vida.
En resumen, la nueva al propalarse
De su muerte—su espíritu alentaba
Al más tosco gañán del campamento—,
Quitó el ardor á sus mejores tropas;
Su metal aceraba á su partido,
Y gastado ya en él, tornóse el resto
En la rudeza y pesadez del plomo.
Y como cosa que es de sí pesada,
Con más velocidad el aire corta
Cuando recibe el necesario impulso,
Nuestras tropas, ganando en pesadumbre,
La pérdida al sentir de Espuela Ardiente,
Tal ligereza adquieren con el miedo,
Que flecha alguna hacia su blanco corre
Con más velocidad que nuestra gente
Desde aquel campo al sitio más seguro.
Hecho el noble Vorcestria prisionero
Entonces fué, y ese escocés furioso,
El sanguinario Duglas, cuya espada
Harta de trabajar, en tres distintas
Ocasiones mató de un Rey las sombras,
Pierde brios, honrando así el oprobio
De los que van volviendo las espaldas;
Y, en su fuga, tropieza, y es cogido.
Del Rey, en conclusión, es la victoria,
Y un ejército manda á vuestro encuentro,
Que Vestmorlandia guían y Lancáster.

Y estas son, en resumen, mis noticias.
Nor. Harto tiempo tendré para llorarlas.
Es el veneno á veces medicina;
Daño estas nuevas con salud me hicieran,
Pero salud me dan estando enfermo.
Y, como el infeliz á quien la fiebre
Logra debilitar las coyunturas,
Que cual charnelas frágiles se doblan
Al peso de la vida, de repente,
Los brazos al dejar de su enfermero,
Cual llama, en fiero paroxismo surge;
Así mis miembros, que el dolor postraron,
Con el dolor ahora se enfurecen
Y su vigor triplican. Tú, muleta,
Lejos de aquí. De malla una manopla
De fino acero enguantará mi mano.
Lejos de aquí, tú, gorro del enfermo,
Harto débil guardián de una cabeza
Que príncipes, de triunfos saturados,
Quieren herir. Mi frente el hierro ciña,
Y la hora peor que consiguieren
El tiempo conjurar y la venganza
Venga en buen hora, que su adusto ceño
Devolverá Norzumbria enfurecido.
Júntese el cielo con la tierra. Cese
De tener con la diestra aprisionado
Naturaleza al agitado ponto.
Perezca la armonía; y que este mundo
No torne á ser teatro donde luchas
Puedan languidecer. Que en cada pecho
De Caín el espíritu domine,
Y así los corazones se dirijan
Todos á fin sangriento, terminando
Pronto la dura escena; y que la noche,

Sepulturero de los muertos sea.

TRA. Tan violenta pasión, señor, os daña.

B. BAR. No divorciéis de vuestro honor, buen conde,
La discreción.

MÓR. Vuestra salud protege
Hoy las vidas de amantes partidarios,
Y al ceder á emociones tan violentas,
Es fuerza que decaiga. De esta lucha
Los azares, señor, habéis pesado,
Todas sus contingencias calculasteis
Antes de prorrumpir: «A hacerles frente»;
Por vos previsto estaba que podría,
Al repartirse golpes en la lucha,
El hijo vuestro sucumbir. Que andaba
Al peligroso borde de un abismo.
Y que era más probable el que cayera
En él, que no salvarlo. Que su carne
Podía recibir golpes y heridas,
Y que allí donde hubiera más peligro
Lo arrastraría su valor por fuerza.
«Adelante» dijisteis, sin embargo,
Y los temores vuestros no pudieron
Restringir decisión tan indomable.
¿Qué ha sucedido, pues, ni qué otra cosa
Ha dado á luz tan atrevida empresa
Sino aquello que ya previsto estaba?

B. BAR. Todos los que estas pérdidas sentimos
Sabíamos que en mares procelosos
Embarcados estábamos: que era
Diez contra uno conservar la vida.
Y nos aventuramos, sin embargo,
Pues la ganancia prometida ahogaba
Temores de peligros contingentes.
Mas, puesto que vencidos hoy nos vemos,

- ¡A arriesgar otra vez bienes y vida!
- Mór. Y tiempo es ya, noble señor. Me consta
Que el obispo de York con bien armada
Gente en campaña está, y á sus secuaces
Ese varón con doble lazo liga.
Vuestro hijo, señor, reunió tan sólo
Cuerpos sin alma, sombras, apariencias
De hombres para luchar, y para algunos
La palabra no más de rebeldía
Separaba á sus cuerpos de sus almas;
Y luchaban con náuseas, constreñidos,
Como la gente toma medicinas.
Sus armas, así pues, de nuestra parte
Tuvimos y no más, sus corazones,
Sus almas, cual los peces de un estanque,
Helados de repente se quedaron
Con la palabra rebeldía. Ahora
Da el obispo carácter religioso
A tal insurrección, y se supone
Que santa y justa en su opinión se estima.
Y, así, con cuerpo y alma se le sigue;
Y á su levantamiento da realce
Con la sangre del noble Rey Ricardo,
Raspada de las piedras de Pomfreto.
Funda en el cielo su querella y causa,
Y anuncia á todos que salvar pretende
La tierra ensangrentada, que, anhelante,
Vivir apenas puede bajo el yugo
De ese gran Bolinbroquia; y de ese modo
A él acuden los grandes y pequeños
- Nor. Esto, aunque lo sabía, francamente,
Mi dolor lo borró de mi memoria.
Entrad conmigo, y cada cual indique
La senda que mejor le pareciere

De la seguridad y la venganza.
A buscar mensajeros, y que lleven
Cartas nuestras. Hagámonos de amigos,
Pues nunca los tuvimos más escasos,
Y muchos hacen falta en estos casos.

ESCENA II

Londres. — Una calle.

Entra FÁLSTAF seguido de su PAJE, que lleva
su espada y adarga.

FÁL. Oye, tú, gigante ¿qué dice el doctor acerca de mis aguas?

PAJE. Dice que las aguas en sí, buenas aguas son, pero que puede tener quien las poseyere más enfermedades de las que se imagina.

FÁL. Gentes de toda clase tienen á honra el burlarse de mí. El cerebro de esta estúpida mezcla arcillosa, el hombre, no alcanza á decir nada que provoque á risa sino lo que yo invento, ó lo que acerca de mí se inventa. No sólo soy yo naturalmente ingenioso, sino que soy la causa del ingenio en los demás. Camino ante ti como cochina que ha aplastado á toda su cría, excepto á un solo cochinillo. O yo carezco de juicio, ó de seguro te ha puesto á servicio mío el príncipe únicamente para hacerme resaltar. Retoño de mandrágora, más propio fuera llevarte como airón de mi sombrero, que no siguiendo mis talones. Jamás me adorné con ágatas hasta ahora, pero ni en oro ni en plata te he de engarzar. Encerrado en vil traje, te devolveré á tu amo, á ese amo tuyo, á ese juvenil príncipe cuyo rostro no ha pelechado aún. Antes me crecerá á mí vello en

la palma de la mano, que á él en la cara; y, sin embar-
go, asegura que tiene cara de rey. Dios la terminará
cuando lo tenga á bien. No tiene pelo de más. Guárdela,
pues, como cara de rey, porque con ella, jamás ganará
barbero alguno seis peniques. Y galleará, no obstante,
cual si hubiera sido hombre antes de que su padre
fuera mozo. Guárdese para sí su gracia, porque yo le
aseguro que está fuera de la mía. ¿Qué dijo el señor de
Dombledón con respecto al raso para mi capa corta
y mis greguescos?

PAJE. Señor, me dijo que debíais ofrecer mejor fiador
que Bardolfo. No acepta ni la firma vuestra ni la de él.
No le basta esa garantía.

FÁL. Vaya á los infiernos por glotón, y que le arda
la lengua. Condenado Architófel. Miserable contempo-
rizador. Tener en suspenso á un caballero y salir luego
con fianza. Si á esos canallas de cabeza monda que
usan ahora zapatos altos y un manojo de llaves al
cinto, los trata uno con amabilidad y les pide prestado,
preciso es que se fijen en fianzas. Antes quiero yo que
me tapen la boca con veneno para ratas que con la pa-
labra fianza. Confiaba yo, como caballero que soy, en
que me enviaría veinte y dos varas de raso, y me sale
con fianza. Pues bien; que confíe y que se duerma.
Poseedor es del cuerno de la abundancia, pero á través
de ese cuerno brilla la ligereza de su mujer; pero él no
lo ve, aunque tiene linterna para alumbrarse. ¿Dónde
está Bardolfo?

PAJE. Ha ido á Esmizfeldia á comprar un caballo
para vucencia.

FÁL. A él lo compré yo en San Pablo, y él va á com-
prarme caballo en Esmizfeldia. Así me comprara yo
mujer en Barragania, tuviera entonces criado. caballo
y mujer.

PAJE. Señor, aquí viene el noble caballero que mandó á la cárcel al Príncipe porque lo abofeteó á cuenta de Bardolfo.

FAL. Sígueme de cerca. No lo quiero ver.

Entran EL JUEZ del Tribunal del Rey y su ASISTENTE.

JUEZ. ¿Quién es ése que se va?

ASIS. Fálstaf, señor.

JUEZ. ¿El que estaba complicado en lo del robo?

ASIS. Ese mismo, señor. Pero desde entonces ha prestado buenos servicios en Eschusburia, y según se dice, va ahora encargado de un mensaje al Príncipe Juan de Lancáster.

JUEZ. ¿Cómo, á York? Llamadlo.

ASIS. ¿Sir Juan Falstaf?

FAL. Rapaz, di que soy sordo.

PAJE. Hablad más alto. Mi amo es sordo.

JUEZ. Seguro estoy de que es sordo para oír la razón. Id, cogedle del codo. Tengo que hablarle.

ASIS. ¿Sir Juan?

FAL. ¿Cómo es eso? ¿Pedir un pilluelo limosna? ¿No hay guerras por ventura? ¿No hay ocupación? ¿No necesita gente el Rey? Aunque sea vergonzoso hallarse en más bando que en uno, más vergonzoso es pedir limosna que hallarse en el bando peor, por mucho que lo deshonne el nombre de rebelión.

ASIS. Señor, os equivocáis acerca de mí.

FAL. ¿Cómo? ¿Dije, acaso, que erais hombre de bien? Dando de lado á mi baronía y á mi condición de militar, mentido hubiera desde el fondo de mi garganta si tal hubiera dicho.

ASIS. Pues, señor, yo os ruego que deis de lado á vuestra baronía y á vuestra condición de militar, y que

me permitáis que os diga que mentís desde el fondo de vuestra garganta si decís que no soy hombre honrado.

FÁL. ¡Daros yo permiso para que eso me digáis! ¡Dar yo de lado lo que es parte de mí mismo! Si os diere yo permiso, que me ahorquen; y si os lo tomareis vos, más os valiera que os ahorcaran. Cazáis contra pista. ¡Fuera de aquí! ¡Largo!

ASIS. Su Excelencia, señor mío, quiere hablar con vos.

JUEZ. Sir Juan Fálstaf, una palabra.

FÁL. Mi buen señor, muy buenos días dé Dios á vucencia. Celebro ver en la calle á vucencia. Dijéron-me que vucencia estaba enfermo. Espero que vucencia no haya salido sin consentimiento facultativo. Aunque vucencia no ha perdido en absoluto la frescura de la juventud, tiene, no obstante, cierto saborcillo á la salmuera de los años, y yo suplico humildemente á vucencia que cuide con el mayor esmero de su salud.

JUEZ. Sir Juan, os mandé llamar antes de vuestra expedición á Eschusburia.

FÁL. Con permiso de vucencia. He oído que Su Majestad ha vuelto algo indispueta de Gales.

JUEZ. No hablo de Su Majestad. No quisisteis venir cuando os cité.

FÁL. Y he oído, además, que su alteza ha sido atacada de nuevo por una hi de tal apoplejía.

JUEZ. Si. Dios lo ponga bueno. Os suplico que me permitáis hablaros.

FÁL. Esta apoplejía, según entiendo, es, con permiso de vucencia, una especie de letargo, una especie de adormecimiento de la sangre, un maldito picor.

JUEZ. ¿Y qué tengo yo que ver con eso? Será lo que sea.

FÁL. Originada por grandes penas, por el estudio, ó

por perturbación cerebral. He leído cuál es la causa de esos efectos en Galeno. Es una especie de sordera.

JUEZ. Paréceme que vos padecéis de esa dolencia; no oís lo que se os dice.

FÁL. Muy bien, señor, muy bien. Con permiso de vuestrencia, mi enfermedad es más bien la de no escuchar, la de no poner atención.

JUEZ. Castigándoos los talones mejorará la atención de vuestros oídos, y no tengo inconveniente en ser vuestro médico.

FÁL. Señor, soy tan pobre como Job, pero no tan paciente como él. Vuestrencia puede propinarme una dosis de cárcel por razón de pobre; pero de que sea posible el que me convierta yo en paciente vuestro para someterme á vuestras prescripciones, acaso una mínima parte de escrúpulo le quepa al que es discreto, ó quizás un escrúpulo completo.

JUEZ. Os mandé llamar cuando era para vos cuestión de vida ó muerte.

FÁL. Por dictamen de mi letrado, persona entendidísima en las leyes de esta tierra, no me presenté.

JUEZ. Lo cierto es, Sir Juan, que vivís en la mayor ignominia.

FÁL. Quien se abrocha mi cinturón, no puede vivir en menos.

JUEZ. Vuestros recursos no son excesivos, y vos sois gran vividor.

FÁL. Ojalá fuera al revés, que mis recursos fueran excesivos y que no fuera tan gran vividor.

JUEZ. Habéis mal guiado al príncipe.

FÁL. El príncipe me ha mal guiado á mí. Yo soy el infeliz barrigón y él mi gozque.

JUEZ. Esta bien. No quiero abrir herida recién curada. Vuestros servicios en Eschusburia doran, hasta

cierto punto vuestra nocturna hazaña de Gadsil. Dad gracias á Dios de que la intranquilidad de la presente época os condona aquella ofensa.

FÁL. ¡Señor!

JUEZ. Pero ya que todo está arreglado, que siga así. No despertéis al lobo que duerme.

FÁL. Tan malo es despertar á un lobo, como olfatear á un zorro.

JUEZ. ¿Qué? Cirio sois cuya mejor parte se ha consumido ya.

FÁL. Que ha alumbrado un festín, señor. Dirán que de sebo. Pero si dijera yo cirio pascual, mi tamaño lo justificara.

JUEZ. Las canas que tenéis deberían induciros á pedir á Dios su gracia.

FÁL. Grasa, grasa, grasa.

JUEZ. Seguí al príncipe por todas partes como su ángel malo.

FÁL. No, señor. El ángel malo es personaje ligero; pero se me figura que el que á mi me mira me tomará sin pesar; y, sin embargo, concedo que hasta cierto punto, no soy moneda corriente no sé por qué. En esta época de mercaderes, se tiene en tan poca estima la virtud, que el verdadero valor tiene que convertirse en guarda-osos. La discreción en mozo de taberna, y emplear su ingenio en hacer cuentas, y los demás dones anejos al hombre no valen, según el indigno aprecio de los tiempos presentes, una zarzamora. Vosotros, los ancianos, no tenéis en cuenta la índole de los que somos jóvenes. Juzgáis del ardor de nuestras entrañas por la amargura de vuestra hiel; y, nosotros, que nos hallamos en la vanguardia de la juventud, somos también, preciso es confesarlo, unos botarates.

JUEZ. ¿Ponéis vos vuestro nombre en la lista de los

jóvenes? ¿Vos, que estáis marcado con todos los distintivos de la vejez? ¿No tenéis ojos legañosos? ¿Mano seca? ¿Rostro amarillo? ¿Blanca barba? ¿Piernas enflaquecidas? ¿Ventre amplificado? ¿Voz cascada? ¿Poco aliento? ¿Barba doble? ¿Ingenio simple? ¿Y todo el cuerpo marchito por los años? ¡Qué oprobio, Sir Juan!

FÁL. Señor, yo nací á eso de las tres de esta tarde, con la cabeza blanca y con el vientre bastante redondeado. Con respecto á mi voz, debo deciros que la perdí vociferando y cantando antífonas. No quiero aducir más convincentes pruebas de mi juventud. La verdad es que lo viejo en mí es únicamente mi razón y buen juicio, y quien quiera apostar conmigo mil marcos á hacer cabriolas, que me los preste, y á ello. Con respecto al bofetón que os dió el Príncipe, como grosero príncipe os lo dió, y vos lo recibisteis con señorial discreción; por ello le reñí, y el leoncillo hace penitencia, pero no tomando la ceniza y vistiendo sayal, sino vistiendo seda y tomando vino de Jerez añejo.

JUEZ. Está bien. Dios conceda al Príncipe mejor compañero.

FÁL. Dios conceda al compañero mejor príncipe. No me puedo zafar de él.

JUEZ. Pues el Rey os ha zafado del Príncipe Enrique. Según entiendo, vais con el Príncipe Juan de Lancaster, contra el Arzobispo y el Conde de Norzumbria.

FÁL. Sí. Gracias á vuestro donoso y dulce ingenio. Pero oíd vosotros, los que en casa besáis á mi señora la Paz; pedid á Dios que nuestros dos ejércitos no se encuentren jamás en día caluroso, porque os juro que llevo sólo dos camisas, y no quisiera sudar de manera extraordinaria con el calor de ese día; y si en él esgrimiere otra arma que mi botella, que no vuelva ya á escupir blanco. Ningún lance peligroso asoma la cabeza

sin que me arrojen á mí contra él. Bien está. No es posible ser eterno; pero mala maña de Inglaterra, siempre fué vulgarizar todo lo bueno que ha tenido. Si insistís en que soy viejo, lo que debéis hacer es procurarme descanso. ¡Ojalá que mi nombre no sonara de manera tan terrible al enemigo! Más cuenta me tendría que me comiera el moho, que no el ser reducido á la nada con movimiento perpetuo.

JUEZ. Está bien. Sed honrado. Sed honrado, y Dios bendiga vuestra empresa.

FÁL. ¿Me quiere prestar vucencia mil libras para mi equipo?

JUEZ. Ni un penique. Harta impaciencia tenéis para aumentar vuestras cargas. Quedad con Dios. Recuerdos á mi deudo Vestmorlandia.

(Vanse el Juez y su asistente.)

FÁL. Macháquenme con un mazo de rodero si tal hiciere. Tan difícil es separar á la edad de la avaricia, como á la juventud de la lujuria. Pero la gota es el castigo de la una, y virulento mal de la otra, por lo que, ambos períodos de la vida prohíben mis maldiciones. ¡Muchacho!

PAJE. ¡Señor!

FÁL. ¿Qué dinero hay en la bolsa?

PAJE. Siete chelines y dos peniques.

FÁL. No hallo cura para este modo de consumirse mi bolsa. El pedir prestado detiene solamente el progreso de esa enfermedad, pero es incurable. Lleva esta carta al Príncipe de Lancáster, y ésta al Príncipe Enrique. Esta al conde de Vestmorlandia, y esta á la anciana Doña Ursula, á quien semana tras semana he dado palabra de casamiento desde que asomó la primer cana

en mi barba. Anda, y ya sabes dónde encontrarme. Virulento mal cargue con esta infame gota, ó infame gota cargue con este virulento mal. La una y el otro hacen diabluras con el dedo gordo de mi pie. No importa. Si cojea, las guerras serán mi excusa, y así se estimará como más razonable mi pensión. Todo utiliza el hombre de ingenio, y yo haré que las enfermedades redunden en mi provecho.

(Vanse.)

ESCENA III

York. — Habitación en el Palacio Arzobispal.

Entran EL ARZOBISPO, EL CONDE HASTINES, EL CONDE MOBRAI y EL BARÓN BARDOLFO.

- ARZ. Ya sabéis los motivos que tenemos.
Y los medios también con que contamos;
Y, ahora, nobles amigos, claramente
Manifestad vuestra opinión. Decirla
Primero, Mariscal, á vos os toca.
- MOB. Admito que debemos rebelarnos,
Pero más convencido estar querría
De que podemos hoy mirar de frente
A las tropas del Rey tan numerosas.
- HAS. Según las listas, llegan nuestras fuerzas
A veinte y cinco mil hombres de punta.
Y esperamos refuerzos poderosos
Del gran Norzumbria, cuyo pecho arde
Con las llamas de atroz resentimiento.
- B. BAR. La cuestión, pues, es ésta, conde Hastines.
¿Los veinte y cinco mil con que contamos,

Sin Norzumbria, podrán salir airosos?

HAS. Con él podrán.

B. BAR. ¡Ya! La cuestión es esa.

Si es que, sin él, es nuestra fuerza escasa,
No pienso que debamos ir adelante
Hasta que no tengamos esa ayuda;
Porque, en asunto de cariz tan serio,
Auxilios problemáticos no deben
Ser base de esperanza ó conjetura,
O de suposición.

ARZ. Barón Bardolfo,
Muy cierto es lo que decís, y el caso
De Espuela Ardiente en Eschusburia ha sido.

B. BAR. Verdad, Señor. Henchido de esperanzas,
Se alimentó del aire, confiado
En promesas de auxilios, que, por cierto,
Resultaron después aun más exiguos
Que cuanto pudo ni pensar siquiera.
Con la imaginación así de un loco
Condujo á sus secuaces á la muerte,
Hacia su perdición corriendo ciego.

HAS. Mas, permitidme: ¿daño, acaso, hace
Las probabilidades y esperanzas
Calcular de antemano?

B. BAR. Si, por cierto,
En semejantes luchas; y si ahora
Vive esta empresa de esperanzas sólo,
Será como temprana primavera,
En donde los capullos que aparecen,
En vez de ser garantes de la fruta,
Recelo dan de que los muerda el cierzo.
Antes de edificar, examinamos
El solar cuidadosos, y se trazan
Los planos de seguida, y la figura

Viendo del edificio, necesario
Es calcular su coste, y si excediere
Del límite propuesto, ¿qué otra cosa
Conviene hacer, sino trazar de nuevo
Otro plano de menos importancia,
O desistir de edificar del todo?
Pues aun más hay que hacer en esta obra
Que intenta casi derribar un reino
Y otro reino erigir. Si no se quiere
Examinar la tierra, ver los planos,
Buscar cimientos firmes, á arquitectos
Consultar y saber si nuestros fondos
Emprender esa obra nos permiten,
Con papel y guarismos solamente
Nos preparamos, y en lugar de hombres,
Con nombres vamos á contar tan sólo,
Cual quien traza el modelo de edificio
Cuya edificación le es imposible;
Y, medio construído, lo abandona
Desnudo pasto á las lloronas nubes
Y triste presa del invierno crudo.

HAS. Que nuestras esperanzas, un aborto
Supongamos que fuesen, aunque auguran
Natalicio feliz: que no debemos
Ni con un hombre más contar siquiera;
Juzgo que nuestras fuerzas son bastantes
Para atacar al Rey sin otro auxilio.

B. EAR. ¿Mas veinte y cinco mil son, por ventura,
Los soldados del Rey?

HAS. Para nosotros
No más, Barón Bardolfo, no, ni tantos.
Sus tropas, por razón de estas querellas,
En tres cuerpos se encuentran divididas.
Opuesto á los franceses se halla uno,

Otro contra Glendóver, y el tercero
A nuestras fuerzas oponerse debe.
El monarca, así pues, debilitado,
Dividido en tres partes hoy se halla,
Y acusan hoy con su sonido hueco,
Sus cajas el vacío y la pobreza.

ARZ. ¿Que reúna sus fuerzas, y que caiga
Con todo su poder sobre nosotros
No debemos temer?

HAS. Si tal hiciere,
Franceses y galeses dejaría
Acosando su inerme retaguardia.
No lo temáis.

B. BAR. ¿Quién es, quien se supone
Que en contra vuestra mandará las tropas?

HAS. Vestmorlandia y el Duque de Lancáster,
Y contra los galeses el Rey mismo
Con Enrique Monmúz. A quién delegan
El cargo de hacer frente á los franceses,
Con fijeza no sé.

ARZ. Pues ¡adelante!
De este alzamiento publicad las causas.
El pueblo está por su elección enfermo.
Su amor voraz degeneró en hartura.
Tiene hogar poco firme y vacilante
Quien sobre el corazón del vulgo erige.
¡Oh muchedumbre imbécil! Hasta el cielo
Hiciste, bendiciendo á Bolinbroquia,
Tu aplauso resonar, antes que fuese
Lo que tú supusiste que sería;
Y habiendo al fin logrado tu deseo,
Bestial glotón, ya de él estás tan harto,
Que á regoldarlo ahora te dispones.
Del mismo modo, sí, del mismo modo,

Perro vil, de tu estómago vorace
Regoldaste á Ricardo, y ahora quieres
Lo regoldado devorar de nuevo,
Y para hallarlo aullas.—¿Quién confía
En los tiempos presentes? Los que ansiaban,
Vivo estando Ricardo, que muriera,
Se enamoran de él en su sepulcro.
Los que lodo arrojasteis á su frente
Cuando á través de la orgullosa Londres
Caminaba anheloso tras las huellas
Del admirado Bolinbroquia, ahora
Gritáis: «¡Oh tierra, danos nuevamente
Al Rey aquél, y llévate éste en cambio.»
¡Oh malditos humanos pensamientos!
Del pasado y futuro estáis contentos,
Y en más los estimáis que lo presente!

MOR. ¿Reunimos desde luego á nuestra gente?

HAS. De la ocasión los siervos nos juzgamos,
Y la ocasión ordena que partamos.



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Londres.—Una calle.

Entran CELESTINA, y ZARPA, y su AYUDANTE
acompañándola, y RED siguiéndolos.

CEL. Señor Zarpa, ¿queda anotada mi demanda?

ZAR. Está anotada.

CEL. ¿Dónde está vuestro corchete? ¿Es corchete
robusto? ¿Se mantendrá firme?

ZAR. Oye, tú, ¿dónde está Red?

RED. Aquí, aquí.

ZAR. Red, tenemos que arrestar á Sir Juan Fálstaf.

CEL. Sí, mi buen señor Red. Lo he anotado y todo.

ZAR. Acaso cueste á uno la vida, porque usara el
puñal.

CEL. ¡Válgame Dios! Cuidado con él. A mí misma
me dió una vez una puñalada en mi propia casa y de
la manera más brutal. Poco, á fe mía, le importa el
daño que hace, si esgrime el arma. Vase á fondo como
el mismo diablo. No perdona ni á hombre, ni á mujer
ni á niño.

ZAR. Si lo llego yo á atrapar, poco me importan sus
puñaladas.

CEL. Ni á mí. Yo estaré á vuestro lado.

ZAR. Con tal que yo le eche el garfio... Con tal que yo lo atenace...

CEL. Con su ausencia estoy arruinada. Me debe, os lo aseguro, infinita cantidad de dinero. Mi buen señor Zarpa, aseguradlo. Mi buen Señor Red, que no se escape. A menudo viene el rincón de las tortas—con perdón sea dicho—á ver de adquirir una silla de montar, y está invitado á comer en la Cabeza del Leopardo en la calle de Lombardos por el señor Suave, el mercader de sedas. Puesto que mi demanda está anotada y que el caso es público y notorio, yo os ruego que se le obligue á comparecer en juicio. Cien marcos mucho es para una pobre mujer desamparada, y yo he aguantado, aguantado y aguantado, y me ha hecho esperar, esperar y esperar un día tras otro, y es oprobio el recordarlo. No hay asomo de honradez en semejante comportamiento; á menos que una mujer no se convierta en burra y bestia de carga para soportar las maldades de cualquier tunante. Ahí viene, y con él ese bribón de narices de Malvasia, Bardolfo. Cumplid vuestra obligación. Cumplid vuestra obligación. Señor Zarpa y señor Red, cumplidme, cumplidme vuestra obligación.

Entran FÁLSTAF, el PAJE y BARDOLFO.

FÁL. ¿Qué es esto? ¿A quién se le ha muerto la yegua? ¿Qué pasa?

ZAR. Yo os arresto, Sir Juan, á instancias de Doña Celestina.

FÁL. Atrás, canalla. Desenvaina, Bardolfo. Córtale la cabeza á ese villano. Tira á esa bruja al caño.

CEL. ¿Tirarme á mí al caño? Yo sí que os tiraré al caño. ¿Haríais eso, haríais eso, mal nacido, bribón? Ase-

sino, asesino. ¡Oh villano homicida! Queréis matar á los representantes de Dios y del Rey. Bribón, sois un homicida, un mata-hombres y un mata-mujeres.

FAL. Tenlos á raya, Bardolfo.

ZAR. ¡Socorro, socorro!

CEL. Buenas gentes, acudid con un socorro ó dos ¿Conque no queréis? ¿No queréis? Pues sí, pues sí, bribón, sí, homicida.

FAL. ¡Atras, fregona, correntona, haraposa! Ya os buscaré yo las cosquillas.

Entran el JUEZ del Tribunal del Rey y acompañamiento.

JUEZ. ¿Qué ocurre? Haya paz aquí. ¡Hola!

CEL. Señor Juez, amparadme; os ruego que os pongáis de mi parte.

JUEZ. ¿Cómo, Sir Juan, estáis alborotando?

¿Con vuestra situación y circunstancias,
Con la misión que os dieron esto cuadra?
Ya camino de York se os presumía.

Dejadlo ya. ¿Por qué tenéislo asido?

CEL. ¡Oh, excelentísimo Señor! Yo soy, con permiso de vucencia, una pobre viuda de Estchepia, y lo han arrestado á instancias mías.

JUEZ. ¿Por qué suma?

CEL. No es por ninguna suma, señor, es por todo, por todo lo que poseo. Se me ha comido toda mi casa y hogar. Se ha metido en esa barriga suya toda la substancia mía. Pero yo os la sacaré, á lo menos parte, ú os acosaré de noche como pesadilla.

FAL. Paréceme que más fácil es que yo os acose á vos, y aun más pesadamente.

JUEZ. ¿Qué es esto, Sir Juan? ¡Qué oprobio! ¿Qué persona respetable puede verse obligada á soportar se-

mejante tempestad de improprios? ¿No os avergonzáis de inducir á una infeliz mujer á tomar tan áspera senda á fin de conseguir lo suyo?

FÁL. ¿Cuál es la suma total que os debo?

CEL. Si fuerais hombre honrado, vos mismo y todo vuestro dinero. Jurasteis sobre una copa dorada á medias en la mesa redonda del cuarto del Delfín, ante un hogar encendido con carbón, el miércoles de Pentecostés, el día en que el Príncipe os rompió la cabeza por haber comparado á su padre con un sochantre de Windsor, jurasteis entonces, mientras que yo os curaba la herida, hacerme á mí, mi señora la baronesa vuestra esposa. ¿Lo podéis negar? ¿Y no entró entonces la señora Sebuda, la mujer del carnicero, y no me dijo, comadre Celestina, y me pidió prestado un poco de vinagre, diciéndome que lo quería para un plato de langostinos; y al oírlo vos, no quisisteis probarlos, y no os dije yo que eran dañinos para un recién herido? ¿Y cuando bajó las escaleras no me dijisteis que no me mostrara tan afable con tan pobre gente, y no agregasteis que dentro de poco me tendrían que llamar señora? ¿Y no me besasteis y me rogasteis que os trajera treinta chelines? Ahora yo os requiero á que juréis sobre los Evangelios, y á negar lo que digo, si podéis.

FÁL. Señor, esta es una pobre loca que anda diciendo á todo el que la quiere oír, que su hijo mayor se os asemeja. Ha gozado de situación desahogada, y la verdad es que la pobreza le ha hecho perder el juicio. Ahora bien; con respecto á la conducta de estos imbéciles corchetes, os ruego obtener satisfacción.

JUEZ. Sir Juan, Sir Juan, estoy al tanto de vuestra manera de trastornar la verdad. Ni vuestro confiado porte, ni el torrente de palabras que dejáis correr con impudente descaro, me apartarán á mí de la justicia.

Según parece, os habéis prevalido de la fácil credulidad de esta mujer, y os habéis aprovechado de su bolsa y de su persona.

CEL. Francamente, sí, señor.

JUEZ. Os ruego que calléis. Pagadle lo que le debáis, y resarcid el daño que le habéis causado. Lo uno podéis hacerlo con dinero contante; lo otro, con penitencia inmediata.

FAL. Señor, no dejaré pasar esta amonestación sin réplica. Llamáis á lo que es honrosa galantería, impudente descaro. Si uno saluda y se calla, hombre virtuoso es. Pues no, señor. Sin olvidar lo que se os debe, no seré yo quien se os someta; os diré, pues, que os requiero á fin de que me protejáis contra esos corchetes, por hallarme empleado en asuntos apremiantes del Rey.

JUEZ. Habláis como si tuvierais poder para hacer daño; mas responded como corresponde á vuestro carácter, y satisfaced á esa infeliz mujer.

FAL. Venid aquí, patrona.

(Celestina se acerca á Fálstaf.)

Entra GÓVER.

JUEZ. Ahora bien; ¿qué noticias traéis, Góver?

GÓV. El Rey, señor, y el Príncipe de Gales llegan ya. Lo demás, aquí va escrito. (Entregando una carta.)

FAL. Palabra de caballero.

CEL. A fe que eso me lo habéis dicho antes.

FAL. Palabra de caballero. Vamos, no habléis más del asunto.

CEL. Por este divino suelo que piso, os juro que tendré que empeñar la plata y la tapicería del comedor.

FAL. Vasos, vasos, son los que hacen falta para be-

ber, y con respecto á las paredes, una caricaturilla chistosa, ó la historia del hijo pródigo, ó la cacería germánica pintada á la aguada valen mil cortinajes y tapicerías carcomidas de moscas. Que sean diez libras si podéis. Vamos, si no fuera por esos arranques que os dan, no habría mejor moza en toda Inglaterra. Idos. Lavaos esa cara y retirad la demanda. Vamos, conmigo no debéis gastar ese genio. ¿No me conocéis? ¡Vamos, vamos! Bien sé yo que os han inducido á ello.

CEL. Por favor, Sir Juan, que no sean más que veinte nobles. Francamente. Me duele empeñar la plata, así me ampare Dios. ¡Ea!

FAL. Dejadlo. Lo arreglaré de otra manera. Siempre os habéis de portar como una tonta.

CEL. Bueno. Pues las tendréis, así tuviera que empeñar mi saya. ¿Conque me lo pagaréis todo junto?

FAL. ¿Viviré yo? (A Bardolfo.) Vete: vete con ella. ¡Agárrate, agárrate!

CEL. ¿Queréis que Dorotea Rasgamantas venga á cenar con nosotros?

FAL. No hablemos más; que venga.

(Vanse Celestina, Bardolfo, alguaciles, ayudante, etc.)

JUEZ. Yo tengo mejores noticias.

FAL. ¿Qué noticias, señor, son esas?

JUEZ. ¿Dónde durmió el Rey anoche?

GÓV. En Basingstoquia, señor.

FAL. Espero, señor, que todo vaya bien. ¿Qué noticias hay?

JUEZ. ¿Vuelve todo su ejército?

GÓVER. Mil quinientos infantes, y quinientos Caballos que á Lancáster se le envían, Contra Norzumbria van y el Arzobispo.

FAL. ¿Retorna ya de Gales el monarca?

JUEZ. Cartas de mí tendréis en breve rato.

Conmigo, pues, venid, amigo Góver.

FÁL. Señor...

JUEZ. ¿Qué ocurre?

FÁL. Señor Góver, ¿me haréis el favor de comer conmigo?

Góv. Tengo que acompañar á Su Excelencia. Muchas gracias, Sir Juan.

JUEZ. Sir Juan, mucho os detenéis aquí, teniendo en cuenta que debéis reclutar gente á vuestro paso.

FÁL. ¿Queréis cenar conmigo, señor Góver?

JUEZ. ¿Quién fué el imbécil maestro que os enseñó á portaros de este modo?

FÁL. Señor Góver, si mi comportamiento no me sienta bien, imbécil era mi maestro. Esta es la verdadera gracia en la esgrima. Estocada por estocada, y en paz.

JUEZ. El señor os ilumine. Sois un tonto de capirote.

(Vanse.)

ESCENA II

Londres. — Otra calle.

Entran el PRÍNCIPE ENRIQUE y POINS.

ENR. Os juro que estoy cansado.

POINS. ¿A eso hemos venido á parar? Creí que el cansancio no se atrevía con gente de tan alta alcurnia.

ENR. Pues conmigo, á fe que sí. Aunque el reconocerlo descolore el rostro de mi grandeza. ¿No manifiesto yo condición villana al desear un vaso de cerveza?

POINS. Sí; un príncipe no debería tener costumbres

tan sueltas como para recordar bebidas tan sencillas.

ENR. Acaso mis apetitos no sean de origen regio, porque os juro que recuerdo á esa pobre criatura, la cerveza. En fin, estas humildes consideraciones me arrebatan el amor á mi grandeza. ¡Qué oprobio para mí el recordar vuestro nombre, y conocer vuestro semblante mañana, ó tomar nota de los pares de medias de seda que poseéis, verbigracia, de éstas y de las que eran de color de melocotón, ó recordar el inventario de vuestras camisas, á saber, una de sobra y otra para uso! Pero eso mejor lo sabe el mozo del juego de pelota que yo, porque mal debéis andar de ropa blanca cuando allí no empuñáis raqueta, y no la habéis empuñado ha largo tiempo, porque vuestros países bajos se han comido á vuestra holanda; y sabe Dios si los que chillan envueltos en las ruinas de vuestra ropa heredarán ese reino, pero las comadres dicen que los chicos no tienen culpa, y así crece el mundo y las familias se agrandan de extraordinaria manera.

POINS. ¡Qué mal suena esa frivolidad después de haber trabajado tan asiduamente! Decid, ¿qué jóven príncipe así hablaría estando su padre tan enfermo como lo está el vuestro?

ENR. ¿Queréis que os diga una cosa, Poins?

POINS. Sí, señor, y que sea cosa evidente.

ENR. Servirá para ingenios de no más elevada clase que el vuestro.

POINS. Vamos, aguantaré el empuje de lo que vais á decir.

ENR. Pues bien, os diré que no conviene el que yo esté triste, ahora que mi padre está enfermo; aunque pudiera deciros á vos, á quien por falta de otro mejor me complazco en llamar amigo, que podría estar triste, y muy triste también.

POINS. Apenas por semejante motivo.

ENR. A fe que me creéis tan deudor en la cuenta que nos lleva el diablo, como vos y Fálstaf lo están por réprobos é incorregibles. El fin todo lo aclara. Os declaro, no obstante, que sangre chorrea mi corazón por motivo de la enfermedad de mi padre; pero el tratarme con gente tan vil como lo sois vos, es la causa de no ostentar mi pena.

POINS. ¿Y por qué?

ENR. ¿Qué pensaríais de mí si llorara?

POINS. Os juzgaría el príncipe de los hipócritas.

ENR. Eso me juzgarán todos; y bendito vos, que pensáis como todo el mundo piensa. Nadie ha seguido la trillada senda mejor que vos. Todos, es cierto, me considerarán un hipócrita. Y ¿qué os induce á la formación de ese respetabilísimo pensamiento?

POINS. ¡Vaya! Lo licencioso que habéis sido y lo ligado que estáis á Fálstaf.

ENR. Y á vos.

POINS. Os juro por el sol que nos alumbra, que de mí hablan bien. Mis propios oídos lo oyen. Lo peor que pueden decir de mí es que soy un segundón, y que yo mismo me he abierto mi camino; cosas ambas, lo confieso, que no he podido remediar. Pero, ¡voto va!, aquí viene Bardolfo.

ENR. Y el chico que le dí á Fálstaf. Díselo en forma de cristiano; pero, mirad, ese canalla gordinflón lo ha transformado en mico.

Entran BARDOLFO y el PAJE.

BAR. Dios guarde á Vuestra Alteza.

ENR. Y á la vuestra, nobilísimo Bardolfo.

BAR. (Al Paje.) Ven aquí, virtuoso borrrriquillo, necio

vergonzoso. ¿Por qué te sonrojas? ¿Por qué te sonrojas ahora? ¡Vaya, vaya un hombre de armas virginal que te has vuelto! ¡Tan gran asunto es desflorar un jarro de dos cuartillos!

PAJE. Acaba de llamarme, señor, á través de una celosía pintada de rojo, y no pude distinguir parte alguna de su rostro. Al fin atisé sus ojos, y parecióme que había abierto dos agujeros en el refajo nuevo de la tabernera desde donde me miraba.

ENR. ¿No ha adelantado el muchacho?

BAR. ¡Largo de aquí!, maldito conejo en pie, ¡largo de aquí!

PAJE. ¡Largo de aquí, vil ensueño de Altea, largo de aquí!

ENR. Explicanos muchacho, ¿qué sueño era ese?

PAJE. Señor, Altea soñó que había parido un tizón, y por eso le llamo yo el sueño de Altea.

ENR. Una corona vale tu explicación, muchacho. ¡Tomala! (Dándole dinero.)

POINS. ¡Ojalá tan bella flor evite las orugas! ¡Toma, ahí tienes seis peniques para defenderte! (Dándole dinero.)

BAR. Si entre todos vosotros no lográis el que lo ahorquen, no tendrá el patíbulo lo suyo.

ENR. ¿Y como está vuestro amo, Bardolfo?

BAR. Bien, señor. Sabe que Vuestra Alteza ha venido á la ciudad, y me ordenó entregar esta carta. (Dando una carta.)

POINS. Entregada con gran respeto. ¿Y cómo está ese San Martín de amo vuestro?

BAR. Señor, bien de cuerpo.

POINS. Su parte inmortal es la que necesita médico, pero le importa poco; pues aunque eso enferme, no muere.

ENR. Yo permito que esa excrescencia tenga conmigo la misma familiaridad que mi gozque, y él mantiene su puesto. Ved cómo me escribe. (Dando la carta á Poins.)

POINS. (Leyendo.) «Juan Fálstaf, caballero» Todo el mundo tiene que saber eso siempre que habla de sí mismo, como los parientes del Rey, que si se pinchan un dedo, exclaman «Sangre real se ha vertido» «¿Cómo es eso?» dice quien no le quiere entender; pero la respuesta á la mano está, como el sombrero del que pide prestado. «Soy, señor, primo, aunque pobre, del Rey.»

ENR. Sí. Han de ser parientes nuestros, aunque tengan que remontarse hasta Jafet. Pero vamos á la carta.

POINS. (Leyendo.) «Sir Juan Fálstaf, caballero, al hijo del Rey, heredero inmediato de su padre, Enrique, Príncipe de Gales, salud.»—Vaya, éste es un certificado.

ENR. Callad.

POINS. (Leyendo.) «Imitaré al famoso romano en brevedad.»—Seguramente se refiere á la brevedad de su resuello, á su falta de aliento. — (Leyendo.) «Me recomiendo á vos. Os recomiendo al cielo, y os dejo. No gastéis mucha familiaridad con Poins, pues abusa de vuestros favores hasta el punto de decir que os vais á casar con su hermana Elenilla. Vuestro por fas ó por nefas (como si se dijera según lo tratéis) Juanillo Fálstaf con sus familiares, Juan con sus hermanos y hermanas, y Sir Juan con toda Europa.» Señor, voy á empapar esta carta en vino de Jerez, y á hacer que se la trague.

ENR. Eso equivaldría á hacerle tragar veinte palabras suyas. Pero, Eduardo, ¿me tratáis vos de ese modo? ¿Me he de casar con vuestra hermana?

POINS. No tuviera la muchacha peor fortuna; pero jamás he dicho yo tal cosa.

ENR. Dejamos correr el tiempo como imbéciles, y

asentadas en las nubes las almas de la gente discreta, se burlan de nosotros. ¿Está vuestro amo en Londres?

BAR. Sí, señor.

ENR. ¿Dónde cena? ¿Se sigue cebando el viejo guarrero en la antigua zahurda?

BAR. En el antiguo sitio, señor. En Estchepia.

ENR. ¿Quién lo acompaña?

PAJE. Efesios de la antigua Iglesia, señor.

ENR. ¿Cena alguna mujer con él?

PAJE. Sólo la vieja Celestina y Dorotea Rasgamantas, señor.

ENR. ¿Quién es esa hereje?

PAJE. Una señora muy cabal y parienta de mi amo.

ENR. Tan parienta como las terneras del barrio lo son del toro del pueblo. ¿Los sorprendemos, Eduardo, mientras cenan?

POINS. Señor, soy vuestra sombra. Os seguiré.

ENR. Oye tú, rapaz, y vos Bardolfo; ni una palabra de que he llegado á la ciudad. Ahí tenéis para callaros. (Dándoles dinero.)

BAR. No tengo lengua, señor.

PAJE. Con respecto á la mía, yo la gobernaré.

ENR. Pasadlo bien. Idos.

(Vanse Bardolfo y el Paje.)

Esta Dorotea Rasgamantas será alguna mujer pública.

POINS. De seguro. Tan pública como la carretera de San Albano á Londres.

ENR. ¿Cómo nos arreglaremos para ver á Fálstaf esta noche tal como él es, sin ser de él conocidos?

POINS. Nos pondremos sayos y delantales de cuero, y serviremos su mesa como mozos de taberna.

ENR. ¿De un Dios á un toro? ¡Gran batacazo! ¡Fué el

caso de Jove! ¡De príncipe á principiante de tabernero!
¡Indigna transformación! Esa será la mía; pero siempre
debe contrapesar la intención á la locura. Sígueme,
Eduardo.

(Vanse.)

ESCENA III

Varevorz. — Ante el Castillo.

Entran NORZUMBRIA, LADY NORZUMBRIA
y LADY PERCY.

NOR. Dejad, amada esposa y dulce hija,
Libre campo á mis ásperos asuntos.
No asumáis de la época el semblante,
Y no, cual ella, atormentéis á Percy.

L. NOR. Cesó. No digo más. Haz lo que quieras.
Tu discreción te guíe.

NOR. Cara esposa,
Tengo mi honor comprometido en ello,
Y el partir solamente lo redime.

L. PER. Sin embargo, por Dios os lo suplico
No vayáis á estas guerras. Hubo, padre,
Momento en que estuvisteis más ligado
A esa palabra que lo estáis ahora
Y faltasteis á ella. Cuando Percy,
El hijo vuestro, mi adorado Enrique,
Dirigió tantas veces su mirada
Al norte para ver si de su padre
Se acercaban las tropas prometidas,
Siendo su afán inútil. ¿Quién entonces
Os indujo á quedar en vuestra casa?

El hacerlo fué á costa de dos honras:
De la vuestra y la suya.—Quiera el cielo
Con nueva gloria abrillantar la vuestra.
La suya, en él tan fija se asentaba
Como el sol en la bóveda celeste,
Y con su luz á hazañas atrevidas
Guiaba á los guerreros de Inglaterra.
Sin duda alguna él era el espejo
Donde el joven más noble se miraba;
Su paso mismo remedaban todos;
Su hablar precipitado, que defecto
Natural en él era, convertido
Quedóse en el lenguaje del valiente,
Pues quien á baja voz y lento hablaba,
Trocó su perfección con ese abuso
Para hacerse su igual, y de ese modo
Su lenguaje, su porte, su comida,
Sus gustos, sus costumbres militares
Y aun sus característicos caprichos
El modelo y patrón de la conducta
Fueron de los demás.—Y á él, ¡oh asombro!
¡Oh prodigio de hombre sin segundo!
No recordasteis vos, y permitisteis
Que al espantoso monstruo de la guerra
Con grande desventaja contemplase
Afrontando una lucha resguardada,
Con el nombre no más de Espuela Ardiente;
Así lo abandonasteis. Nunca ¡oh! nunca
Infráis el ultraje á su memoria
De sostener que vuestro honor con otros
Más que con él ser rígido precisa.
Dejadlos solos pues. El Arzobispo
Y el Mariscal bastantes fuerzas tienen.
Si la mitad no más tenido hubiera

Mi caro Enrique, del sepulcro acaso
Hoy de Monmuz, asida yo del cuello
De Espuela Ardiente, conversar podría.

NOR. ¡Valgame Dios, hija gentil!, me robas
El alma, lamentando nuevamente
Yerros pasados. Mas marcharme debo
El peligro á afrontar, ó en otro sitio
Vendrá á buscarme, y menos preparado
Me encontrará tal vez.

L. NOR. Volad á Escocia
Hasta que muestras de su esfuerzo dieren
En armas los comunes y los nobles.

L. PER. Si terreno ganaren y ventajas
Sobre el Rey logran, os unís á ellos,
Y cual cota acerada, dadles fuerza.
Pero, por nuestro amor os lo rogamus,
Dejad que ellos ensayen. Vuestro hijo,
Que hacerlo tuvo. Fué obligado á hacerlo,
Y yo enviudé. Jamás bastante vida
Tendré para llover con estos ojos
Yo sobre su memoria, porque crezca
Y se eleve gigante hasta los cielos
En remembranza de mi noble esposo.

NOR. Vamos, venid conmigo. Que mi alma
Es la pleamar que permanece inmóvil
Sin preferencia á dirección alguna.
Quisiera ir á unirme al Arzobispo,
Mas razones á miles me detienen.
Ir, pues, á Escocia es el mejor dictamen,
Hasta que el tiempo y la ocasión me llamen.

(Vanse.)

ESCENA IV

Londres.—Cuarto en la taberna Cabeza de Jabali,
en Estchepia.

Entran dos MOZOS de taberna.

Mozo 1.º ¿Qué diablos traes ahí? ¿Manzanas asperiegas? ¿No sabes que Sir Juan las odia?

Mozo 2.º ¡Voto va! tienes razón. En cierta ocasión, el Príncipe puso ante él un plato de manzanas asperiegas y le dijo que eran cinco Sir Juanes más, y quitándose el sombrero, exclamó. «Despídome de estos seis esféricos, marchitos y viejos seres.» Le llegó al alma, pero ya lo tiene olvidado.

Mozo 1.º Pues entonces, tápalas y colócalas sobre la mesa y trata de dar con la murga de Solapado. Dorotea Rasgamantas quiere música. Despacha. El cuarto donde cenaron está muy caldeado, y aquí vendrán de seguida.

Mozo 2.º Oye tú. Pronto llegarán el Príncipe y el Señor Poins, quienes se vestirán dos de nuestros sayos y delantales, y Sir Juan no lo ha de saber. Bardolfo me lo ha dicho.

Mozo 1.º ¡Vive Dios! Tendremos gran jolgorio. ¡Excelente estratagema!

Mozo 2.º Trataré de buscar á Solapado. (Vase.)

Entran CELESTINA y DOROTEA RASGAMANTAS.

CEL. Paréceme, querida, que estás en excelente temperamento. Late tu pulso con tan extraordinaria vive-

za, que no es posible pedir más; y tu color, te lo aseguro, tan encendido está como el de la mejor rosa. Si señor. Pero, francamente has bebido demasiado vino de Canarias, vino maravillosamente penetrante y que perfuma la sangre antes que pueda una decir:—«¿Qué es esto?» ¿Cómo estás ahora?

DOR. Mejor que estaba.

CEL. Mira. Ahí viene Sir Juan.

Entra FÁLSTAF.

FÁL. (Cantando.) «Arturo á la corte vino.» Vacía el vaso.

(Vase el Mozo 1.º)

(Cantando.) «Y era un dignísimo Rey.»—¿Cómo estáis, señorita Dorotea?

CEL. Está mareada.

FÁL. Todas las de su secta lo están. La calma es lo que las marea.

DOR. ¡Grandísimo bergante! ¿Es ese el consuelo que me dais?

FÁL. Obesos bergantes formáis, señorita Dorotea.

DOR. ¿Yo? La gula y las enfermedades. Yo no.

FÁL. Si el cocinero contribuye á la gula, vosotras contribuís á las enfermedades. Las cogemos. Las cogemos. Conceded eso.

DOR. Sí. Lo que cogéis son nuestras joyas y cadenas.

FÁL. «Perlas, broches y colgajos» Quien bravamente lucha, ya lo sabéis, retorna herido; de la brecha sale con la pica bravamente doblada, acude bravamente al cirujano, y bravamente afronta la metralla.

DOR. Que os ahorquen, peje inmundo, que os ahorquen.

CEL. Verdaderamente que ésta es moda antigua. Jamás os reunís sin que tengáis algún altercado. Sois tan bruscos como dos tostadas secas. No sabéis conllevaros el genio. ¡Por vida de! A uno le toca aguantar, y ese uno debes ser tú (A Dorotea). Tú, que eres el vaso más frágil; como quien dice, el vaso más vacío.

DOR. ¿Y puede un vaso frágil y vacío aguantar tan grande y repleta vasija? Dentro de él hay un cargamento completo de vino de Burdeos. No es posible hallar urca mejor estivada que él. Vamos. Seremos amigos. Juanillo, vas á la guerra y acaso no nos volvamos á ver, lo que maldito que le importa á nadie.

Vuelve á entrar el MOZO 1.º de taberna.

Mozo 1.º Señor, el teniente Pistola está abajo y desea hablaros.

DOR. Que lo ahorquen. Desvergonzado canalla, que no entre. Es el pillo más mal hablado que hay en Inglaterra.

CEL. Si es un desvergonzado, que no entre. No, por Dios. Yo tengo que vivir con mis parroquianos. Yo no me trato con desvergonzados. Gozo de buena opinión y fama entre la gente más cabal. Cerradle la puerta. Aquí no se admiten desvergonzados. No he vivido yo hasta esta fecha para habérmelas ahora con desvergonzados. Cerradle la puerta, os lo ruego.

FÁL. ¿No oís, patrona?

CEL. Por favor, tened calma, Sir Juan. Aquí no entran desvergonzados.

FÁL. ¿No oís patrona? Es mi teniente.

CEL. ¡Bah, bah!, Sir Juan, ¿qué me váis á decir? Vuestro desvergonzado teniente no entra en mi casa. El otro día ví al señor Tísico, el diputado, y me dijo, el

miércoles pasado fué: «Señora Celestina», me dijo. Nuestro cura el señor Mutis estaba presente. «Señora Celestina» me dijo. «Admitid gente civil, porque» dijo «tenéis mala nota». Eso me lo decía bien me sé yo por quién, porque dijo: «Vos sois mujer honrada y apreciable; por lo tanto, cuidado con los huéspedes que admitís. No admitáis» dijo «gente desvergonzada en vuestra casa». Aquí no entra ningún desvergonzado. Os hubiera entusiasmado oír lo que dijo. No. Yo no admito á ningún desvergonzado.

FAL. No es ningún desvergonzado, patrona. Es sólo un tramposo manso, os lo juro. Le podéis pasar la mano como si fuera el cachorro de un galgo. No es capaz de desvergonzarse ni con una gallina berberisca, si notara que se le volvían las plumas en manifestación de la más leve resistencia. Hacedlo subir, mozo.

(Vase el Mozo.)

CEL. ¿Decís que es tramposo? Yo no cierro las puertas de mi casa á ningún hombre de bien, ni tampoco á ningún tramposo, pero no me gusta la gente desvergonzada. Me pongo mala, os lo aseguro, cuando oigo decir siquiera «desvergonzado». Ved cómo tiemblo. Señores, ya lo veís. Mirad.

DOR. Es cierto, patrona.

CEL. ¿Que no? Pues es la verdad. Como la hoja del álamo. No puedo aguantar á ningún desvergonzado.

Entran PISTOLA, BARDOLFO y PAJE

PIs. Dios os guarde, sir Juan.

FÁL. Bienvenido, teniente Pistola. Oíd, brindo por vos con esta copa de Jerez. Brindad vos por la patrona.

PIs. Sir Juan, con dos balas brindaría yo por ella.

FÁL. De pistolas, á prueba está. Apenas la ofenderíais.

CEL. Vamos. Yo no bebo ni pruebas ni balas. No bebo á gusto de nadie más que lo que buenamente pueda.

Pis. Entonces, á tu salud, Dorotea.

DOR. ¡A mi salud! Yo te desprecio, tiñoso, miserable, bajuno, tramposo, harapiento. ¡Fuera de aquí! Andrajoso, canalla, ¡fuera! Yo soy plato para tu amo.

Pis. Bien te conozco, Dorotea.

DOR. ¡Fuera de aquí, pillastre, rapa-bolsas, ratero inmundo! Te juro por este vino que te cortaré esa cara mohosa con este cuchillo, si es que conmigo te quieres dar tono. ¡Fuera de aquí, vil tarro de cerveza, viejo charlatán, fanfarronazo! ¿Desde cuando? ¿Dilo, por favor? ¡Cielo santo! ¡Por qué tienes dos cintajos en los hombros! ¡Gran cosa!

Pis. Aunque el diablo me lleve, te voy á asesinar esa gola por lo que acabas de decir.

FÁL. Basta, Pistola. No permito que aquí os propaséis. Privadnos de vuestra compañía, Pistola.

CEL. Aquí no, señor capitán Pistola. Aquí no, querido capitán.

DOR. ¡Capitán! Despreciable y maldito tramposo, ¿no te da vergüenza de que te llamen capitán? Si los capitanes pensaran como yo, á palos te apartarían de sí por usurpar su nombre antes de haberlo ganado. ¿Tú capitán? Canalla, ¿y por qué? Por romperle la gola á una pobre mujerzuela en un lupanar. ¿Capitán él? Que ahorquen á ese pillo que vive de ciruelas pasas mohosas y de galleta atrasada. ¡Capitán! ¡Santo cielo! Estos rufianes harán que esa palabra sea tan odiosa como la palabra «ocupar», que era una palabra excelente antes que se la prostituyera. Por eso los capitanes deben cuidar del asunto.

BAR. Por favor, idos, buen teniente.

FAL. Venid aquí, señorita Dorotea.

PIS. Yo, no. Cabo Bardolfo. Oídme. La haría pedazos. Me vengaré de ella.

PAJE. Por favor, idos.

PIS. ¡Que se la lleve el demonio! Váyase al lago maldecido de Plutón. ¡Voto va! A los profundos infiernos. Con Erebo y sus espantosas torturas todas. Firme el sedal, y el anzuelo digo yo. Quietos, quietos, lebreles. Quietos, malhechores. ¿No está aquí por ventura Irene?

CEL. Mi buen capitán Pisto, calmaos. Es ya tarde, os ruego que destempléis vuestro coraje.

PIS. ¡Bonitas bromas en verdad! Jamelgos
Y asiáticos flacos matalotes
Cuya jornada es sólo treinta millas,
¿Compararéis con los Troyanos griegos,
Césares y Caníbales acaso?
No. Con Cerbero condenados queden
Mientras que el cielo furibundo truena.
¿Nos vamos á quejar por nimiedades?

CEL. Francamente, capitán, muy duras son esas frases.

BAR. Idos, buen teniente. Esto va á acabar en gresca.

PIS. Hombres, morid cual perros.
Como alfileres repartid coronas.
¿Aquí no se halla por ventura Irene?

CEL. Os juro que no, capitán. No está aquí. ¡Válgame Dios! ¿Creéis que la había de ocultar? Por amor de Dios, sosegaos.

PIS. Come, bella Calípolis, y engorda.
Ea, dadme Jerez.

«Se fortuna mi tormenta, lo sperare mi contenta.»

¿Tememos andanadas? No, que el diablo
Apunte los cañones.

Dadme Jerez y, novia, aquí reposa.

(Tirando al suelo la espada.)

Punto final aquí. La etcétera es nada.

FAL. Pistola, yo me callaría.

Pis. Caro señor, os beso el puño. ¡Bah! Hemos visto las siete estrellas.

DOR. Por Dios, haced que ruede las escaleras. No puedo soportar á un canalla tan pomposo.

Pis. Haced que ruede las escaleras. ¿No conocemos á las mulas de alquiler?

FÁL. Tu, tumbalo, Bardolfo, como si fuera una tejoleta. Aunque no haga nada más que no decir nada, lo reduciremos á la nada.

BAR. Vamos. Id abajo.

Pis. ¿Cómo es eso? ¿Ha de haber incisiones? ¿Nos vamos á embadurnar?

(Recogiendo precipitadamente su espada.)

Pues á morir, mecido por la muerte,
Y así se abreviarán mis tristes días.
Y heridas fieras, grandes, tremebundas
Luego separen á las tres hermanas.
Ven. Atropos, repito.

CEL. Buena tremolina se ha armado.

FAL. Muchacho, dame mi espada.

DOR. Juanillo, te suplico que te estés quieto.

FÁL. Idos abajo.

(Desenvaina y acomete á Pistola.)

CEL. Bonito tumulto. Renuncio á tener casa abierta si he de volver á verme en semejantes temores y terro-

res. Eso es. A que matan á uno. Envainad esas desnudas espadas. Envainad esas desnudas espadas.

(Vanse Pistola y Bardolfo.)

DOR. Juanillo, te suplico que te calmes. El bribón ya se fué. Ay, hi de tal, valiente canalla que eres tú.

CEL. ¿No os han herido en la ingle? Me pareció que había dirigido una estocada á vuestro vientre.

Vuelve á entrar BARDOLFO.

FAL. ¿Lo habéis echado á la calle?

BAR. Si, señor. El tunante está borracho. Lo habéis herido en el hombro.

FAL. ¡Bribón! ¡Atrevérseme!

DOR. ¡Ah, carísimo pilluelo mío! Pobrecillo mico mío, como sudas. Vamos, deja que te limpie el sudor de la cara. Ven aquí, carnaza. Ah, tunante y como te quiero. Eres más valiente que Héctor de Troya. Vales cinco Agamenones, y diez y seis veces más que los nueve heroes, bribón.

FAL. ¡Vil canalla! Le he de dar un manteado.

DOR. Hazlo si te atreves. Si lo haces, yo te ajustaré las cuentas entre dos sábanas.

Entran músicos.

PAJE. Señor, aquí está la música.

FAL. Que toquen. Tañed, señores. Siéntate sobre mi rodilla, Dorotea. (Música.) ¡Pillastre desvergonzado! El bribón, como si fuera azogue, huyó de mí.

DOR. Verdad, y lo seguiste como un campanario. Hi de tal, gorrinillo mío. ¿Cuándo dejarás tú de pelear de día y de luchar de noche, y cuándo comienzas á recordar ese viejo cuerpo tuyo para que vaya al cielo?

Entran en el fondo del escenario EL PRÍNCIPE ENRIQUE y POINS, disfrazados de mozos de taberna.

FÁL. Cállate Dorotea. No hables como si fueras calavera, haciéndome recordar mi fin.

DOR. Oye, ¿qué clase de persona es el Príncipe?

FÁL. Un infeliz de poco seso. Hubiera servido para panetero. Hubiera cortado muy bien el pan.

DOR. Dicen que Poins tiene talento.

FÁL. ¿Talento? El de un orangután. Su talento es tan espeso, como espesa la mostaza de Tuesburia. Tiene la misma gracia que un mazo.

DOR. ¿Por qué, pues, lo quiere tanto el Príncipe?

FÁL. Porque sus piernas tienen el mismo largo, porque juega bien á la tejoleta, y come congrio con hinojo y se traga cabos de vela como si fueran guindas en aguardiente; porque se columpia en una viga con los chicos, y salta con primor sobre un taburete, y echa votos con energía. Porque gasta botas ajustadas que parecen muestras de zapatería, no arma camorra contando discretos cuentos, y posee otras facultades que patentizan la debilidad de su entendimiento y su agilidad corporal; por eso el Príncipe lo aprecia, pues el Príncipe es otro que tal. El peso de un cabello haría ceder á la balanza si se contrapesaran.

ENR. ¿Si querrá este cubo de rueda de carro que le corten las orejas?

POINS. Démosle una paliza ante su mujerzuela.

ENR. Mirad cómo el viejo marchito se deja acariciar la cholla como si fuera un loro.

POINS. ¿No es maravilla que el deseo viva tantos años más que las facultades?

ENR. Saturno y Venus en conjunción este año. ¿Qué anuncia el almanaque?

POINS. Y mirad cómo ese trigono su criado cuchichea con las antiguas crónicas de su amo, con su libro de memorias, con su secretario.

FÁL. Me halagas con tus besos.

DOR. Te beso, te lo juro, con toda mi alma.

FÁL. Soy un viejo. Soy un viejo.

DOR. Te quiero más que he querido nunca á ninguno de esos jovencillos miserables.

FÁL. ¿De qué tela quieres una falda? Tengo que recibir dinero el jueves. Tendrás una toca mañana. Veniga una canción alegre. Se hace tarde y tenemos que irnos á la cama. ¿Me olvidarás cuando me vaya?

DOR. Me vas á hacer llorar diciéndo eso, te lo aseguro. Verás cómo no me vuelvo á componer hasta que retornes. Espera y lo verás.

FÁL. Jerez, Francisco.

ENR. }
POINS. } Ya voy, ya voy, señor. (Adelantándose.)

FÁL. ¡Ah! ¿Hijo bastardo del Rey? ¿Sois hermano de Poins?

ENR. ¡Pero qué vida lleváis, globo repleto de pecados!

FÁL. Mejor que la vuestra. Vos sois un mozo de taberna, yo soy de la corte.

ENR. Y yo vengo á cortaros las orejas.

CEL. ¡Oh! Guarde Dios á vuecencia. Bien venido seáis, á Londres, vaya, y bendiga el señor esa dulce cara vuestra. ¡Ay, Jesús! ¿venís de Gales?

FÁL. Bastardo y extravagante compuesto de Rey. Bien venido, voto á mi fragil carne y sangre corrompida. (Apoyando su mano en Dorotea.)

DOR. ¿Qué haces, necio gordinflón? Te desprecio.

POINS. Señor, os va á obligar á que abandonéis vuestra venganza y á echarlo todo á broma, como no os aprovechéis de vuestro presente enojo.

ENR. Villana mina de sebo sois vos, que tan indignamente habéis hablado de mí ahora mismo ante esta digna, virtuosa y gentil dama.

CEL. Dios os bendiga. A fe mía que así es.

FÁL. ¿Me habéis oído?

ENR. Sí, y por supuesto, me conocisteis como cuando echasteis á correr en Gadsil. Sabíais que os escuchaba, y hablasteis así adrede para poner á prueba mi paciencia.

FÁL. No, no, no. Nada de eso. No creí que me estabais oyendo.

ENR. Así, pues, os obligaré á que confeséis que era intencional el insulto: yo, después sabré cómo trataros.

FÁL. No hubo insulto, Enrique. Palabra de honor, no hubo insulto.

ENR. ¿No? ¿El vilipendiarne? ¿El llamarme panetero y corta panes y qué se yo que más?

FÁL. No hubo insulto, Enrique.

POINS. ¿Que no hubo insulto?

FÁL. No hubo insulto, Eduardo. Ninguno, noble Eduardo, ninguno. Lo rebajé ante la perversidad para que la perversidad de él no se enamorara, y procediendo de ese modo, he hecho lo que hubiera hecho un amigo cariñoso y un súbdito leal, y vuestro padre me lo debe agradecer. No hubo insulto, Enrique. Ninguno, Eduardo, ninguno. Muchachos, no, á fe mía, ninguno.

ENR. Ved ahora. De puro miedo, por abyecta cobardía, estáis ofendiendo á esta virtuosa dama para congratarnos con nosotros. ¿Hay perversidad en ella? ¿Hay perversidad en vuestra patrona ó perversidad en este chico? ¿O hay perversidad en el honrado Bardolfo, cuyo celo ardiendo está en su nariz?

POINS. Contestad, álamo muerto, contestad.

FÁL. El enemigo se ha apoderado irrevocablemente de Bardolfo, y su cara es la cocina privada de Lucifer, donde asa bebedores. En cuanto al chico, tiene ángel, pero en él también puede más el diablo.

ENR. Y con respecto á las mujeres...

FÁL. La una, ya está en los infiernos y arde. ¡Pobrecilla! A la otra le debo yo dinero, y no sé si por eso estará condenada.

CEL. No, os lo aseguro.

FÁL. No, creo que no lo estáis. Creo que por eso estáis quita. Pero hay otro cargo contra vos, que es permitir que se coma carne en vuestra casa contra la ley, por lo cual me parece que aullaréis.

CEL. Eso se hace en todas las tabernas. ¿Qué son una pata ó dos de carnero en toda una cuaresma?

ENR. Vos, señora...

DOR. ¿Qué dice vuestra alteza?

FÁL. Su alteza dice una cosa contra la que se rebela su sangre. (Llaman á la puerta.)

CEL. ¿Quién llama tan recio? Acude á la puerta, Francisco.

Entra PETO.

ENR. Hola, Peto, ¿qué noticias?

PETO. El padre vuestro, el Rey, se halla en Vestminstria,
Y veinte mensajeros han llegado
Sin aliento del Norte. En mi camino
A una docena hallé de capitanes
Sin sombrero y sudosos que llamaban
A la puerta de todas las tabernas,
Todos por sir Juan Fálstaf preguntando.

ENR. ¡Vive Dios, Poins! Culpable yo me juzgo
Por profanar un tiempo tan precioso

De manera tan torpe, y cuando ruge
Tempestuosa rebelión, que llega
Cual borrasca del Sur, que con vapores
Ennegrecidos caminando viené
Y en lluvia se transforma, que amenaza
A cabezas inermes y desnudas.
Mi espada y capa. Fálstaf, buenas noches.

(Vanse el Príncipe Enrique, Poins, Peto y Bardolfo.)

FAL. Ahora que llega el mejor bocado de la noche,
tenemos que irnos de aquí sin comerlo. (Llaman á la
puerta dentro.) Otra vez llaman á la puerta.

Vuelve á entrar BARDOLFO.

Ahora bien; ¿qué ocurre?

BAR. Ir debéis á la corte de seguida,
Pues, señor, aguardándoos á la puerta
Una docena están de capitanes.

FAL. (Al Paje.) Paga tú á los músicos. Adiós, Patro-
na. Adiós, Dorotea. Ya veis, muchachas, cómo buscan á
los hombres de valer. Quienes nada valen, duermen,
mientras se llama á la gente activa. Muchachas, si no
me encaminan por la posta, volveré á veros antes de
partir.

DOR. Me falta el habla. Se me parte el corazón ¡Có-
mo ha de ser! Cuídate, querido Juanillo.

FAL. Adiós, adiós.

(Vanse Fálstaf y Bardolfo.)

CEL. ¡Cómo ha de ser! Adiós. Os conozco, va á ha-
cer veintinueve años en la próxima cosecha de guisan-

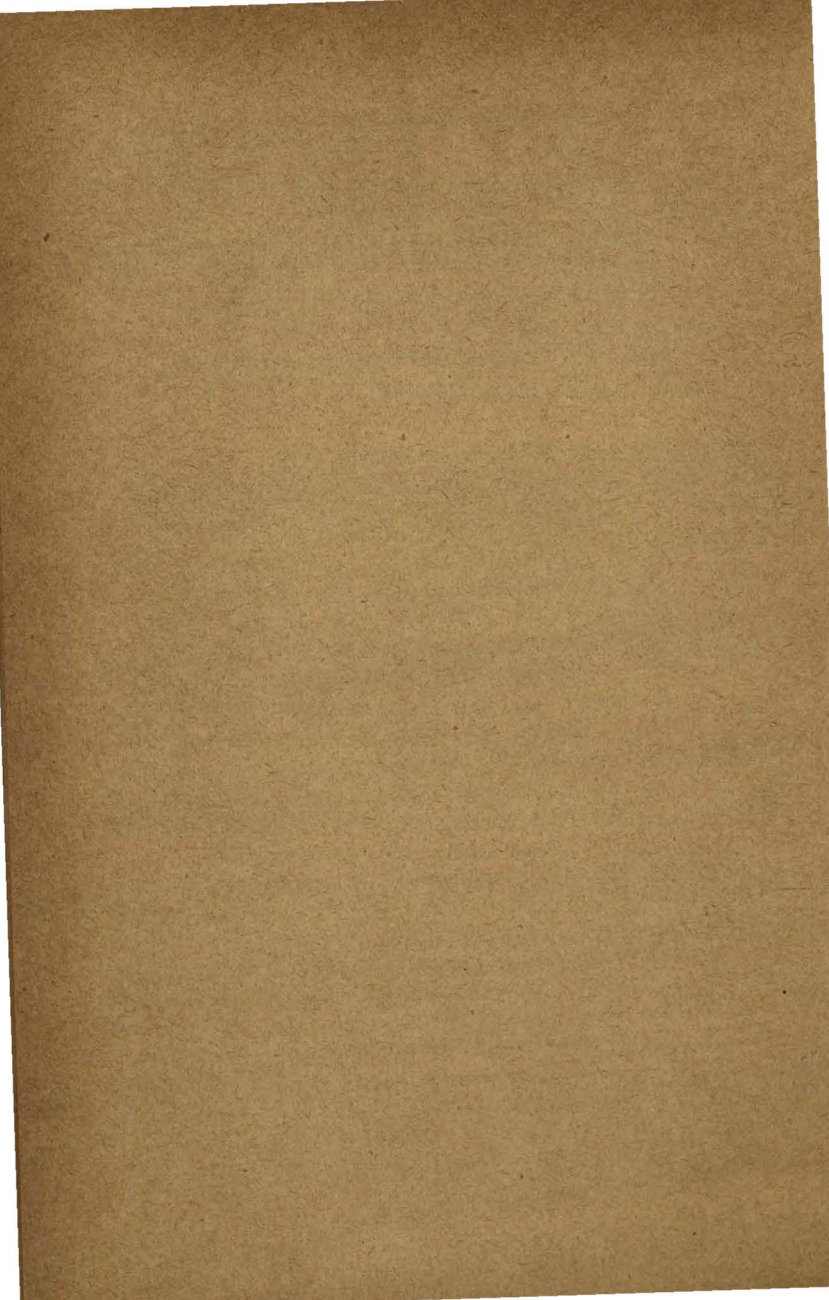
tes. ¡Hombre más honrado y más leal, ninguno! ¡Cómo ha de ser! Adiós.

BAR. (Desde dentro.) Señorita Dorotea...

CEL. ¿Qué ocurre?

BAR. (Desde dentro.) Dígale á la señorita Dorotea que venga á ver á mi amo.

CEL. ¡Oh, corre Dorotea, corre, corre, querida Dorotea, vamos! Sí. ¿No vienes, Dorotea?





ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Vestminster.—Habitación en el Palacio.

Entran el REY ENRIQUE, de bata, y un PAJE.

REY. A los condes de Varvic y de Suria
Dirás que á verme vengan, pero antes,
Que lean estas cartas y se enteren
Del contenido suyo. Date prisa.

(Vase el Paje.)

Mis más humildes súbditos ahora
Durmiendo están á miles. ¡Oh, tú, sueño!
¡Oh grato sueño! ¡Oh, tú, feliz nodriza
De la naturaleza, de qué modo
Logré espantarte yo, que ya no acudes
A cerrar mis pupilas, ni sumerges
En el olvido ya mis facultades!
¿Por qué el camastro miserable escoges
¡Oh sueño! tú, de la cabaña humosa,
Y te acuestas en él, y allí zumbando
Nocturnas moscas tu sopor concilian;
Y abandonas la alcoba perfumada
Y el rico cortinaje del soberbio
Y el arrullo de dulces melodías?

¡Oh lacio Dios! ¿por qué motivo yaces
En infecto jergón con el humilde,
Y haces garita el lecho del monarca
Ó banco donde vela el campanero?
¿Por qué sellas los ojos del grumete
En el vertiginoso altivo mástil,
Y en la cuna del pielago imperioso
Tú su cerebro meces mientras sopla
El ábrego cruel, que, volteando
Las elevadas olas furibundas,
Sus monstruosas cabelleras riza;
Y, con feroz estrépito, las cuelga
De escurridizas jarcias con rugidos
Que despertaran á la muerte misma?
¿Darás, ¡oh sueño injusto! tu reposo
A ese infeliz grumete que se empapa
En tan ásperas horas, y en la noche
Más callada y serena, y sin que falte
Comodidad ni circunstancia alguna
A un Rey lo negarás? Duerme tranquila
Humilde multitud. Sin calma gime
Quien sienes suyas con corona oprime.

Entran VÁRVIC y SURIA.

VÁR. Buenos días, señor.

REY. ¿Es ya de día?

VÁR. Es ya más de la una.

REY. Pues entonces,

Buenos días tened. ¿Habéis leído
Las cartas que os mandé?

VÁR. Sí, soberano.

REY. Habréis visto, por tanto, cuán enfermo
Es el estado del país. Que agudo

Es el mal que le aqueja y peligroso,
Y de su mismo corazón ¡cuán cerca!

VÁR. No es aun de ese cuerpo el mal tan grave,
Y restaurarlo á su vigor pasado
Sabio consejo puede y medicinas.
Pronto á Norzumbria encontraréis sin fiebre.

REV. ¡Quien leyera en el libro del destino!
Y viera cómo el tiempo en sus trastornos
Nivela las montañas, y en los mares
Derrite á continentes ya cansados
De sólido sostén, y cómo á veces
Es harto ancho ya para Neptuno
Del océano el cinturón costero.
De qué modo se mofa la fortuna
Viera también, y viérala en sus cambios
De la vicisitud llenar la copa
Con diversos licores. Si se viera,
El joven más dichoso, contemplando
Del curso de su vida los peligros,
Y las contrariedades que le aguardan,
Cerrando el libro allí morir querría.
Ha diez años apenas que Ricardo
Y Norzumbria eran íntimos amigos,
Y dos años después en lucha estaban.
Ocho años hace que este mismo Percy
Era el ser más cercano al alma mía,
Y por mí trabajó como un hermano,
Y á mis pies su amistad y vida puso.
Sí: por mi causa, ante Ricardo mismo
Ceñudo se mostró.—¿Cuál de vosotros
Presente estaba? Vos, mi deudo Nevil,
Si mi memoria es fiel—; Ricardo entonces,
Al oír de Norzumbria los reproches,
Estas palabras dijo, que resultan

Proféticas. «Norzumbria, vos, escala
Por la cual Bolinbroquía sube al trono»
(Pero bien sabe Dios que no tenía
Yo entonces pensamiento semejante.
Mas al país postró tanto la incuria,
Que al caer, la realeza y yo besamos),
«El día llegará» siguió diciendo,
«El día llegará que este delito,
Hinchándose, se ulcere y se corrompa.»
Y así continuó profetizando
Lo que sucede ahora, y la ruptura
Del lazo de amistad que nos unía.

VÁR. Son historias las vidas de los hombres
Que reflejan sucesos del pasado.
Si se observan, cualquiera profetiza
Aproximadamente, lo probable
Que debe suceder: lo que está en germen
Y en débiles principios se atesora,
Y que el tiempo da á luz al incubarlos.
Fijo en este fatal procedimiento,
Ricardo puede ser que comprendiera
Que el insigne Norzumbria, falso entonces,
A mayor falsedad fuera inducido
Por la propia simiente; que, no hallando
Otro terreno, en vos arraigaría.

REY. ¿Son estas cosas, pues, fatalidades?
Pues cual fatalidades, á afrontarlas,
Y esa palabra nos está llamando.
Suman del Arzobispo y de Norzumbria
Cincuenta mil las tropas, por lo visto.

VÁR. Señor, no puede ser. Ha duplicado,
Como á la voz el eco, de esa gente
El número el rumor. A vuestro lecho
Id, alteza, si os place. Por mi alma

Os juro yo, señor, que con la tropa
Que habéis mandado, como fácil presa
Han de caer. Para mayor consuelo,
Sabed que he recibido la noticia
De que ha muerto Glendóver. Dos semanas,
Alteza, ha ya que os encontráis enfermo,
Y el estar á estas horas levantado,
Vuestra dolencia aumentará sin duda
REY. Vuestro consejo acepto. Si cesare
La lucha ésta que al país quebranta,
Partiera, amigos, á la tierra santa.

(Vanse.)

ESCENA II

Patio ante la casa del juez Somero, en Glostercia.

Entran SOMERO y CALLADO, encontrándose; MOHOSO, SOMBRA, VERRUGA, ENDEBLE, TERNERO, y Sirvientes detrás.

SOM. ¡Venid aquí, venid aquí, venid aquí! ¡Señor, dadme la mano, dadme la mano! Madrugador ¡vive Dios! ¿Y cómo está mi querido primo Callado?

CALL. Buenos días mi querido primo Somero.

SOM. ¿Y cómo está mi parienta, la compañera de vuestro lecho, y vuestra linda hija y mía también mi ahijada Elena?

CALL. ¡Válgame Dios!, mirlo negro, primo Somero.

SOM. Por fas ó por nefas, atrévome á asegurar que mi sobrino Guillermo es un buen estudiante. ¿Está todavía en Oxfordia; no es verdad?

CALL. Sí, señor, y á mi costa.

SOM. Entonces, pronto asistirá á las cátedras de derecho. Yo estuve en el Colegio de San Clemente. Yo estuve en el Colegio de San Clemente, donde se me figura que aun hablarán del loco de Somero.

CALL. Os llamaban entonces, primo mío, «Somero el guapo».

SOM. Me llamaban cualquier cosa, y cualquier cosa hubiera hecho yo, y cumplidamente también. Allí estábamos yo y Juan Ochavo, natural de Estaforsiria, y el moreno Jorge Liso, y Paco Huero, y Guillermo Pita de Cotsolia. No había cuatro más revoltosos en toda la Universidad. Y debo deciros que sabíamos dónde estaban las guapas mozas, y teníamos á las mejores á nuestra disposición. Allí estaba Juanillo Fálstaf, hoy Sir Juan Fálstaf, chico que habia sido paje de Tomás Mobrai, duque de Norfoquia.

CALL. ¿Es ese Sir Juan que viene aquí reclutando gente?

SOM. El mismo Sir Juan. El mismo. Vile descalabrar á Escogan en la puerta de entrada cuando era un chico de este alto. Ese mismo día me peleé yo con un tal Sansón Merluza, frutero que vivía á espaldas del colegio. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué locuras las mías! y ¡recordar cuántos antiguos camaradas han muerto!

CALL. Todos vamos por ese camino, primo mío.

SOM. Cierto, cierto. Mucha verdad, mucha verdad. La muerte, como dice el Salmista, alcanza á todos. Todos morimos. ¿A cómo se ha vendido la yunta de bueyes en la feria de Estaforsiria?

CALL. No he estado en ella, primo.

SOM. La muerte es cosa segura. ¿Vive todavía vuestro vecino el anciano Doble?

CALL. Murió.

SOM. ¡Jesús, Jesús! Murió. Bien manejaba el arco. ¡Y ha muerto! Tenía puntería, excelente puntería. Juan de Gante lo quería bien, y apostaba á su favor. ¡Muerto! Hubiera dado en el blanco á doscientos cuarenta pasos, y arrojaba la flecha á doscientos ochenta ó trescientos pasos. Daba gusto verlo. ¿Cuánto vale ahora una veintena de carneros?

CALL. Según. Una veintena de buenos carneros valdrá diez libras.

SOM. ¿Conque el anciano Doble murió?

CALL. Aquí me parece que vienen dos de los que acompañan á Sir Juan Fálstaf.

Entran BARDOLFO y un compañero suyo.

BAR. Buenos días, nobles señores. Ruego que me digáis quien es el señor juez Somero.

SOM. Yo soy Roberto Somero, un pobre hidalgo de este país y uno de los jueces de paz del Rey, ¿Qué se os ofrece en que os pueda servir?

BAR. Señor, mi capitán cortésmente os saluda. Mi capitán, Sir Juan Fálstaf. Caballero de alta talla, ¡vive Dios! y bravísimo oficial.

SOM. Me honra mucho, señor mío. Conocílo como buen floretista. ¿Cómo está tan excelente caballero? y ¿cómo está su esposa, mi señora?

BAR. Perdóneme, señor. Un militar está mejor acomodado sin mujer.

SOM. Bien dicho á fe mía, y muy bien dicho á fe mía, «mejor acomodado» Bien. Sí, señor. Es verdad. Así es. Las buenas ocurrencias son y siempre han sido dignas de toda alabanza. Acomodado. De «acomodo.» Muy bonito. Bonita frase.

BAR. Perdonadme, señor. ¡Por el sol que nos alum-

bra! Yo no sé si es ó no frase, pero estoy dispuesto á mantener con mi espada que es palabra militar. Palabra autoritaria ¡vive el cielo! Acomodado. Es decir... cuando uno está... como si dijéramos acomodado, ó... cuando uno está en situación por la cual se le puede considerar acomodado. Lo cual es excelente cosa.

SOM. Exactamente. Mirad, aquí viene el bueno de Sir Juan.

Entra FÁLSTAF.

Dadme vuestra noble mano. Deme vucencia esa noble mano suya. A fe mía que traéis buena cara, y que lleváis muy bien vuestros años. Bien venido, mi buen Sir Juan.

FAL. Y yo celebro mucho veros gozando de buena salud, mi buen señor Roberto Somero. ¿El Señor de Cartafija me parece?

SOM. No, Sir Juan. Es mi primo Callado. Empleado como yo.

FAL. Buen señor Callado, cuadra bien el que vos seáis del Juzgado de paz.

CALL. Bien venido sea Vucencia.

FAL. ¡Uf! ¡Qué calor! ¿Me tenéis preparados, caballeros, media docena de hombres útiles?

SOM. ¡Vaya! Sí, señor. ¿Os queréis sentar?

FAL. Presentádmelos, os ruego.

SOM. ¿Dónde está la nómina? ¿Dónde está la nómina? ¿Dónde está la nómina? Vamos á ver. Vamos á ver. Vamos á ver. Esto es. Esto es. Esto es. Sí, sí, señor. Rafael Mohoso. Que se presenten al oír sus nombres. Que se presenten. Que se presenten. Vamos á ver. ¿Dónde está Mohoso?

MOH. Con permiso, aquí.

SOM. ¿Qué os parece, Sir Juan? Mozo bien formado, joven vigoroso y de buena familia.

FÁL. ¿Os llamáis Mohoso?

MOH. Con permiso, sí, señor.

FÁL. Pues mientras más pronto os empleen, tanto mejor.

SOM. Ja. Ja. Ja. ¡Excelentísimo á fe mía! Lo mohoso necesita empleo. Bravísimo. Bien dicho á fe mía, Sir Juan. Muy bien dicho.

FÁL. (Á Somero.) Señaladlo.

MOH. Bastante me han señalado ya, y me podíais haber dejado en paz. Mi anciana madre se va á arruinar por no tener quien atienda á la huerta ni quien haga el trabajo arduo. No me debíais haber señalado, pues otros debían ir antes que yo.

FÁL. Vamos, callad, Mohoso. Tenéis que ir. Tiempo es de que se os gaste.

MOH. ¡Gastarme!

SOM. Callad, callad. Apartaos. ¿Sabéis dónde estáis? Ahora, á los demás, Sir Juan. Vamos á ver. Simón Sombra.

FÁL. Vamos, que venga para que me quite el sol. Probablemente no tendrá calor este soldado.

SOM. ¿Dónde está Sombra?

SOMB. Aquí, señor.

FÁL. Sombra, ¿de quién sois hijo?

SOMB. Hijo, señor, de mi madre.

FÁL. Hijo de vuestra madre, y Sombra de vuestro padre, porque el hijo de la hembra es la sombra del macho, y ocurre frecuentemente que no tenga mucha substancia del padre.

SOM. ¿Os agrada, Sir Juan?

FÁL. Sombra servirá para el verano. Señaladlo,

porque muchas sombras hay en nuestro libro de Re-
vistas.

SOM. Tomás Verruga.

FAL. ¿Dónde está?

VERR. Señor, aquí.

FAL. ¿Os llamáis Verruga?

VERR. Sí, señor.

FAL. Verruga harto arrugada sois.

SOM. Lo señalo, Sir Juan.

FAL. Es inútil. Su ropa le cuelga como de una per-
cha, y su cuerpo descansa sobre dos alfileres. No le agre-
guéis más señales.

SOM. Ja. Ja. Ja. Como gustéis. Como gustéis. Os
alabo el gusto. Francisco Endeble.

END. Aquí, señor.

FAL. ¿Qué oficio tenéis, Endeble?

END. Sastre de damas, señor.

SOM. ¿Lo señalo?

FAL. Sí, pero si hubiera sido sastre de hombres, él
os hubiera señalado á vos, ¿Haréis tantos agujeros en
una batalla como los habréis hecho en la falda de
alguna dama?

END. Haré lo que pueda, y no podéis pedir más.

FAL. Bien dicho, excelente sastre de damas. Bien
dicho, valiente Endeble. Tan animoso como irritada
tórtola, ó magnánimo ratón. Señalad bien á este sastre
de damas, señor de Somero. Apretad, señor de So-
mero.

END. Yo desearía, señor, que Verruga viniera tam-
bién.

FAL. Yo desearía que fuerais vos sastre de hombres,
para poderlo componer y habilitarlo para partir. Yo no
lo puedo convertir en soldado raso. Básteos esta razón,
impetuosísimo Endeble.

END. Basta, sí, señor.

FÁL. Yo os lo agradezco, reverendo Endeble. ¿Quién sigue?

SOM. Pedro Ternero del Prado.

FÁL. Bien está. Veamos á Ternero.

TER. Aquí, señor.

FÁL. Guapo mozo, ¡vive Dios! Señaladme á Ternero hasta que berree.

TER. ¡Ay, Dios mío!, mi excelente señor capitán.

FÁL. ¿Cómo es eso? ¿Rugís antes que os hayan señalado?

TER. ¡Ay, Dios mío! Señor, yo estoy enfermo.

FÁL. ¿Qué enfermedad tenéis?

TER. Un maldecido resfriado, señor. Una tos, señor, que cogí á fuerza de repicar en las fiestas reales cuando la coronación del Rey.

FÁL. Bien. Iréis á la guerra de bata; os quitaremos ese resfriado, y yo daré las órdenes precisas para que vuestros amigos repiquen por vos. ¿No hay más?

SOM. Aquí hay dos más del número pedido. Sólo tenéis derecho á cuatro, y por lo tanto, os ruego que entréis conmigo, y comeremos.

FÁL. Vamos. Entraré y beberemos juntos, pues no me puedo detener para la comida. A fe mía que me alegro de haberos visto, señor de Somero.

SOM. ¡Oh, Sir Juan! ¿os acordáis de la noche que pasamos reunidos en el Molino de Viento del Prado de San Jorge?

FÁL. No hablemos de eso, mi buen señor de Somero, no hablemos de eso.

SOM. Alegre noche fué. Y ¿vive aún Juana Noctivaga?

FÁL. Vive, señor de Somero.

SOM. No se podía deshacer de mí.

FÁL. Jamás, jamás. Decía que no podía aguantar al amigo Somero.

SOM. ¡Voto va! ¡Cómo la hacía rabiar! Era entonces una guapa moza. ¿Se conserva bien?

FÁL. Vieja, vieja, señor de Somero.

SOM. Sí, vieja debe ser. A la fuerza debe ser vieja. De seguro que es vieja. Tuvo á Robin Noctivaga del viejo Noctivaga antes que entrara yo en el colegio de San Clemente.

CALL. De eso ha ya cincuenta años.

SOM. ¡Ah, primo Callado, si hubieráis visto lo que hemos visto este caballero y yo! ¡Ah, Sir Juan! ¿Digo bien?

FÁL. Hemos oído repicar á media noche, señor de Somero.

SOM. Sí, señor; sí, señor; si, señor. A fe que sí Sir Juan. Nuestro Santo era «¡Eh, muchachos!» Pero vamos á comer. Vamos á comer. ¡Jesús, cuánto hemos visto! ¡Vamos, vamos!

(Vanse Fálstaf, Somero y Callado.)

TER. Señor cabo Bardolfo, poneos de mi parte, y aquí tenéis cuatro Enriques de á diez chelines en coronas francesas. Para decir verdad, tanto me da á mí el que me ahorquen como el que me lleven á servir al Rey, y sin embargo, por mi parte me importaría poco, si no fuera porque no lo deseo, y porque, por mi parte, quisiera quedarme con mi gente; porque, si no, por mi parte, no me importara tanto.

BAR. Vamos. Apartaos.

MOHOSO. Y, mi excelente señor cabo Capitán, por amor de mi madre, amparadme. No tiene quien trabaje por ella cuando yo me vaya, y es una anciana que no puede valerse por sí. Señor, yo os daré cuarenta.

BAR. Vamos. Apartaos.

END. A fe que á mí no me importa. Nadie muere más que de una muerte, y esa muerte la debemos á Dios. Yo no me quiero acusar de bajeza. Si es mi destino, corriente; si no, también. Nadie es demasiado perfecto para servir al Rey, y pase lo que pase, quien muere este año no se muere el que viene.

BAR. Bien dicho. Sois un bravo mozo.

END. No me quiero acusar de bajeza.

Vuelven á entrar FÁLSTAF, SOMERO y CALLADO.

FÁL. Vamos. ¿Qué gente me llevo?

SOM. Los cuatro que queráis.

BAR. Señor, una palabra. Me dan tres libras para libertar á Mohoso y á Ternero.

FÁL. Idos. Está bien.

SOM. Vamos, Sir Juan, ¿cuáles cuatro os lleváis?

FÁL. Escoged por mí.

SOM. Pues entonces, Mohoso, Ternero, Endeble y Sombra.

FÁL. Mohoso y Ternero. En cuanto á vos, Mohoso, quedaos en vuestra casa hasta que os inutilicéis en absoluto, y en cuanto á vos, Ternero, lo propio hasta que útil seáis.

SOM. Sir Juan, Sir Juan, os perjudicáis. Son los dos mozos más útiles para el servicio, y yo deseo daros la gente mejor.

FÁL. ¿Me váis á enseñar á mí, señor de Somero, á escoger gente? ¿Qué me importan á mí fornidos miembros, músculos, estatura, volumen ni grandes apariencias? Dadme á mi alma, señor de Somero. Ahí está Ver-ruga; veis qué aspecto tan escuálido tiene; pues ése cargará y descargará su arcabuz como mueve el marti-

llo un calderero. Irá y vendrá con la rapidez con que cuelga el cubo el cervecero; y Sombra, este perfil de mozo. Denme á mi gente como ésta. No ofrece blanco, al contrario; necesita el enemigo afinar la puntería como si apuntase al filo de un cortaplumas. Y en caso de retirada, ¡con qué ligereza no correrá este Endeble, este sastre de damas! ¡Oh, denme á mi gente delgada, y quédense con su gente grande! Poned, Bardolfo, un arcabúz entre las manos de Verruga.

BAR. Tened, Verruga. Firme. Así, así, así.

FÁL. Vamos, manejad ese arcabuz. Bien. Muy bien. Idos. Muy bien. Extremadamente bien. ¡Oh!, denme siempre tirador de escasa estatura, delgado, viejo exhausto y calvo. Bien á fe mía, Verruga. Eres un excelente tiñoso. Ten ahí seis peniques.

SOM. No es maestro en el oficio. No lo hace bien. Recuerdo yo que en Prado Fin de Milla — cuando yo estaba en el colegio de San Clemente, hacía yo entonces de Sir Dagoneta en la pantomima del Príncipe Arturo — había un chicuelo que manejaba el arcabuz así, é iba de acá para allá y marchaba, y marchaba. ¡Ra-ta-plán! ¡Ra-ta-plán!; decía yo ¡pum! y otra vez marchaba, y otra vez volvía. Jamás volveré á ver quien lo iguale.

FÁL. Esta gente servirá muy bien, señor de Somero. Dios os guarde, mi buen señor de Somero. No quiero gastar con vos muchas palabras. Caballeros, pasadlo bien. Os doy las gracias. Tengo que caminar doce millas esta noche. Bardolfo, dadles casacas á esos soldados.

SOM. Sir Juan, el señor os bendiga. Dios os lleve con bien. Dios nos traiga la paz. Al retornar, venid á mi casa. Renovemos nuestra antigua amistad. Acaso, acaso, vaya con vos á la corte.

FÁL. ¡Vive Dios! ¡Ojalá vinierais, señor de Somero!

SOM. ¡Bah! Es un decir. Pasadlo bien.

FÁL. Pasadlo bien, nobles caballeros.

(Vanse Somero y Callado.)

Adelante, Bardolfo. Llevaos á esa gente.

(Vanse Bardolfo y Verruga.)

A mi vuelta trasquilaré á estos jueces. He calado al juez Somero. ¡Señor, Señor! ¡Qué dados somos los viejos al vicio de mentir! Este escuálido juez no ha hecho más que hablarme de las locuras de su juventud y de sus hazañas de la calle de Turbul, y cada tercer palabra que pronunciaba era una mentira pagada á sus oyentes con más exactitud que alcabala al Gran Turco. Lo recuerdo cuando estaba en el colegio de San Clemente. Parecía figura hecha después de cenar de un trozo de queso. En cueros parecía ¡voto va! un rábano corvo al que hubieran tallado fantástica cabeza con un cortaplumas. Sus míseras dimensiones, invisible lo hacían á vistas no muy perspicaces. Parecía el genio del hambre; pero era más lujurioso que un mico, y las mujerzuelas le llamaban Mandrágora. Venía siempre á retaguardia de la moda, y á las marchitas amas de casa les repetía coplas que oía cantar á los carreteros, jurándoles que eran fantasías ó endechas suyas. Y ahora, este bufón del vicio se hace el caballero, y habla de Juan de Gante como si se hubieran jurado amistad fraternal, y sólo lo vió una vez en la plaza de armas cuando le rompió la cabeza por haberse introducido allí con la gente del Mariscal. Yo lo vi, y dije á Juan de Gante que había herido á su propio nombre, porque el tal y toda su ropa cabía dentro de una piel de nutria. La funda

de un trombón era para él un palacio, un patio, y ahora tiene tierras y bueyes. Está bien. Intimaremos si vuelvo, y será rara cosa que no lo convierta yo en mi piedra filosofal. Si el diminuto albur es pasto del robusto sollo, no veo yo por qué, de conformidad con las leyes naturales, no deba yo darle una embestida. Que hable el tiempo, y punto final.



ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

La selva de Gualtré en Yorciria.

Entran el ARZOBISPO DE YORK, MOBRAI, HASTINES
y otros.

ARZ. Decid ¿qué selva es ésta?

HAS. La selva de Gualtré, con sumo gusto,
Señor, sabréis.

ARZ. Que hagan aquí alto,
Señores, y enviad gente que explore
Y averigüe el poder del enemigo.

HAS. Han ido ya, señor.

ARZ. Perfectamente.

Mis amigos, y hermanos en negocio
De tamaño interés, deciros debo
Que he recibido cartas de Norzumbria
Ultimamente, y que en helado estilo,
Es esto lo que dicen en substancia.
Que él hubiera venido aquí en persona
Con fuerzas adecuadas á su alcurnia
Que reunir no ha podido, y, por lo tanto,
Mientras que sus proyectos se maduran
Se ha retirado á Escocia, y finaliza
Pidiendo á Dios que el actual intento

Domine las presentes circunstancias,
Y la terrible oposición que encuentra.

MOB. Las esperanzas, pues, que en él tuvimos
En el suelo se ven hechas pedazos.

Entra un MENSAJERO.

HAS. Sepamos ¿qué noticias?

MEN. A Poniente
De la selva, á una milla de distancia,
En buen orden, se acerca el enemigo;
Y presumo, juzgando por la tierra
Que vienen ocupando, que su cifra
Será de treinta mil ó poco menos.

MOB. La misma que nosotros hemos dicho.
Afrontémoslos, pues, en campo raso.

ARZ. ¿Qué general en jefe aquí los guía?

MOB. De Vestmorlandia el Conde me parece.

Entra VESTMORLANDIA.

VEST. Es el príncipe Juan quien os saluda,
Mi general, el duque de Lancáster.

ARZ. Comunicar podéis tranquilamente,
Conde de Vestmorlandia, desde luego
Lo que os conduce aquí.

VEST. Señor, entonces,
A vos va dirigido mi discurso.
Si en su forma adecuada apareciere
La rebelión en vil y abyecta turba,
Por casquivana juventud guiada,
Y escoltada de imberbes y haraposos
Y de tristes mendigos protegida;
Si la maldita insurrección, cual digo,

Apareciese así, con su apropiada
Y natural hechura, no estuvierais
Vos, padre reverendo, ni vosotros
Aquí para vestir el cuerpo horrible
De conmoción desnuda y sanguinaria
Con el honor inmaculado vuestro.
Vos, insigne Arzobispo, cuya sede
En la cívica paz tiene su base,
Cuya barba la paz ha plateado,
Cuya ciencia y cultura literaria
Os dió la paz, y cuya blanca veste
Es de pureza símbolo, paloma
En donde el genio de la paz encarna,
¿Por qué así traducís vuestro lenguaje,
Que debe ser de paz, de gracia lleno,
En el idioma tosco de la guerra;
En tumbas convirtiendo vuestros libros,
En sangre vuestra tinta, vuestras plumas
En lanzas, y la sacra lengua vuestra
En agudo clarín que á lucha invita?

ARZ. ¿Por qué hago tal? ¿Es esa la pregunta?
Pronto responderé. Dolientes todos
De excesos y deleites saturados,
Nos atacó consumidora fiebre,
Y por eso sangrarnos es preciso.
El padecer idéntica dolencia
Costó la vida á nuestro Rey Ricardo.
Pero, noble señor de Vestmorlandia,
A este sitio cual médico no vengo,
Ni entre las filas de guerrera gente
Cual enemigo de la paz me hallo.
Por el momento, de la guerra asumo
El aspecto feroz, pero tan sólo
Para adietar las almas enfermizas

Hartas de goces; y purgar, al paso,
Tanta obstrucción como á atacar empieza
Las más íntimas venas de su vida.
Más claro quiero hablar. En fiel balanza
He pesado los males que esta guerra
Nos traerá con los males que sufrimos,
Y pesa más que el daño el sufrimiento.
Vemos cuál va del tiempo la corriente
Que nos hace salir de nuestra cauce,
Y nos lleva en su raudito torbellino.
De nuestras quejas todas, un sumario
Tenemos; sus capítulos diversos
Ya se sabrán en ocasión propicia.
Hace tiempo que ver al Rey quisimos,
Mas imposible fué tener audiencia.
Ofendidos, pensamos nuestros males
Manifestar, pero las mismas gentes
Que más mal nos han hecho nos negaron
Acceso á su persona. Los peligros
De época muy reciente todavía,
Cuyo recuerdo escrito está en la tierra
Con sangre fresca aún, y los ejemplos
Que se van presentando á cada instante
Tomar nos hacen tan impropias armas,
No en contra de la paz de modo alguno,
Si no para afirmarla; y no tan sólo
En el nombre no más, sino en su esencia.

VEST. ¿Quién os negó jamás vuestras demandas?
¿El Rey, de qué manera os ha injuriado?
¿A que Par sobornó para ofenderos?
¿Ni qué razón alegaréis que pueda
Justificar que vos selléis el libro
De ilegal y sangrienta rebeldía
Con sello divinal, el filo agudo

- De conmoción injusta consagrando?
- ARZ. Los males, general, de nuestra patria,
Crueldad que se mostró con mi familia,
Causas son que promueven mi querella.
- VEST. Ni hay agravios que deban resarcirse,
Ni á vos os corresponde resarcirlos.
- MOB. A él ¿por qué no, cómo á nosotros todos,
A quienes las heridas del pasado
Aun escuecen y á quienes vilipendia
Injustamente y con dureza oprime
La mano de la época presente?
- VEST. ¡Oh noble conde de Mobrai! son hijos
De la época siempre los sucesos;
Por tanto, no es el Rey quien os ofende:
De la época emanan vuestros males.
Mas, con respecto á vos, se me figura
Que no tenéis pulgada de terreno
En donde edificar ni exigua queja
Contra el Rey ni la época tampoco.
¿No os devolvieron todos los Estados
Del duque de Norforquia, vuestro padre;
De vuestro padre, de feliz recuerdo?
- MOB. ¿Y qué perdió en su honor el padre mío
Que en mí preciso fué que reviviera?
El Rey, que lo estimaba, por razones
De gobierno inducido fué, forzado
A decretar su proscripción. Estaban
Entonces él y Enrique Bolinbroquia
A caballo los dos y bien plantados
Ambos sobre sus sillas; sus corceles
Retaban, relinchando, al acicate;
En ristre sus dos lanzas, sus viseras
Caladas ya, sus ojos chispeantes
Tras la férrea celada relumbraban.

Ya el sonoro clarín los llama al choque:
Entonces. Cuando entonces nada hubiera
Podido del empuje de mi padre
El pecho proteger de Bolinbroquia,
¡Ay! su bastón entonces el Monarca
Arroja al suelo. Su bastón, de donde
Pendiente estaba su existencia misma
Y las vidas de todos los que han muerto
A manos del verdugo ó de la espada
Desde que nos domina Bolinbroquia.

VEST. Ni sabéis, conde de Mobrai, siquiera
Lo que decís, pues reputado entonces
Como el más animoso caballero
Era el conde de Herfodia en Inglaterra.
¿Quién sabe á quién hubiera la fortuna
Favorecido allí con sus sonrisas?
Mas aunque allí triunfara vuestro padre,
No saliera triunfante de Coventria,
Porque el país unánime le odiaba.
Sus oraciones todas, su cariño,
Eran de Herfordia, el ídolo del pueblo,
A quien más que al Monarca bendecían.
Pero de mi propósito me aparto
Con esta digresión. Aquí he venido
De la parte del Príncipe mi jefe
A escuchar vuestras quejas, y á anunciaros
Que está dispuesto á oíros; y si justas
Vuestras demandas son, á complaceros.
Todo, menos juzgaros enemigos.

MOB. Nos ha obligado él á que le hagamos
Hacernos esta oferta, y su conducta,
No de amistad, de la prudencia es hija.

VEST. Es el juzgarlo así, Mobrai, jactancia.
Piedad implica, y no temor su oferta.

- Allí están, á la vista, nuestras tropas,
Tan confiadas, por mi honor lo juro,
Que no hay en ellas de temor ni asomo.
Nuestro ejército cuenta con más nombres
De generales de valer que el vuestro;
Diestros en el manejo de las armas
Son más nuestros soldados; su armadura
Es igual, y mejor la causa nuestra.
La razón, pues, exige que bravura
Tengamos cual vosotros; por lo tanto,
Forzada no digáis que es nuestra oferta.
- MOB. Pues yo á parlamentar no me avendría.
- VEST. Eso prueba rubor de vuestra parte;
Lo podrido no admite que se toque.
- HAS. ¿Tiene el príncipe Juan poderes amplios
Y autoridad, cual si su padre fuese,
Para escucharnos, y decir si quedan
Las condiciones nuestras aceptadas?
- VEST. Su mismo nombre, general, lo dice,
Y me extraña tan frívola pregunta.
- ARZ. Conde de Vestmorlandia, en ese caso,
Este rollo tomad, donde las quejas
Que tenemos se encuentran anotadas.
Si se remedian todas, si las gentes
Que aquí y en otras partes nos siguieron
En apropiada forma se amnistiaren
Y puesto en obra fuese de seguida
Cuanto nos proponemos y pedimos,
Retornaremos al antiguo cauce,
Y todas nuestras fuerzas congregadas
Al brazo de la paz devolveremos.
- VEST. Al general lo llevaré. Señores,
Entre los dos ejércitos, si os place,
Nos podemos reunir, y allí Dios quiera

Que arreglemos la paz, ó, en otro caso,
Que decidan las armas la disputa.

ARZ. Así se hará, señor.

(Vase Vesmortlandia.)

MOB. A mí me dice

El corazón que condición ninguna
Nos puede conducir á paz estable.

HAS. Nada temáis, pues si la paz hacemos
En los términos amplios y absolutos
De nuestras condiciones, permanente
Será la paz cual monte de granito.

MOB. Siempre seremos vistos de tal modo
Que el motivo más leve, el más injusto,
La razón más trivial, aun la más fútil,
Al Rey recordará la hazaña nuestra;
Y aunque de nuestro amor al soberano
Mártires nos mostráramos, con aire
Tan violento aventados nos veremos,
Que habrá de aparecer el grano paja,
Sin distinguir lo bueno de lo malo.

ARZ. No, no, señor. Debéis tener presente
Que el Rey cansado está de tanta queja,
Menuda y rebuscada, pues ha visto
Que si con una muerte mata una,
El heredero tiene dos mayores.
De su alma borrar lo pasado;
Ni quiere retener en la memoria
Lo que ha de recordarle sus desdichas;
Pues harto bien conoce que no puede
Por completo extirpar la mala hierba
Que en torno suyo ve crecer con miedo.
De tal manera están entrelazados
Enemigos y amigos, que si quiere

De raíz arrancar al enemigo,
Al amigo desraiga ó lo quebranta.
Este, país, como insolente esposa
Lo exaspera y lo induce á la violencia,
Pero evita los golpes con el hijo,
Quedando de ese brazo amenazante
La corrección propuesta refrenada.

HAS. Además, ya gastó sus disciplinas
Castigando á recientes criminales,
De tal modo, que ya para el castigo
Le faltan instrumentos; por lo tanto,
Es su poder el de un león sin garras
Que puede amenazar, mas no hacer presa.

ARZ. Es verdad. Así, pues, estad seguro,
Mi señor Mariscal, de que lograda
La reconciliación, la paz que hagamos
Hueso roto será que se ha compuesto,
Aun más fuerte que antes de estar roto.

MOB. Está bien. Aquí vuelve Vestmorlandia.

Vuelve á entrar VESTMORLANDIA.

VEST. Aquí cerca está el Príncipe. Si os place,
Podéis, señor, reuniros con Su Alteza
En sitio que promedie la distancia
De nuestros dos ejércitos.

MOB. Entonces,
Arzobispo de York, vos, precedednos
En el nombre de Dios.

ARZ. Id vos delante
A saludar al Príncipe. Partamos.

(Vanse.)

ESCENA II

Otra parte de la selva.

Entran por un lado MOBRAI, el ARZOBISPO DE YORK, HASTINES y otros, y por el lado opuesto el PRÍNCIPE JUAN DE LANCASTER, VESTMORLANDIA, JEFES y acompañamiento.

PR. J. Deudo Mobrai, celebro mucho el veros.
Mi señor Arzobispo, buenos días.
Muy buenos los tengáis, conde de Hastines,
Y vosotros también. ¡Oh reverendo
Arzobispo de York! cuánto más propio
Era en vos el reunir vuestro rebaño
Al son de la campana y la escritura
Sacra explicar, que no con férreo traje
Acaudillar á turba de rebeldes
Al batir de tambores, en espadas
Trocando vuestra voz, en muerte, vida.
Quien en el corazón de un soberano
Tiene su asiento y á su luz florece,
Si abusar del favor del Rey quisiera,
Cuánto mal no causara protegido
Por tanta autoridad. Con vos ocurre,
Señor Obispo, un caso semejante.
¿Quién no oyó hablar de la profunda ciencia
Que de Dios en los libros adquiristeis?
Voz de su Parlamento, la palabra
Del mismo Dios juzgábamos la vuestra;
El intérprete suyo, intermediario
Entre la gracia y santidad del cielo
Y nuestros torpes actos. ¿Quién no estima

- Que de esa posición hacéis mal uso,
Que abusáis de la gracia y los favores
Del Cielo, como falso favorito
Abusa, para acciones deshonorosas,
Del nombre de su Príncipe? Sellado
De Dios en nombre habéis con falso sello
Vasallos de mi padre, sustituto
De Dios sobre la tierra, y los guiasteis
Contra él y la paz del cielo misma.
- ARZ. Príncipe de Lancáster, yo no vengo
Aquí contra la paz de vuestro padre;
Mas, como dije al conde Vestmorlandia,
El actual desorden, por instinto,
En monstruosa forma nos congrega
Para obtener seguridad tan sólo.
Hele enviado á Vuestra Alteza nota
De cuáles son las quejas que tenemos,
Que despreciadas en la corte han sido;
Lo que engendra la hidra de la guerra,
Cuyos ojos quizá propicie el sueño
Si tan justas demandas se conceden,
Y la lealtad, curada su locura,
Quizá se humille ante los pies del trono.
- MOB. Pero si así no fuere, probaremos,
Aunque precise perecer, fortuna.
- HAS. Y aunque aquí sucumbiéramos, reservas
Auxiliarán nuestro segundo ataque.
Vendrán tras ellas otras si éstas fallan,
Surgiendo de reveses la victoria.
No faltará jamás un heredero
Que esta querella no mantenga viva,
Mientras que en Inglaterra ingleses haya.
- PR. J. Poca penetración tenéis, Hastines,
Poca penetración para el futuro

Proponeros sondar.

VEST. Si os place, Alteza,
Decid hasta qué punto estáis conforme
Con sus proposiciones.

PR. J. Las estimo
Aceptables, y todas las acepto.
Y ahora, yo os juro por la sangre mía
Que mal las intenciones de mi padre
Apreciadas han sido, que personas
Allegadas á él interpretaron
Harto arbitrariamente sus deseos.
Señor, las quejas esas, de seguida
Se acallarán. Lo juro por mi alma.
Licenciad vuestras tropas si conformes
Con esto, pues, estáis, como nosotros
A las nuestras también licenciaremos,
Y entre los dos ejércitos bebamos
Abrazándonos todos como amigos,
A fin de que á su hogar sus ojos lleven
Testimonio de haberse restaurado
Nuestro cariño, y la amistad antigua.

ARZ. La palabra de Príncipe os acepto.

PR. J. Mantendré, cual os digo, mi palabra,
Y ahora brindo por vos con esta copa. (Bebe.)

HAS. (A un jefe.) Id, Capitán, y dad á nuestra gente
Noticia de esta paz, y, satisfechos
Sus haberes, que partan. Muy gustosos
Lo han de oír. Capitán, partid al punto.

(Vase el jefe.)

ARZ. Conde de Vestmorlandia, por vos brindo. (Bebe.)

VEST. Y yo por vos, señor (bebe), y si supierais
Cuánto debe esta paz á mis afanes,
Apurarais la copa. Mas mi afecto

Aun más patente quedará muy pronto.

ARZ. No lo puedo dudar.

VEST. Me alegro mucho.

Brindo á vuestra salud, deudo Mobrai.

MOB. Salud me deseáis á muy buen tiempo,
Porque me siento mal en este instante.

ARZ. Alegre el hombre está si se aproxima
Una calamidad; por el contrario,
La tristeza antecede á la ventura.

VEST. Alegre pues, estad, que repentina
Postración asegura, cosa es llana,
Que alguna dicha llegará mañana.

ARZ. Yo me encuentro gozoso, os lo aseguro.

MOB. Tanto peor si vuestro dicho es cierto.

(Voces dentro.)

PR. J. Ya es pública la paz. ¡Cuál victorean!

MOB. Grato fuera después de la victoria.

ARZ. La paz es una especie de conquista
Donde ambas partes quedan subyugadas,
Y nadie pierde.

PR. J. Conde, que licencien
Nuestras tropas también.

(Vase Vestmorlandia.)

Y, vos, si os place,

Haced que vuestro ejército marchando
Pase ante nuestros ojos, y la gente
Veamos que oponérseos debía.

ARZ. Id, conde Hastines, y ordenad que marchen,
Antes de licenciarse, ante nosotros.

(Vase Hastines.)

PR. J. Espero que esta noche descansen
Reunidos todos.

Vuelve á entrar VESTMORLANDIA.

Dendo ¿por qué causa
El ejército inmóvil permanece?

VEST. Los jefes que de vos la orden tuvieron
De quedar en sus puestos, hasta oídos,
Partir no quieren.

PR. J. Su deber conocen.

Vuelve á entrar HASTINES.

HAS. Nuestro ejército está ya dispersado.
Cual becerros sin yugo van corriendo
Al Sur, al Norte, al Este y al Oeste;
Ó como escuela al acabarse el curso,
Cada cual va á su casa ó á sus juegos.

VEST. Buenas noticias son, conde de Hastines.
Por lo cual os arresto y os acuso
Traidor, de alta traición; como igualmente
A vos, Mobrai, y á vos, buen Arzobispo:
De alta traición á entrambos os acuso.

MOB. ¿Es este proceder legal y honroso?

VEST. ¿Lo es vuestro alzamiento?

ARZ. ¿Faltáis á vuestra fe de esta manera?

PR. J. Nunca empené mi fe. Yo he prometido
Las faltas remediar de que os quejasteis,
Y juro que lo haré como cristiano;
Mas vosotros, rebeldes, el condigno
Fruto esperad, que acciones cual las vuestras
Y semejante rebelión merecen.
Sin discreción la lucha comenzasteis;
Vuestras fuerzas reunisteis torpemente
Y á su hogar las mandasteis neciamente.

Al vil disperso que en sus pies confía,
Persígase al batir nuestros tambores;
Dios luchó por nosotros este día.
Vosotros, custodiad á estos traidores,
Y que en el tajo, del traidor el lecho
Más apropiado, paguen lo que han hecho.

ESCENA III

Otra parte de la selva.

Clarines, movimiento de tropas. Entran al encuentro
FÁLSTAF y COLVILLE

FÁL. ¿Cómo os llamáis? ¿Qué sois? Y ¿de qué lugar?

COL. Soy un caballero, y me llamo Colville del Valle.

FÁL. Bien. Entonces os llamáis Colville, sois un caballero y sois del valle. Pues os seguiréis llamando Colville, seréis un traidor, y vuestro lugar será un calabozo, lugar bastante hondo, y, por lo tanto, seguiréis siendo Colville del valle.

COL. ¿No sois vos Sir Juan Fálstaf?

FÁL. Hombre, caballero, tan cabal como él, quien quiera que yo fuere. ¿Os entregáis, ó me queréis hacer sudar? Si llego á sudar, serán las gotas de mi sudor lágrimas de vuestras amadas, que lloran por vuestra muerte. Así, pues, surja en vos el miedo y el temblor, y acatad mi misericordia.

COL. Creo que sois Sir Juan Fálstaf, y en esa creencia me entrego.

FÁL. Tengo en esta barriga mía un colegio entero de lenguas, y ninguna de estas lenguas sabe pronunciar más nombre que el mío. Tuviera yo vientre más

moderado, y verdaderamente sería la persona más activa de Europa. Mis entrañas, mis entrañas son mi perdición. Aquí viene nuestro general.

Entran el PRÍNCIPE JUAN DE LANCÁSTER, VESTMORLANDIA, BLUNT y otros.

PR. J. Pasó la urgencia. El perseguirlos cese.
Llamad á nuestras tropas, Vestmorlandia.

(Vase Vestmorlandia.)

¿En dónde habéis estado hasta ahora, Fálstaf?
¿Cuando todo acabó, venís entonces!
El remolonear de esta manera
Va á romper un patíbulo algún día.

FÁL. Lamentárame, señor, de que así no fuera. Me consta que la amonestación y la riña son el premio del valor. ¿Me creen, acaso, golondrina, flecha ó bala de cañón? ¿Poseo yo, por ventura, en mis miembros y viejos músculos la velocidad del pensamiento? Aquí he venido, sin faltar siquiera en una pulgada, con el extremo de la posible prisa. He reventado más de ciento ochenta caballos, y magullado aún del viaje, como me hallo, con puro é inmaculado valor he hecho prisionero á Sir Juan Colville del Valle, furibundo caballero y enemigo valeroso. Pero ¿y qué? Me vió y se rindió, y con justicia puedo exclamar yo, como el romano ése de nariz acaballada: «vine, vi y vencí».

PR. J. Debéis más á su cortesía que á vuestro merecimiento.

FÁL. No lo sé. Aquí está y aquí le entrego, y suplico á Vuestra Alteza que esto se inscriba con las demás hazañas de este día, ó si no, ¡vive Dios!, aparecerá en

una balada especial, encabezándola mi retrato con Colville besándome los pies. Si me obligáis á emprender esa senda, y si no os mostráis todos monedas de buena ley para conmigo, como en el puro cielo de la fama no os sobrepuje yo en esplendor, cual sobrepuja la luna á las chispas del firmamento, que comparadas con ella parecen cabezas de alfiler, no deis crédito jamás á la palabra de un noble. Así, pues, hacedme justicia, y surja el mérito.

PR. J. El vuestro pesa mucho para surgir.

FÁL. Pues bien, que brille.

PR. J. Es harto espeso para brillar.

FÁL. Pues que haga algo, mi excelente señor, que á mí me convenga, y dadle el nombre que gustéis.

PR. J. ¿Es vuestro nombre Colville?

COL. Sí, señor.

PR. J. Famoso rebelde sois, Colville.

FÁL. Y un famoso y leal súbdito se apoderó de él.

COL. Lo soy, señor; mas gentes de más nota

Aquí me condujeron. Si guiados

Hubieran por mí sido, más costosas

Os hubieran salido, yo os lo juro.

FÁL. No sé á qué precio se vendían; pero vos, como hombre bondadoso, os disteis gratis, y por vos, os doy á vos propio las gracias.

Vuelve á entrar VESTMORLANDIA.

PR. J. Dejad ya de acosarlos.

VEST. Ya se toca

A retirada, y la matanza cesa.

PR. J. Vaya Colville á York, y que lo maten

Allí con los demás confederados.

Conducidlo, Blunt, vos con buena guardia.

Y ahora, iremos, señores, á la corte.

(Vanse Blunt y otros con Colville.)

Gravemente mi padre se halla enfermo;
Pero Su Majestad estas noticias
Antes tendrá de la llegada nuestra.
Llevadlas, deudo, vos, y consoladlo;
Nosotros prontamente os seguiremos.

FÁL. Para ir por Glostercia, vuestra venia,
Señor, pido, y al par os suplicara
Que de mí bien habléis allá en la corte.

PR. J. Fálstaf, adios, y yo hablaré cual jefe
Mejor de vos, de como hablar debiera.

(Vanse todos menos Fálstaf.)

FÁL. Ojalá tuvierais más talento. Más os valdría que vuestro ducado. ¡Válgame Dios! este jovencillo tan serio no me quiere. Es imposible hacerle reir, y no me maravilla, porque ni prueba el vino. Semejantes sobrios rapaces, nunca llegan á ser gentes de valer. Las bebidas flojas refrescan su sangre, y sus múltiples comidas de vigilia les induce á padecer una especie de clorosis masculina, por lo que cuando se casan engendran sólo hembras. Generalmente son necios y cobardes. Un buen vino de Jerez tiene doble efecto: súbese á la cabeza y seca allí todos esos vapores estúpidos, opacos é inmaturos que la rodean, concediéndole inteligencia, brillantez, inventiva, gracia, ardor y vivacidad deliciosa, lo que, transmitido á la voz, á la lengua, es fuente del ingenio. La segunda propiedad de este excelente Jerez es el calentar la sangre, que antes fría y parada, dejaba al hígado pálido y sin color, distintivo de la pusilanimidad y de la cobardía; pero el Jerez lo enardece, haciéndole caminar del interior al exterior, é ilumina al ros-

tro, que, como faro, indica á lo demás de este exiguo reino, el hombre, que hay que tomar las armas, y entonces los vitales comuneros y los menudos espíritus de tierra adentro reúnen todos en torno de su capitán, el corazón, quien, enorgullecido al ver tal séquito, acomete cualquier valerosa hazaña, y ese valor emana del vino de Jerez. En resumen: la destreza en el manejo de las armas de nada sirve sin el Jerez, que es quien la hace brillar, y la ciencia es meramente un caudal de oro que guarda el diablo hasta que el Jerez lo moviliza y pone en uso. Por eso el príncipe Enrique es valiente; porque la sangre yerta que naturalmente heredó de su padre, como si fuera pobre, estéril é inculta tierra, la abona, labra y fecunda con extraordinario esmero bebiendo abundantemente grandes tragos de fertilizante Jerez, y por eso es animoso y valiente. Si tuviera yo mil hijos, lo primero que les inculcaría sería la abstinencia de bebidas flojas y que se dedicaran al Jerez.

Entra BARDOLFO.

Hola, Bardolfo.

BAR. El ejército ha sido licenciado y todos se han ido ya.

FAL. Que se vayan. Yo me iré por Glostercia y visitaré al señor hidalgo Roberto Somero. Lo tengo ya amasado entre mis dedos, y pronto me servirá de sello. Vámonos.

(Vanse.)

Vestminster.— Habitación en el Palacio.

REY. Señores, ahora bien. Si Dios concede
Feliz terminación á esta querella
Que en sangre tiñe nuestra propia casa,
A más propias regiones llevaremos
A nuestra juventud, desenvainando
Espadas bendecidas solamente.
Las naves se hallan listas; nuestras tropas
Reunidas ya, nombrados sustitutos
Para la ausencia mía. Todo en orden,
Y pronto á la medida del deseo.
Sólo aumento de fuerzas personales
Es lo que necesito, y que termine
La rebelión en planta, y los rebeldes
Al yugo del Gobierno se sometan.

VAR. Y Vuestra Majestad de entrambas cosas
Disfrutará, sin duda alguna, pronto.

REY. Mi hijo Umfredo de Glóster, ¿donde, dime,
Está tu hermano el Príncipe?

UMF. Cazando
En Windsor creo que está.

REY. ¿Quién lo acompaña?

UMF. No lo sé.

REY. Mas con él ¿no está su hermano
Tomás de Clárens?

UMF. No, señor. Se halla

Aquí presente,

CLÁR. Mi señor y padre,

Decidme qué queréis.

REY. Quiero tan solo

Tu bien, Tomás de Clárens. ¿Por qué causa

No acompañas al Príncipe tu hermano?

Él te quiere, Tomás, y de él te alejas.

Puesto mejor tú tienes en su afecto

Que tus demás hermanos, hijo mío.

Aprovéchalo, pues, y noble uso

De ese cariño harás cuando yo falte,

Cual mediador con tus demás hermanos.

De él no te apartes, ni su amor desdeñes;

De su favor no pierdas las ventajas

Con frialdad aparente ó con desvío,

Porque él es bueno conocido á fondo.

Todo duelo una lágrima le arranca;

Para la caridad la mano suya

Es, cual la luz, espléndida; no obstante,

Ofendido, es más duro que un guijarro.

Más caprichoso que el invierno, y pronto

Cual yerto torbellino en primavera.

Hay que observar, por tanto, su carácter.

Ríñele por sus faltas con cariño,

Si ves que está de buen humor; estando

Mal humorado, dale cordelejo

Hasta que, cual ballena embarrancada,

Sus fuerzas pierda con su propia lucha.

Aprende esto, Tomás; y de este modo,

Égida puedes ser de tus amigos

Y aro de oro tú de tus hermanos.

Y la vasija donde está su sangre,

(En la cual, con el tiempo, la ponzoña

De la vil sugestión tendrá cabida).

No filtrará jamás, aunque operare
Cual acónito ó pólvora violenta.

CLÁR. Con respeto y cariño he de tratarle.

REY. ¿Por qué no estás con él, Tomás, en Windsor?

CLÁR. Allí no está, señor. Hoy come en Londres.

REY. ¿Y me puedes decir quién le acompaña?

CLÁR. Poinz y los otros compañeros suyos.

REY. La mala hierba, en el mejor terreno
Es donde cunde más; y en él, imagen
De mi gloriosa juventud, abunda.
Prolóngase mi pena de ese modo
Más allá de la hora de mi muerte;
Y se me parte el corazón, la sombra
Viendo de días anárquicos, de tiempos
De corrupción que alcanzaréis acaso,
Cuando durmiendo esté con mis mayores.
Cuando su terquedad no se refrene,
Cuando sus consejeros el enojo
Y sus ímpetus sean, y los medios
Y sus prodigios hábitos se unan,
¡Qué alas, ay, no darán á sus pasiones
Para volar en busca de peligros
Y afrontar la ruina amenazante!

VÁR. Señor, no lo entendéis, seguramente.
El Príncipe con esos compañeros
Se une para aprender, cual si aprendiera
Lengua extraña; y precisa, si un idioma
Se quiere poseer, que hasta las frases
Menos cultas se aprendan y se estudien;
Y una vez conocidas, Vuestra Alteza
Bien sabe que no tienen otro uso
Que ser tan conocidas como odiadas.
Del mismo modo el Príncipe, á su tiempo,
Cual á obsceno lenguaje, á sus secuaces

Despreciará también, y su memoria
Le servirá de molde, de medida
Para que aprecie la conducta ajena,
Aprovechando sus pasados yerros.
REY. Rara vez deposita en la carroña
Su celdilla la abeja.

Entra VESTMORLANDIA.

¡Vestmorlandia!
VEST. Salud á mi señor, y nuevas dichas
Disfrutéis además de la que os traigo.
Vuestro hijo Juan, señor, la mano os besa.
Mobrai, Hastines y el obispo Escropio
Y todos á la ley satisficieron.
No hay enhiesta ya espada de rebelde.
La paz su oliva ostenta en todas partes.
Cómo llevada á cabo fué la hazaña
Podéis leer, señor, con más espacio,
Pues se anotan aquí sus pormenores.

(Entregando un paquete.)

REY. Ave primaveral sois, Vertmorlandia,
Que va á las ancas del invierno y trina
La aurora saludando. Aun otras nuevas.

Entra ARCURT.

ARC. De enemigos, señor, el cielo os guarde,
Y cuando se os opongan, que sucumban
Cual de los que he de hablaros sucumbieron.
Norzumbria y el Barón Bardolfo, unidos
A Ingleses y Escoceses, derrotados
Por el Jerif han sido de Yoresiria.

El cómo fué obtenida la victoria,
Detallado veréis en este escrito.

(Entregando un paquete.)

REY. ¿Por qué me causan mal nuevas tan gratas?
¿Por qué no viene nunca la fortuna
Con ambas manos llenas? ¿Por qué escribe
Con mala letra sus mejores frases?
A quienes da apetito, de comida
Suele privar. Tal pasa con los pobres
Que de salud disfrutan. Y festines
Da á los inapetentes. A los ricos
A quienes no aprovecha la abundancia.
Yo celebrara nuevas tan felices,
Mas se me va la vista y mi cabeza
Se desvanece ¡Ay Dios! Aproximaos;
Desfallecer me siento en este instante.

(Se desmaya.)

UMF. Animaos, señor.

CLÁR. ¡Oh, padre mío!

VÁR. Príncipes, tened calma. Bien os consta
Que muy frecuentes son estos ataques
En Su Alteza. Apartaos. Dadle aire.
Pronto le pasará.

CLÁR. No, no. No puede
Resistir mucho tiempo tanta angustia.
La labor incesante de su alma,
Sus cuidados continuos ese muro
Que la contiene tanto adelgazaron,
Que lo ha de quebrantar pronto la vida.

UMF. La sociedad me espanta. Gente ha visto
Hijos sin padres y hórridos engendros,
Cambio en las estaciones, cual si el año
Durmiendo hubiera hallado á varios meses,

Y atrás de un sólo salto los dejara.

CLÁR. En los ríos tres flujos sin mareas
Decrecientes ha habido, y los ancianos,
Del tiempo que pasó chochos cronistas,
Dicen que eso acaeció muy poco antes
Que el bisabuelo nuestro, el gran Eduardo,
Enfermara y muriera.

VÁR. Mas de quedo,
Príncipes, ruego habléis, que en sí ya vuelve.

UMF. Acelera su fin la apoplegía.

REY. Levantadme, os suplico. Conducidme
A otra alcoba cualquiera. Poco á poco.

(Colocan al Rey sobre un lecho en una alcoba que habrá en el fondo del escenario.)

Que haya silencio os ruego, amigos míos.
A no ser que una mano cariñosa
Blandamente á mi espíritu cansado
Música dulce murmurarme quiera.

VÁR. A la otra habitación haced que acuda
La música que pide.

REY. Colocadme
Sobre esta almohada mi corona.

CLÁR. Se le apaga la vista. Mucho pierde.

VÁR. Menos ruido haced, menos ruido.

Entra el PRÍNCIPE ENRIQUE.

ENR. ¿Quién vió al duque de Clárens?

CLÁR. Harto triste

Aquí me encuentro, hermano.

ENR. ¿Qué te ocurre?

¿Lluvia dentro de casa con buen tiempo?

¿Cómo está el Rey?

- UMF. Muy malo.
- ENR. ¿No conoce
Aún las buenas noticias? Que las sepa.
- UMF. Se alteró grandemente al escucharlas.
- ENR. Aunque estuviera enfermo, con el gozo
Salud recobrará sin medicinas.
- VAR. No hagáis tanto ruido. Hablad más bajo,
Noble Príncipe, vos, que vuestro padre
Dispuesto está á dormir.
- CLAR. Vámonos todos
A la otra habitación.
- VAR. ¿Acompañarnos
No quiere, por ventura, Vuestra Alteza?
- ENR. No. Cuidando del Rey yo aquí me quedo.

(Vanse todos menos el príncipe Enrique.)

Mas sobre su almohada ¿por qué causa
Se encuentra la corona? Acompañante
Importuna de un lecho, ¡tú, gloriosa
Perturbación, aurífero cuidado
Que las puertas del sueño abiertas dejas
De par en par en infinitas noches
De desvelo!—¡Dormís con ella ahora!
Mas no con sueño tan profundo y dulce
Cual el de aquel que humilde gorro ciñe
Y duerme de un tirón la noche entera.—
¡Oh Majestad! al oprimir las sienes
De tu dueño, riquísima armadura
Te muestras tú, que en el ardor del día,
Al conceder seguridad, escaldas.—
Cerca de los portales de su aliento,
Leve pluma se ve que ni se mueve.
Si respirara, tan ligera pluma
Se moviera. Señor excelso mío,

Padre mío, profundo es este sueño.
Sueño que de este círculo de oro
Divorcia á tantos reyes de Inglaterra.
Lo que os debo son lágrimas amargas,
Tristeza de mi ser, que, padre mío,
Amor filial os pagará con creces.
Vos me debéis esta imperial corona
Que descende hasta mí, cual más cercano
A vuestro solio y sangre.—Contempladla;

(Poniéndose la corona.)

Puesta la tengo. Dios me la conserve.
Todo el vigor del Universo unido
En fuerte brazo, de la frente mía
No ha de arrancar herencia tan honrosa.
Esta corona transmitir espero,
Cual la adquiriré de vos, á mi heredero.

(Vase.)

REY. ¡Várvic, Glostercia, Clárens!

Vuelven á entrar VÁRVIC y los otros.

CLÁ. El Rey llama.

VÁR. ¿Qué queréis? ¿Cómo sigue Vuestra Alteza?

REY. ¿Por qué me habéis aquí dejado solo?

CLÁ. El príncipe, mi hermano, aquí se hallaba,
Y nos dijo, señor, que os velaría.

REY. ¿El príncipe de Gales? Quiero verlo.
¿Dónde está? ¿No está aquí?

VÁR. Se fué, sin duda.

Abierta está esa puerta

UMF. No ha pasado

Por la alcoba en que estábamos nosotros.

REY. ¿Y la corona? ¿Quién de mi almohada
La ha tomado?

VÁR. Señor, cuando nos fuimos,
Aquí quedó.

REY. Fué el Príncipe de cierto
Quien de aquí la sacó. Ved de buscarlo.
¿Será tan impaciente que supuso
Que era mi sueño muerte?
Buscadlo, Várvic, y que al punto acuda.

(Vase Várvic.)

Su proceder agrava mi dolencia
Y apresura mi fin. Ved, hijos míos,
Lo que sois, y cuán pronto se transforma
Naturaleza si la tienta el oro.
¡Y el padre previsor, el padre imbécil,
Para este fin con cábalas destruye
Su sueño, su cerebro con cuidados,
Sus huesos con su industria!
¡Para este fin apila y amontona
Oro impuro ganado para otro!
¡Para este fin educación ha dado,
Civil ó militar, á su progenie!
Somos como la abeja, que recoge
De cada flor el más pequeño jugo,
Y en las nalgas la cera, y en la boca
La miel, ese tesoro acumulado
Conduce á la colmena, y se le paga
Con la muerte, lo mismo que á nosotros.
Con tan amarga pócima, la angustia
Se aumenta así del moribundo padre.

Vuelve á entrar VÁRVIC.

¿Adónde está quien esperar no quiere
El corto tiempo que me deje vida
Mi enfermedad, el aliado suyo?

VÁR. En la contigua habitación he hallado
Al príncipe, señor. Por sus mejillas
Corriendo amargas lágrimas, sumido
En pena tan profunda, que al mirarlo,
La encarnación de la crueldad, que sangre
Únicamente bebe, su cuchilla
Lavara con el llanto de sus ojos.
Aquí se acerca.

REY. Mas ¿por qué motivo
Se llevó la corona? Ved, ahí viene.
Enrique, ven aquí. Dejadnos solos.

(Vanse todos menos el Rey y el Príncipe Enrique.)

ENR. No pensé que volvierais más á hablarme.

REY. Del pensamiento ese tu deseo
Ha sido padre, Enrique. Separado
De ti ya estar debiera. Te incomodo.
¿Tal hambre tienes de que el trono vaque
Que revestirte quieres mis insignias
Antes que el tiempo llegue? Necio joven,
Procuras el poder, que ha de aplanarte.
Espera un poco, que la nube mía
De majestad, con tan escaso viento,
Se mantiene en el aire, que muy pronto
Deshecha la verás. Mi sol se pone.
Robaste lo que dentro de una hora
Logrado hubieras sin ofensa alguna,
Y en la hora de mi muerte el sello estampas

A lo que yo previsto ya tenía.
Pruebas de desamor, con tu conducta,
Hartas me diste ya, pero quisiste
Que de ello cierto al fallecer quedara.
Allá en tu pensamiento, mil puñales
Tenías escondidos que, afilados
En ese pétreo corazón, asestas
A triste media hora de mi vida.
¡Qué! ¿No me esperarás ni media hora?
Pues bien, vete á cavar mi sepultura;
Haz repicar campanas, anunciando
Que coronado estás, no yo difunto.
Que las lágrimas todas que debían
Humedecer el catafalco mío,
En balsámicas gotas transformadas,
Vayan tu frente á ungir. Haz que me mezclen
Con vano polvo, y dale á los gusanos
Ahora tú, lo que á ti te dió la vida.
Despide á mis hechuras, mis decretos
Anula tú, que ya llegó el instante
En que el orden será cuestión de burlas.
¡Enrique Quinto es Rey! ¡Viva la broma!
¡Muera la pompa regia! Separaos
Del lado mío, sabios consejeros,
Y acudan á la corte de Inglaterra
Desde cada región turbas de ociosos.
Vecinos, arrojadnos vuestras heces.
¿Rufián tenéis que jure, baile y beba;
De noche escandalice, robe y mate
Y cometa pecados conocidos
De una manera nueva? Sed felices,
Muy pronto dejará de perturbaros,
Que Inglaterra, con doble capa de oro,
Su triple infamia dorará. Inglaterra

Le ofrecerá poder, puestos y honores;
Que Enrique Quinto á la licencia en jaque
Arrancará el bozal, y el can rabioso
Podrá en el infeliz hincar el diente.
¡Ay pobre reino mío! Tan enfermo
De civiles contiendas. Si no pudo
Mi cuidado salvarte del desorden,
¿Qué harás siendo el desorden tu cuidado?
A ser desierto volverás. Refugio
De lobos, tus antiguos habitantes.

ENR. ¡Ay, señor, perdonadme. A no haber sido

(Arrodillándose.)

Por mis lágrimas, húmedo embarazo
De mi voz, yo evitara—antes que hablase
Vuestro dolor, ni tanto de él yo oyera
Reconvención tan triste y tan profunda.—
Tomad vuestra corona, y, quien corona
Tiene inmortal, por luengos años haga
Que vuestra sea. Si por más motivo
La aprecio yo que como gloria y honra,
Que vuestras son, de mi actitud humilde
Jamás me vuelva á levantar: externo
Homenaje, que interno y reverente
Noble y leal espíritu me inspira.
Pongo á Dios por testigo. Cuando vine

(Levantándose.)

Y á Vuestra Majestad vi sin aliento,
Se heló mi corazón. Si acaso finjo
¡Ay! muera en mi presente impuro estado,
Y el incrédulo mundo nunca vea
Los propósitos nobles que me animan.
De cerca al veros y al juzgaros muerto,
Y casi muerto yo, mi soberano,

Creyéndolo verdad, cual si tuviera
Razón, hablando á la corona dije:
Los cuidados anejos á tu cargo
Devoraron el cuerpo de mi padre;
Por tanto, aunque el mejor oro es el tuyo,
El peor oro eres, y el que tenga
Quizá menos quilates te aventaja,
Pues como grata medicina sirve
Y preserva la vida, ¡y tú, más fino
Y entre todos más noble y renombrado,
Devoras á tu dueño! De este modo,
Al acusarla, soberano mío,
Yo me la coloqué. Medir con ella,
Cual con un enemigo que á mi padre
Hubiera asesinado ante mis ojos,
Quise mis fuerzas yo, cual su heredero.
Mas si de gozo inficionó mi sangre;
Si de orgullo invadió la mente mía;
Si alguna vil ó miserable idea
Con el más leve afecto la acatara
Dando á su cargo bienvenida alguna,
Que la separe Dios de mi cabeza
Y me trasformé en mísero vasallo
Que ante ella abyecto con terror se humilla.

REV. Hijo querido mío,
Dios te infundió la idea de tomarla,
Porque pudieras de tu padre ahora
El cariño acrecer, al excusarte
Con tanta discreción de lo que hiciste.
Enrique, ven, acércate á mi lecho
Y á los consejos últimos atiende
Que me parece te dará tu padre.
Hijo, bien sabe Dios cuántos atajos
Y sendas indirectas y torcidas

Emprendí para hallar esta corona,
Y yo bien sé con cuánta pesadumbre
La tuve en mi cabeza colocada.
A ti descenderá con más reposo,
Con mejor opinión, con más derecho,
Pues de su adquisición la impura mancha
Se enterrará conmigo. Parecía
En mí sólo un honor arrebatado
Con ruda diestra, y á mi lado muchos
Pudieron siempre recordarme á gritos
Que ganado la había con su ayuda,
Y así luchas constantes y sangrientas
Interrumpieron una paz ficticia.
A insultos tan osados, ya tú sabes
Que respondí corriendo graves riesgos,
Pues en la escena del reinado mío,
Ese drama no más cabida tuvo.
Ahora, todo ya cambia con mi muerte,
Pues lo que en mí comprado parecía,
En ti aparece de mejor manera,
Pues la corona en ti es heredada.
Pero, aunque más que yo, tú estés seguro,
Del todo no lo estás, porque las quejas
Vivas están aún, y mis contrarios,
A quienes debes tú llamar amigos,
Únicamente dientes y aguijones
Acaban de perder. Su indigna ayuda
Prevalecer me hizo, y temeroso
He estado, con razón, constantemente
De que á mi vez también me derribaran.
Para evitarlo á muchos di la muerte,
Y ahora el proyecto realizar quería
De que otros fueran á la Tierra Santa,
Temiendo aún que la inacción y el ocio

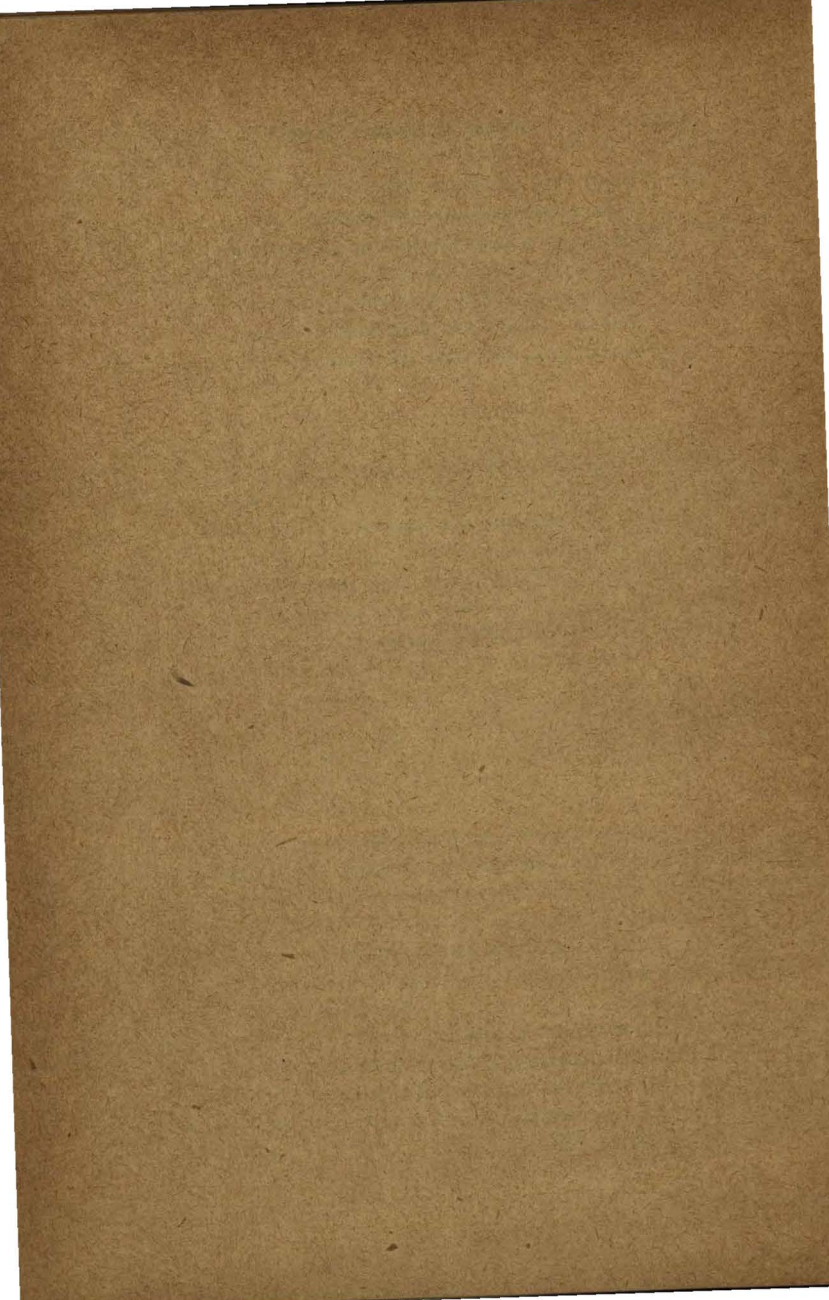
Les hiciera fijarse en mis derechos.
Por tanto, amado Enrique, tu camino
Es emplear la gente bulliciosa
En extranjeras luchas, de manera
Que activo su vigor en otra parte,
Se pierda la memoria del pasado.
Más te dijera, pero están exhaustos
Ya mis pulmones y la voz me falta.
El modo de obtenerme la corona
Que me perdone Dios, y me conceda
Que en paz contigo mantenerse pueda.

- ENR. Ganado vos la habéis, la habéis llevado,
Me la habéis defendido y regalado.
Y, por lo mismo, es claro y es palpable
Que mi derecho es incuestionable,
Y yo, dispuesto estoy con todo esmero
A defenderla contra el mundo entero.
- REY. Mi hijo, Juan de Lancáster, aquí llega.

Entran el PRÍNCIPE JUAN DE LANCÁSTER,
VÁRVIC, nobles y otros.)

- PR. J. Dicha, paz y salud, augusto padre.
- REY. Dicha y paz, mi hijo Juan, contigo vienen,
Mas la salud ¡ay triste! va volando
Con juveniles alas de este tronco
Ya marchito y sin hojas. A tu vista
Terminan mis asuntos terrenales.
¿Dónde el Conde de Várvic, di, se halla?
- ENR. ¡Conde de Várvic!
- REY. ¿Tiene, por ventura,
Algún nombre especial el aposento
Donde me desmayé la vez primera?
- VÁR. Jerusalén, noble señor, se llama.

REY. Bendecido sea Dios. Allí mi vida
Tiene que terminar. Profetizado
Ha muchos años fué que mi existencia
Fin en Jerusalén tan sólo hallara.
Que era en la Tierra Santa yo supuse.
Mas os ruego á esa alcoba conducirme;
A esa Jerusalén para morirme.



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Glostercia.—Patio de la casa de Somero.

Entran SOMERO, FÁLSTAF, BARDOLFO y el PAJE.

SOM. ¡Ni que lo penséis! No os vais esta noche. ¡Hola, David!

FAL. Excusadme, señor de Somero.

SOM. No os excuso. No se os excusa. No se admiten excusas. No hay excusa que valga. No se os excusa. ¡Hola, David!

Entra DAVID.

DAV. ¡Señor!

SOM. David, David, David, David. Vamos á ver, David. Vamos á ver, David. Vamos á ver. Eso es. Dile á Guillermo el cocinero que venga aquí. Sir Juan, no se os excusa.

DAV. Pues, señor, hay esto. Los mandamientos esos no se han podido servir, y además... ¿Se siembra de trigo el collado?

SOM. De trigo arisnegro, David. Pero volvamos á Guillermo el cocinero. ¿No hay pichoncillos?

DAV. Sí, señor. Y aquí está la cuenta del herrero por herrar y por rejas de arado.

SOM. Que se confronte y se pague. Sir Juan, no se os excusa.

DAV. Ahora bien, señor. Precisa echarle un aro nuevo al cubo. Y, señor, ¿pensáis retener alguna parte del salario de Guillermo con motivo del saco que el otro día perdió en la Feria de Hincley?

SOM. Responderá de ello. Unos pichoncillos, David, un par de gallinas enanas, una pata de carnero, y dí á Guillermo que agregue cualquier otra lucida menuda friolerilla.

DAV. ¿El militar, señor, se queda aquí esta noche?

SOM. Sí, David. Quiero tratarle bien. Amigo en la corte vale más que moneda en el bolso. Trata bien á su criado, David, porque esas gentes son unos grandísimos bribones y guardan malas espaldas.

DAV. Tampoco las tienen ellos muy bien guardadas. Perversa ropa blanca gastan.

SOM. Bien dicho, David. A tus quehaceres, David.

DAV. Os ruego, señor, que os pongáis de parte de Guillermo Visera, el de Vincotia, contra Clemente Garboso del Monte.

SOM. Muchas quejas tengo, David, contra ese Visera. Es grandísimo bellaco, según entiendo.

DAV. Concedo á vucencia el que sea bellaco, pero no permita Dios que un bellaco no consiga alguna protección si un amigo intercede por él. Señor, el hombre de bien se puede defender á sí mismo, pero un bellaco no. He servido fielmente á vucencia ha ocho años, y si no pudiera yo una ó dos veces cada trimestre interceder en favor de un bellaco contra un hombre de bien, prueba sería de que vucencia me tiene en muy poco.

SOM. Vete. No le resultará daño alguno. Despábilate, David.

(Vase David.)

¿Dónde estáis, Sir Juan? Vamos, vamos, vamos. Quitaos las botas. Vuestra mano, señor Bardolfo.

BAR. Celebro ver á vucencia.

SOM. Os lo agradezco con toda el alma, buen señor Bardolfo. (A el Paje.) Y bienvenido vos, guapo mozo. Vamos, Sir Juan.

FÁL. Yo os seguiré, señor de Somero.

(Vase Somero.)

Bardolfo, cuida de los caballos.

(Vanse Bardolfo y el Paje.)

Sí me aserraran en trozos, podrían hacerse de mí cuatro docenas de bastones con puños en forma de cabezas de barbudos ermitaños, como el señor de Somero. Maravilla es ver la coherencia que hay entre el carácter de sus sirvientes y el suyo propio. Ellos, á fuerza de observarlo, se portan como estúpidos jueces, y él, á fuerza de tratarlos, se convierte en criado juez. Sus almas están tan íntimamente ligadas con este recíproco contacto, que se congregan de mutuo acuerdo como bandada de patos silvestres. Si yo necesitase algo del señor de Somero, halagaría á sus criados, imputándoles que eran íntimos de su amo. Y si necesitase algo de su gente, manifestaría al señor de Somero que nadie como él tiene dominio sobre sus criados. Lo cierto es que la discreción y la necedad se suelen coger como las enfermedades contagiosas. Por lo tanto, cuidado con las compañías. Sacaré de este Somero partido bastante para hacer reir al Príncipe Enrique mientras pasan seis modas, equivalente á cuatro términos probatorios ó á dos pleitos civiles, y reirá sin intervalos. ¡Oh, cuánto puede una mentira acompañada de modesto voto, y una broma acompañada de rostro serio con

quien nunca ha tenido dolor de espaldas! ¡Oh, ya lo veréis reir hasta que se humedezca su rostro como capa mal doblada!

SOM. (Dentro.) ¡Sir Juan!

FÁL. Voy, señor de Somero. Voy, señor de Somero.

(Vase.)

ESCENA II

Westminster.—Habitación en el Palacio.

Entran por distintos lados VÁRVIC y el JUEZ DEL TRIBUNAL DEL REY.

VÁR. Ahora bien; señor Juez ¿adónde bueno?

JUEZ. ¿Cómo se encuentra el Rey?

VÁR. Perfectamente.

Ya todos sus afanes terminaron.

JUEZ. ¡Muerto! Espero que no.

VÁR. Tomó el camino

Que la naturaleza nos señala.

En fin, no vive ya.

JUEZ. ¡Bien me vendría

Haberle acompañado en su viaje!

Los servicios que en vida le he prestado,

De mil peligros á merced me dejan.

VÁR. El joven Rey me pienso que no os ama.

JUEZ. Seguro de ello estoy. Por eso mismo,

A afrontar el presente me propongo,

Que no tendrá más espantoso aspecto

Que el que ya le forjó mi fantasía.

VÁR. Dirígete hacia aquí la triste herencia

Del muerto Enrique. ¡Ay, Dios! ¡que el vivo En-
El temple no tuviera del más malo [rique
De estos tres caballeros! ¡Cuánto noble
Su posición entonces conservara,
Sin humillar su enseña á turba indigna!

JUEZ. ¡Ay, Dios! Me temo universal trastorno.

Entran el PRÍNCIPE JUAN, el PRÍNCIPE UMFREDO,
el DUQUE DE CLÁRENS, VESTMORLANDIA y otros.

JUAN. Felices días, Várvic, deudo mío,

UMF. }
CLAR. } Felices días, deudo.

JUAN. Nos juntamos

Cual gentes que de hablar ya no se acuerdan.

VAR. Nos acordamos, sí; pero el asunto
No admite comentarios por lo triste.

JUAN. Descanse en paz quien nuestro duelo causa.

JUEZ. Paz logremos también, y no se aumente
Nuestra tristeza.

UMF. Vos, señor, perdisteis
A un excelente amigo, y juraría
Que ese rostro apenado no alquilasteis:
De fijo el vuestro es.

JUAN. Aunque seguro

Hoy nadie de favor puede juzgarse,
Vos más frialdad encontraréis que otros;
Y lo siento. Ojalá fuera al contrario.

CLAR. Tratar debéis hoy bien á Sir Juan Fálstaf;
Lo que en vos es nadar contra corriente.

JUEZ. Lo que hice, nobles Príncipes, lo hice
Por el honor guiado y mi conciencia.
Y no dirán de mí que, prejuzgando,
Un perdón reclamara miserable.

Si mi pureza y rectitud me estorban,
En busca iré de mi difunto amo,
Y le diré quién es el que me envía.

VÁR. Aquí el Príncipe llega.

Entran el REY ENRIQUE V y acompañamiento.

JUEZ. Feliz día, señor, y que Dios salve
A Vuestra Majestad.

REY. Yo no me hallo
Tan cómodo con este nuevo y rico
Ropaje, Majestad, cual se os figura.
Con el dolor, hermanos, asomarse
Veo en vosotros temor. No es de Turquía
Esta corte. Es la corte de Inglaterra.
No es Amurat quien á Amurat sucede;
Es Enrique á otro Enrique. Sin embargo,
Vuestro dolor no cese, hermanos míos;
Es lo que os corresponde, yo os lo juro.
Lleváis tan regiamente vuestra pena,
Que yo también adoptaré la moda,
Llevándola en mi pecho. Por lo tanto,
Tristes estad. Vuestro dolor, no obstante,
Debéis reconocer, hermanos míos,
Como parte tan sólo de la carga
Que unidos hoy llevar nos toca á todos.
En cuanto á mí, lo juro por el cielo,
Seré, á la par de hermano, vuestro padre.
Con tal que tenga yo vuestro cariño,
Soportaré yo solo vuestras cuitas.
Pero llorad por el difunto Enrique
Cual lloro yo. Mas otro Enrique hay vivo,
Que todas estas lágrimas pretende
En otras tantas dichas ver trocadas.

JUAN. } De Vuestra Majestad, eso esperamos.
UMF. }

REY. Me miráis con cautela, vos, con mucha; (Al Juez.)
De que no os amo yo tenéis certeza.

JUEZ. Cierto estoy yo de que si bien me miden,
No encontraréis motivo para odiarme.

REY. ¡No!
¿Qué príncipe en mi puesto olvidaría
La gran indignidad que me inferisteis?
¿Qué, censurar, reñir, y bruscamente
A la cárcel mandar al inmediato
Herederero del trono de Inglaterra
Es cosa fácil? ¿y lavarse puede
En el Léteo y olvidarse al punto?

JUEZ. Representaba á vuestro padre entonces.
En mí su autoridad se reflejaba.
Y mientras que en servicio del Estado
Aplicaba las leyes, Vuestra Alteza
Mi puesto despreció, de la justicia
Y de la ley la majestad é imperio
Que yo ostentaba, cual del Rey la imagen,
Y en mi sitio me levantó la mano.
Yo aproveché mi autoridad, y entonces,
Por la ofensa inferida á vuestro padre,
Os mandé encarcelar. Si el acto mío
Ilegal fué, llevando hoy la corona,
Gozad teniendo un hijo que desprecie
Lo que vos decretéis: que á la justicia
Del temido sitio arroje al suelo:
Que el curso ataje de la ley, que embote
El filo de la espada que defiende
La paz de vuestro reino y las personas;
Más aún; que escarnezca vuestra imagen,
Y del que os representa que se burle.

Apelo á vuestros propios pensamientos,
Y vuestro haced el caso. Sed vos padre
Y figuraos al hijo. Profanada
Ved vuestra dignidad, y vuestras leyes
Más severas tratadas con desprecio.
Que vuestro propio hijo así os desdeña,
E imaginad que vuestra parte tomo,
Y con vuestro poder al hijo acallo.
Eso reflexionad, y sentenciadme;
Y, como Rey, decid desde ese puesto
En qué pude faltar al cargo mío,
O á mi persona yo, ó al soberano.

REY. Os sobra, Juez, razón, y sabiamente
El caso comprendéis. Vuestra balanza
Y espada reteniendo, por lo tanto,
En vos nuevos honores se acumulen.
Y viváis hasta ver que si hijo mío
Os llegare á ofender, os obedezca
Cual yo os obedecí. Que, vivo entonces,
Repetiré lo que mi padre dijo:
«Soy feliz en tener hombre tan bravo
»Que en hijo mío hacer justicia osa,
»Y no menos feliz porque hijo tengo
»Que se entrega, su alcuña abandonando,
»En brazos de la ley.» Vos me arrestasteis
Y yo me arresto á consignar la espada
Que ostentasteis tan limpia, en vuestras manos.
Y recabo de vos usarla siempre
Con esa intrepidez, esa justicia
Y espíritu imparcial con que en mi contra
Emplearla supisteis. Ved mi mano.
Vos de mi juventud seréis cual padre,
Mi voz repetirá lo que en mi oído
Vos me digáis, y á los consejos sabios

Y á la práctica vuestra, sometida
Mi voluntad veréis. Y ahora, vosotros,
Confiad en mí, Príncipes, os ruego.
Acompañado fué de mis locuras
Al sepulcro mi padre, que enterradas
Yacen hoy en su tumba mis torpezas;
Y formal con su espíritu renazco
Para burlar la expectación del mundo,
Frustrando profecías y extirpando
Esa injusta opinión que me apreciaba
Por lo que parecía. La marea
Que hay en mí de mi sangre, que hasta ahora
Corrió tras vanidades solamente,
Cambia de dirección, y al mar ya fluye,
Donde unida al espléndido Oceano,
Seguirá majestuosa su camino.
Reunir el Parlamento me propongo,
Y miembros escoger quiero tan nobles
Para regir el cuerpo del Estado,
Que acaso se compare mi Gobierno
Con el de la nación mejor regida;
Y la guerra ó la paz, ó entrambas juntas,
Contemplemos cual cosas familiares.
Y en los asuntos estos, padre mío, (Al juez.)
Vos seréis el primero á quien consulte.
Coronado, citar, cual antes dije,
A todos mis Estados me propongo.
Y si Dios, que conoce mis intentos
Me ayuda, no habrá Príncipes ni Pares
Que con razón exclamen: «Deseara
Que la vida de Enrique se acortara».

(Vanse.)

ESCENA III

Glostercia.—El jardín de la casa de Somero.

Entran FÁLSTAF, SOMERO, CALLADO, BARDOLFO,
el PAJE y DAVID.

SOM. No, señor, tenéis que ver mi huerto, donde, en un merendero nos comeremos unas manzanas de un árbol que yo mismo injerté, y además anises y otras frioleras. Venid, primo Callado, y después, á la cama.

FÁL. Por cierto que tenéis cómoda y rica casa.

SOM. Miseria, miseria, miseria. Somos unos pobres. Somos unos pobres, Sir Juan. Buen ambiente, eso sí. Pon la mesa, David. Pon la mesa, David. Eso es, David.

FÁL. Este David os sirve para todo. Es vuestro criado y vuestro capataz.

SOM. Buen sirviente. Buen sirviente. Bonísimo sirviente. Sir Juan. ¡Válgame Dios!, he bebido demasiado vino de Jerez durante la cena. Ahora, sentaos. Ahora, sentaos. Vamos, primo.

CALL. ¡Ah tunante! como se suele decir, nosotros.

(Cantando.)

Comeremos hasta hartarnos.
Abundancia y á vivir,
Que si buen año va á darnos,
A Dios hay que bendecir.
Si la carne se abarata
Y las mozas caras son,
El galante joven trata

De buscarlas con tesón.

Alegría,

Que viva la alegría.

FAL. ¡Vaya un carácter jovial! Mi buen señor Callado, voy á brindar á vuestra salud.

SOM. David, échale vino al señor Bardolfo.

DAV. Siéntese, querido señor. Ahora mismo le serviré.

(Bardolfo y el Paje se sientan en otra mesa.)

Señor Paje, buen señor Paje, siéntese. Que os aproveche. Lo que os falte de comida lo supliremos con vino. Tenéis que dispensarnos. La voluntad no falta.

(Vase.)

SOM. A gozar, señor Bardolfo; y, militarcito, á gozar vos también.

CALL. (Cantando.)

Gocemos, pues, gocemos. Mi esposa tiene faltas,

Esposa al fin, cual todas, las bajas y las altas.

Trepiden esas barbas, pasando mi portal;

Y bien venido sea gozoso carnaval.

Gocemos, pues, gocemos, etc.

FAL. No creí yo que el señor Callado fuese hombre de tan buen humor.

CALL. ¿Quién, yo? Me he alegrado una ó dos veces antes de ahora.

Vuelve á entrar DAVID.

DAV. Aquí tenéis un plato de manzanas.

(Colocando el plato sobre la mesa de Bardolfo y el Paje.)

SOM. ¡David!

DAV. ¿Qué manda vucencia? (A Bardolfo.) Os serviré de seguida. ¿Señor, una copa de vino?

CALL. (Cantando.)

Una copa de vino brillante
A la eterna salud de mi amante.
Mucho vive quien tiene alegría.

FÁL. Bien dicho, señor Callado.

CALL. Y nos alegraremos. Ahora viene lo mejor de la noche.

FÁL. Salud y larga vida os dé Dios, señor Callado.

CALL. (Cantando.)

Llenad la copa, que apurarla quiero,
Aunque el fondo á una milla se encontrare.

SOM. Honrado Bardolfo, bien venido seáis. Si se os ofrece algo y no lo pedís, peor para vos. (Al Paje.) Bien venido, tunante chiquitín, y muy bien venido. Beberé á la salud de Bardolfo y de todos los caballeros de Londres.

DAV. Desearía ver á Londres siquiera una vez antes de morir.

BAR. ¡Ojalá os viera allí!, David.

SOM. ¡Vive Dios! Beberéis ambos un cuartillo. ¡Ah! ¿No es eso, señor Bardolfo?

BAR. Sí, señor, en un jarro de dos cuartillos.

SOM. ¡Voto va! Os doy las gracias. El bribón, no se echará atrás. Yo os lo aseguro. No cederá. Es de buena raza.

BAR. Ni yo me echaré atrás tampoco.

SOM. Vayá. Palabra de rey. Que nada os falte. A gozar.

(Llaman.)

Ve á ver quién llama á la puerta. ¡Eh! ¿quién llama?

(Vase David.)

FÁL. (A Callado, que acaba de apurar el vaso) Habéis cumplido conmigo.

CALL. (Cantando.)

En ese caso, espero
Que me armaréis caballero.
Santo Domingo.

¿No es eso?

FÁL. Eso es.

CALL. ¿Eso es? Pues entonces, decid que un viejo sirve de algo.

Vuelve á entrar DAVID.

DAV. Con permiso, excelencia, ahí está un tal Pistola, que viene de la corte con noticias.

FÁL. ¡De la corte! Que entre.

Entra PISTOLA.

¿Qué hay, Pistola?

Pis. Sir Juan, Dios os guarde.

FÁL. ¿Qué viento os trae, Pistola?

Pis. No es, seguramente, ese viento que á gusto de nadie sopla. Querido Barón, ahora sois uno de los hombres más importantes del Reino.

Som. ¡Válgame la Virgen! ya lo creo, después del señor Puf de Bárton.

Pis. ¡Puf!

Puf al rostro os arrojo. Vil cobarde
Como el que más es ese. Vuestro amigo
Siempre soy yo, sir Juan. Vuestro Pistola;
Y, á todo escape cabalgando, os busco
Y os traigo nuevas, grandes alegrías,
Áureas horas, noticias de alto precio.

FÁL. Os ruego, entonces, que me las transmitáis como hombre de este mundo.

Pis. Yo me burlo del mundo y sus bajezas.
Del África hablo yo. De goces áureos.

FÁL. ¡Oh, vil asirio, tus noticias dime,
Y el Rey Cofetua la verdad conozca.

CALL. (Cantando.)

Y Robín, Juan y Escarlata.

Pis. ¿Confrontarán del muladar los canes
Al Helicón, chafando faustas nuevas?
Esconde en el regazo de las furias,
Pistola, tu cabeza en ese caso.

Som. Honrado caballero, desconozco vuestra educación.

Pis. Pues entonces, debierais lamentarlo.

Som. Perdonadme, caballero. Si venís con nuevas de la corte, no hay más que dos cosas que hacer: ó decir las, ó callarlas. Yo, señor, tengo un cargo con autoridad del Rey.

Pis. ¿De cual Rey, miserable? Dilo, ó mueres.

Som. Del Rey Enrique.

Pis. ¿Enrique cuarto ó quinto?

Som. Enrique cuarto.

Pis. «Foutra» en vuestro cargo.

Sir Juan, el tierno corderillo vuestro,
Rey es. Enrique quinto es el que priva.
Digo verdad, y si Pistola miente,
Esto haced: una higa con la mano,
Como español vanaglorioso haría.

FÁL. ¡Cómo! ¿Muerto el anciano Rey?

Pis. Como un guardacantón. Verdades digo.

FÁL. ¡Vamos, Bardolfo!, ensilla mi caballo. Señor de Somero, escoged el empleo que queráis. Es vuestro. Pistola, os he de hartar de honores.

BAR. ¡Día feliz!

No doy mi suerte yo por Baronía.

PIS. ¿Traigo ó no buenas nuevas?

FÁL. Llevad al señor Callado al lecho. Señor de Somero. Señor conde Somero, lo que vos queráis seréis. Soy el Intendente de la Fortuna. Vengan mis botas. Cabalgaremos toda la noche. ¡Oh, querido Pistola! Apresuraos, Bardolfo. (Vase Bardolfo.) Vamos, Pistola. Dadme más noticias, é id pensando en qué es lo que más os puede convenir. Calzaos, calzaos las botas, señor de Somero. Sé que el joven Rey se muere por mí. Tomemos los caballos de cualquiera. Las leyes de Inglaterra están á mis órdenes. Benditos los que han sido amigos míos, y ¡ay del Juez del Tribunal del Rey!

PIS. Que buitres sus pulmones despedacen.

¿Dónde la vida que llevar solía?

Pues aquí está. Bendigo yo este día.

(Vanse.)

ESCENA IV

Londres.—Una calle.

Entran CORCHETES llevando á rastra á CELESTINA
y á DOROTEA RASGAMANTAS.

CEL. No, grandísimo tunante. ¡Ojalá me muriera con tal de veros ahorcado! Me habéis descoyuntado el hombro.

COR. 4.º Los alguaciles me la han entregado, y se la azotará lindamente, yo se lo aseguro. Uno ó dos hombres han perdido la vida últimamente por su causa.

DOR. Corchetillo, corchetillo, mientes. Ven aquí. Ya

te contaré yo un cuento, bribonazo. Si malparo, más te valiera haber zurrado á tu madre, infame blancote.

CEL. ¡Ay Dios mío! ¡Que no estuviera aquí Sir Juan! Sangre de alguno correría hoy. Pero, Dios quiera que malhaya el fruto de su vientre.

COR. 1.º Si eso ocurre, os propinaremos una docena de cojines más. Ahora se os han dado solamente once. Vamos, os digo que me sigáis, porque el hombre que conjuntamente con Pistola habéis apaleado, ha muerto.

DOR. Oye, tú, figurilla de incensario, ya te vapulearán de lo lindo por lo que haces, canalla moscón, indecente y hambriento polizonte. Si no te vapulean, reniego yo de sayas cortas.

COR. 1.º Vamos, vamos, doncellita, andante.

CEL. ¡Ay Dios mío! ¡Que atropelle así la justicia á la fuerza! Está bien. Después del sufrimiento, viene la tranquilidad.

DOR. Vamos, bribón, vamos. Llévame ante el juez.

CEL. Sí, vamos, perro hambriento.

DOR. Señor esqueleto. Señor huesos pelados.

CEL. Sí, átomo.

DOR. Vamos, delgaducho, vamos, bribón.

COR. 1.º Está bien.

(Vanse.)

ESCENA V

Plaza cerca de la Abadía de Westminster.

Entran TRES CRIADOS, cubriendo el suelo con esteras.

CR 1.º Más esteras. Más esteras.

CR. 2.º Dos veces han tocado ya las trompetas.

Cr. 3.º Serán las dos antes que vuelvan de la coronación.

Cr. 4.º Despachad, despachad.

(Vanse.)

Entran FÁLSTAF, SOMERO, PISTOLA, BARDOLFO
y el PAJE.

FAL. Poneos á mi lado, señor de Somero. Haré que el Rey os distinga. Le guñaré el ojo cuando pase, y ya veréis la cara que pone.

SOM. Benditas sean vuestras entrañas, señor Barón.

FAL. Venid, Pistola. Colocaos detrás de mí. (A Somero.) ¡Oh, si hubiera tenido tiempo para ello hubiera gastado las mil libras que me prestasteis en flamantes vestidos! Pero no importa. Este pobre aspecto es el más propio para el caso. Indica el afán que tenía de verlo.

SOM. Así es.

FAL. Manifiesta la sinceridad de mi cariño.

SOM. Así es.

FAL. Mi devoción.

SOM. Así es, así es, así es.

FAL. ¡Digo! Cabalgar día y noche, y ni deliberar, ni pensar, ni tener paciencia para mudarse.

SOM. Muy cierto es eso.

FAL. Es mejor estar aquí cubierto de polvo y sudando con la ansiedad de verlo, no pensando en otra cosa, poniendo en olvido los demás asuntos, como si no hubiera más que hacer que verlo.

PIS. Sí. «Semper idem» porque «absque hoc nihil est». Perfecto en todo.

SOM. Así es en verdad.

PIS. Noble Barón, el hígado, con ira,
Vuestro, voy á inflamar, pues Dorote

Se ve cautiva y en prisión inmunda,
Adonde fué llevada
Por la más despreciable y sucia mano.
De su antro de ébano que surja
La venganza haced vos con la culebra
De la feroz Aleto. Dorotea
Ya cayó. La verdad Pistola dice.

FÁL. Yo la rescataré.

(Clamoreo dentro y se oyen trompetas.)

Pis. ¡El mar ahí ruge y el clarín resuena!

Entran el REY y su séquito, del que forma parte el JUEZ
DEL TRIBUNAL DEL REY.

FÁL. Dios salve á Vuestra Alteza, regio Enrique,
Mi regio Enrique.

Pis. Que os proteja el cielo
Y os guarde, regio vástago famoso.

FÁL. Dios salve á mi rapaz.

REY. A ese insolente
Hablad, vos, señor Juez.

JUEZ. ¿Sabéis, acaso,
Con quién habláis? ¿Estáis en vuestro juicio?

FÁL. ¡Mi Rey! ¡Mi Jove! El corazón os habla.

REY. Anciano, á vuestros rezos. No os conozco.
¡Qué mal se aviene con cabellos canos
El papel de bufón! Ha mucho tiempo
Que yo soñé con hombre semejante,
Tan obeso y glotón, tan viejo y torpe;
Mas, ya despierto, de mi sueño abjuro.
Desde hoy, más virtud, menos volumen
Propinaos, la gula abandonando.
Ved que el sepulcro para vos su boca

Abre tres veces más que para otro.
No queráis responder con bufonadas,
Ni presumáis que yo soy lo que he sido.
Pues, cual lo sabe Dios, patente al mundo
Quedará que reniego de mí propio
Y de quienes conmigo se juntaban.
Cuando sepáis que soy quien antes era
Venid á mí, y seréis lo que antes érais,
Tutor y proveedor de mis desmanes.
Mas sabed que hasta entonces os destierro
Bajo pena de muerte, como á todos
Aquellos que guiaron mal mis pasos,
De mi vista á diez millas de distancia.
Tendréis para vivir lo competente
Para que la escasez no os lleve al crimen;
Y, al saber que mudasteis de conducta,
Conforme á vuestro mérito y carácter
Veré de adelantaros. Lo que diga
Cuidad, señor, que cumplimiento tenga.
Seguid.

(Vanse el Rey y su séquito.)

FÁL. Señor de Somero, os debo mil libras.

SOM. Sí, por cierto, Sir Juan, y os suplico que me las devolváis para llevármelas conmigo á casa.

FÁL. Apenas eso es posible, señor de Somero. No os apuréis. Ya enviarán á buscarme para que lo vea en privado. Oídme. Así tiene que aparecer ante el mundo. No os inquietéis acerca de vuestro ascenso. Aun seré yo quien os engrandecerá.

SOM. No comprendo cómo. A menos que no me deis vuestro jubón y me rellenéis de paja. Os suplico, mi buen Sir Juan, que de mis mil libras, me devolváis quinientas.

FÁL. Señor, os cumpliré mi palabra. Lo que oisteis fué para dar color al caso.

SOM. Color, me temo yo que os durará hasta la muerte, Sir Juan.

FÁL. No os preocupen colores. Venid conmigo á comer. Venid, teniente Pistola. Venid, Bardolfo. Esta noche sin falta, mandarán por mí.

Vuelven á entrar el PRÍNCIPE JUAN, el JUEZ DEL TRIBUNAL DEL REY, ALGUACILES, etc.

JUEZ. A la cárcel llevad á Sir Juan Fálstaf
Y á las personas que con él se encuentran.

FÁL. Señor, señor.

JUEZ. Ahora no os puedo hablar. Pronto he de veros.
Llevadlos con vosotros.

PIS. «Se fortuna mi tormenta, lo sperare mi contenta.»

(Vanse Fálstaf, Somero, Pistola, Bardolfo y el Paje
custodiados por los alguaciles.)

JUAN. El proceder del Rey mucho me agrada.
Quiere que sus antiguos compañeros
Queden perfectamente bien provistos,
Mas los destierra á todos, mientras tanto
Que al dirigirse á él mayor modestia
Y discreción no ostenten ante el mundo.

JUEZ. Desterrados ya están.

JUAN. El Rey, señor, ¿convoca al Parlamento?

JUEZ. Sí, señor.

JUAN. Antes que acabe el año apostaría
Que nuestro ardor y espadas á porfía
Sobre Francia caerán. Eso cantaba
Un pájaro, y su música diría
Que al Rey de modo extraño cautivaba.
Vamos. ¿Venís conmigo?



EPILOGO

Hablado por un bailarín.

Primero, mi temor; después, mi saludo, y al fin, mi arenga. Mi temor es vuestra desaprobación; mi saludo mi deber, y mi arenga, pidiros perdón. Si esperáis oír buena arenga, me perdéis, porque lo que voy á decir es de mi propia cosecha; y lo que debiera deciros indudablemente sería en mi perjuicio. Pero vamos al caso y á la ventura. Sabed—como es bien sabido—que aquí mismo estuve al finalizar una malhadada comedia, para pidiros paciencia y para prometeros otra mejor. Pensé efectivamente pagaros con ésta, que si por mala suerte llega con desdicha á su hogar, quiebro yo; y vosotros, gentiles acreedores míos, perdéis. Aquí prometíos venir, y aquí encomiendo mi cuerpo á vuestra misericordia. Rebajad vuestras pretensiones, y algo os pagaré; y como promete la generalidad de los deudores, os prometeré infinitamente. Si mi lengua no sirve para suplicaros el que me perdonéis ¿por qué no me pedís que emplee mis piernas? Por más que harto ligera paga sería zafarme de deudas bailando. Una conciencia tranquila, sin embargo, debe ofrecer cuanta satisfacción esté á su alcance, y eso hago yo. Todas las damas aquí presentes me han perdonado ya; si los caballeros no, los caballe-

ros en este caso no están conformes con las damas, cosa jamás vista en semejante asamblea. Una palabra más permitidme. Si no os halláis demasiado hartos ya de carne gorda, nuestro humilde autor continuará la historia conservando en ella á Sir Juan, y os alegrará con la bella Catalina de Francia, y allí, según he colegido, Fálstaf acaso muera tomando sudores, si vuestra crítica no lo ha matado ya; porque Old Castle murió mártir, y no es este hombre. Mi lengua cansada está; cuando mis piernas lo estén igualmente, os daré las buenas noches, y con esto, me arrodillo ante vosotros, pero en realidad para rogar por la Reina.

